CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

X

OBJECIONES
CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA IGLESIA

VOLUMEN I

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES, 581 - BARCELONA
1926

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER
Obispo de Versalles

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1926.

✝ **IMPRÍMASE**

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Srta.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PROLOGO

Hemos ofrecido al público dos volúmenes de objeciones contemporáneas contra la religión.

Empezamos hoy las objeciones contemporáneas contra la Iglesia. *Esta segunda serie se compondrá también de dos volúmenes. Objeciones contemporáneas contra la Iglesia*: 1.º *contra su Fundador y su fundación*; 2.º *contra su historia.*

Esperamos que el clero y los fieles acojan favorablemente estos nuevos volúmenes. La palabra que, hace ya diecisiete años, dirigimos cada domingo a nuestros hombres, tiene numerosas imperfecciones. Nos falta el tiempo para revisarla y completarla. Confiamos en que nuestros lectores serán tan indulgentes con estas nuevas conferencias como lo han sido con los anteriores volúmenes.

Orleáns, 25 de Diciembre de 1904.

CARLOS GIBIER, *Cura de San Paterno*

CONFERENCIA PRIMERA

El eclipse de la religión

SEÑORES:

Inauguramos hoy nuestro décimosexto año de conferencias. Después de refutar durante dos años las objeciones dirigidas contra la religión en general, me propongo durante otros dos años refutar las objeciones particulares dirigidas contra la Iglesia católica, contra su Fundador, su fundación y su historia.

Pero, ante todas cosas, ¿es que la Iglesia católica va a morir o bien a renacer? Me parece que debo responder a esta pregunta. Asistimos en la actualidad a un fenómeno que podría llamarse el eclipse de la idea religiosa. Es útil mirar cara a cara este fenómeno, descomponerlo, explicarlo, para ponernos en condiciones de no espantarnos de él.

La religión católica experimenta entre nosotros un eclipse. Es desconocida de los ignorantes, detestada por los corrompidos, perseguida por los renegados, abandonada por los débiles.

Es desconocida de los ignorantes.

Si alguien se atreviese a perorar sobre la química, porque se sirve de productos químicos, tales como el jabón o la margarina; sobre la física, porque se alumbra con gas o con petróleo; sobre el procedimiento de la jurisprudencia, porque de cuando en cuando tiene que ventilar una cuestión de justicia contra su vecino, su propietario o su doméstico; sobre el mundo sideral, porque advierte que el sol se pone más tarde en verano que en invierno... Si alguien se atreviese a pronunciar oráculos sobre todos esos asuntos sin haberse preparado de un modo especial, por consiguiente, sin tener la debida competencia, se expondría a la risa universal. Se vería desairado y puesto en ridículo, y con razón. Pues bien, con relación a la religión, todos se ven libres de escrúpulos. Casi todos hablan de ella sin conocer sus más simples elementos. Los más ignorantes la miran con desdén, la juzgan, la condenan sin vacilar. Bajo la presión de la ignorancia, la religión experimenta entre nosotros un eclipse. Pero tropieza todavía con otros peligros.

Es detestada por los corrompidos.

Apelar a Jesucristo, ser cristiano, es tomar partido por la castidad, por la caridad, por la humildad, por el perdón de las injurias, por la justicia reparadora, cosas todas que la naturaleza humana teme, y de las cuales se aparta por instinto. Hay clases de personas a las cuales repugna la religión, las cuales la rechazan y detestan, no a causa de sus misterios, sino a causa de sus preceptos. Vuestra religión es hermosa, buena y vale más que la nuestra; pero hay que llenar el vien-

— responde al misionero el indio glotón. — Pero ¿cómo queréis que sólo tenga una mujer? —contesta el voluptuoso asiático; — ¿cómo queréis que perdone a mis enemigos y a los de mi tribu? — dice el feroz salvaje; ¿cómo queréis que me abstenga de divertirme?—exclama el europeo corrompido. "Despojaos de vuestras pasiones y creeréis"—escribió Pascal. ¿Lo dudáis? Pues mirad. ¿Cuándo la fe se apaga en el corazón? Cuando las pasiones introducen el desorden en él. ¿Cuándo vuelve la fe al corazón? Cuando la vejez y la presencia de la muerte llevan a él la calma. Por lo regular, no se ataca al símbolo sin ántes haber abierto brecha en el decálogo. La sensualidad se desborda hoy en día. El vicio es el padre de la impiedad. Bajo la presión de la corrupción, la religión se eclipsa en nosotros. Es desconocida de los ignorantes; es detestada de los corrompidos.

Es perseguida por los renegados.

Nuestra época está llena de hechos escépticos, de falsos imposibles, de falsos indiferentes que han tenido creencias, que han renegado de ellas, pero que no las han olvidado. Abandonaron la Iglesia cerrando de golpe la puerta y vociferando blasfemias; pero la imagen de la casa paterna los sigue y los obsesiona. Dicen que nada creen, pero creyeron antes, y su alma muéstrase inquieta, como si todavía creyese. La religión que expulsaron de su vida, persiste en sus recuerdos, en su conciencia en estado de remordimientos. No han perdido enteramente su afecto. Los molesta, los atormentan, los hace irascibles, rencorosos, furiosos, agresivos. Los ignorantes y los corrompidos son a veces indiferentes; los renegados, jamás. "Ese templo lo importuna, y su impiedad quisiera aniquilar al Dios que abandonó."

Están poseídos y agitados por un acceso continuo de odio antirreligioso, que los hace capaces de todas las inconsecuencias, de todas las audacias, de todas las provocaciones. En nombre del librepensamiento, suprimen las más elementales y las más esenciales libertades. En nombre de la razón, se precipitan en el fanatismo hasta el delirio. En nombre de la unidad moral de la patria, comprometen la paz de los ciudadanos y el porvenir de la nación. Nuestro tiempo, en el que la incredulidad es a la vez una moda, una forma del orgullo y un medio de medrar, está lleno de esos falsos espíritus fuertes que no son más que renegados. Y bajo la presión de la apostasía, la religión experimenta entre nosotros un eclipse. Es desconocida de los ignorantes, y detestada de los corrompidos. Es perseguida de los renegados.

Es abandonada por los débiles.

Quizás sea este el fenómeno que más debe inquietarnos. Ignorantes, corrompidos y renegados, nunca han faltado en mayor o menor número. Pero, hoy más que nunca, los ignorantes, los corrompidos, los renegados pesan sobre los débiles y los arrastran a las profundidades de la irreligión. Llevamos en nuestros flancos una llaga horrible, que podría llegar a ser mortal, a la cual llamo la apostasía de los débiles, de las clases populares. No quiero exagerar. Tenemos ya, y tendremos cada vez más obreros escogidos cristianos y contramaestres cristianos. Esto es innegable, pero, en su conjunto, el pueblo permanece indiferente, cuando no hostil; se mantiene distanciado de la religión; si se le preguntase por qué, no sabría cómo responder. Como nuestras buenas gentes de la Beauce y del Gatinais, respondería: "Señor, no se va a misa, porque no se va".

O bien: "Señor, no está de moda." Así procede el género humano tomado en conjunto. No es hostil, pero es rutinario. Los hombres, por lo general, se dejan arrastrar del lado de donde sopla el viento; obedecen a arrastramientos, mejor que a convicciones; en otras horas la religión se ha aprovechado de ello, pero hoy es víctima de semejante proceder. Vese abandonada por los débiles, perseguida por los renegados, detestada por los corrompidos, desconocida por los ignorantes.

La religión experimenta entre nosotros un eclipse. ¿Habremos de asombrarnos, de espantarnos, de desalentarnos por ello? En manera alguna. Tengamos confianza en Dios. Practiquemos nuestra religión, y, para defenderla mejor, procuremos conocerla mejor.

1.° *Tengamos confianza en Dios.* En una tempestad, un niño de doce años permanecía tranquilo. "Nada tengo que temer—decía;—mi padre empuña el timón." Nuestro Dios, señores, empuña el timón del mundo.

> El que pone un freno al furor de las olas,
> Sabe también deshacer el complot de los malos.
> Temo a Dios, caro Abner, y otro temor no tengo...

Pero, diréis, no sólo estamos en plena tempestad, sino también en plena noche. La religión experimenta en torno nuestro un eclipse. ¿Qué quiere decir esto? Los teólogos turcos tienen un axioma que los cristianos harían bien en meditar. Dicen: "Aun cuando, en la más negra noche, una hormiga negra marchara sobre un mármol negro, Dios la vería y oiría el ruido de sus patas." ¡Oh católicos, Dios nos prueba, pero no nos olvida. Nos ve, nos oye, está con nosotros hasta la consumación de los siglos. La Iglesia que fundó, y cuyos hijos somos, es inmortal. Tengamos confianza en Dios.

2.º *Pactiquemos abiertamente la religión.* ¿Experimenta un eclipse? Es hora de glorificarla con nuestra firme actitud, con nuestra fidelidad inquebrantable, con nuestro valeroso ejemplo. Nada de disputas, de recriminaciones, de anatemas, sino simplemente la verdad afirmada, el bien difundido, el Evangelio pacíficamente distribuído... Mostrarnos fuertes, limpiar nuestro propio jardín, exponer nuestras doctrinas, vivir nuestro cristianismo, mostrar con nuestros actos que somos un recurso, una utilidad, una necesidad, la gran reserva de lo ideal y de la dignidad moral... he ahí el deber de los católicos y el medio con que cuentan para asegurarse la estimación y la obediencia... Ahora bien, los que ocupan puestos más elevados y son vistos a mayor distancia, están obligados a ofrecer el ejempdo de una vida cristiana más sincera, de una religión abiertamente profesada. El general Sonís decía: "Jamás me parecieron demasiados largos los oficios, y siempre salí con pena de la iglesia. Puedo asegurar que el tiempo que pasé en ella, fué el mejor de mi vida." ¡Qué palabras tan hermosas! Señores, cumplamos con nuestro deber. Amemos a la Iglesia y vengamos con frecuencia a ella. Tal es nuestra obligación. Si siempre debemos rendir testimonio a nuestra fe, ciertas circunstancias, y en ellas nos encontramos, hacen esta obligación particularmente imperiosa. Abstenerse en estos casos, es hacerle traición. Pero para cumplir con nuestro deber, es preciso molestarse, cambiar de costumbres, comprometerse quizás, ir seguramente contra la corriente general. ¿Qué importa? La vida es la acción, y la acción, cualquiera que sea la forma que revista, es la lucha. Pasaron los tiempos en que "la vida era una delicia." Tengamos confianza en Dios; esto es necesario. Practiquemos abiertamente la religión; también es necesario. Mas por lo mismo que la religión experimenta entre

nosotros un eclipse, procuraremos que vuelva a resplandecer...

3.º *Estudiemos la religión, para ponernos en condiciones de defenderla mejor.* ¿Se conoce la religión? Por desgracia, sólo se conoce un poco a los doce años; a los quince o veinte, apenas se conoce; a los cuarenta no se conoce nada de ella. Esto no obstante, tenemos que defenderla de los más pérfidos ataques de un medio escéptico y sofístico. Venid, señores, venid a armaros al pie del altar y de la cátedra. Venid a buscar al pie de la cátedra la luz divina que os indique el camino que debéis seguir, y al pie del altar la gracia divina que os ayude a recorrerlo sin desmayos. Recoged y conservad el eco de estos hermosos acentos de Lamartine:

Ora tu nombre resucite, ora se sepulte,
¡Oh Dios de mi cuna, sé para mi el Dios de mi tumba!
Cuanto más obscura es la noche, más mis débiles ojos
Se fijan en la luz que brilla en el cielo.
Y aunque el altar destrozado, que la turba abandona,
Sobre mí se desplome... templo querido,
Templo donde todo lo recibí, templo donde todo lo aprendí,
Abrazaré aún tu última columna,
Aunque me aplasten tus sagrados despojos.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

El renacimiento de la religión

SEÑORES:

Vamos a estudiar durante dos años las objeciones dirigidas contra la Iglesia, contra su Fundador, contra su fundación y su historia.

Pero empiezo por responder a una cuestión previa: ¿Va a morir o va a renacer la Iglesia? Yo afirmo que va a renacer. El eclipse de la religión católica no es más que local, momentáneo, superficial. Su renacimiento es necesario, cierto y ya visible. Lo afirmo y voy a demostrarlo.

I. El eclipse de la religión católica es

1.° *Local.* Solamente se produce entre nosotros. Echemos una ojeada al extranjero. ¿Qué vemos fuera de aquí? *En Alemania* vemos la religión católica en plena eflorescencia. Uno de mis vicarios acaba de regresar del Congreso de los católicos alemanes en Colonia, y

en él ha contemplado y palpado su número en aumento, su sabia organización, sus obras cada día más prósperas, su poder indiscutible. Vencieron a Bismarck, y se conquistaron el respeto de los protestantes y de los socialistas, y en la actualidad son los árbitros del Reichstag y los dueños del Imperio. *En los Estados Unidos*, vemos que la religión católica está también en plena eflorescencia. El 30 de Abril último, asistió el presidente Roosevelt a una defensa de tesis teológicas en la Universidad católica de San Luis, y felicitaba públicamente al cardenal Gibbons y a los Padres jesuitas. En 1900, en la gran república americana, las Hermanas autóctonas tenían en sus escuelas 516,000 niños, y las Hermanas de las Ordenes, cuya casa-madre está en Francia, tenían 235,000. Actualmente nuestros religiosos y nuestras religiosas, expulsados de la madre patria, se dirigen por centenares a los Estados Unidos, en donde son recibidos con los brazos abiertos, y en donde despliegan la acción cristiana y civilizadora que se les impide ejercer aquí. El eclipse de la religión católica no es, pues, tan espantoso como parece, a primera vista, sino puramente local. Es también

2.° *Momentáneo.* Contemplad el grano de trigo que se arroja a la tierra. También él desaparece, también se eclipsa. No se le ve ya, se le cree perdido para siempre. Mas esperad un poco. Dejad que lo cubra la tierra, que se oculte a nuestras miradas. Dejad que los transeuntes lo pisoteen, sin sospechar siquiera su existencia. Dejad que la lluvia, la nieve, el viento, todas las inclemencias caigan sobre él y se encarnicen en destruirlo. Muy pronto, después de germinar en silencio, saldrá tímidamente del suelo, verdeará a las caricias de los rayos de sol, echará su tallo, luego la espiga, después el grano, y, finalmente, se convertirá en pan sabroso y

substancial. Pues lo mismo ocurre con la religión. Tiene horas de abatimiento, horas de desmayo, que se creen definitivas. Se eclipsa; parece vencida, muerta, aniquilada. Pero no. Germina, se prepara a renacer. Tras un acceso de fiebre elevada, los pueblos vuelven a la razón y a la prudencia. A las inclemencias de la persecución, sucede el sol de la hermosa libertad. El eclipse no fué más que momentáneo. Sepamos, señores, que la Iglesia es paciente porque es inmortal, y que disponemos de la eternidad. Los triunfos de la impiedad no son más que victorias sin mañana. El porvenir está en el grano de trigo. El porvenir está en el trigo evangélico que alimenta al mundo. El porvenir está en la religión católica. Su eclipse es local y momentáneo. Es también

3.° *Superficial.* ¡Cuántas personas hay en las cuales se cree que la religión está muerta, pero que permanecen unidas a ella hasta el fondo de sus entrañas! Ved ese joven que se tiene por espíritu fuerte. Sabe muy bien que no puede prescindir de la religión, y, de hecho, no quiere prescindir. Una noche, avergonzado de sí mismo, va a ocultar sus lágrimas de arrepentimiento en el secreto de un confesonario. Esposo, conduce al altar a la que escogió por compañera de su vida. Padre, hace bautizar a sus hijos, y vierte dulces lágrimas en su primera comunión. Cuando la muerte se abate sobre su hogar, cuando le arrebata un padre venerado, una esposa querida, un hijo adorado, pide consuelo y esperanza a Dios, a su santa religión. Quizás en público hable mal de la religión y se abstenga de practicarla; pero privadamente, en su corazón, en su casa, pide a Dios que le perdone, y abre sus labios para rezar. Librepensador y devorador de sacerdotes durante su vida, repudia a la muerte su incredulidad, que no estaba más que en la superficie. Señores, en muchas personas, la

irreligión es puramente aparente y superficial. Pero, mirad: ¿a quién confían ellas sus inquietudes de conciencia, sus inquietudes de corazón y aun sus inquietudes de fortuna? ¿a quién piden consejo en sus ansiedades familiares, por ejemplo, cuando se trata de casar a sus hijos? ¿Van a consultar a los grandes oradores de las logias, o a los políticos de profesión? ¿Consultan siquiera a los periodistas, cuya prosa leen cada mañana? No. Van a buscar la luz, el buen consejo, el afecto desinteresado, la abnegación verdadera allí donde saben que se encuentran todas estas cosas, es decir, en los ministros de la religión. Son impíos porque es más cómodo para la galería y para la broma. Pero tan pronto como desean ser serios, o el alma está acongojada, aparece el cristiano. El eclipse de la religión no es tan real como parece. Es local, momentáneo, con gran frecuencia superficial y aparente.

II. El renacimiento de la religión católica es

1.º *Necesario.* ¿Queremos que *la sociedad se sostenga en pie* y camine? El renacimiento de la religión es necesario. En 1787, Washington y su asociados—eran cincuenta y cinco—deliberaban sobre la futura Constitución de los Estados Unidos. De repente el viejo Franklin se levanta y dice: "Señores, oremos. He vivido muchos años, y cuanto más avanzo en edad, más me convenzo de la verdad de que Dios gobierna los asuntos humanos. Si un pajarito no puede caer a tierra sin su permiso, ¿podrá un imperio elevarse sin su apoyo?" ¿Queremos *ser fuertes*? El renacimiento de la religión es necesario. Unicamente las creencias vigorosas hacen fuertes a los pueblos. Vencedor de Austria, de Prusia y de Rusia, Napoleón se estrella contra la España creyente, que consume la ciencia de los me-

jores generales del Imperio y devora un ejército francés superior a 300.000 hombres. Un pueblo que ya no cree hoy, firma su muerte para mañana. ¿Queremos *vivir*? El renacimiento de la religión es necesario. Hace algunas semanas, el general Hartschmidt, al tributar los últimos honores a uno de sus hermanos de armas, el general Giovanninelli, exclamaba: "Sí, señores, la religión es necesaria. Sin la fe, sin la religión, el ejército está perdido, la sociedad está perdida, la patria está perdida." Por desgracia, demasiado lo vemos. La guerra que se hace a la religión, disgrega, desmoraliza, extenúa a la nación. Esto es tan verdadero, que el mismo Renán, en una hora de sinceridad, escribió: "No soy católico, pero sé muy bien que hay católicos, Hermanas de la caridad, curas de aldea, carmelitas; y si dependiera de mí suprimirlos, no lo haría." Y en otra parte añade: "El hombre vale en proporción al sentimiento religioso que le anima desde su primera educación y aromatiza toda su vida." El renacimiento de la religión es necesario. Es también

2.° *Cierto.* Hace cien años, a raíz de las ruinas inenarrables de la Revolución, la Iglesia de Francia levantaba sus tiendas abatidas por la tempestad, y volvía a enseñar, a combatir, a padecer, a perdonar, a amar. Durante los cien últimos años, no se le han escatimado las pruebas. ¿Qué ha hecho ella? Como una ilustre superviviente del Terror, puede responder: "¡He vivido!" Y mejor todavía: "¡He permanecido en pie!" Pero esto no es suficiente. En medio de tantas y tantas cosas como en nuestro tiempo han caído y continúan cayendo más que nunca en torno nuestro, justo es decir que, no solamente ha permanecido en pie, sino que es la única que ha permanecido en pie. Después de la guerra de 1870, durante la cual tan ardiente patriota y nacio-

mal mostróse el clero de Francia en todas partes, decía Bismark: "Sólo hemos encontrado de pie al clero." Pues bien, hace treinta años que continuamos en pie, y no estamos dispuestos a ceder. Podrán desconocernos y calumniarnos, pero continuaremos haciendo por lo menos el bien a todo el mundo. Pueden maldecirnos a causa de la superioridad de nuestras doctrinas y de la inmensidad de nuestros beneficios; no matarán el Evangelio del cual somos depositarios y guardianes, ni suprimirán a Jesucristo, fuente de toda verdadera civilización. Pueden ensayar muchas cosas contra nosotros... pero nada harán sin nosotros, a no ser ruinas y más ruinas. La Iglesia vivirá porque Francia no puede morir. El renacimiento de la religión es necesario; es cierto; es también

3.º *Visible. El espíritu público* rechaza el frío de la indiferencia. Agítase en nuestras entrañas cierta savia religiosa, latente. Nos sentimos dominados por una viva pasión de curiosidad por los problemas elevados. Todas nuestras facultades: la inteligencia, la voluntad, la fantasía, el corazón, el alma entera, se entregan a las viejas y divinas canciones que mecieron a nuestros antepasados. Alguien muy bien informado me decía últimamente: "Hoy el público no busca ni compra más que dos clases de libros: los libros de religión y los libros de pornografía." Es un fenómeno revelador. El mundo se divide. De un lado todo lo recto y honrado se orienta hacia la religión; del otro, todo lo demás va al arroyo. Los campos se dividen; casi ya no hay puesto para los indiferentes. Oís decir a veces que todos los grandes hombres contemporáneos no tienen religión. Nada tan estúpido, porque nada es tan falso. Por lo contrario, los *espíritus escogidos,* los más elevados, los más interesados profesan el cristianismo o a él se encaminan.

Huysmáns es reducido a la fe por el arte, y Coppée por el dolor. Bourget se convierte estudiando la psicología de las pasiones; y, lógico sin rival, vencido por su propia razón, Brunnetière pone al servicio de la causa católica una metafísica de tan subido precio como su crítica literaria, una metafísica tan impecable como su erudicción. Sí, el renacimiento de la religión es visible; se manifiesta en las cumbres, y muy pronto hará que se estremezcan los valles.

A vosotros, *hombres*, a vosotros corresponde especialmente acelerar esa renovación de la vida cristiana, esa primavera reparadora que el mundo espera con impaciencia. El hijo de Tarquino el Soberbio sitiaba la ciudad de Gabias y enviaba embajadores a su padre pidiéndole instrucciones. Tarquino no contestó; contentóse con tronchar con su bastón, en su jardín, la cabeza de las adormideras más elevadas. Esto quería decir que, para tomar a Gabias, era preciso empezar por deshacerse de los ciudadanos más influyentes. Esto fué lo que hizo con éxito. Gabias, privada de sus jefes, cayó bajo el yugo de Tarquino. La cabeza de la sociedad es el hombre, sois vosotros, señores. Manteneos firmes en la fe; no os dejéis corromper por la impiedad. Trabajad, por lo contrario, en la conservación y difusión de la idea religiosa, y, al salvar a vuestras almas, salvaréis al propio tiempo vuestros hogares, vuestros hermanos, vuestra patria.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

El camino que vamos a recorrer en dos años

SEÑORES:

Os he anunciado una nueva serie de conferencias dominicales. Habiendo refutado durante dos años las objeciones dirigidas contra la religión en general, entraré ahora en el detalle, proponiéndome, durante otros dos años, refutar las objeciones particulares dirigidas contra la Iglesia, contra su Fundador, contra su fundación y su historia. El campo que vamos a explorar es inmenso; mas antes de emprender este gran viaje, bueno será preguntarnos qué debemos pensar de las objeciones contra la religión católica y contra su divino Fundador.

I. Qué debemos pensar de las objeciones contra la religión católica.

Nada mejor podría hacer que poner aquí ante vuestros ojos el fragmento siguiente tomado de las cartas

de Ozanam: "Querido amigo, las dificultades de la religión son como las de la ciencia: no se acaban nunca. Mucho es que soluciones algunas, pero no bastaría a agotarlas una vida entera. Para resolver todas las cuestiones que pueden suscitarse contra la Sagrada Escritura, sería preciso conocer a fondo todas las lenguas orientales. Para responder a todas las objeciones de los protestantes, sería preciso poder estudiar en sus últimos detalles, la historia de la Iglesia, o mejor, la historia universal de los tiempos modernos. Así, pues, jamás podréis responder a todas las dudas que vuestra imaginación activa e ingeniosa no cesará de desenterrar para tormento de vuestro corazón y de vuestra inteligencia. Felizmente, Dios no concede la certeza a precio semejante. ¿Qué debemos hacer, pues? Hacer en materia de religión lo que hacemos en materia de ciencia; asegurarnos de cierto número de verdades demostradas, y dejar las objeciones al estudio de los sabios. Creo firmamente que la tierra gira; esto no obstante, sé que esta doctrina tiene sus dificultades; pero los astrónomos la explican, y, si no las explican todas, lo por venir hará el resto. Pues lo mismo ocurre con la Biblia; está erizada de cuestiones difíciles; pero las unas fueron resueltas hace ya mucho tiempo, y otras, consideradas hasta aquí como insolubles, han hallado su respuesta en nuestros días. Quedan muchas todavía por resolver; pero Dios las permite para que el espíritu humano esté constantemente alerta y para mantener en actividad a los futuros siglos.

"En cuanto a mí, tras muchas dudas, después de mojar muchas veces de lágrimas de desesperación la almohada, he fundamentado mi fe en un razonamiento que puede proponerse a los francmasones y a los carbonarios. Y así digo que, si todos los pueblos tienen una religión buena o mala, la religión es una necesidad

universal, perpetua, por consiguiente, legítima, humana. Dios, que ha dado esta necesidad, está en el compromiso de satisfacerla. Hay, pues, una religión verdadera. Pues bien, entre las religiones que se dividen el mundo, sin necesidad de largos estudios ni discusiones de hechos, ¿quién pondrá en duda que el cristianismo es soberanamente preferible, el único que conduce al hombre a su destino final? Pero en el cristianismo hay tres Iglesias, la protestante, la griega y la católica, es decir, la anarquía, el despotismo y el orden. La elección no es difícil, y la verdad del cristianismo no tiene necesidad de otra demostración.

"He ahí, querido amigo, el corto razonamiento que me abrió las puertas de la fe. Pero una vez dentro, quedé todo iluminado de una luz nueva, y profundamente convencido por las pruebas interiores del cristianismo. Recurro así a esta experiencia cotidiana que me hace encontrar en la fe de mi infancia toda la fuerza y toda la luz de mi edad madura, toda la santificacin de mis alegrías domésticas, todo el consuelo de mis penas. Aunque toda la tierra renegara de Jesucristo, hay tal poder de convicción en la inenarrable dulzura de una comunión y en las lágrimas que origina, que me haría abrazar la cruz y desafiar la incredulidad de toda la tierra. Pero estoy muy lejos de semejante prueba; por lo contrario, esta fe de Cristo, que se representa como extinguida, ¡cuán fuertemente obra en el corazón del género humano! Quizás no sabéis del todo, querido amigo, lo muy amado que es todavía el Salvador del mundo, y que las virtudes y sacrificios que suscita igualan los de los primeros siglos de la Iglesia.

"Creo en la verdad del cristianismo; y si hay objeciones, creo que se resolverán temprano o tarde. Creo también que algunas no se resolverán jamás porque el cristianismo trata de las relaciones de lo finito con lo

infinito. Todo lo que puede exigir mi razón es que no la obligue a creer en lo absurdo. Ahora bien, no puede haber absurdo filosófico en una religión que satisfizo la inteligencia de Descartes y la de Bossuet."

El mejor buen sentido es el que habla aquí por boca de Ozanam. ¿Qué debemos pensar de las objeciones contra la Iglesia católica? Ya lo sabemos. Estas objeciones, en general, no son insolubles; mas si hay alguna embarazosa, no podría alterar la verdad del cristianismo ni aminorar la fe. Pero en el cristianismo resplandece ante todas cosas su Fundador, Jesucristo, punto de mira de todos los ataques.

II. Qué debemos pensar de las objeciones contra el Fundador de la religión católica.

No hay que asombrarse de ellas, ni desconfiar por causa de ellas; porque Jesucristo es el personaje más discutido y más temido de la historia.

1.° Jesucristo es el personaje *más discutido*. El pintor Juan Beraud expuso en el Salón, estos últimos años, un cuadro que obtuvo un éxito inmenso, realmente merecido. Representa a Jesucristo en el camino del Calvario, cargado con la cruz, con la frente ceñida de una aureola. Un vestido rojo cubre su cuerpo enteramente ensangrentado. En torno suyo caminan las santas mujeres, abismadas en el dolor y en las lágrimas. Detrás de Jesús, a la izquierda, la muchedumbre tumultosa de sus enemigos, figuras horribles, que recuerdan perseguidores que podríamos nombrar, pues los conocemos, ya que vemos en ellos los más notorios de nuestros perseguidores actuales: francmasones y judíos, diputados inspiradores de leyes criminales, escritores desleales, intelectuales en delirio, y aun una

mundana desvergonzada que sonríe en son de burla. Es la muchedumbre de los malditos; es la porción del género humano que detesta a Jesucristo. Esclavos del orgullo, de la lujuria, de la codicia; insultan a la santa víctima; los unos la amenazan con gestos de furor, los otros parecen vomitar contra ella groseras injurias; éstos recogen piedras para lapidarla, aquéllos se mofan de ella con desdeñosa frivolidad. Se adivina que Satanás es su jefe. Al otro lado, a la derecha y frente a Jesús, el grupo sereno, respetuoso, suplicante, de los amigos de Dios. En primer término, un anciano moribundo, asistido por un sacerdote, que le muestra el consolador supremo; luego, un huérfano y un soldado, sostenido por una Hermana de la Caridad, conducidos al Soberano Maestro; mendigos y prisioneros ruegan a Jesús que los proteja; jóvenes esposos le piden que los ayude a cumplir su misión bendita.

El cuadro de Juan Beraud, señores, resume muy bien la historia del mundo. Vense en él individuos y pueblos agrupados en torno de Jesucristo, como testigos que deponen en pro o en contra de Él. Amar o atacar a Jesucristo; he ahí la disyuntiva. Jesucristo es el personaje más discutido. Haríamos mal en asombrarnos por las muchas objeciones dirigidas contra Él. Jesucristo es el signo de contradicción colocado por Dios en el centro de las generaciones humanas; pueden maldecirlo, pero no pueden evitarlo. Ahora bien, ¿cómo debemos acoger las objeciones de que es objeto? Con desconfianza, porque, en general, los que le atacan, le temen. Casi nunca son desinteresadas sus recriminaciones.

2.º Jesucristo es el personaje *más temido*. ¡Impone misterios tan profundos, preceptos tan crucificadores, prácticas tan molestas!... Le tienen miedo. Y así, ¿qué

es lo que no inventan, qué es lo que no hacen para desacreditarlo, para reducirlo al silencio, para aniquilarlo, si posible fuera? Se invoca la crítica, la ciencia, la historia. Se buscan argumentos por todas partes; a veces se forjan dificultades puramente imaginarias. Un ejemplo entre mil. Hace algunos años, en Noviembre de 1895, el sabio orientalista belga M. de Hazler, dirigía al *Patriote de Bruxelles* la carta siguiente:

"Muy distinguido Sr. Director:

"Seguramente no se ha extinguido todavía el ruido que hizo el año pasado el descubrimiento de una vida desconocida de Jesús por un sabio ruso llamado Notovich, en un viaje al Tibet. Lamas generosos confiáronle un manuscristo pali, en el cual un autor desconocido, pero ciertamente verídico, refería que el niño Jesús se escapó de la casa paterna y de Galilea, llegó a la India, en donde vivió hasta la edad de treinta años, y estudió allí las doctrinas de los bramanes y de los discípulos de Buda. De ellas sacó los principios de sabiduría que constituyen el honor de la religión que predicó durante los tres últimos años de su vida. Así se explica igualmente el misterio que envuelve esta parte de su vida.

"No era muy difícil hacer resaltar a los ojos de todo el mundo las inverosimilitudes que hacían en alto grado sospechoso el relato de M. Notovich. Pero los librepensadores, que hallaban su viña en esa supuesta revelación, la elevaban a las nubes, y sus gritos de triunfo, ponían en grave aprieto a los creyentes poco familiarizados con las lenguas orientales. Hoy los más tímidos pueden tranquilizarse. Algunos ingleses que no querían someterse al imperio de la duda, dirigiéronse al Tibet, interrogaron a los lamas, y, con voz unánime, los bonzos tibetanos declararon a sus visitantes que ninguno de ellos vió jamás personaje alguno llamado Notovich, y que la vida de Jesús, de la cual hablaban, les era enteramente desconocida.

"El sabio ruso engañó sencillamente a sus lectores. Este hecho ha sido anunciado al público europeo, no por la voz de un católico, sino de un célebre lingüista y profesor de Oxford, Max Muller, protestante racionalista, y M. Notovich, denunciado al mundo entero por modo tan solemne, no ha tenido más remedio que refugiarse en la sombra y guardar el más profundo silencio.

"No es este el primer ataque a la roca en que se asienta la Iglesia que hiere de rechazo al que lo emplea, y, ciertamente, no será el último; pero bueno será mostrar al mundo creyente y al incrédulo los medios de que se valen los que intentan destruir la obra divina de Jesucristo. En todos los casos de esta índole, el primer sentimiento en que debemos inspirarnos es la confianza; porque los Notovich son una raza fecunda.

"Vuestro afmo.

"C. DE HARLEZ"

Señores, Jesucristo es el personaje más temido, y los hombres que le temen ya no saben que objeciones inventar contra El. Desconfiemos de ellos. En cuanto a las objeciones serias procedentes de una duda sincera, o de una ignorancia involuntaria, las atacaremos con lealtad, y con la gracia de Dios, procuraremos resolverlas. No tengáis miedo.

Hoy os invito a depositar a los pies de Jesucristo el homenaje de vuestra fe y de vuestra adoración. Hace algunos años, en Bona, en las orillas del Rhin, dirigíase un cirujano a operar a un campesino que tenía un cáncer en la lengua. "Poniendo las cosas en su punto—dijo el cirujano al campesino—tendrás que conformarte, amigo mío, con la idea de que, después de la operación, no podrás hablar. Así pues, si tienes que manifestar algún deseo, o dirigir algunas palabras a quienquiera que sea, hazlo ahora. Piensa que serán las últimas palabras que pronuncies en tu vida. Después de la operación, quedarás mudo." Todos esperaban ansiosos. El campesino bajó un instante la cabeza, y de repente pronunció estas palabras: "¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!" Una viva conmoción se apoderó de todos; llenáronse de lágrimas los ojos del cirujano. Hizo la operación; salió bien, y el hombre quedó mudo.

"¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!" ¡Sean estas nuestras últimas palabras!

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La Biblia es una historia inventada y legendaria

SEÑORES:

La vida de la Iglesia y de Jesucristo, su divino Fundador, hunde sus raíces en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y las objeciones de la incredulidad son numerosas y violentas contra la Biblia y el Evangelio. Si pudieran desacreditar y arruinar estos dos libros augustos, creerían que el catolicismo estaba muerto. Aceptemos la batalla en este terreno.

"Para resolver todas las cuestiones que pueden suscitarse contra la Sagrada Escritura—dice Ozanam,—sería preciso conocer a fondo todas las lenguas orientales." No poseo esa ciencia; pero puedo y debo responder a ciertas objeciones generales que se oponen de ordinario a nuestros sagrados Libros. Muchos que jamás los han leído, o que no los han estudiado más que superficialmente, se permiten condenarlos con una sola palabra, y así, se les oye decir con un aplomo que impone a la galería: "La Biblia es una historia inven-

tada y legendaria." Discutamos hoy esta objeción, que tiene en su contra el testimonio de los pueblos más notables, de los hombres más serios, de los sabios más autorizados.

I. La Biblia es una historia inventada y legendaria. No es esto lo que dicen los pueblos más notables.

En primer lugar, el *pueblo judío* creyó siempre en la autenticidad de la Biblia. Creyó en el relato de la creación, del diluvio, de la vocación de Abraham. Creyó en el paso del mar Rojo y del Jordán a pie enjuto. Creyó en la estancia de cuarenta años en el desierto y en el maná caído del cielo, en la toma de Jericó y en el combate de Gabaón. Creyó en la historia de sus jueces y de sus reyes, en los oráculos de sus profetas. Todavía más. En el reinado de Roboam, sabéis que el pueblo judío se dividió en dos partes enemigas, llamadas reino de Judá y reino de Israel. Pues bien, la Biblia se conservó en su integridad inmutable; fué respetada, venerada, creída, por los dos partidos, por Israel y por Judá. Ahora, señores, me dirijo a vuestro buen sentido: si la Biblia no es más que una fábula, ¿cómo pudo todo el pueblo judío darle su fe? ¿Cómo los judíos pudieron admitir como real la historia de su país, si esta historia no era más que una ficción? ¿Cómo pudieron creer en sus profetas, si sus profetas no existieron? Si se admite que la Biblia es una simple novela, cuyos acontecimientos y personajes son una ficción, no hay certeza posible, hay que dudar de todo lo pasado, de los hechos históricos mejor comprobados, de la existencia de Carlomagno y de Napoleón, de Luis XIV y de Luis XVI, y quizás llegue un día en que se levante en una Academia un señor cualquiera de la especie de Strauss y de Renán, y se atreva a afirmar que la torre

Eiffel y las de Nuestra Señora de París no existieron jamás, sino que fueron símbolos forjados por la fantasía popular. Pero notad, señores, que el pueblo judío no es el único que cree en la Biblia.

Puede decirse que la Biblia es el *libro de todos los pueblos*. Los libros sagrados de otras religiones son libros de una secta, de una época, de un país.

Los Vedas sólo se conocen en la India. Los libros de Confucio sólo circulan entre los chinos. El Corán no es popular más que entre los turcos. Traducidos al francés todos esos libros, duermen en las bibliotecas del Estado, en donde los consultan algunos raros sabios sobrados de tiempo para ello. La Biblia, por lo contrario, es, desde tiempo inmemorial, traducida y leída en todas las lenguas. Es el libro del hombre en todos los tiempos y lugares del mundo. Hace ya seis mil años que es el puro alimento del género humano. Roma la tiene abierta en el seno de sus Concilios, y América en medio de sus Congresos. Inglaterra carga de ella sus navíos. Estaba sobre la cabeza del soldado ruso muerto en Sebastopol y en la mochila del soldado prusiano muerto en Gravelotte o en Beaune-la-Rolande. He ahí la Biblia. Si no fuera más que una historia inventada y legendaria, los pueblos más notables, que besan amorosamente su texto, serían juguete de una ciega ilusión, de una grosera superstición. Teniendo que elegir, prefiero formar en el partido que cree en la Biblia que en el de ciertos espíritus fuertes que carecen de sentido común.

II. La Biblia es una historia inventada y legendaria. No es esto lo que dicen los hombres más serios.

Los hombres más serios consideran la Biblia como un prodigio *en el orden de la verdad,* pues conprueban

que la Biblia forma un todo magnífico, a pesar de ser obra de muchos autores, diferentes por el origen, la época, el estilo y el objeto, y a pesar de que se sucedieron en el curso de uno de los más largos períodos históricos de que tengamos recuerdo exacto. Comprueban además que estos escritores se prestan el uno al otro el mutuo apoyo del testimonio, citándose, completándose y comentándose; y en presencia de semejante armonía, dicen: La verdad está aquí. La Biblia es un prodigio en el orden de la verdad.

Los hombres más serios consideraban la Biblia como un prodigio *en el orden del bien*. Apelamos a la Biblia, y con razón, porque nos revela el tipo, nos da los principios y nos propone los ejemplos de la santidad. La Biblia es santa. Es este un hecho de experiencia. La lectura de este libro sagrado ejerce sobre el alma una eficacia, un poder que no conocen las producciones más estimables del genio humano. Abrid la Biblia por cualquiera de sus páginas, leed atentamente el primer capítulo que salte ante vuestros ojos, y al sentiros invadidos inmediatamente de un aroma procedente del cielo, os diréis: La justicia y la santidad están aquí. La Biblia es un prodigio en el orden del bien.

Los hombres más serios consideran la Biblia como un prodigio *en el orden de la belleza*. Por confesión de todos los críticos, no hay libro más rico y variado; todos los géneros literarios están tratados en él, y en ninguna parte están representadas la poesía y la prosa por páginas más acabadas. No hay poeta profano que haya escrito trozos como el Cántico de Moisés, los Salmos de David, el libro de Job. Aun despojadas de su vestido original y traducidas literalmente a idiomas fríos, o por lo menos extraños al genio oriental; aun empobrecidas y desfiguradas por una doble, por una triple tortura, las ideas bíblicas tienen todavía la vir-

tud de producir en nosotros la conmoción de lo sublime. Recorred la Biblia, desde estas solemnes palabras que abren el poema de la Creación: "Hágase la luz; y la luz fué hecha", hasta el grito conmovedor de los Macabeos dispuestos a sepultarse bajo las ruinas de su patria deshonrada: "Muramos sencillamente", y en todas partes, sobrecogidos de admiración, conmovidos hasta derramar lágrimas, diréis: Lo sublime está ahí. La Biblia es un prodigio en el orden de la belleza.

La Biblia es un prodigio en el orden de la verdad, en el orden del bien, en el orden de la belleza. Es la confesión de los más ilustres espíritus de que se honra el género humano. El poeta La Fontaine, conducido por su amigo Racine al oficio de maitines durante la Semana Santa, abre distraidamente la Biblia por la profecía de Baruch. Pónese a leerla... y de repente, embriagado por las bellas cosas ignoradas hasta entonces, exclama a voz en grito, con gran escándalo de la concurrencia: "¡Qué genio el de Baruch!" Luego, no se cansaba de decir a los que encontraba: "¿Habéis leído a Baruch? ¡Es un gran genio!" El ilustre protestante Guizot escribió: "He leído y releído los libros santos; siempre me sentí sobrecogido al leerlos de una impresión enteramente diferente de la curiosidad o de la admiración; me sentía dominado por la impresión de de un aliento procedente de algo distinto del hombre..." Y Lacordaire, caracterizando la debilidad de los naturales de nuestros días, dice: "La muchedumbre se arroja sobre los más viles pastos, y el primer libro que se presenta ocupa el lugar de la Biblia, como el primer charlatán, el de Jesucristo. Allí donde la razón no está sostenida por los libros santos, pierde el hábito de elevarse a las alturas." No acabaríamos nunca si quisiéramos tan sólo citar los hombres de genio o de talento, los discípulos y apóstoles de la verdad, del bien y de

la belleza, todos los personajes serios y graves que han celebrado la verdad, la belleza, la fecundidad de la Biblia.

III. La Biblia es una historia inventada y legendaria. No es esto lo que dicen los sabios más autorizados.

Los sabios menos religiosos hace ya un siglo que pasan el tiempo interrogando, comentando, manejando la Biblia. El viejo libro que Voltaire creía haber hecho trozos, alienta trabajos que toman cada vez más un aspecto colosal. Historia, arqueología, geografía, lingüística, de todo se hecha mano para comentar el monumento sin igual que los siglos nos transmitieron como un sagrado depósito. El mundo incrédulo gira en torno de la Biblia, intentando convencerla de error, pero no lo logra. Por lo contrario, los descubrimientos de los tiempos modernos son una confirmación de los relatos bíblicos.

Los historiadores y los geógrafos vense obligados a confesar que ningún libro está de acuerdo, tanto como la Biblia, con los datos generales de la historia, con las épocas, las costumbres, las instituciones, los monumentos..., y que sólo la Biblia explica e ilumina las tradiciones desfiguradas de los pueblos antiguos, las tinieblas más profundas de la historia.

Los arqueólogos, a quienes su infatigable ardor impulsa al desierto en busca de los monumentos desaparecidos, de los esqueletos de lo pasado, se asombran de ver que cada piedra les habla un lenguaje bíblico. Tocan con el dedo la realidad de la torre de Babel, de la torre de David, del templo de Salomón, del templo de Samaria, los nombres y los hechos consignados en el sagrado texto.

Los asiriólogos y los egiptólogos hace ya cien años

que vienen practicando descubrimientos maravillosos, por ejemplo, Champollión, ese cristiano eminente, que tenía la costumbre de hacer el signo de la cruz cuando descubría algún precioso papiro, ese sabio prodigioso, que sólo contaba treinta y dos años cuando dió a conocer a la Academia de Inscripciones, estupefacta y arrobada, la clave de los geroglíficos; Champollión descifra en las murallas del templo de Karnak, en Egipto, el retrato de Roboam, rey de Judá, vencedor del rey de Egipto Sesuch, el Sesac de la Biblia... y confirma en varias ocasiones el perfecto acuerdo de la Biblia con los monumentos egipcios.

Escuchad, señores, sobre esto las últimas conclusiones de la ciencia formuladas en *la Biblia y los descubrimientos modernos,* de Vigouroux, parte V, libro II, capítulo VII: "Sí, los caldeos y los asirios se han alzado en su tumba, y nos han dicho que la historia de la creación del mundo, tal como nos la refiere Moisés, es una tradición primitiva del género humano; que la tabla etnográfica del Génesis es la verdadera geografía primitiva; que el relato de la torre de Babel es el relato de un acontecimiento auténtico; que la Caldea es la verdadera patria de Abraham; que los reyes de Nínive y de Babilionia hicieron la guerra a Israel y a Judá, como leemos en los libros de los Reyes y de los Paralipómenos; que Ezequiel y Daniel vivieron, profetizaron y escribieron en Caldea, en las orillas del lago de Chobar, o en la corte misma de Nabucodonosor, vencedor de Jerusalén... Hemos comprobado, y, siempre que la comprobación ha sido posible, la asiriología y la egiptología nos han respondido: La Biblia dice la verdad; Jesucristo nos lo había prometido. Si los hombres se callan, hablarán las piedras y reclamarán en favor de la verdad. ¡Sea por siempre bendito por ello nuestro Señor Jesucristo!"

Así, pues, señores, si oís decir que la Biblia no es más que una historia inventada y legendaria, en el nombre de los pueblos más notables, de los hombres más serios, de los sabios más autorizados, protestad indignados. Noventa y nueve veces contra una, los que atacan nuestros libros santos no los han leído, son puros ignorantes. La Biblia tiene en favor suyo el género humano inteligente y honrado. Creyendo la Biblia, vamos en buena compañía. No nos separemos de ella.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

¡Pero hay en la Biblia tantas inverosimilitudes...!

SEÑORES:

La vida de la Iglesia y de Jesucristo, su divino Fundador, reposa en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Se ataca a la Biblia. La defendemos, y ya hemos demostrado que no es una historia inventada y legendaria. Pero insisten y dicen: ¡Hay en la Biblia tantas inverosimilitudes...! Con frecuencia se os arrojan al rostro las inverosimilitudes de la Biblia. Preciso es que podáis explicarlas. Y, en efecto, se explican:

I. Por la naturaleza de este libro extraordinario.

La Biblia es un libro *antiquísimo*. Abarca un período de 4000 años, y nos hace remontar al origen del mundo. ¿Qué de extraño es que nos diga cosas que nos parecen inverosímiles? Mirad, entre los acontecimientos de ayer, los hay que parecen inverosímiles. Las victorias de Napoleón sobre Europa cinco veces coli-

gada contra él, son inverosímiles. Leed en particular su campaña de 1805. En veinte días transporta su inmenso ejército de Bolonia a Alemania; pasa el Rhin, luego el Danubio, y hace capitular la ciudad de Ulma; entra en Viena, y el 2 de Diciembre riñe con rusos y austriacos la inmortal batalla de Austerlitz, inmediatamente seguida del tratado de Presburgo. Sin caminos de hierro y sin telégrafo, todos estos hechos asombrosos son ejecutados en menos de dos meses. Son incomprensibles, pero la historia no es discutible. Data de un siglo apenas; y si encontramos la inverosimilitud en hechos ocurridos ayer, ¿cómo asombrarse de encontrarla en hechos que nos señala la Biblia, y que ocurrieron hace ya 3, 4, 5, o 6.000 años...? Además,

La Biblia es un libro *complicadísimo*. Se compone de cien relatos diferentes, escritos por veinte autores diferentes sobre los más variados asuntos. No siempre es fácil de entender. Al leerla, hay que tener presente: 1.º *errores de copistas,* que pudieron desfigurar algunos pasajes, sin dañar, con todo, la autoridad del libro mismo; 2.º la *manera oriental* de hablar y de escribir, que da a veces a simples acontecimientos proporciones sorprendentes; 3.º *la libertad de interpretación* que nos deja la Iglesia.

La Biblia entera fué inspirada por Dios, es decir, Dios la hizo escribir y ayudó a escribirla; por consiguiente, debemos respetar todo el texto. Pero Dios, que todo lo inspiró, no enseña siempre, ni lo reveló todo, por lo cual nosotros no tenemos que responder a todo con un acto de fe. "Sobre las materias que no se relacionan con el dogma ni con la moral, que no son de necesidad de fe—dice León XIII,—permitido fué a los Padres sustentar diversas opiniones; esto también nos es permitido a nosotros." Por consiguiente, podemos discutir con libertad todos los textos relativos

a historia, a geografía, a arqueología, a cronología, etc. Ni siquiera la Iglesia ha condenado a autores católicos que tuvieron la temeridad de no ver más que una alegoría en el relato de la tentación de Eva, en la aventura de Jonás, en la burra de Balaam, en los demonios de Job, en la longevidad de los patriarcas.

Con frecuencia la Biblia no es bien entendida, y le atribuimos dificultades gratuitas, inverosimilitudes que no existen más que en nuestra imaginación. Notemos, finalmente, que

La Biblia es un libro *especialísimo*. Nos refiere la historia del pueblo judío, que tenía una misión particular, la misión de preparar la venida del Mesías. Una multitud de acontecimientos asombrosos sobrevenidos en Judea eran la representación, la profecía de la vida de Jesucristo; por consiguiente, entrañaban una verdad histórica y un misterio. Por ejemplo, el cordero pascual, la serpiente de bronce figuraban a Jesucristo, víctima y salvador; Jonás simboliza la resurrección. Dios, que debía poner en Judea la cuna del Redentor, intervenía sin cesar en la historia de la nación judía. Preserva a su pueblo, y lo recompensa y lo castiga visiblemente; lo gobierna en cierto modo personalmente. Esto es capital. Las inverosimilitudes de la Biblia se explican.

II. Por la intervención de Dios.

Los que no quieren creer en la intervención de Dios en los asuntos humanos se mofan agradablemente de los milagros de la Biblia, que llaman inverosimilitudes. En el siglo XVIII, Voltaire, que corrompió a nuestros abuelos, se burló grandemente de muchos hechos referidos por los escritores sagrados. En el siglo XIX, Renán, que corrompió a nuestros padres, imitó y acen-

tuó los mismos procedimientos de irreverencia y de blasfemia. Voltaire se mofó de la Biblia; Renán intentó explicarla. Para Renán el humo y la llama del Sinaí no fueron más que un fuego que Moisés encendió en la montaña y coincidió con una violenta tempestad... La columna luminosa que precedía al pueblo de Dios en el desierto era una antorcha que llevaban delante de la caravana... La faz iluminada de Moisés, cuyo esplendor con dificultad se sostenía, no era más que una gran rubicundez..., etc. Renán toma la Biblia en sus manos enguantadas y crispadas, la tortura, la desnaturaliza, la desfigura. En verdad que fundir a semejante hombre en bronce y elevarle una estatua, es ultrajar al buen sentido tanto como a la religión. Dejemos que Voltaire y Renán se burlen o supriman los milagros de la Biblia. Nosotros creemos en ellos, porque creemos en la intervención de Dios *en la historia humana y, en particular, en la historia del pueblo judío.* Creemos que el hombre se agita y Dios le guía. Creemos que, cuando Dios interviene, la verdad puede a veces no ser más que verosímil.

Cierto día, *el* 8 *de Mayo de* 1429, aquí, en Orleáns, una joven de dieciocho años venció a los ingleses; se impuso al respeto y a la obediencia de los soldados y de los caballeros franceses; sostuvo contra los invasores de la patria una campaña militar impecable, coronada por la consagración del rey en Reims, y terminó su vida heroica con una muerte más heroica todavía. Esto es inverosímil , y sin embargo de ello, es verdad. La intervención de Dios explica la historia de Juana de Arco. Pues bien, así pueden explicarse casi todas las inverosimilitudes de la Biblia.

La historia del *diluvio,* dicen, es imposible, inverosímil. Dispensadme. El hecho del diluvio era posible a Dios, y se explica por su intervención. ¿Es que Dios, dueño

de los elementos, no podía castigar con un diluvio al género humano corrompido? Por otra parte, la existencia del diluvio está confirmada por los datos de la ciencia y por las tradiciones de todos los pueblos.

La historia de la torre de *Babel,* dicen, es imposible e inverosímil. Dispensadme. El hecho de Babel es posible a Dios, y se explica por su intervención. ¿Es que Dios, dueño de los hombres, no podía castigar a sus orgullosas criaturas confundiendo sus lenguas? Por otra parte, la filología, o ciencia de las lenguas comparadas, justifica el hecho de la dispersión de los pueblos y nos revela aun la región de donde partieron. La arqueología ha descubierto en Babilonia el emplazamiento de la torre de Babel.

Pero la historia de *Josué* deteniendo el sol, ¿no es imposible e inverosímil? ¿Cómo Josué pudo detener el sol, si el sol no camina? Josué habló sencillamente como se hablaba en su tiempo y como se habla todavía en el día de hoy, cuando se dice que el sol sale y el sol se pone. Josué no detuvo el sol, ni siquiera detuvo la tierra; únicamente obtuvo del Señor que la luz del día continuase milagrosamente el tiempo necesario para poner en fuga a los enemigos de Dios. ¿Es que Dios, dueño de las leyes de la naturaleza no puede modificarlas según su voluntad?

En resumen, todos los milagros contenidos en la Biblia eran indispensables para preservar y gobernar al pueblo hebreo y para mantenerlo fiel a su misión. Fueron reales, porque siempre fueron creídos por el pueblo judío, pueblo inteligente y poco crédulo. Son posibles, porque Dios es infinito en su bondad, en su sabiduría y en su poder. Las inverosimilitudes de la Biblia se explican por la intervención de Dios... y, finalmente,

III. Por la diferencia de tiempos y lugares.

Si juzgamos con nuestras ideas presentes y locales épocas y países remotos, corremos gran riesgo de no entender nada de ellos, y ver inverosimilitudes allí donde no hay más que desemejanzas. Por ejemplo, hoy, entre nosotros, *la vida política* no puede ser más compleja. Hay que contar con masas de muchos millones de electores, que obedecen a las impresiones más extravagantes, y a veces, al impulso del más obscuro periodista. Se engañaría groseramente quien, con nuestras ideas políticas modernas juzgara los gobiernos de Atenas, de Roma o aun de Luis XIV. Hoy, el *trabajo manual* se ejecuta con ayuda de potentes máquinas que un niño puede conducir y hacer el trabajo de muchos centenares de hombres. Con el último tipo de sierras, un obrero produce hoy sin fatiga la madera de 18 millones por día de cerillas, en tanto que con el sistema primitivo apenas hubiera podido preparar diariamente algunos millares al precio de una labor sumamente penosa y peligrosísima. Se engañaría groseramente quien juzgara al obrero de hace veinte siglos, o solamente al obrero de hace ochenta años, sin tener presente la dulcificación del trabajo manual por la máquina, a la que reservan los trabajos más rudos y repugnantes, comenzando por la molienda del grano. Hoy, *las distancias* se acortan por el invento de nuevos modos de locomoción y de transmisión del pensamiento. En la Edad Media, se necesitaban veintitrés días para ir de Florencia a París, y actualmente veintiocho horas. En 1793, la noticia de la ejecución de María Antonieta necesitó nueve días para llegar a Viena; actualmente bastaría dos o tres horas. Se engañaría groseramente quien juzgara lo pasado sin poner atención en la rapidez de las comunicaciones, que

es un fenómeno enteramente moderno, lo cual reduce en proporciones prodigiosas el espacio. No, señores, no juzguemos con nuestras ideas de hoy y nuestras costumbres locales, el mundo de otras épocas, el mundo judío, el mundo primitivo. Se habla en la Biblia de hombres de una talla extraordinaria llamados *gigantes* por Moisés. ¿Es esto inverosímil? En manera alguna. Ya no vemos gigantes, pero todas las historias antiguas nos dicen que los hubo, y no tenemos motivo alguno serio para discutir sobre este punto el relato de la Biblia. Se dice que los primeros hombres gozaban de una *longevidad* de ochocientos y novecientos años. ¿Es esto inverosímil? En manera alguna. El hecho de esta longevidad está mencionado, no solamente en la Biblia, sino también en los anales de todos los pueblos. Se habla en la Biblia de *Babilonia*, la ciudad más grande de los tiempos antiguos, y de Nínive, que tenía 7 leguas de largo por 18 de circunferencia. ¿Es esto inverosímil? En manera alguna. Semejantes proporciones nos asombran, pero son posibles, y los descubrimientos arqueológicos que nuestros cónsules han hecho en la región de Mosul, confirman el relato bíblico. ¡Ah, señores!, si amoldamos lo pasado a nuestras ideas actuales, ¿qué se dirá de nosotros dentro de treinta o cuarenta siglos, cuando se juzguen con las ideas de lo por venir los acontecimientos de la hora presente? ¿Qué se dirá de nosotros y cómo nos juzgarán dentro de treinta o cuarenta siglos cuando se lea en las tablillas de la historia que, en la aurora del siglo XX, santos religiosos y santas religiosas, saludados por todas las personas honradas como la parte más escogida del género humano, fueron arrojados de sus casas, llevados ante los tribunales y privados de su domicilio, como viles criminales, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad? Evidentemente, lo por ve-

nir no podrá comprender semejantes inverosimilitudes... pero estas inverosimilitudes son actualidades dolorosas y opresoras realidades. Sepamos distinguir tiempos y lugares, y muchas inverosimilitudes desaparecerán de la Biblia, mejor conocida y más rectamente juzgada.

Un gran poeta inglés, Byron, hablando de la Biblia, dice: "Quien abra este libro para reir o blasfemar, más le valiera no haber nacido." Meditemos estas palabras. Aun cuando nos fuera imposible explicar todas las dificultades de detalle que puedan encontrarse en la Biblia, no por ello sería este libro menos admirable, único, divino. En cuanto a nosotros, continuaremos besando amorosamente su texto sagrado, y viendo en él la base inquebrantable de nuestra fe.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La Biblia está en contradicción con la ciencia

SEÑORES:

Todavía he de daros una conferencia sobre la Biblia. El asunto lo merece. No conocemos la Biblia, y en ello consiste nuestra falta. Por medio de ella conservaron los protestantes lo que tienen de savia religiosa, y ella es la que ha dado a los boers esa vida y ese vigor cristianos que los han convertido en héroes. Voy a responder hoy a un reproche que se dirige a la Biblia: se la acusa de estar en contradicción con la ciencia. ¿Es esto verdad? No.

I. Siento dos principios.

Sostengo: 1.° Que la Biblia no es un libro científico; 2.° que la ciencia no es siempre infalible.

1.° *La Biblia no es un libro científico.*

Para darse el gusto de censurar a la Biblia, se le

atribuyen pretensiones que no tiene y enseñanzas científicas que no son de su competencia. Tened esto muy presente, señores. La Biblia no es un libro científico. No tiene un *fin* científico. La Biblia es un libro de la historia religiosa que nos revela lo que debemos creer y practicar, el dogma y la moral. Escuchad las hermosas palabras del sabio cardenal Baronio: "La intención de la Sagrada Escritura—dice—consiste en enseñarnos cómo se va al cielo." Sería, pues, absurdo querer buscar en la Biblia lecciones de astronomía, de física, de geología. La Biblia no tiene un fin científico. Por consiguiente, tampoco tiene un *lenguaje* científico. La Biblia, hecha para acreditar la moral y la religión, y no para enseñar la cosmografía o guiar una oficina de longitudes, emplea el lenguaje popular, y sólo incidentalmente habla de las cosas del universo, según las apariencias sensibles, y de conformidad con los usos recibidos. No tiene, pues, la precisión técnica de un libro de química. Para ser comprendida de todos debió expresarse como nos expresamos de ordinario, y decir como nosotros que el sol sale y el sol se pone, sin dar para esto una teoría científica. Por otra parte, los sabios más autorizados, nuestros más célebres profesores de facultad, fuera de su cátedra proceden del mismo modo; hablan como todo el mundo, y nadie los tacha de error. La Biblia no es un libro de ciencia. Mas a este primer principio añado otro, que es igualmente de la más alta importancia,

2.º *La ciencia no es siempre infalible.*

Para darse el gusto de decir que la Biblia se equivoca, dirígense a la ciencia y le hacen pronunciar muchos oráculos que no son tales. *Cuando sale de su terreno propio;* cuando, por ejemplo, con sólo los datos de la experiencia, quiere resolver el problema de los orígenes,

problema del deber, el problema del destino, se engaña, promete más de lo que puede dar, y como con exactitud se ha dicho, se declara en quiebra. *Y aun cuando permanece en su terreno propio,* también engaña la ciencia, no pocas veces. La prueba de que engaña es que varía, no solamente de un siglo a otro, sino cada veinte o veinticinco años. ¿Os asombráis? Pues no digo más que la pura verdad. En muchos puntos la ciencia de hoy no es ya enteramente la ciencia de anteayer, ni siquiera la de ayer. Hace treinta y cinco años, nuestros profesores nos enseñaban en el Gran Seminario a refutar la teoría de la generación espontánea, que estaba entonces en su apogeo, y la oponían victoriosamente al dogma bíblico de la creación. Pasteur, el inmortal Pasteur, se levantó, y aniquiló para siempre semejante teoría, de la cual ya no se atreven ni siquiera a hablar los sabios. Hace solamente diez años, el sistema darwinista o del evolucionismo, era un sistema intangible, indiscutible, al cual nadie tenía el derecho de tocar, y en nombre de este sistema científico se atacaba de falsedad la primera página del Génesis. Hoy se vuelve sobre él. En una sabia memoria sobre la Exposición universal de 1900, M. Picard, comisario general, presenta como introducción una exposición magistral del estado de las ciencias, y, con relación al darwinismo y a la plasticidad de las especies, confiesa que las hipótesis del tronco común para todas ellas "no parece capaz de una verdadera demostración." Estamos en el caso de repetir las palabras de Arago: "No hay muchas verdades científicas... que sean verdaderas más que un siglo, y aun son las más verdaderas." En resumen, la ciencia rara vez es infalible. Las supuestas certezas en física, en astronomía, en geología, en lingüística, no son, por lo regular, más que problemas o hipótesis, y, con frecuencia, lo que se opone a la verdadera

religión y a la Biblia no es la verdadera ciencia, sino dudas más presuntuosas que sabias, explicaciones más ingeniosas que seguras, descubrimientos que mañana serán errores. Admitidos estos principios,

II. Entro en ciertos detalles.

La Biblia enseña que *Dios creó el mundo en seis días*. Pues bien, se dice, esto es contrario a la ciencia. No, esto no es contrario a la ciencia, sino simplemente a los tontos que no comprenden la Biblia, y a los charlatanes que explotan la ciencia.

Las palabras mañana y tarde de que se sirve la Biblia están tomadas en el sentido del principio y el fin, a la manera como nosotros decimos la mañana y la tarde de la vida; y la palabra día está tomada en el sentido de período más o menos largo, como lo enseñaron, hace ya más de mil quinientos años, los Padres de la Iglesia y los Doctores de la Edad Media. Bossuet no vacila en decir: "Dios, después de hacer primeramente algo así como el fondo del mundo, quiso hacer el ornamento del mismo en seis diferentes progresos, a los cuales le plugo llamar seis días." ¿Quiere la ciencia que esos seis días duraran millones de siglos? La Biblia no se opone a ello. Entre la Biblia bien comprendida y la verdadera ciencia, no hay contradicción.

La Biblia enseña que *la luz fué creada antes que sol*; la luz el primer día, el sol el cuarto. Esto es contrario a la ciencia, decía Voltaire, que no sabía gran cosa sobre el artículo ciencia, y repiten, después de él, sabios del vigesimoquinto orden, que tanto conocen la ciencia como la Biblia.

La objección es fútil. Un niño podría resolverla. Todos los libros y todas las escuelas demuestran con la mayor certeza que la luz pudo existir antes que el sol,

por cuanto es independiente del sol, ya que la encontramos en la electricidad, en el carbón de piedra, en el acetileno, en las venas del guijarro, por todas partes en la naturaleza. Y también, cosa curiosa, examinando de cerca los yacimientos de hulla, comprueba la ciencia que estos yacimientos fueron formados por plantas antiguas apenas coloreadas, que crecieron a la sombra, sobre las cuales no obró el sol directamente. La flora hullera, caracterizada por la ausencia de colores, parece demostrar que el sol es posterior a la aparición de la luz. Entre la Biblia bien comprendida y la verdadera ciencia, no hay contradicción.

La Biblia enseña que *el hombre fué creado por Dios, y que todas las razas humanas descienden de un solo tronco y de un tipo único.* No, se dice, eso es contrario a la ciencia. El hombre desciende del mono; los blancos, los amarillos y los negros no tienen el mismo origen.

¿Dice esto la ciencia? ¿Es la ciencia la que dice que somos monos perfeccionados, y que la raza blanca, la negra y la amarilla no constituyen una sola y misma familia humana? ¿Es la ciencia la que desprecia así al género humano? No, señores; tranquilizaos. Cuando ciertos farsantes niegan que pertenezcan a la misma raza que los negros, y proclaman con orgullo que circula por sus venas sangre de mono, no vayáis a creer que la ciencia entra aquí por algo. No quieren ser hermanos de los negros, porque lo enseña la Biblia, y se enorgullecen de ser hijos del mono, porque la Biblia lo niega. Nada tan maligno como esto. No es la ciencia la que habla por su boca; es simplemente la pasión antirreligiosa. Entre la Biblia bien comprendida y la verdadera ciencia, no hay contradicción.

La Biblia enseña que *transcurrieron* 4000 *años entre la creación de Adán y el nacimiento de Jesucristo.*

Pues bien, se dice, esto es absolutamente contrario a la ciencia.

Pocas palabras bastarán para aclarar esto. La Biblia no dice nada absolutamente formal sobre la antigüedad del hombre. Es posible que las genealogías ordenadas por la Biblia sean genealogías incompletas, por más que es difícil suponer muchas lagunas. La Iglesia nada ha definido sobre esta materia. Los sabios católicos no encuentran dificultad alguna en admitir que se pueda dar al hombre una antigüedad de 8000 años. Pues bien, con esta cifra, la Biblia está de acuerdo con todos los hechos seriamente probados. También aquí no hay contradicción entre la Biblia bien comprendida y la verdadera ciencia.

III. Termino con una conclusión.

Señores, oís decir sin cesar que la Biblia está en contradicción con la ciencia, y que es preciso reconciliar la religión con la ciencia. Protesto de semejantes propósitos, y afirmo que la verdadera Biblia no podría estar en contradicción con la verdadera ciencia, por cuanto las dos proceden de Dios, autor de la Revelación y autor de la razón... Afirmo que la religión jamás fué enemiga de la ciencia.

Señores, ¿cómo podrían encontrarse absurdos filosóficos en una religión que satisfizo a Descartes, absurdos morales en una religión que santificó a San Vicente de Paúl, absurdos científicos en una religión que practicó Pasteur? ¿La religión enemiga de la ciencia?

Señores, la religión no impide que construyamos locomotoras, ni que instalemos telégrafos y teléfonos. M. Branly, profesor de la Universidad católica de París, acaba de inventar la telegrafía sin hilos. Nuestros

oficiales de marina, que generalmente son firmes creyentes, poseen todos los conocimientos necesarios a los navegantes, y si fueran ateos, no poseerían más. ¿La religión enemiga de la ciencia?

Señores, los establecimientos religiosos no hacen ignorantes, pues precisamente se proponen cerrarlos porque instruyen demasiado bien a sus alumnos, y porque los jóvenes educados por nosotros son demasiado numerosos en las escuelas en que únicamente se ingresa por concurso. ¿La religión enemiga de la ciencia? Señores, la verdad es que la religión es la ciencia en sí misma, la ciencia esencial y suprema, ya que es la única que tiene palabras de consuelo y de esperanza, la única que puede secar una lágrima y levantar un corazón amilanado por el dolor, la única que da una explicación al enigma de la vida.

Cuando una persona desgraciada llora a un ser querido, ni el teléfono, ni el telégrafo podrán calmar a esta alma dolorida, sino el pensamiento, la certeza de volver a ver más tarde a los seres perdidos.

Cuando la angustia de los últimos días oprime el corazón del hombre, no saca de las matemáticas la fe que le sostiene, sino de la religión, que transfigura el pecado por el arrepentimiento, y da el cielo al pecador perdonado. ¿La religión enemiga de la ciencia? No hay mentira más cínica y repugnante que ésta. Os conjuro a que no la dejéis que se pronuncie ante vosotros.

Y si alguna vez tenéis dificultades para responder a las objeciones científicas dirigidas más o menos formalmente contra la Biblia y la religión, no os turbéis por ello. Remitid a vuestros interlocutores a los que tienen el cargo de explicar la Biblia y enseñar la religión. Nosotros los sacerdotes no tenemos la pretensión de conocerlo todo, pero conocemos muchas cosas, y muy especialmente las cosas religiosas. A todas las dudas sin-

ceras ofrecemos respuestas competentes, y nuestra mayor alegría consiste en dar la luz y hacer el bien a los hombres de buena voluntad.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA (1)

¿Es que tenemos necesidad del Evangelio?

HERMANOS MIOS:

Celebramos hoy la fiesta de Todos los Santos. Busquemos juntos el secreto de su perfección y la llave que les abrió las puertas del cielo. Preguntémonos qué fué lo que los hizo lo que fueron aquí bajo, y lo que son allá arriba. No vacilo en responder que fué principalmente la lectura, meditación y práctica del Evangelio. ¿Es que tenemos necesidad del Evangelio?, dicen algunos. Palabras impertinentes, que voy a refutar y confundir con una afirmación, con una comprobación, con una conclusión.

I. Afirmo que haríamos mal en querer prescindir del Evangelio.

Haríamos mal en querer prescindir del Evangelio.

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Todos los Santos, en la Misa mayor de las diez, ante toda la parroquia.

Hace veinte siglos que la *Iglesia* católica lo recomienda a nuestra atención, a nuestro respeto, a nuestra docilidad. Antes, en ciertos países, se encerraba el Evangelio en el tabernáculo con la Eucaristía, y muchos fieles querían ser enterrados llevando sobre su pecho un ejemplar de este libro divino. Cuando los obispos se reúnen en concilio, el libro de los Evangelios se coloca en un trono en medio de ellos. En la misa se lleva con gran pompa, escoltado de cirios y de incienso; todos los fieles se ponen de pie mientras se le canta, y el sacerdote, cuando ha terminado la lectura, besa religiosamente el sagrado texto.

Cometeríamos una falta si quisiéramos prescindir del Evangelio. Creyente o escéptico, el género humano lo saluda y lo venera. El impío Diderot, al hacer que su hija leyera el Evangelio, decía a un amigo que se mostraba asombrado: "¿Qué podría enseñarle mejor que el Evangelio?" Todo el mundo conoce las palabras de Juan Jacobo Rousseau: "La santidad del Evangelio habla a mi corazón. Ved los libros de los filósofos... ¡Cuán pequeños son en comparación de aquél!" Napoleón, desterrado en Santa Elena, leía con asiduidad el Evangelio, e inclinaba su frente desposeída de la corona ante este libro que cautivaba a su alma. Cauchy, el gran sabio, enseñaba una vez por semana el Evangelio a niños pobres saboyanos abandonados. Lamartine escribió: "Los siglos deletrean el Evangelio página por página. Aunque sólo leáis una palabra, leeréis de él mil." Y Víctor Hugo añadía: "Los pueblos que no tienen este libro, lo mendigan, y veinte siglos inclinados sobre las sombras, lo estudian." Augusto Nicolás afirma: "Me acuerdo de que, a los dieciocho años, la lectura cotidiana del Evangelio producía en mi alma algo así como el despuntar del día en una mañana de primavera. Despertaba en mí mil armonías celestiales,

de sus páginas misteriosas se elevaba algo así como
vapor que me embriagaba de unción y de caridad.”
Cometeríamos una falta si quisiéramos prescindir
Evangelio. Todo es *hermoso y fecundo* en el Evan-
lio. Hay en él *una filosofía* que arroba al mismo tiem-
al genio y al pueblo, a Bossuet y al niño de la aldea.
y en él *una historia* escrita sin arte, o mejor dicho,
un arte tan divino, que no es visible, semejante a
s cristales cuya transparencia es tan clara, que la vis-
no los distingue. Hay en él *una poesía y una elo-*
ncia tan especiales, parábolas a las cuales no se
oximan las comparaciones rientes y patéticas de Ho-
ro y Virgilio, discursos cuya majestad asombra, en
cuales la sencillez de la expresión hace resaltar la
ndeza del pensamiento y el esplendor de la verdad.
ay en él, incrustados en el texto sagrado, dogmas,
ceptos, consejos, instituciones, ejemplos que cons-
uyen *un código moral* absolutamente perfecto. Cada
labra del Evangelio es un germen de vida. Implán-
se el Evangelio, y la tierra se convertirá en un paraíso
delicias, y habréis deterrado las 95 centésimas par-
de los males que la afligen. Se dirá que esto es una
opía, que el régimen absoluto del Evangelio sobre
dos los corazones, no se ha visto nunca, ni se verá
obablemente jamás... ¿De quién es la culpa? ¿Del
angelio o de los hombres? Por cuanto este libro es
pecable, ¿habrá que hacerlo responsable de nuestros
sfallecimientos? No, ciertamente. El Evangelio es
eno, es fecundo. Cometeríamos una falta si tratara-
os de prescindir de él. ¿Lo dudáis? Haced conmigo
a comprobación.

II. Compruebo que el mundo contemporáneo muere porque le falta el Evangelio.

El libro por excelencia, el libro más ilustre del mundo, el Evangelio, es un libro ignorado, no solamente de la multitud de los fieles, sino también de los que hacen profesión de ferviente catolicismo. Los *cristianos* casi no leen el Evangelio; leen miriadas de libros piadosos, que son traducción atenuada y algo así como el desleimiento del Evangelio. Es esto una desgracia, un fenómeno inquietante, que explica, parcialmente por lo menos, la disminución del espíritu cristiano, los desfallecimientos de la fe, la falta de vigor para defendernos, y ciertas desviaciones de la piedad en muchos creyentes. Morimos por falta de Evangelio.

Con frecuencia oís hablar de la decadencia *de las acciones católicas,* las cuales pierden la dirección política y comercial del mundo civilizado. Si esta decadencia es real, ¿sabéis a qué se debe? Se debe a lo siguiente: las naciones protestantes respetan sus Iglesias nacionales, en tanto que las naciones católicas ni respetan las suyas, ni las hacen respetar. Las naciones protestantes leen el Evangelio, en tanto que las naciones católicas no lo leen. Morimos por falta de Evangelio.

Es que, bien lo sabéis vosotros, aunque uno fuese *un genio,* si ignora el Evangelio, se empequeñece, se descarría, se ve como desterrado de las altas esferas de la verdad y el bien. El escéptico Saint-Beuve dijo: "Desde que vino Jesucristo al mundo, un ideal nuevo se ofreció a los hombres. A los que desconocieron a Jesucristo, fijaos bien, les faltó algo en la inteligencia o en el corazón." Ahora bien, ¿podría impunemente abandonarse o despreciarse el libro que nos conserva

inimitable figura de Jesucristo? No. Intelectuales
proletarios, genios y muchedumbres, morimos por
... de Evangelio.
...aos en *las lecturas* del mundo contemporáneo. Es
espectáculo desconsolador. Cierto día en que Víctor
...o vió iluminada su mente por la verdad, escribió:
...ando Francia sepa leer, no dejéis sin dirección su
...igencia, desarrollada por vosotros. La ignorancia
mejor que la falsa ciencia. Así, pues, sembrad de
...ngelios las aldeas." Por desgracia, nuestras ciudades
...deas no están actualmente sembradas de Evangelios,
... de publicaciones impías y obscenas, que desmora-
...n el alma francesa. Estos últimos días, algunos in-
...ctuales celebraban el aniversario de Zola, y uno de
...os, hablando de los libros del escritor pornográfico,
...llamaba evangelios soberbios y consoladores de los
...les habría que meditar un capítulo cada mañana.
...o entendéis bien? Leer cada mañana algunas pá-
...s de una novela repleta de escenas embrutecedoras...;
...ahí hasta donde llegan las gentes que rechazan
...istianismo; he ahí la última palabra de la religión de
...por venir. Morimos por falta de Evangelio.
Estudiemos *las creencias* del mundo contemporáneo,
...horroroso. El día se nubla, la luz se apaga, las ti-
...blas se espesan. La duda y la negación están en todas
...tes, aun en las últimas filas del pueblo, aun en el
...do de nuestros campos más apartados, aun en los
...os de la juventud y de la tierna infancia. Las ver-
...des fundamentales tales como la existencia de Dios,
...inmortalidad del alma, la necesidad de una religión,
...ndisolubilidad del matrimonio, el derecho de propie-
...d, el respeto a los padres y a la vejez..., son discu-
...os, socavados, derrumbados, pisoteados, pulverizados.
...perder la fe, perdemos la razón. Por cuanto ya no

creemos en Jesucristo, no creemos en nada. Morimos por falta de Evangelio.

Considerad ahora los *actos*, los hechos y gestas del mundo contemporáneo. Es desconsolador. En realidad, para vengarnos de la impiedad, nos basta comprobar su impotencia y su esterilidad. Ved cómo procede. Sólo es buena para despoblar el cielo y desmoralizar la tierra. No es buena más que para desencadenar todos los malos instintos y comprimir todos los arranques de la pureza, de la justicia, de la abnegación. La *juventud* que nos forma, es horrible. Los *hogares* que invade quedan desolados y dislocados. En Francia acelera la progresión de los divorcios; en París arroja al arroyo 20,000 hijos ilegítimos de 60,000 nacimientos. Las *costumbres públicas* que inspira son deshonestas, inmundas, feroces. Como dice Montesquieu: "El que no tiene religión, es ese animal terrible que no siente su libertad más que cuando desgarra y devora." Bajo el régimen de la impiedad, ser honesto es un peligro, ser cristiano, un delito, ser consagrado a la perfección evangélica, un crimen irremisible. Como dice Voltaire: "Si el mundo fuera gobernado por ateos, equivaldría a vivir sometidos al poder inmediato de esos seres infernales que nos pintan encarnizados contra sus víctimas." En resumen, la civilización, la sociedad, el hogar, las costumbres, son como un rosario cuyo nudo está en el Evangelio, romped el nudo, todo se va, todo se hunde, todo desaparece. El mundo contemporáneo muere por falta de Evangelio.

III. Concluyo diciendo que hay que volver al Evangelio.

He aquí una hermosa frase de Newton: a todo el que le preguntaba cómo había descubierto la ley de la gravitación, respondíale el ilustre sabio con estas

ncillas palabras: "Pensando siempre en ella". Para
alizar el Evangelio en nuestra vida, para hacerlo
sar a nuestros actos, llevémoslo sin cesar *en nuestro*
píritu y en nuestro corazón; procuremos pensar
empre en él y meditarlo con frecuencia.

Cada día, si es posible, coged el Evangelio *en vues-*
tras manos, abridlo por la página que queráis... Me
trevo a prometeros luces abundantes y las más puras
dulces conmociones. Si tenéis dudas, veréis que se fun-
n como la escarcha a los primeros rayos del
ol. Si tenéis prejuicios, veréis que se disipan co-
o la niebla al soplo de la brisa. Si tenéis tenta-
ones, veréis que se ahogan como las espinas con-
midas por la acción de un fuego devorador. Si os
flige la desolación, veréis que se apacigua y se duer-
e como las llagas a la acción acariciadora de un aceite
mbalsamado. Sí, haced la experiencia. Leed el Evan-
elio. Pero ¿qué digo?

¿Está el Evengelio *en vuestras casas*? Debería estar.
otad que no hablo de esos fragmentos del libro divino,
n orden lógico ni cronológico, que se reproducen en
devocionario, en la misa de los domingos y días de
sta; hablo del Evangelio bajo la cuádruple forma que
dan los Evangelistas, el cual es la historia completa
el Hombre-Dios. Quisiera verlo en cada una de vues-
tras casas. ¿Por qué no? El Evangelio fué sacado de
escuela. Sea, pues, recibido en el hogar, colocado en
tio preferente, y, por la noche, después de la oración
n común, léase una página, o por lo menos, algunos
ersículos.

Haced leer el Evangelio a *vuestros hijos.* Bossuet
ijo estas profundas palabras: "Infundid en el joven
ntas nobles pasiones, que no haya lugar en su co-
azón para las malas." ¿Qué hallaréis que valga lo que
ale el Evangelio para alimentar los hermosos ardores

de la juventud y para purificarlos? En la literatura de ningún pueblo no hay nada comparable al Evangelio con sus verdades tan profundas, con sus máximas tan elevadas, con sus relatos embelesadores que hacen viajar a la imaginación desde la gruta de Belén al río Jordán, desde el lago de Genezaret al monte Tabor, desde las arenas del desierto a la cumbre del Gólgota. Imaginaos *tres bibliotecas* en las que están ordenados, en una de ellas, todos los nuevos pontífices de lo por venir: Hugo, Michelet, Renán, Zola; en la otra los sabios de lo pasado: Platón, Aristóteles, Pitágoras, Zoroastro, Confucio, Descartes; y en la tercera, un solo libro, el Evangelio. "Apelo a todas las madres, a todos los reyes, a todos los padres de familia, a todos los hombres de cincuenta años, a todas las personas prácticas que tengan aquí bajo una responsabilidad formal —dice Mons. Dupanloup.—Cogiendo de la mano un niñito, preguntaré a ese concilio del género humano que me diga cuál de esos tres brebajes he de verter en esa pequeña alma. Todos gritarán a coro: ¡El Evangelio, el Evangelio!"

Hermanos míos, o el mundo vuelve al Evangelio, o perecerá irremisiblemente. No tengáis miedo. El porvenir pertenece al Evangelio, y sus páginas inmortales se cernerán por encima de todos los sistemas desvanecidos, como la luz del sol se cierne por encima de todos los diluvios. Sed discípulos y apóstoles del Evangelio. Practicadlo, propagadlo. En él están los secretos de la verdad y el bien. En él se aprende a vivir bien y a morir bien. En él está la clave de la santidad en el tiempo y de la dicha en la eternidad.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

¿Son auténticos los Evangelios?

SEÑORES:

Afirmé la belleza, la fecundidad, la necesidad del Evangelio; pero a esta afirmación se opone una negación, o por lo menos, una duda previa. Se pregunta: ¿Tienen un valor histórico los Evangelios? Sí, los cuatro Evangelios pertenecen a la época y a los autores a los cuales se atribuyen. Fueron escritos por san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan en el siglo que siguió inmediatamente a la muerte de Jesucristo. Son realmente auténticos. Lo digo y voy a probarlo.

Esta conferencia será quizás un poco árida, pero os aseguro que, para corazones rectos como el vuestro, será decisiva y llena de luz. La ignorancia y la maldad atacan los fundamentos de nuestra fe. Sepamos defendernos con argumentos sacados de fuentes seguras e irrefutables. Voy a demostrar la autenticidad de los Evangelios.

I. Por el testimonio de los amigos del Evangelio.

Considerad la actitud de los primeros cristianos, judíos o paganos convertidos, los cuales, antes de abandonar la religión de sus padres, tuvieron que luchar contra ellos mismos y contra la opinión, y cuyo testimonio es tanto más irrecusable cuanto tocaban el origen de las cosas.

Estos hombres no eran ciertamente advenedizos. Eran grandes inteligencias, almas heroicas; la mayor parte de ellos derramaron su sangre por Jesucristo. Ahora bien, yo los veo montar la guardia en torno del Evangelio. Alrededor de este libro divino, veo santos que lo leen, doctores que lo explican, mártires que lo signan con su sangre, todo un pueblo que lo venera. Desde su origen, he ahí el Evangelio colocado bajo la cuadruple guardia del genio, de la santidad, del martirio y de la multitud. ¡Y ese libro no sería auténtico! ¡Y al cabo de veinte siglos, vendrán ciertos temerarios a acusar a los primeros cristianos de impostura o de ilusión! ¡Vaya por Dios!

Escuchad *el lenguaje de los primeros Padres*. He aquí algunos textos.

Hacia el año de 324, Eusebio ordena el catálogo de nuestros libros sagrados, los enumera y añade: "Esos son los recibidos por consentimiento universal."

Un siglo antes que Eusebio, Orígenes declara que no hay más que cuatro Evangelios admitidos por la tradición: el de san Mateo, el de san Marcos, el de san Lucas y el de san Juan.

Cincuenta años antes de Orígenes, *en el año de 207*, Tertuliano recuerda y cita los cuatro Evangelistas.

Antes de Tertuliano, san Ireneo, educado por san Policarpo, quien fué discípulo de san Juan, dice: "Es

tan grande la certeza de nuestros Evangelios, que los mismos herejes les rinden testimonio."

Hacia el año de 138, san Justino, en una apología dirigida al emperador Antonino, menciona la práctica que tenían los cristianos de su tiempo "de leer las memorias de los Apóstoles que llamamos Evangelios."

San Ignacio, martirizado por Trajano en 107; san Bernabé, compañero de san Pablo; san Clemente, tercer sucesor de san Pedro en la silla de Roma; san Policarpo, discípulo de san Juan, todos pertenecientes al siglo I, incrustan en sus escritos numerosas citas tomadas del Evangelio.

¿Qué queréis más? Si se afirma que los Evangelios son supestos, hay que rechazar todos los autores que acabo de citar, y muchos otros; hay que suprimir tres siglos de historia. Semejantes extremos son insostenibles. He demostrado, pues, la autenticidad de los Evangelios por el testimonio de los amigos del Evangelio.

II. Por el testimonio de los enemigos del Evangelio.

Jamás libro alguno, en un período de veinte siglos, ha sido estudiado con tanta atención y atacado con tanta violencia como el Evangelio. Pero ha salido triunfante de todas las pruebas, y ha forzado el sufragio de los librepensadores de todas las épocas.

Desde los primeros siglos, hubo un librepensamiento frenético, lleno de rabia contra los cristianos. Pues bien, los librepensadores de los primeros siglos, ¿discutieron la autenticidad de los Evangelios? En manera alguna. Esto es muy notable.

He ahí *un apóstata, el emperador Juliano*. ¿Discutió la autenticidad de los Evangelios? De ningún modo. Por lo contrario, la testifica. En el edicto que prohibía a los cristianos estudiar la literatura, añadía: "Ya tie-

nen bastante con la lectura de Lucas, Marcos y Juan."

He ahí *un pagano, el filósofo Celso,* que vivió en la primera mitad del segundo siglo. ¿Discute la autenticidad de los Evangelios? En modo alguno. Por lo contrario, la certifica. Desfigura los Evangelios, desnaturaliza su contenido, pero ni siquiera una vez se atreve a decir que es una obra de pura invención. Los cita como documentos que ha leído y que todo el mundo conoce, de suerte que la canallada de este hombre es un gran argumento en favor de la autenticidad del Evangelio en aquella época.

He ahí herejes, *Ebrión, Marción, Valentín, Taciano.* ¿Es que discuten la autenticidad de los Evangelios? En manera alguna. La certifican. Sin duda que hacen esfuerzos inauditos para adulterar los relatos evangélicos en provecho de sus errores, pero no niegan, ni siquiera se atreverían a negar el origen y valor histórico de estos relatos.

Sigamos. *Estamos en el siglo XVIII,* es decir, en una época de librepensamiento delirante y triunfante en toda la línea, en una época que sitia al cristianismo apropiándose el grito de Voltaire: "¡Aplastemos al infame!" Pues bien, en medio de esta sublevación infernal, ¿qué es lo que oigo?

Oigo a *d'Alembert* que dice: "La crítica más severa reconoce la autenticidad de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento." Y aun va más lejos, pues, en nombre de la sana filosofía, afirma que esos libros están divinamente inspirados.

Oigo a *Juan Jacobo Rousseau,* que dice: "¿Diremos que la historia del Evangelio fué inventada caprichosamente? No es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor quedaría más asombrado que el héroe."

Sí, pero *los librepensadores de hoy en día,* se dirá, son más fuertes que los de antaño, y han acabado por probar la autenticidad del Evangelio... No lo creáis, señores.

Sí, los librepensadores de nuestro tiempo han estudiado con pasión nuestros libros sagrados. En Francia, en Inglaterra, en Alemania sobre todo, se ha abierto, en torno de este asunto, un gran debate, una vasta controversia, que dura todavía.

Pues bien, este debate, esta controversia acaba de terminar con la plena confirmación de la autenticidad de los Evangelios, de su certeza histórica, como de su belleza íntima. "En suma—dice *Renán,*—admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. A mi parecer, todos se remontan al siglo I, y son poco más o menos de los autores a los cuales se atribuyen." He ahí lo que dice Renán. Y lo dice porque toda la ciencia alemana lo dijo antes que él; y lo dice porque no puede pasar por otro punto; y dicha por semejante pluma, tal confesión es muy significativa.

En resumen, señores, no vayáis a creer que los librepensadores de nuestro tiempo han hecho algún descubrimiento concluyente contra la autoridad de nuestras Escrituras. Nada absolutamente han descubierto que contradiga, sobre este punto, la fe de lo pasado... de suerte que puedo afirmar con todo derecho que la autenticidad de los Evangelios se demuestra por el testimonio de los amigos y de los enemigos del Evangelio... Finalmente,

III. Por el testimonio de los textos del Evangelio.

Leed atentamente nuestros cuatro Evangelios y tendréis la convicción inmediata que son del siglo I, que

fueron escritos por contemporáneos de Jesucristo, testigos de su vida.

La historia ha comprobado todos los detalles que los Evangelios contienen sobre la situación y gobierno de Judea, sobre la administración de justicia, sobre el arte militar, sobre las relaciones tan delicadas y complejas de los reyes tributarios con los gobernadores romanos, sobre el nombre y uso de la moneda judía con la cual se pagaba el impuesto al templo, y de la moneda romana con la cual se pagaba el impuesto al César, sobre las diferentes sectas que dividían al pueblo judío, etc... Y en todo esto, la historia no ha podido descubrir un solo anacronismo, una sola inexactitud, una sola pincelada en contradicción con el estado social y civil de Palestina en el siglo I.

Después de la historia, la *geografía* cogió el libro de los Evangelios, y fué a verificar en Galilea, en Judea y en Samaria todo el relato de la vida de Jesucristo. Preguntóse si el texto sagrado daba una pintura fiel de las ciudades, de las aldeas, de las corrientes de agua, de los lagos, de las montañas, de las rutas de Palestina en el siglo I. Interrogó los documentos, los monumentos, las inscripciones... y las investigaciones más minuciosas, a veces las más malévolas, no han podido contradecir la exactitud de los Evangelistas.

Para terminar, compruebo un hecho y planteo una cuestión.

1.° *Compruebo un hecho*. La autenticidad de los Evangelios es, a mis ojos, resplandeciente como el sol. Ningún libro sería auténtico, si este no lo fuera. Si se tuvieran con relación a los libros antiguos o modernos las exigencias que se tienen con los libros sagrados, la historia estaría todavía por hacer, y habría que dudar de las obras de Homero y de Virgilio, de las de Ra-

me, de Voltaire, de Chateaubriand. Los Evangelios se apoyan en la base histórica más cierta que pueda imaginarse. Pueden desafiar la crítica más parcial, porque tienen en su favor el triple testimonio de sus amigos, de sus enemigos y de los textos mismos que los componen. El árabe que llega al pie de las Pirámides, las insulta con una lanzada, pero no llega a conmoverlas. Así, el librepensamiento contemporáneo intenta en vano destruir nuestros libros sagrados. He ahí el hecho. Los Evangelios son autéticos. Ahora,

2.º *Planteo una cuestión.* Siendo los Evangelios lo que son, es decir, perfectamente auténticos, ¿por qué son tan ardientemente atacados? Se dejan muy tranquilos los libros de literatura de la antigüedad profana. Homero, Píndaro, Esquilo, Platón, Virgilio, se durmieron en su memoria llena de armonía, y se leen sus escritos sin discutir su autenticidad. Se dejan muy tranquilos los libros sagrados de las naciones, los Vedas de la India, los libros de Confucio y el Corán de Mahoma. Los grandes fundadores de religiones distintas de la nuestra trazaron sus ensueños en pergaminos cuyo valor histórico nadie discute. ¿Por qué ha de ser el Evangelio el único que merezca los honores de un motín inmenso encarnizado en su destrucción? ¿Por qué? El Evangelio condena *el orgullo,* y predica misterios, y refiere milagros. Los orgullosos no quieren el Evangelio. El Evangelio condena *la codicia,* e impone la justicia, la caridad, el desinterés. Los codiciosos, los injustos, los egoístas no quieren el Evangelio. El Evangelio condena la *voluptuosidad,* y ordena refrenar los sentidos, la imaginación, el corazón, el pensamiento, y respetar la indisolubilidad del lazo conyugal. Los lujuriosos, los intemperantes, los esclavos de la pasión no quieren el Evangelio. El Evangelio *viene de Dios,* y

evoca sin cesar las sanciones eternas. Los que encierran en la vida sensible y presente todos sus goces y todas sus esperanzas, no quieren el Evangenlio. Pero el Evangelio es *imperecedero* e irreemplazable. Démosle la adhesión de nuestra fe. Más todavía, démosle nuestros vida para que la ordene y santifique. Nuestros contemporáneos parece que buscan algo distinto del Evangelio. ¡Ah, los descarriados! Es como si se buscase un alimento distinto del pan. Para nosotros, señores, el Evangelio es el pan substancial del cual no queremos prescindir.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

¿No fueron adulterados los Evangelios en el curso de los siglos?

SEÑORES:

¿Merecen crédito los Evangelios? Y, en primer lugar, ¿son del tiempo y de los autores a los cuales se atribuyen, es decir, de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, apóstoles y discípulos contemporáneos de Jesucristo? Sí, he respondido; los Evangelios son verdaderamente auténticos. Pero se insiste y se plantea otra cuestión: ¿No fueron más tarde los Evangelios ordenados, embellecidos, falsificados, adulterados? No. Tal como hoy en día los leemos, así los leían hace veinte siglos. Los Evangelios: 1.º No pudieron ser alterados; 2.º No lo han sido. Voy a desenvolver estas dos cuestiones.

I. Los Evangelios no pudieron ser alterados en el curso de los siglos.

¿Por qué? Porque siempre y desde el primer siglo

se veló con celoso cuidado sobre su conservación y su integridad. Esto es capital.

Desde el principio del cristianismo, aparecen *por todas partes* los Evangelios: en todas las iglesias, en todas las manos, en todas las memorias. Tal cristiano los reclama al morir para embalsamar su sepultura; tal otro, para afrontar la persecución, los lleva constantemente consigo. Cien años tan sólo después de la muerte de Jesucristo, se cuentan ya 30,000 copias del Evangelio. Mas al propio tiempo que los Evangelios están en todas partes,

En todas partes *son respetados* como cosas divinas. Los fieles ocultan este libro sagrado a los paganos, para no exponerlo a que lo rompan o lo quemen. Los que evitaban el suplicio entregando las Escrituras, eran considerados como apóstatas y excomulgados. San Justino condena a los que alteran el sagrado texto, como más culpables que los que adoraban al becerro de oro. Sólo los apóstoles de Satanás, dice Dionisio de Corinto, son capaces de semejante crimen. San Ireneo olvida la suavidad de su natural y de su nombre, que significa pacífico, para aplastar a los corruptores del Evangelio con el peso de sus reproches e imprecaciones. San Jerónimo acepta temblando la orden que le da el papa Dámaso de traducir las Escrituras en lengua vulgar; tanto miedo tenía de quedar como falsario. En una palabra, sacerdotes y fieles se postran de rodillas ante el Evangelio y besan con amor las páginas veneradas.

En estas condiciones, *toda falsificación de los Evangelios era imposible.* El pueblo y el clero vigilaban. El falsario hubiese sido inmediatamente denunciado, y la falsedad descubierta. Escuchad: un obispo del siglo IV, llamado Tryfilo, que gozaba de la reputación de hombre elocuente, permitióse en un sermón cambiar una palabra del Evangelio, que no le parecía noble, la palabra

cho en lugar de la palabra camastro, y al punto mos-
ró su reprobación el auditorio, y reprendido pública-
mente por un santo obispo de Chipre, llamado Espiri-
ón, que estaba presente. Este solo ejemplo nos de-
uestra claramente que era imposible cambiar en lo
más mínimo el sentido y el texto del Evangelio.
osa curiosa: se lee sin desconfianza a Homero, a Ho-
acio, a Virgilio, a Cicerón; se jura por Salustio, Sue-
onio y Tácito: se admite sin vacilar la integridad de li-
ros a los que nada protegió contra la arbitrariedad de
s copistas... mas con relación a los textos evangélicos,
n perfectamente conservados, se atreven a tomar
na actitud sospechosa o acusadora. "He ahí dos huer-
os colocados el uno al lado del otro—dice el P. Mon-
bré;—el primero está abierto a todos los transeúntes;
segundo está rodeado de altas y fuertes murallas, lle-
o de perros tan terribles como fieles, vigilados por
ombres que jamás dormitan. Llega un extraño, y
eclara gravemente que, si se ha cometido un robo, ha
do en el huerto mejor guardado." Evidentemente, es-
carece de sentido común. Falsificar los Evangelios
a imposible.

Además, los Evangelios forman cuatro libros dis-
tos, debidos a cuatro autores diferentes. Están en per-
cta concordancia en sus relatos. No hubiera sido po-
ble alterar el uno sin verse obligados a falsificar los
ros para ponerlos de acuerdo. He ahí ya un trabajo
uy difícil. Pero no es esto todo: hubiera habido que fal-
ficar además todos los autores que los citan, y cuyas
as están conformes con el texto. Hubiera sido preci-
remover los escritos de los Padres y todas sus
pias. He ahí ciertamente un trabajo enteramente im-
sible. El simple buen sentido no nos permite admi-
la alteración substancial de los textos evangélicos.

Los Evangelios no pudieron ser alterados. ¿Lo fueron? No. Lo afirmo y lo pruebo.

II. Los Evangelios no han sido alterados en el curso de los siglos.

1.º *Tal como hoy los leemos, los encontramos en los escritos de los primeros Padres.* Cosa curiosa: se ha tenido la idea de buscar, de recoger, de coleccionar en los Padres de los siglos I, II, III todos los textos de los Evangelios citados por ellos. Se han reunido todos esos fragmentos esparcidos, como si se dijera, los trozos rotos y esparcidos aquí y allá de una estatua antigua... y con esas citas tomadas de los escritores de la Iglesia primitiva, se han podido reconstituir capítulos enteros de nuestros Evangelios actuales. "Si hubiera perecido el Evangelio en la Edad Media—dice Mons Bougaud,—se hubiera encontrado buscando en los Padres de los primeros siglos, como se hallan en los terrenos geológicos restos y fósiles que permiten resucitar mundos ya desaparecidos." No hay lugar a la menor duda. Los textos evangélicos citados por los Padres están admirablemente conformes con los nuestros. Todavía tenemos el Evangelio de los Crisóstomo, de los Basilio, de los Ireneo, de los Ignacio, de los Clemente, como ellos tenían el de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los Evangelios no han sido alterados en la sucesión de los siglos.

2.º *Tal como hoy los leemos, los han encontrado los eruditos en los documentos más antiguos.*

Se han visitado y explotado las *Catacumbas,* y en los epitafios que contienen, se han descubierto estractos, textos, citas conformes con nuestros Evangelios actuales.

Se han visitado y removido, *las más antiguas bibliotecas*, y en todas las versiones árabes, siriacas, coptas, armenias, etiópicas del Evangelio, no se ha encontrado ni solo versículo, una sola palabra que acuse una alteración substancial de nuestros Evangelios actuales.

Los sabios más seguros nos dicen y nos prueban que los Evangelios fueron traducidos *al latín y al siriaco* en el siglo II, hacia 180. Pues bien, estas dos traducciones contienen exactamente todo nuestro texto. Notad bien que se remontan enteramente a los orígenes, a la época en que, según Tertuliano, el manuscrito de los Evangelios se conservaba todavía.

Mas todavía se ha encontrado algo anterior a la traducción latina y a la siriaca. Un sabio ruso, *Tischendorf*, descubrió en un convento griego del monte Sinaí una vieja Biblia llamada el *Codex sinaiticus*. Paleográficamente, esta copia es del siglo IV... pero, por inducciones muy precisas y científicas, Tischendorf, llega a demostrar que esta copia es reproducción de un ejemplar en griego del Nuevo Testamento usado hacia fines del siglo I. Los Evangelios no han sido alterados en la sucesión de los tiempos.

3.º *Tal como los leemos hoy, uno de nuestros conciudadanos acaba de encontrarlos en Sinope, en Asia Menor.*

Escuchad esta historia; no carece de interés, sobre todo para nosotros los orleaneses. Hace tres años, en diciembre de 1900, un oficial francés de la guarnición de Orleáns, el capitán Juan de La Taille, encargado por el gobierno de una misión en Rusia, decidióse, al final de su viaje, a visitar el Asia Menor. Poco tiempo estuvo allí, pues se embarcó en Trebizonda para volver más rápidamente a Sebastopol. La travesía del mar Negro fué muy dura, y el barco tuvo que refugiarse en la cos-

ta del Asia. M. Juan de La Taille desembarcó en Sinope. Allí, no sabiendo en qué ocupar el tiempo, recorrió los diferentes bazares de la ciudad asiática, para ver si podía encontrar en ellos algún objeto digno de ser llevado a Europa. Dió con un paquete bastante voluminoso de hojas rojizas, cubiertas de caracteres griegos, y se dijo: "Quizás sea éste un manuscrito curioso; comprémoslo." Y, en efecto, era un manuscrito en extremo antiguo del texto evangélico. La Biblioteca Nacional, después de examinar el manuscrito, compróselo a buen precio... y todo el mundo puede verlo en la Biblioteca, donde se guarda como un tesoro. Remóntase aproximadamente a la época del emperador Justiniano, es decir, a 550, y se compone de una cincuentena de hojas, en bastante buen estado de conservación, que contienen las dos terceras partes del Evangelio de San Mateo. Ahora bien, los que han visto este manuscrito nos dicen que el texto es idéntico a nuestros textos actuales, salvo una insignificante variante. El hallazgo de capitán La Taille nos dice claramente que nuestro Evangelio es el mismo que se leía en tiempo de Justiniano. Los Evangelios no han sido alterados en el curso de los siglos.

Pero nada debo ocultar, y quiero decirlo todo. El texto actual de nuestros Evangelios fué revisado y fijado definitivamente, en el siglo IV, por san Jerónimo en cumplimiento de la orden del papa Dámaso. Esta revisión se llama la Vulgata, documento del cual nos servimos en la Iglesia católica para el uso corriente. Pero entre la Vulgata y los manuscritos anteriores y posteriores *hay variantes.* ¿No quiere decir esto que los Evangelios fueron alterados? Expliquémonos sobre esto.

Sí, *hay variantes en los manuscritos* del Nuevo Testamento. El doctor inglés Mill, después de estudiar durante treinta años los manuscritos anteriores a la im-

[...]renta, encontró 30.000 variantes, y sus continuadores, [m]erced a nuevas investigaciones, encontraron hasta [5]0.000. A primera vista, parece esto espantoso. En rea[li]dad,

El descubrimiento es enteramente inofensivo. Veá[m]oslo.

Los Evangelios tienen diecinueve siglos de existencia, [y] antes de la invención de la imprenta, fueron copiados [m]illones de veces por los fieles.

Es natural que de tantas manos inhábiles se desliza[r]an en el texto algunas variantes de puntuación y aun [d]e relato en las partes poco importantes.

Tal es la suerte de todo libro antiguo. Un erudito con[t]ó 20.000 faltas de copistas en las traducciones actuales [d]el Teatro de Terencio, poeta pagano incomparablemente [m]enos leído y copiado que el Evangelio.

Por otra parte, las variantes señaladas en los manuscri[t]os del Evangelio, no son más que variantes de detalle, [q]ue no alteran el fondo ni la substancia del libro. El [d]octor inglés Mill encontró 30.000... Sí, pero si [p]rescindimos de las que son insignicantes, quedan a lo [m]ás una docena dignas de atención. ¿Hay aquí en rea[li]dad algo que nos permita sospechar de la integridad [d]e un libro que ha atrevesado diecinueve siglos, y es, [d]e todas las obras, la más difundida y popular? No, [ci]ertamente.

Los Evangelios son auténticos. Los Evangelios no han [si]do alterados.

Creamos en el Evangelio. Supuestos sabios inten[ta]ron e intenta todavía convencerlo de error. No es ne[ce]sario que podáis responder científicamente a todas [su]s argucias. Sabed únicamente que esas argucias son [va]nas e impotentes. Sabed que el Evangelio es divino, [y] que "debajo de cada palabra del sagrado libro—como

dice Coppée—brilla la verdad como una estrella, y palpita como un corazón."

Amemos el Evangelio, y busquemos en él el texto que ilumina, alienta y consuela. Busquemos en él los esplendores ocultos de la verdad infinita, de la belleza infinita, de la justicia infinita, de la misericordia infinita de nuestro Dios y Señor.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

¿Dicen la verdad los Evangelios?

SEÑORES:

Los Evangelios son auténticos; no fueron alterados n el curso de los siglos. Pero, ¿dicen la verdad? Esta rcera y última cuestión es capital, y voy a resolverla r las tres proporciones siguientes:

1.ª Los Evangelistas no pudieron engañarse;
2.ª Los Evangelistas no quisieron engañarnos;
3.ª Si los Evangelistas hubieran querido engañar-os, lo sabríamos.

I. Los Evangelistas no pudieron engañarse.

¿Cómo hubieran podido engañarse? ¿Acaso eran in-sensatos? ¿Por ventura las cosas que refieren eran di-ciles de ver, de entender, de comprobar? En manera guna.

Mateo, Marcos, Lucas y Juan *no eran insensatos.* jémonos en san Juan. No era ciertamente un cual-

quiera. Los filósofos platónicos se quedaban admirados al leer el principio de su Evangelio; todos lo hallaban sublime. He ahí san Lucas. Tampoco era un cualquiera. Era médico. Ahora bien, un médico es un hombre que está acostumbrado a reflexionar, a examinar, a observar, a remontarse del efecto a la causa, de los síntomas a la naturaleza del mal. Era un médico instruído, ilustrado, poeta, quizás pintor, con seguridad literato, de pluma elegante y fina, de gusto exquisito. Era, además, historiador competente, exacto, bien informado, curioso de tradiciones. Viajó, se elevó a las fuentes... y refiere con exactitud, con orden, metódicamente, la hisria de Jesucristo. San Marcos tampoco es un cualquiera, ni san Mateo. San Marcos era secretario de san Pedro, y escribió su Evangelio para los romanos, que eran gentes muy positivas. San Mateo era publicano, recaudador de impuestos, es decir, un hombre que no se pagaba de palabras, sino de moneda contante y sonante. Los Evangelistas no eran, pues, insensatos... Por otra parte,

Lo que refieren *no era difícil de ver, de oir, de comprobar*. En efecto, ¿de qué se trataba? Se trataba de registrar, hechos visibles, palpables, materiales, producidos en pleno día, la vida de Jesucristo, que todo el mundo había visto, sus enseñanzas, que todo el mundo había oído, sus milagros, que todo el mundo había comprobado. Para este trabajo de simple narración, no era preciso haber estudiado en las escuelas de Grecia, en las cuales, por otra parte, tantas tonterías se enseñaban, que no era necesario ser letrado. Bastaba tener ojos para ver, oídos para oir, manos para tocar. Los Evangelistas, que tenían sus sentidos bien despiertos, eran, pues, jueces competentes. San Mateo y san Juan, dos apóstoles, fueron durante tres años testigos oculares y auriculares de la vida de Jesucristo. San Lucas y

San Marcos, dos discípulos, si bien no conocieron personalmente a Jesucristo, vivieron en la intimidad de los Apóstoles y escribieron al dictado de ellos. El testimonio de los unos y de los otros no puede ser más aceptable.

Sostener que hombres tales como los redactores del Evangelio tomaron la apariencia por la realidad y la fábula por la verdad, y que, sin quererlo, sin advertirlo, refirieron cosas no reales, no existentes... es insultar al sentido común. Los Evangelistas no pudieron engañarse; pero ¿no quisieron por ventura engañarnos? Veámoslo.

II. Los Evangelistas no quisieron engañarnos.

1.º Apelo *a su natural.* ¿Quiénes eran? ¿Grandes, poderosos? No. Eran desconocidos, pequeños, *débiles.* ¿Y se hubieran visto dominados por la ridícula ambición de engañar al mundo entero? ¿Y se hubieran atribuido la función grandiosa de enseñar a todas las naciones? ¿Eran, pues, *exaltados*? En manera alguna. Eran hombres serenos, positivos, prácticos, de convicción razonada y decidida. En vez de perderse en las nubes y descarriarse en quimeras, fundan Iglesias que administran con paciencia y prudencia, porque son a la vez escritores, predicadores y pastores. Los Evangelistas no quisieron engañarnos. Apelo a su natural.

2.º Apelo también a *su lenguaje,* sencillo, leal, circunstanciado. *Refieren* lo que vieron y oyeron, en un relato despojado de todos los artificios de la imaginación, de la razón, de la pasión, en un resumen rápido, en el que exponen hechos ya conocidos, reseñándolos tales como son. Muéstranse precisos y concisos como la verdad. Aun al hablar del Calvario, ni una palabra

de odio o de exclamación: "Leváronle a un lugar llamado Gólgota, y allí lo crucificaron." *Lo dicen todo,* Los crímenes de los judíos, sus conciudadanos; las humillaciones y padecimientos de Jesucristo, su maestro; sus propios desfallecimientos. Y nada aparece estudiado, atenuado, disimulado. No es así como se inventa. *Citan* los lugares, las ciudades, las aldeas, las época,s, el año, el mes, el día, en que ocurrieron los acontecimientos. Nombran las personas, los reyes, los presidentes, los procónsules contemporáneos: cosas todas fáciles de comprobar. Su palabra es sencilla, leal, circunstanciada. Los Evangelistas no quisieron engañarnos.

3.º Apelo *a su acuerdo,* imprevisto y divergente. *Están acordes sin haberse oído.* No escriben en la misma lengua, ni en la misma época, ni para el mismo público, ni en el mismo estilo. A pesar de ello, si bien hay cuatro Evangelistas, no hay más que un Evangelio; si bien muchos pintores, no hay más que un retrato, que es el del mismo Hombre, del mismo Dios, del mismo Jesucristo. Sí, pero, se dirá, entre los cuatro Evangelistas, hay divergencias. Verdad es... mas precisamente estas divergencias son otra prueba de su sinceridad. Porque *difieren sin contradecirse.* Estas divergencias de un evangelista con relación a otro, son absolutamente insignificantes, se explican fácilmente, y demuestran sin género alguno de duda que los Evangelistas no se concertaron precisamente para engañarnos. Si hubieran querido mentir, hubiesen evitado la apariencia misma de una contradicción, y la perfecta semejenza de sus relatos hubiera traicionado su complot. En vez de esto, su pluma, de tal modo es independiente, tan segura está de sí misma, que no se toman el trabajo de oirse, como lo hubieran hecho hombres que hubiesen querido fabricar una historia a capricho. En resu-

men, los Evangelistas nos ofrecen cuatro narraciones, bastante semejantes para que se vea claramente que se trata de la misma persona y de los mismos hechos, pero demasiado diferentes para que los autores se pusieran de acuerdo sobre la misma impostura. Difieren sin contradecirse; están de acuerdo sin haberse oído. No quisieron engañarnos.

4.° Apelo *a su vida y a su muerte*. ¿Qué son los Evangelistas? Hombres de costumbres graves y austeras, hombres honrados. Algo más y mejor que esto... santos. Sus trabajos y sus virtudes son admirables... Y estos santos, ¿serían grandes embusteros...? Y esta elevada perfección, ¿hubiera servido para vestir la más sacrílega y terca impostura? No podría creerlo. Si nos engañaron, nadie aquí bajo tendría ya el derecho de afirmar nada. Además, murieron sin ostentación y sin pesar por el Evangelio que escribieron, predicaron y acreditaron. Fueron sinceros hasta el heroísmo, hasta la muerte. Juan fué sumergido en aceite hirviendo. Egipto vió el suplicio de Marcos, Etiopía el de Mateo. Lucas padeció por Jesucristo en Grecia, en Dalmacia, en Macedonia, y Marcos en Bitinia, después de haber regado con su sangre y con sus lágrimas todo el Peloponeso. Creo en testigos que se dejan degollar por lo que vieron y creyeron. Los Evangelistas no quisieron engañarnos. Pero voy más lejos.

III. Si los Evangelistas hubieran podido y querido engañarnos, lo sabríamos.

Lo sabríamos por las reclamaciones de sus contemporáneos y de su posteridad.

1.° *¿Protestaron acaso los contemporáneos contra*

el relato de los Evangelistas... acusándolos de ilusión o de impostura? En manera alguna. Los contemporáneos de los Evangelistas eran de dos especies: amigos y enemigos, judíos y cristianos.

¿Protestaron los judíos contra el relato de los Evangelistas? No. Los Evangelios no se ocultan como libros sospechosos; son públicos; de las manos de sus autores pasan a las de la multitud. Refieren hechos recientes, notorios, que todo el mundo puede comprobar, que tuvieron por testigos a Judea, Galilea y Samaria. Más todavía, refieren hechos abrumadores para la nación judía, para Pilatos, Herodes, Caifás, los sacerdotes, los doctores, el pueblo mismo, que llevan la sangre de Jesucristo en sus vestidos, que violaron todas las leyes, que crucificaron al hijo de David, al Mesías, al primogénito de Dios. Si este relato es una novela, si estas acusaciones son pura invención, estúpida y malvada, toda Judea se hubiera levantado rugiente, indignada, furiosa. Pero no; los judíos se callan. Ni uno solo protesta. Afirmo, pues, que ese silencio es la prueba más grande, la más solemne confesión de la sinceridad de los Evangelistas. A su lado veo

Los primeros cristianos, que en masa aclaman el relato de los Evangelistas. Son numerosos. Treinta años solamente después de la muerte de Jesucristo, había ya, al decir de Tácito, multitudes cristianas a cien leguas de Judea. Por otra parte, todos aquellos cristianos, judíos o paganos convertidos, no son unos advenedizos. Son hombres inteligentes que, al renunciar al judaísmo o al paganismo, sabían muy bien a lo que se exponían, es decir, al sacrificio más absoluto de sus bienes y a la perspectiva cierta del cadalso o del verdugo. ¿Pues qué, se hubiera puesto en las manos de todos aquellos hombres un relato fabuloso, opuesto a lo que ellos habían visto y oído, y se les hubiera pedido, para

una novela semejante, una fe absoluta, o se les hubiera dicho: morid para atestiguar la verdad... y hubieran creído, y hubieran vivido, y hubieran muerto sin la menor murmullo, sin la menor protesta? Esto hubiera sido absolutamente inverosímil. Si los Evangelistas hubieran podido engañarse, o hubieran querido engañarnos, no hubieran podido hacerlo. Sus contemporáneos se hubieran alzado para acusarlos y los hubieran convencido de ilusión e impostura... Y después de los judíos y de los primeros cristianos contemporáneos de los Evangelistas, la posteridad entera hubiera dejado oir también su veredicto.

2.º *¿Protestó la posteridad* contra el relato de los Evangelistas? No.

La posteridad creyó en la verdad del Evangelio. La posteridad *más inmediata,* la más próxima a los Evangelistas, creyó en su verdad. Judíos y paganos, Tertuliano, san Clemente, san Justino, el filósofo Atenágoras, senadores y mujeres de la más elevada alcurnia, sabios, parientes de emperadores abandonaron la religión pagana o judía, religión fácil, y eligieron las exigencias del Evangelio. Ahora bien, nadie pasa de lo agradable a lo peligroso y penoso, sin interés humano, a menos de ver claramente la verdad. Los sabios convertidos pertenecientes a aquellos primeros siglos, escribieron obras y aventuraron su vida por el Evangelio. ¿Hubieran, pues, abandonado bienes y promesas brillantes para afirmar, hasta la muerte, la realidad de una historia falsificada, y cuya verdad o falsedad estaba en su mano comprobar? Su conducta hubiera sido inexplicable e insensata.

La posteridad *más eminente* creyó en la veracidad de los Evangelistas. El Evangelio fué aceptado como la carta del mundo nuevo y obtuvo la fe y el respeto de cien pueblos diversos. Presidió al establecimiento de

las iglesias, a la deserción de los altares del paganismo, a la reforma de las costumbres, al mejoramiento de las leyes. Para mantenerlo, la sangre de los cristianos corrió y corre todavía. Guió las más nobles almas durante veinte siglos. Y todos aquellos pueblos, y todos aquellos mártires, y todos aquellos santos, y todas aquellas almas eminentes, ¿vivieron de una impostura? Eso es imposible. O no hay Dios, o no pudo permitir este error invencible. La verdad del Evangelio, se apoya directamente en la divina Providencia, que no puede permitir el descarrío infalible y forzado de los hombres más rectos y honrados. Si Dios existe, el Evangelio debe ser verdadero. Los Evangelistas dicen la verdad.

Conclusión.—"Cierto día—dice el Padre Monsabré—pregunté a un pobre obrero si lo que decía era bien cierto."—"Como el Evangelio, Señor—me respondió.—Es decir, que el Evangelio, según él, era el libro típico de la verdad." En efecto, nuestros Evangelios son auténticos. Están hoy tan intactos como el primer día. Son verídicos. Abrámoslos confiadamente. Leámoslos con respeto y amor. Procuremos conformar con ellos nuestros pensamientos y nuestros actos.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

¿Ha existido siquiera Jesucristo?

SEÑORES:

Hemos estudiado brevemente la Biblia y el Evangelio, es decir, las fuentes de la vida de la Iglesia y de su divino fundador. Henos ya en presencia de Jesucristo. Sobre esta figura incomparable, sobre esta personalidad indestructible, llueven las objeciones como el granizo. Vamos a oir, discutir y pulverizar estas objeciones. Todo ha sido negado en el mundo, aun el sol. Algunos filósofos han sostenido que no era más que una modificación de la idea humana, es decir, una forma puramente subjetiva. Del mismo modo, ha habido filósofos, mejor dicho, maniáticos, que han suscitado esta cuestión: ¿Ha existido siquiera Jesucristo? Respondo que Jesucristo es la realidad histórica más incontestable que pueda imaginarse. Tuvo contemporáneos; originó una posteridad; dejó vestigios.

I. Jesucristo tuvo contemporáneos que certifican su existencia.

No debe ser asimilado a los héroes fabulosos, tales como Osiris, Hermes, Adonis, Fo, Buda, cuya leyenda se pierde en la noche de los tiempos. No. Nació y vivió en un ambiente histórico, en el cual hacía ya mucho tiempo que la escritura había sustituído las fluctuaciones de la tradición oral. Nació y vivió, hace ya diecinueve siglos en Judea, en plena civilización romana, ante los ojos muy abiertos de sus contemporáneos, que le vieron, le oyeron y nos hablan de El.

Los judíos hablan de Jesucristo. Tenían interés en decir que no existió, pero ni siquiera se les ocurrió tal pensamiento. El historiador judío Josefo, en un texto que tanto molesta a la crítica incrédula, pero que el mismo Renán reconocía como auténtico, nombra a Jesucristo y a las personas asociadas a su vida. "Jesús—dice,—hombre de gran virtud, si es que puede llamársele hombre."

Los paganos hablan de Jesucristo. Hubieran podido no hablar de El... ya que, al fin y al cabo, Judea era para los escritores de Roma un país distante y despreciado... Por otra parte, ¿es que los grandes hechos de Clodoveo son dudosos porque ningún historiador alemán o sajón de su tiempo diga de ellos una palabra? El silencio, pues, de los escritores romanos no debilitaría la creencia en Jesucristo y en su vida. Pero los escritores romanos no se callan. Tácito, cuyas obras han formado, y forman todavía, parte de los programas de estudios universitarios o libres; Tácito, que aparece veintisiete años solamente después de Jesucristo, habla de El, y nos dice que en aquellos momentos había en Roma una multitud inmensa de cristianos, *multitude*

...gens. Podría citaros sobre Jesucristo los textos de ...nio, de Suetonio y de Séneca, de Celso, de Porfirio ...de Juliano; pero tengo prisa de dar a conocer los de ...os judíos y paganos convertidos.

Los *primeros cristianos* hablan de Jesucristo y ha... ...n de El sin cesar, y no hablan más que de El. Le vie... ...n, le oyeron, asistieron a su vida y a su muerte; se ...uentan por millones y no son únicamente insignifican... ...es, desconocidos, gentes del pueblo, sino escritores que, ... número de cuatro, refieren su historia, y se armo... ...izan con precisión maravillosa sobre la substancia de ...os hechos; son dignatarios y hombres notables de su ...za, como Nicodemo, príncipe de los judíos, José ... Aritmatea, noble decurión, Jairo, príncipe de la ...inagoga, el centurión Cornelio, Sergio Paulo, procón... ... romano. Son apologistas, como Pablo de Tarso, Cle... ...ente, Ignacio, Atenágoras, Arnobio, Justino y Tertu... ...ano, los cuales, dirigiéndose a los emperadores, no ...cilan en apelar a los archivos del Imperio romano, ... donde se hallaba la memoria del procurador Poncio ...ilato sobre la vida y milagros de Jesucristo. "Bus... ...d—dice Justino al emperador Antonino;—las actas ... Poncio Pilato están en vuestros archivos." No es ... como se habla a contemporáneos de un hombre que ... existe.

Nadie duda de César. Pero reunid a todos los con... ...poráneos que hablaron de César, cotejadlos con los ...e hablaron de Jesucristo, y veréis que están en la ...oporción de uno a quince mil. Nadie duda de César. ...ego *a fortiori,* nadie debe, nadie puede dudar de ...sucristo. Esto es todavía más evidente si se interro... ...a la posteridad.

II. Jesucristo originó una posteridad que apela a su existencia.

Veo unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *universal.* César, y Carlomagno únicamente se mezclan con la historia de un solo pueblo, el uno con la historia de Roma, el otro con la historia de Francia. Jesucristo está mezclado con la historia de todos los pueblos, de todos los lugares, de todos los siglos. Jesucristo no puede ser, no es, un personaje legendario, un personaje inventado.

Veo unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *inteligente.* Son cristianos de todas categorías, dice Plinio en su carta a Trajano. Son, desde el origen, senadores y mujeres de la más elevada alcurnia. Son hombres instruídos que, antes de ser apologistas, fueron filósofos, oradores, médicos, jurisconsultos. Jesucristo no puede ser, no es, un personaje legendario, un personaje inventado.

Veo unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *fiel,* invenciblemente fiel, que cree en El, que le ama, que sigue sus pasos, que obedece a sus representantes, que muere por El. Desde el año 50 al año 300, la historia está llena únicamente de las luchas del Imperio romano con el cristianismo, y, para explicar estas luchas, hay que remontarse necesariamente a Tiberio, tras el cual todo habla de Jesucristo, y antes de él nadie lo nombra. Hay que fijar necesariamente en este punto la venida de Jesucristo. Jesucristo no puede ser, no es, un personaje legendario, un personaje inventado.

Veo unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *ensangrentada.* En los tres primeros siglos se cuentan muchos millones de mártires. Se exi-

de ellos, como de Policarpo, obispo de Esmirna, que maldigan a Jesucristo, y responden: "Jesucristo siempre me hizo bien. Le bendiciré hasta mi último suspiro." ¿Y hubieran padecido así, y hubieran muerto, sin ni siquiera estar ciertos de la existencia de Jesucristo, cuando, por otra parte, podían, en aquel tiempo tan poco distante de los hechos, asegurarse de ellos por sí mismos, o por sus padres? No. Jesucristo no puede ser, no es, un personaje legendario, o inventado.

Veo unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *recalcitrante*. Jesucristo no tiene más que amigos. Tuvo enemigos numerosos, encarnizados. Y ciertamente los tiene aún hoy en día. Pero, sin quererlo, los mismos enemigos de Jesucristo deponen en favor suyo. Los filósofos paganos de los primeros siglos, Celso, Porfirio, Juliano, discuten los milagros de Jesucristo, pero no se les ocurre sospechar de su realidad histórica. Y aun nos enseñan cosas interesantes sobre la infiltración de Jesucristo en el mundo pagano. Lampridio nos hace saber que Alejandro Severo tributaba cada mañana culto privado al divino Crucificado, y que Adriano quería colocarlo entre los dioses. Del mismo modo, los modernos enemigos de Jesucristo, Voltaire, Rousseau, Renán, combatieron su divinidad, sin poner en duda su vida y su muerte. Jesucristo no pudo ser, no es, un personaje legendario ni inventado.

Veo, en fin, unida a Jesucristo, formando un todo con El, una posteridad *no interrumpida*. Se dice a veces: ¡Hay tantos hombres entre Jesucristo y yo! ¿Qué quiere decir esto? Creéis en Ciro, y, a pesar de ello, hay muchos hombres entre Ciro y vosotros. Creéis en Aristóteles, y, ello no obstante, hay muchos hombres entre Aristóteles, que vivió 3.000 años antes de Jesucristo, y vosotros, que vivís 1900 años después. Creéis

en Cicerón, y, sin embargo de ello, hay muchos hombres entre Cicerón, que murió 34 años antes de Jesucristo, y vosotros, que vivís 1870 años después de su muerte. La antigüedad de un hecho o de un personaje no disminuye la realidad, ni suprime la existencia de ellos. Las generaciones que de ellos hablan, forman, las unas después de las otras, una trama, un tejido, un solo y mismo todo tradicional que no puede reducirse. Jesucristo engendró una posteridad no interrumpida. No puede ser, no es, un personaje legendario, ni inventado. Pocas palabras más para confirmar, si necesario fuera, nuestra convicción.

III. Jesucristo dejó vestigios que atestiguan su existencia.

El Evangelio es un vestigio de Jesucristo. Sirve de código a los cristianos. Ahora bien, el código de Napoleón prueba la existencia de Napoleón. Pues del mismo modo, el código evangélico prueba la existencia de Aquel que proporcionó sus materiales.

El calendario es un vestigio de Jesucristo. Leemos en él que estamos en el año de gracia de 1903, y sería verdaderamente singular que no hubiese existido el único hombre cuyo nacimiento cambió la data de los siglos, el único hombre que creó para el mundo un nuevo calendario, y señaló con su nombre la línea de partición de los acontecimientos de la historia.

Nuestro nombre de cristiano es un vestigio de Jesucristo. Somos 400 millones de hombres los que llevamos este nombre. La misma impiedad lo confirma, y no puede resignarse a ello. Quisiera aniquilarnos, y aunque finge despreciarnos, certifica con sus furores que no somos una secta próxima a morir, sino un mundo, un verdadero mundo, el mejor organizado y

más vivaz de todos los mundos. ¿Qué prueba esto sino que existió Jesucristo? Nos llamamos cristianos porque tenemos la convicción de que venimos de Jesucristo, como nos llamamos franceses porque tenemos la convicción de proceder de los francos. No hay mahometanos sin suponer a Mahoma, ni Capetos sin suponer a Hugo Capeto, ni calvinistas sin suponer a Calvino. Del mismo modo, es imposible suponer concebir 400 millones de hombres que se llaman cristianos sin un primer jefe que se llamó Cristo. Por cuanto hay platónicos y aristotélicos, hubo un Platón y un Aristóteles, y por cuanto hay frases ciceronianas, hubo un Cicerón... Así, pues, desde el momento en que hay un mundo cristiano, hubo un Cristo que lo fundó, y sobrevive en la obra que lleva su nombre.

Nuestras fiestas religiosas son también un vestigio de Jesucristo. Remontad los siglos. Desde la muerte de Jesucristo se celebra Navidad, la Epifanía, la Pascua... poco después, la Ascensión, Pentecostés y todas las demás. Pues bien, el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, prueba que la Bastilla fué tomada... del mismo modo que nuestras fiestas cristianas son el memorial y la permanencia en medio de nosotros de la vida toda entera de Jesucristo.

Finalmente, *los monumentos* son un vestigio de Jesucristo. Iglesias, medallas, grabados llevan su nombre; las Catacumbas de Roma hablan de El; así como también las reliquias de su Pasión, preciosamente conservadas, y la madera de su cruz hallada en Jerusalén... Judea guarda todavía su huella. "Los que han combatido la realidad de la existencia de Jesucristo—dice el P. Didón,—no han estado en Palestina; si la hubieran estudiado con el Evangelio en la mano, hubieran comprendido que el Evangelio no se inventa." La columna Vendome, de París, no permite dudar de las

victorias del Gran Ejército; así también, la tierra está cubierta de monumentos que atestiguan que Jesucristo es la realidad histórica más incontestable que pueda imaginarse.

Señores, termino con unas palabras salidas de la pluma de uno de los enemigos del cristianismo. Juan Jacobo Rousseau escribió: "Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo." Esto es absolutamente verdadero. Jesucristo se nos aparece en el cuadro histórico y geográfico de sus contemporáneos. Hay una posteridad que repite su nombre, y el mundo está enteramente lleno de los vestigios de su presencia. Postrémonos a sus pies y démosle desde hoy nuestra fe, nuestra adoración, nuestro amor, nuestra sumisión absoluta y verdaderamente filial.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

Las inverosimilitudes del nacimiento de Jesucristo

SEÑORES:

El escéptico Sainte-Beuve, en su obra sobre *Port-Royal*, tomo III, pág. 450, escribe: "Cuando uno tiene que hablar de Jesucristo, sumérgese en una especie de encogimiento involuntario y teme, si no pronuncia su nombre de rodillas y adorándole, profanar, con sólo pronunciarlo, este nombre inefable, para el cual, aun el más profundo respeto pudiera convertirse en blasfemia." Los librepensadores han hecho mucho camino en cincuenta años. Hoy están cien codos por debajo de Sainte-Beuve, su antepasado. Con relación a Jesucristo, han perdido aun el sentimiento del respeto. Su impiedad se ha convertido en groseria, peor aun, en una especie de delirio alcohólico que se manifiesta por invectivas e injurias. Se ataca a Jesucristo en tono de arrebato y desvergüenza. Nosotros hablaremos de El en el lenguaje de la historia, de la razón y del decoro.

En primer lugar, el librepensamiento aparta desdeñosamente los ojos de su cuna, y le insulta con las inverosimilitudes de su nacimiento. No puede admitir que Jesucristo nació, después de 4,000 años de expectación, de una virgen, en Belén. Discute la fecha, el modo, el lugar de su nacimiento. Expliquémonos sobre esto, y hagamos resplandecer toda la verdad de nuestra fe.

I. Jesucristo nació, después de 4.000 años de expectación, en el siglo de Augusto.

Nosotros los católicos creemos que Jesucristo no es un personaje vulgar; que todas las edades del mundo vienen a agruparse en torno de su cuna, no solamente los veinte siglos que le siguen, sino también los cuarenta que le preceden; que fué esperado desde el origen de los tiempos por todas las generaciones humanas, y que, finalmente, nació el año 747 de la fundación de Roma, en el siglo de Augusto. ¿Es esto verdad? Sí, es verdad, absolutamente verdad.

Es absolutamente verdad que *Jesucristo fué esperado por el pueblo judío*. Los profetas refirieron su vida por adelantado, con detalles tan precisos, que han sido llamados sus evangelistas e historiadores de lo por venir. Los principales personajes, los acontecimientos notables, las ceremonias rituales de la nación judía fueron figura lejana y preparación directa del Mesías prometido. Jesucristo fué esperado en las puertas del Edén, bajo las tiendas de Caldea, en las moradas de Egipto, en las faldas del Sinaí, en Jerusalén y en Babilonia, en los dolores del destierro y en las alegrías de la vuelta. Toda la antigüedad judía está en marcha hacia El. Pero con esto no se ha dicho todo.

Es absolutamente verdadero que *Jesucristo fué es-*

rado por todos los pueblos. Todo libro sagrado, griego, egipcio, indo, persa, chino, se abre por el relato de la caída y por la promesa de una separación. Todas las tradiciones populares son un eco del versículo del Génesis dirigido al enemigo del género humano después de la primera falta: "Enemistades pondré entre ti y la mujer, entre su raza y la tuya, y un día quebrantará tu cabeza." Todos los filósofos, Confucio entre los chinos, Zoroastro entre los persas, Sócrates y Platón entre los griegos, Virgilio y Cicerón entre los romanos, llaman un Libertador divino. Dios mostró a los hombres que tenían necesidad de El al dejar desarrollarse durante cuatro mil años los lamentables efectos del pecado original. Jesucristo puede venir. Los griegos van a prestarle su lengua armoniosa, y los romanos han conquistado la tierra para preparar caminos a sus apóstoles y cederle un día la capital de su imperio. ¿Vino Jesucristo? Sí.

Es absolutamente verdadero que *Jesucristo nació en el siglo de Augusto.* El año 747 de la fundación de Roma, cerrado el templo de Jano y en paz el universo, el emperador Augusto se propuso contar las riquezas de sus provincias y el número de sus súbditos, y al efecto, ordenó un empadronamiento que, en las miras de Dios, no tenía otro objeto que hacer comprobar oficialmente el nacimiento de Jesucristo por la más grande de las autoridades humanas. Sin saberlo ni quererlo, César Augusto pone de acuerdo los acontecimientos con los oráculos de los Profetas. *Mil setecientos* años antes, predicó Jacob que el Mesías vendría cuando el cetro saldría de Judá. Ahora bien, en el siglo de Augusto, el cetro, es decir, el poder soberano, había salido de Judá, porque los mismos judíos gritaban: "¡Pilatos, no tenemos otro rey que César!" *Quinientos* años antes, Ageo y Malaquías predijeron que el Mesías en-

traría en el segundo templo. Ahora bien, en el siglo de Augusto, el segundo templo, destruído solamente cuarenta años después de Jesucristo, subsistía aún, y Jesucristo entró en él. Cuatrocientos noventa años antes, Daniel, cautivo en Babilonia, predijo que el Mesías aparecería después de sesenta semanas de años. Ahora bien, en el siglo de Augusto terminaron las sesenta semanas de años, y Jesucristo apareció precisamente en aquella época. Jesucristo apareció después de cuatro mil años de expectación, en el siglo de Augusto. Tal es la data de su nacimiento. Pero ¿cómo y de quién nació?

II. Jesucristo nació de una virgen que se llama María.

Nosotros los católicos creemos que Dios quiso apartar del nacimiento de su Hijo la cooperación terrible de un hombre imperfecto, y reemplazó con un acto creador el principio natural de la generación humana. Creemos que esta maravilla se cumplió en el casto seno de una virgen, sin despojarla del privilegio de amor y de pureza que había puesto, por un voto, bajo la guarda de Dios. Creemos que dos honores inconciliables, la virginidad y la maternidad, se unieron y realzaron mutuamente en la persona de María, virgen y madre a la vez. ¿Es esto verdad? Sí, es verdad, absolutamente verdad.

Es absolutamente verdad que *Jesucristo nació de una mujer que fué su madre sin dejar de ser virgen.* En primer lugar, *está consignado en el Evangelio,* y no tenemos derecho alguno, ni el menor motivo para dudar del Evangelio, para desgarrar las páginas purísimas y santísimas que nos refieren la encarnación del Verbo en el seno purísimo de María. Luego, *es la enseñanza de la Iglesia,* la cual jamás varió sobre este punto. Los más grandes santos se dan la mano con los más

grandes genios, hace ya veinte siglos, en la adhesión a esta enseñanza, y antes prefiero creer lo que ellos creyeron, que blasfemar, con algunos groseros personajes, los más castos misterios. Finalmente, ¿podemos recusar *las palabras de la misma Virgen María,* en quien se cumplieron estos misterios? No podemos. La Madre de Jesucristo es un testigo excepcionalmente mayor, como se dice en lenguaje forense. Niña de quince años, anunció que todas las generaciones la llamarían bienaventurada. Esto hubiera sido la mayor locura, si no hubiera sido divino. La posición que ella se conquistó en el mundo cristiano y la realización de su profecía sobre los siglos futuros nos imponen el respeto a su palabra. Preciso es, pues, creer todas las maravillas que los Evangelistas escribieron bajo su dictado, pues son indiscutibles.

Pero *se objeta que eso es imposible,* que no se ha visto nunca. Que no se ha visto nunca, concedido; que es imposible, en manera alguna. Nada es imposible a Dios, dice el Evangelio, y cuando el Evangelio no lo dijera, la razón por sí sola lo admitiría. Veamos. Hay que admitir que la especie humana empezó a existir, y que sus primeros autores recibieron de Dios solo, con la vida, el poder de comunicarla. Ahora bien, si Dios, en el origen, hizo ya al hombre sin el hombre, ¿no podría reanudar este acto soberano? Con él quiso mostrarnos las fuentes de su omnipotencia; con él quiso fundar en la tierra lo que la antigüedad conocía apenas: la virginidad. El Imperio romano hallaba difícilmente en su seno media docena de vestales... ¡y qué vestales! En veinte siglos Jesucristo ha creado millones de vírgenes, a las que ha confiado el sacerdocio, el apostolado, la oración, la enseñanza, el culto de la miseria, todos los servicios gratuitos de que se beneficia el género humano. Pues bien, ¿sabéis de dónde vienen todas esas virginidades, que embalsaman

la tierra? Vienen de Jesucristo y de su divina Madre. Semejante resultado merecía por parte de Dios la ostentación del poder que manifestó en el nacimiento virginal de su Hijo.

Mas insisten, y dicen: *Sí, pero Jesucristo tiene una genealogía.* Ciertamente, y esta no podría dejar de ser, porque, al propio tiempo que es Dios, es hombre; por consiguiente, tiene antepasados según la carne. Es de la posteridad de Sem, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá, de la familia de David, y, en el seno de María, su madre, tomó la sangre del género humano, la sangre real de David. Verdad es que veo alrededor de El al *casto José.* José no es su generador, sino simplemente su guardián y su protector. Verdad es también que, en el Evangelio, Jesucristo es llamado el *primogénito* de María; pero hay que saber que la lengua judía llama primogénito al que no tiene hermano mayor, aunque sea hijo único. Verdad es también que el Evangelio habla de *hermanos* y *hermanas* de Jesucristo; pero hay que saber que, entre los judíos, se daba este nombre a los próximos parientes. Sólo la ignorancia y la mala fe hallan en esto materia de objeción. Jesucristo nació en el siglo de Augusto, de la Virgen María. ¿En dónde nació?

III. Jesucristo nació en un establo, en Belén.

Nosotros los católicos creemos en las palabras que escribió setecientos años antes, el profeta Miqueas: Y tú, Belén, tierra de Judá, deja de creerte la más obscura de las ciudades de Judá, porque de ti "saldrá el jefe que gobernará a Israel, mi pueblo." Nosotros creemos que Jesucristo nació en Belén, pequeña aldea, a dos leguas al sur de Jerusalén, y que allí, venido al mundo en un establo, acostado en un pesebre, en-

elto en pañales, fué adorado por María y José, lue-
go por los ángeles, después por los pastores, y al fin
por los reyes magos. ¿Es esto verdad? Sí, absolutamente
verdad.

Es absolutamente verdadero que *Jesucristo nació en
Belén.* El Evangelio lo afirma. Toda la tradición cre-
yó en el relato del Evangelio. Más todavía, los archi-
vos del Imperio romano dan fe de ello. El senador Ci-
rino, encargado en nombre del emperador Augusto del
censo de todo el Oriente, envió a Roma las tablas re-
dactadas por él, las cuales contenían el acta de naci-
miento de Jesucristo, su nombre, su familia, el lugar
de su aparición en el mundo. Estas tablas del empa-
dronamiento son auténticas, oficiales, indiscutibles. San
Justino y Tertuliano las vieron y no vacilaron en remitir
a ellas los herejes y los emperadores perseguidores.
San Crisóstomo hace mención de ellas, y asegura que
todavía las mostraban en Roma en su tiempo. Juliano
el Apóstata no se atreve a discutir el lugar de nacimien-
to de Jesucristo. Orígenes dice a sus contradictores:
"Id a Belén, y allí veréis la cueva en que Jesús nació,
y en esta cueva el pesebre en que fué envuelto en pa-
ñales." Señores, no se borran de un plumazo tantas
autoridades. A pesar de ello, Renán escribió en su *Vida
de Jesús* estas desdichadas palabras: "Jesús nació en
Nazaret." Semejante aserto no es de un historiador,
sino de un novelista, y está desmentido por los Evan-
gelios, por todos los siglos cristianos y aun por las es-
tadísticas del Imperio romano.

Pero *Jesucristo nació en un establo.* ¿No es esto in
verosímil? No. Señores, esto no es inverosímil, es ado-
rable. El establo de Belén en que nació nuestro divino
Jesucristo, es un trono, una cátedra, una fuente. *Un
trono.* ¡Cuántas veces plugo a Dios suscitar en el seno
de la pobreza salvadores de la patria y de la Iglesia!

Id a ver, en Domremy, la humilde casa de Juana de Arco, y, en Pouy, la rústica cabaña de Vicente de Paúl. El Salvador del hombre nació, pues, allí donde no nacen los hombres, en un rincón no viciado por el contacto de las muchedumbres... y allí llamó a los ángeles, a los pastores, a los magos, y desde allí sobresaltó el corazón de un rey celoso, y desde allí se lanzó a la conquista del mundo. El establo de Belén es un trono. Y también una *cátedra.* El pecado del mundo es el amor desordenado de las riquezas. Colocado en su pesebre, en la extremidad misma de la miseria, Jesucristo nos enseña a pisotear los bienes perecederos de aquí bajo. El pecado del mundo es el orgullo, la exaltación de uno mismo por encima de otro. Colocado en su pesebre, en la extremidad misma de la pequeñez, Jesucristo nos enseña a humillarnos, a no ser altivos. El pecado del mundo es la sed de goces, la embriaguez de los sentidos. Colocado en su pesebre, en la extremidad misma de la privación, Jesucristo nos enseña a abstenernos y a padecer. Así, desde que nació Jesucristo, una revolución moral se ha producido en el género humano. Belén es *una fuente.* Todo procede de allí, las grandes virtudes que han transformado el alma humana, y las grandes instituciones que constituyen la civilización cristiana. El nacimiento de Jesucristo en Belén fué el principio del renacimiento del mundo a una nueva vida. Preparémonos, señores, a celebrar muy pronto ese gran aniversario y a cantar en la cuna del Salvador el cántico de los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad."

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

¿Por qué treinta años de vida oculta?

SEÑORES:

Después de su nacimiento en Belén de Judea, fué Jesucristo a Nazaret de Galilea con sus padres María y José, y les estaba sujeto. El Evangelio no dice nada más. ¡Tres palabras para referir treinta años de la vida de un Dios! El librepensamiento dice que esto és inverosímil. ¿Por qué treinta años de vida oculta? ¿No fueron años perdidos? No, en verdad. Jesucristo quiere salvar al mundo, reformar sus ideas y costumbres, corregir sus errores y pasiones, infundirle la virtud. Ahora bien, la virtud no se enseña como la geografía o la aritmética, sino que se comunica especialmente por el ejemplo. Durante treinta años, Jesucristo da el ejemplo de la vida obscura y de la vida laboriosa. Este no fué tiempo perdido. Veámoslo.

I. Jesucristo durante treinta años rehabilita la vida obscura.

Vive oculto y silencioso. Obedece y espera.

Vive *oculto* en el rincón más obscuro del vasto Imperio romano, en la vida rural, en la vida de familia, en la vida obrera. Nazaret era una aldea, una pobre barriada perdida en un repliegue de la montaña. En aquella soledad recogida, oculta el libertador del género humano, bajo el velo de una humilde profesión, el desarrollo de su adolescencia y la flor de su juventud.

¡Qué lección para el hombre, y en particular para nuestro tiempo, de *exterioridad* universal. Todos quieren construir un castillo en la cumbre de la montaña, cerca del sol; nadie quiere plantar su tienda en la humilde obscuridad del valle; todos se ven devorados del deseo insensato de aparentar. Son ya incontables en el día de hoy los jóvenes que abandonan la vida obscura de la aldea y se van a las grandes ciudades, donde hoy buenas colocaciones, jornales crecidos, diversiones y dinero. Sueños de oro y de placeres bullen en las cabezas de quince años. Parten, pero, por desgracia, por uno que triunfa, sucumben centenares, y pierden su cuerpo y su alma, la salud y el honor en el torbellino de la ciudad. Durante treinta años, Jesucristo vive oculto.

Vive *silencioso*. En torno de Él se habla, se canta, se perora, se vaticina, en Jerusalén, en Alejandría, en Roma, en Atenas. Es el siglo hermoso de la filosofía, de la política, de las letras, de las artes. El Doctor del género humano envuelve su ciencia y su sabiduría en un silencio de treinta años.

¡Qué lección para el hombre, y en particular para nuestro tiempo de *charla* universal!

El ruido no hace bien, y el bien no hace ruido. La salvación del mundo mucho más se apoya en los silenciosos que obran, que en los elocuentes que se agitan. El más humilde cura de aldea que enseña el catecismo a los niños de los aldeanos, es más útil que el orador que subleva las pasiones populares. El más humilde sargento que monta la guardia en la última ciudad de la patria, cumple un deber inmenso: vela por la seguridad, y la seguridad engendra el orden, y el orden produce buenas leyes, buenas costumbres, obras intelectuales, prosperidades materiales. Durante treinta años, Jesucristo vive oculto y silencioso.

Obedece. El soberano se ha hecho súbdito. Está sometido a José, el más pobre de los hombres, y a María, la más humilde de las mujeres. El dueño del género humano es mandado y conducido por dos de sus criaturas.

¡Qué lección para el hombre, y en particular para nuestro tiempo de *insubordinación universal!* Todas las veleidades de independencia que, jóvenes o viejos, pequeños o grandes, sentimos germinar en el fondo de nuestra naturaleza revolucionada, encontrarán siempre en esta lección su condenación más terminante. Y en ella también, todas las superioridades sociales aprenden que antes deben ser un servicio público que una dominación. El papa es el servidor de los servidores de Dios. El coronel es el primer servidor del regimiento. Cuanto más elevada es una situación, más subyugada y crucificante es. Cuanto más elevado está uno en la jerarquía, más responsable se hace, es decir, más esclavo de su deber y de sus semejantes. Durante treinta años Jesucristo vive oculto y silencioso. Obedece.

Espera. Enviado para regenerar al mundo con su doctrina, sus instituciones, la virtud de su sangre derramada, y decidido a no emplear más que tres años en

su ministerio público, quiere prepararse para él con treinta años de soledad, de silencio y de sumisión. El reformador del género humano espera la madurez de la edad para inaugurar su obra.

¡Qué lección para el hombre, y en particular para nuestro tiempo de *ambición* universal sin escrúpulos! ¡Qué lección para los audaces, para los múltiples obreros de la palabra, de la pluma y del sufragio que se lanzan adelante sin otra preparación que la audacia, sin otra preocupación que su interés personal! ¡Qué lección para los impacientes, que se crecen antes de hora, que olvidan que la obscuridad de los principios es una iniciación, no un castigo. Se dice a veces que faltan hombres. Esto no siempre es verdadero. Los hombres jamás faltaron a los acontecimientos. Dios provee a ellos. Pero sí es verdad que los hombres se preparan en la obscuridad, como las cosechas bajo el manto de nieve que cubre el suelo. En el silencio y en la sombra, la reflexión madura el espíritu, el trabajo fortalece al cuerpo, la lucha solidifica el natural, y el hombre se prepara para los acontecimientos excepcionales de modo muy distinto que en el banquete de los dichosos. Así procedió Jesucristo. ¡Lección inolvidable para el hombre! Durante treinta años, rehabilita la vida obscura, se somete a un penoso aprendizaje, sus manos adorables se curten con el duro manejo de las herramientas; hace su jornada, se gana el pan con el sudor de su frente.

II. Jesucristo, durante treinta años, rehabilita la vida laboriosa.

Rehabilita el trabajo, el trabajo manual. Este, señores, es admirable.

1.º *El trabajo* es a la vez la ley y la carga de nuestra naturaleza.

Es nuestra *ley*. Somos seres inteligentes dotados de actividad, por consiguiente, debemos ejercitar nuestras fuerzas, las fuerzas de nuestra inteligencia, y las fuerzas de nuestro cuerpo. Somos seres superiores; el mundo nos pertenece. Dios, que lo creó sin nosotros, nos ordena cultivarlo y explotarlo con El. Somos seres caídos. El trabajo nos hace padecer y expiar; al crucificarnos, nos realza. Somos seres tentados. El trabajo nos preserva, es padre de numerosas virtudes, en tanto que la ociosidad es madre de todos los vicios. Tal es el trabajo. Es nuestra ley.

Es también nuestra *carga,* una carga que la generalidad de los hombres lleva con impaciencia y anhela constantemente libertarse de ella. Sí, *todo trabajo* es una carga. Hay el trabajo que fatiga los músculos, rompe los cuerpos, agrieta y ennegrece las manos. Pesa enormemente sobre los hombros del género humano. Hay también el trabajo del pensamiento, el cual también mata al hombre, gasta al sabio, al orador, al artista, agota al administrador, al notario, al médico, al sacerdote. No establezcamos categorías, señores, entre las diferentes clases de la sociedad, y digamos, porque es la verdad, que el trabajo es la ley de todos y una carga para todos.

Jesucristo, durante treinta años, nos enseña a llevar esta carga y a ejecutar esa ley. Rehabilita en su persona y con su ejemplo la vida laboriosa. ¿Desconocemos la dignidad del trabajo? Jesucristo lo divinizó. ¿Murmuramos contra la necesidad del trabajo? Jesucristo lo aceptó sin repugnancia y sin recriminación. ¿Repudiamos la necesidad del trabajo? Jesucristo se sometió a él durante treinta años.

Pero entremos en más detalles y ahondemos este adorable misterio. Jesucristo consagra la mayor parte

de su vida al ejercicio de una humilde profesión. Hijo de obrero, comparte noblemente la suerte de su familia. Elige

2.º *El trabajo manual.* ¿Por qué? Hubiera podido elegir otra cosa. Hubiera podido elegir una *posición* elevada de esas que asombran a los humildes, transformar su cuna en un trono soberbio, convertirse en hombre de Estado, en príncipe, en jefe de pueblo, que hubiese hecho revivir en su persona los derechos de sus abuelos. Hubiera podido elegir una ocupación que lisonjeara el amor propio, al colocar al que la desempeña por encima del mundo sensible; por ejemplo, hubiera podido elegir el trabajo del sabio, del pensador, del artista, del poeta, o aun simplemente del hombre de negocios. Todos estos oficios tienen también sus fatigas, sus vigilias, el sudor de la frente, sus arrugas, sus cabellos blancos antes de tiempo. No, Jesucristo no quiso elegir ninguno de esos estados privilegiados. Eligió el trabajo manual. ¿Por qué?

1.ª Porque el trabajo manual es *el más humilde* de todos los estados. Nadie se avergüenza, por lo contrario, todo el mundo se enorgullece de entregarse al trabajo intelectual. Pero reducirse a la condición de hombre de trabajo, trabajar con las propias manos una materia trivial, esto nos parece humillante. Todos quisieran libertarse de esta humillación, y cada día vemos que la muchedumbre se precipita, ardiente y febril, hacia las carreras liberales. Jesucristo eligió el trabajo manual para realzarlo, para ennoblecerlo, para transfigurarlo. ¿Por qué?

2.º Porque el trabajo manual es *el más duro* de todos los estados. Sin duda habéis visto agricultores u obreros de taller volver de su trabajo, sudorosos, molidos, agotados. En presencia de ese espectáculo, en

presencia de la santa hermosura del esfuerzo físico, escritores, pensadores, artistas, sacerdotes, si no estamos abroquelados en nuestra suficiencia, nos sentimos a veces empequeñecidos, llenos de malestar. Es que, de repente, la ley del trabajo, impuesta al hombre para su castigo y su redención, se nos aparece, y el trabajo corporal es la expresión más viviente de esta ley del trabajo. El trabajo manual es duro. Jesucristo lo eligió para habituar a él nuestros hombros, para dulcificarlo, para hacérnoslo menos repugnante y más soportable. ¿Por qué?

3.° Porque el trabajo manual es *más difundido* de todos los estados. Es en realidad la herencia de las cuatro quintas partes del género humano. Ahora bien, Jesucristo no vino a la tierra para salvar una porción escogida, sino que vino a salvarnos a todos. Y por cuanto el mundo obrero representa la inmensa multitud, Jesucristo se inclinó hacia ella y ocupó su puesto en la gran nación de los trabajadores manuales. Hízose carne, y se hizo hombre. Pero esto no era suficiente. Se hizo pueblo, se hizo obrero. No quiso asemejarse a los reyes, a los grandes, a los poderosos, a los ricos, a los hombres de fausto y de ocio, sino que, durante treinta años de su vida, viósele descender con José las colinas de Nazaret, recorrer las orillas del lago de Galilea y trabajar en un taller, de tal modo que, más tarde, testigos de sus milagros, sus compatriotas de Nazaret decían: "¿No es éste el hijo del obrero? *Nonne hic est faber et fabri filius!*" El trabajo manual es el más difundido de todos los estados. Jesucristo lo eligió para asemejarse a la gran porción del género humano, para apoderarse de él en sus elementos más obscuros y en su porción más amplia, para rehabilitarlo de sus rebajamientos inmerecidos. Era esto necesario...

4.º Porque, en la época en que Jesucristo vino al mundo, el trabajo manual *era el más desacreditado* de todos los estados. Los más grandes genios de Grecia, Platón y Aristóteles, no vacilaron en despreciarlo y en proclamar que era indigno de un hombre libre. El trabajo manual quedaba abandonado a los esclavos. Allí donde imperaba el paganismo, era considerado el obrero como un ser rechazado, como una bestia de carga. Vino Jesucristo, y, para probar que el humilde trabajo manual, tan ajado por el orgullo, es digno del hombre, lo proclama digno de un Dios, se somete a él durante treinta años, y lo diviniza en su persona. Bossuet exclama aquí: "Consuélense y regocíjense los que viven de un arte mecánico. Jesucristo es de los suyos."

Ahora, señores, ¿no es verdad que no tenemos razón en decir: Por qué treinta años de vida oculta? Porque Jesucristo rehabilitó la vida oculta y la vida laboriosa, rehabilitó el trabajo manual, rehabilitó la gran nación de los trabajadores. Tan verdadero es que, fuera de Jesucristo, al punto se deprime el obrero, y se convierte en presa de las codicias que explotan sus fuerzas, sus padecimientos, su credulidad. Esto lo vemos todos los días. Procuremos, señores, acercar a Jesucristo nuestros hermanos los obreros. Es esta una obra religiosa, patriótica, popular por excelencia; es la obra urgente y necesaria entre todas.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

¿No fué Jesucristo más que un gran filósofo?

SEÑORES:

Es de buen tono en el mundo racionalista é incrédulo decir que Jesucristo no fué más que un hombre, pero el más sabio de los hombres.

Se da así a la blasfemia su forma más pérfida y repugnante, la forma del elogio. Se afirma que Jesucristo no fué más que un gran filósofo. Refutemos esta impiedad. Voy a condensar en veinte minutos la materia de muchos volúmenes. No lo diré todo, pero diré lo esencial. Vuestro buen sentido, vuestras reflexiones, vuestras lecturas suplirán las lagunas de mi palabra.

I. Desde el primer momento, Jesucristo enseñó una doctrina perfecta. Es más que un filósofo, es un doctor improvisado y excepcionalmente grande.

1.° *Jesucristo se improvisó.* El año décimocuarto del reinado de Tiberio, el 29 de nuestra era, un hombre

desconocido hasta entonces, sale de repente del taller de un carpintero, al que tenían por padre suyo, y recorre calles y caminos, pozos de agua viva, las montañas y las orillas de los lagos, todos los puntos frecuentados por las multitudes, todos los sitios en donde disertan los doctores, guardianes inflexibles de la ley y de la tradición. Ante todo ese mundo, el humilde carpintero de Nazaret anuncia una doctrina nueva, una doctrina de una sencillez sin igual, de un profundidad insondable. La muchedumbre, deslumbrada, sigue al joven Maestro hasta el fondo de los desiertos, y exclama: "Jamás hombre alguno habló como este hombre." Los oyentes, asombrados, dicen: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Cómo sabe estas cosas, si nunca las aprendió?"

En efecto, jamás fenómeno igual se vió en los anales de la filosofía. Los más grandes filósofos se prepararon para su misión por medio del trabajo y del esfuerzo, de las lecturas, de las consultas, de los viajes, de las lenguas, de pacientísimos estudios. *Nemo repente fit summus.* Nadie alcanza las cumbres al primer esfuerzo. La ciencia no se improvisa. Jesucristo cesó súbitamente de ser obrero para convertirse en doctor, doctor completo. Se improvisó, y

2.° *Enseñó inmediatamente una doctrina perfecta,* que hace dos mil años estudia el mundo sin hallar en ella el menor error y sin poder superarla. En la doctrina de Jesucristo, *no hay error alguno,* nada opuesto a la ley natural, nada que la conciencia deba legítimamente reprobar. *Nada de quizás.* Jesucristo pronuncia, no vacila jamás. No es el investigador que va paso a paso en el descubrimiento de la verdad. Es el maestro que la posee y la da. Brota de sus labios como la luz brota del sol. *Nada de lagunas.* Jesucristo anuncia todos los dogmas que responden a las exigencias del espíritu, todos

los deberes que regulan la voluntad, todas las sanciones que estimulan la conciencia, todas las misericordias que satisfacen las necesidades del corazón, todos los consejos que despiertan los más elevados apetitos del alma. Pero esta doctrina tan impecable, tan firme, tan completa, ¿no la sacó de alguna parte? No. *Nada de plagio.* Nadie antes de El habló como El de la bondad de Dios, de la pureza del corazón, de la humildad, del desinterés, de la virginidad, de la dignidad del pobre, del sentimiento de fraternidad. Los antiguos no sospechaban la obligación de perdonar, ¿Qué puede compararse al sermón de la montaña? El mismo Renán lo confiesa: "La doctrina de Jesucristo—dice—es la más hermosa doctrina moral que haya recibido el hombre. Todos nosotros le debemos lo que de mejor hay en nosotros. El sermón de la montaña jamás será superado."

Jesucristo no tiene rival. Los más grandes filósofos se han equivocado más de una vez, y la misma sabiduría de los dos más grandes genios de la antigüedad, Platón y Aristóteles, tienen manchas indelebles. Jesucristo enseñó desde el principio una doctrina perfecta. Improvisóse doctor, y doctor completo, excepcionalmente grande. Pero no es esto todo.

II. Jesucristo, con su palabra, se dirigió a todo el género humano, y lo modificó. Es más que un filósofo, es un realizador potente y único.

1.° *Jesucristo se dirigió a todo el género humano... a todos los pueblos.* En vez de encadenar su palabra a los límites de un territorio, de una nacionalidad, de una raza, quiso que llegase a los cuatro extremos del globo... de tal modo que hoy todo el mundo civilizado conoce: "Padre nuestro que está en los cielos... nuestro pan de cada día dánosle hoy... perdónanos nuestras

deudas," en tanto que no encontraríais en Europa un hombre entre cien mil que supiese de memoria una sola frase de Platón. Jesucristo se dirigió *a todos los siglos*, Lo que no hizo por sí mismo, lo hizo por otros, que dejaron y dejarán sucesores hasta la eternidad... de tal modo que hoy, revestida de todo el esplendor de la antigüedad, su palabra se nos aparece animada de todo el vigor de la juventud inmutable en medio de los cambios, indestructible en medio de las ruinas, viviente en medio de las filosofías que mueren, invulnerable y conquistadora en medio de los perseguidores idiotas que la declaran abolida y proscrita. Jesucristo se dirigió *a todos los hombres*, aun a los más humildes, a los más pequeños, a los más olvidados. Pensó en el niño, en la mujer, en el pobre, en el esclavo, en el pecador, en el enfermo. Para ellos, para los desheredados de la fortuna, descendió con preferencia, como para vengarlos de los demasiado prolongados desprecios de la ciencia humana.

Semejante novedad jamás se había visto en los anales de la filosofía. Los más grandes filósofos no se dirigían más que a un círculo de amigos, a un grupo escogido, a una escuela, y dejaban que el pueblo se sumergiese en las más depravadas supersticiones. La sabiduría era para la fría aristocracia de los intelectuales; *odi profanum vulgus*. El vulgo no entraba en cuenta. Pero Jesucristo se dirigió a todo el género humano, a todos los hombres. Y logró su objeto, su ambición quedó satisfecha. Fué algo más que un orador, fué un realizador.

2.° *Obró la más extraordinaria, la más fecunda, la más durable de las transformaciones morales y sociales.* Su palabra, no solamente resonó en todo el mundo, sino que lo revolucionó sin violencia. Jesucristo todo

lo restauró. Restauró la familia, degradada por la tiranía, por la corrupción, por el divorcio, por la poligamia, por el infanticidio. Restauró el orden social, substituyendo la justicia a la fuerza y rompiendo las cadenas de la esclavitud. Restauró la dignidad humana y el orden moral educando la conciencia. De aquel todo monstruoso que era la sociedad pagana, hizo ese conjunto embelesador que es la civilización cristiana. Donde no ha penetrado la palabra de Jesucristo, las naciones continúan siendo bárbaras. Donde el cristianismo ha muerto, en Africa, por ejemplo, la degradación antigua ha revivido. Jesucristo transformó el mundo. Creó un hombre nuevo. Y tres años le bastaron para echar los fundamentos de esta obra inmensa. ¿Qué decís de ello?

He aquí un hecho absolutamente inaudito en los anales de la filosofía. Los más grandes filósofos, antes de Jesucristo, o después, no tuvieron más que una mediana influencia. Platón ni siquiera convirtió una aldea. Yo no sé que Aristóteles secara jamás una lágrima, ni consolara su alma. "Ningún filósofo—dice Voltaire—influyó tan sólo en las costumbres de la calle que habitaba." Dejaron libros, pero libros llenos de errores, rivales entre sí, y, por otra parte, sin autoridad, por consiguiente, sin fecundidad. Tienen un nombre, pero carecen de posteridad. En cambio, Jesucristo no se contentó con ser un doctor, y un doctor completo, excepcionalmente grande, sino que ejercitó una influencia universal, y fué un realizador potente y único. Ciertamente, nos encontramos muy lejos y muy por encima de la filosofía; pero escuchad aún. Vamos a entrar de lleno en lo divino.

III. Jesucristo penetró a fondo las almas y lo por venir. Es más que un filósofo, es un vidente.

Reveló a los judíos sus complots, a sus apóstoles la traición del uno, la negación del otro, las pruebas o las conquistas de todos, a Magdalena la seguridad de su perdón y la inmortalidad de su gloria en lo futuro. Sólo a Dios pertenece sondear así los corazones. Anunció cuarenta años antes la ruina de Jerusalén y la ruina del Templo, profecía que se cumplió a la letra. Predijo que de pescadores del lago haría pescadores de hombres, y lo hizo. Predijo que su Evangelio sería predicado por el mundo entero, y se cumplió. Predijo, en lo más recio de su anonadación, que cuando se elevaría de la tierra, todo lo atraería a sí, y esto es pura historia. Predijo que Pedro sería cabeza de una Iglesia inmortal, y que, hasta el fin de los siglos, los Doce y sus sucesores evangelizarían la tierra, y en la hora actual, enjambres de apóstoles, movidos por esta palabra eternamente viviente y fecunda, abandonan nuestros hogares y nuestras playas, y van a llevar el Evangelio a las naciones más lejanas.

Os desafío a que encontréis en los anales de la filosofía un fenómeno que tan sólo se parezca a este. Los más grandes filósofos jamás pudieron penetrar ni el secreto de las almas, ni el secreto de lo por venir. Tuvieron previsiones e hicieron conjeturas más o menos posibles y problemáticas. El conocimiento preciso de los pensamientos interiores del hombre y de los futuros contingentes, está fuera de su alcance. Pudieron ser sabios, pero jamás videntes. Jesucristo lo fué. No fué solamente un doctor completo y excepcionalmente grande, sino también un realizador potente y único. Fué un vidente. Lleguemos hasta el fin

y coloquémosle en la cumbre de lo infinito, donde reina la Divinidad.

IV. Jesucristo se identificó con la verdad y con Dios. Es más que un filósofo; es un Dios.

Dijo Jesucristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." No dijo: "Voy a enseñaros la verdad. No, sino que dijo: "La verdad soy yo." ¿Lo entendéis? Jesucristo y la verdad son una sola y misma cosa. Escuchad todavía. Jesucristo afirma sin cesar su divinidad. "Yo que os hablo—dice,—yo soy el principio." —"Yo y mi padre no somos más que uno."—"Yo soy la resurrección y la vida."—"Yo soy anterior a Abraham" (el cual hacía dos mil años que había muerto). Los fariseos quieren lapidarlo... ¿Por qué? A causa de su blasfemia, porque, siendo hombre, se hace Dios. Habría que citar todo el Evangelio. Jesucristo afirmó claramente su divinidad.

Ahora bien, si no es más que un gran filósofo, si no es Dios, o bien mintió, o bien se engañó. *Que Jesucristo se engañase* sobre su identidad, es inadmisible, porque todo el mundo conviene en que fué el sabio por excelencia, y la soberana sabiduría no puede coexistir con la soberana locura. *Que Jesucristo mintiese*, que se hubiera captado la adoración por la más impía de las imposturas, que hiciese representar a los pueblos civilizados una indigna comedia, es igualmente inadmisible, porque toda virtud. La más elevada santidad no puede coexistir con la más vil bribonada. Jesucristo se llamó Dios; por consiguiente, es Dios.

Muchos no quieren ver en Jesucristo más que un sabio, un filósofo, y nada más. Esto se comprende. Una vez descartada y suprimida la divinidad de Jesucristo, cesa Jesucristo de ser molesto, puede uno arreglarse

cómodamente con El, discutir sus misterios, soslayar sus preceptos, y hacer una selección de su doctrina. Si Jesucristo no es Dios, puede tratársele como a un vulgar Platón, como a un simple Aristóteles. Se celebra su genio, y se dispensa uno de obedecer a su palabra... Y el juego está hecho. Pero ¡alto ahí! Jesucristo no es eso, Jesucristo es más, infinitamente más que un filósofo. Es Dios. A El se le debe adoración, gloria, amor y obediencia por siempre jamás.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

¿No fué Jesucristo el más virtuoso de los hombres?

SEÑORES:

La blasfemia toma a veces la forma del elogio. Para despojar a Jesucristo de su divinidad, los incrédulos le atribuyen una altísima sabiduría humana, y sostienen que fué simplemente un gran filósofo. Sabemos a qué atenernos sobre este punto. Pero prosiguen y dicen: Jesucristo no fué más que el más virtuoso de los hombres. Discutamos esta segunda proposición. Voy a demostraros que Jesucristo: 1.º Evitó toda falta; 2.º practicó toda virtud; 3.º engendró toda perfección. Esto es propio de un Dios.

I. Jesucristo evitó toda falta.

Cierto día, encarándose con sus enemigos, y mirándolos fijamente, les dijo: "*Qui ex vobis arguet me de peccato?* Quién de vosotros me convencerá de pecado?" Vivo, obro a la luz del día; nada hago en secreto; me

veis en vuestros templos, en vuestras calles, en vuestras plazas públicas, en vuestras ciudades y aldeas, junto a vuestros enfermos, junto a vuestros moribundos, junto a vuestros muertos, siempre rodeado de vuestros pobres y de vuestros niños, que son mis mejores amigos. "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" He ahí unas palabras audaces, inimaginables, que no podían salir sino de la boca de un Dios, de la boca del que sabe que no sólo es santo, sino la santidad en persona. Sólo un Dios podía lanzar semejante desafío a los fariseos hipócritas y celosos..., porque, en último resultado, si este desafío hubiese sido una impostura y una farfantonería, inmediatamente hubiera sido contestado y confundido. No lo fué; quedó inquebrantable, indiscutido.

Los contemporáneos de Jesucristo no pudieron discernir una sombra en su frente. Calumniaron sus intenciones, interpretaron maliciosamente sus misericordiosas atenciones con los pecadores; incriminaron sus pretensiones y su influencia, sin compararlas con las tradiciones judías que las justificaban; blasfemaron sus obras, sin tomarse el trabajo de examinarlas; pero a la pregunta tan clara que les dirigía, nadie respondió con hechos precisos. ¿Qué es lo que vemos en el día de hoy? Vemos las almas más inocentes puestas fuera del derecho común, expulsadas de su domicilio y acosadas como bestias feroces. ¿Qué pueden reprocharles? Nada. ¿De qué se acusa al trapense, al jesuita, al capuchino, al redentorista? De nada. ¿Y al Hermano de las Escuelas cristianas? De nada. ¿Y a la Hermana que enseña y a la religiosa que cuida de pobres y enfermos? De nada; lo afirmo yo, de nada absolutamente. Pues así procedieron los judíos con relación a Jesucristo. Cuando vociferaban: "¡Crucifícale! ¡Es digno de muerte!", el mismo Pilatos vióse obligado a responderles: "*Nullam invenio in eo causam;* no hallo en él crimen algu-

no." Los contemporáneos de Jesucristo no pudieron discernir una sombra en su frente.

Hace ya veinte siglos que *los enemigos de Jesucristo* han intentado también distinguir manchas en la santa vida y en el alma inocente de Jesús. Pero no lo han logrado. Juan Jacobo Rousseau escribió: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios." El impío devastador de nuestros libros santos, el alemán Strauss escribió: "No es posible concebir alguien que sea igual a Jesucristo." Y vencido por la incomparable rectitud de Aquel al cual quería empequeñecer y destronar, escribió Renán: "Jesús no será jamás superado..." ¿No son significativas y decisivas confesiones semejantes?

Jesucristo no tiene pecado. Acordaos de la antigua fábula del talón de Aquiles. El héroe de Homero, invulnerable en todo su cuerpo, podía ser herido en aquel punto casi inadvertido que las ondas de la Estigia no habían bañado. Era el punto flaco. Pues bien, ¿quién es el gran hombre en el cual no haya encontrado la historia puntos flacos? Los más célebres héroes tuvieron lagunas, desfallecimientos, aspectos obscuros. Los más grandes santos dejaron al descubierto la humana debilidad aun en arranques hacia el bien. Dios descubrió manchas en sus ángeles. *In angelis suis reperit pravitatem.* Pero Jesucristo no puede compararse a nada ni a nadie, y nadie ni nada puede comparársele. No hay sombra alguna en su frente. Evitó toda falta. Esto es propio de un Dios. Pero todavía hay más. Examinemos más de cerca su fisonomía, su alma y su vida.

II. Jesucristo practicó toda virtud.

¿Cómo expresar *su humildad*? Hijo de Dios, revistió nuestra naturaleza. Pero todavía no era esto suficiente:

en Belén acepta todas las pequeñeces de la infancia; en Nazaret, se somete a todas las obscuridades de la vida obrera. Durante los tres años de su ministerio público, no enuncia un pensamiento, ni pronuncia una palabra, ni hace un milagro sin atribuir a su Padre el honor y la gloria de ellos, y durante su pasión, desciende a las últimas extremidades del oprobio y de la ignominia.

¿Cómo encarecer *su obediencia?* Se somete a María y a José. Su vida consiste en hacer la voluntad de su Padre. Para ejecutar su primer milagro, y para rendir su último suspiro, espera la hora y el llamamiento de Dios. Seguidle por Judea y Galilea, por el desierto, por Jerusalén, de Getsemaní al Gólgota; es obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Su bondad y su abnegación son inconmensurables. *Ama* a los niños, los realza, los consagra por siempre jamás, los cubre con esa bendición que se cierne, hace ya diecinueve siglos, sobre la cuna de los recién nacidos. Ama a los pecadores, y ve en ellos la dracma perdida que hay que encontrar, la oveja descarriada que hay que conducir al redil, el hijo pródigo hacia el cual se tienden los brazos paternales. Ama al pobre, al enfermo, al paralítico, al ciego, todas las debilidades, todas las miserias, todos los padecimientos, todas las desesperaciones. Y su bondad no es solamente verbal; es real y eficaz. Pasa *haciendo el bien* y consolando a todos los desgraciados. Endereza a la vez el cuerpo y el alma. Su palabra ilumina, consuela, cura, resucita. Sus milagros son siempre beneficios. Sus pies, fatigados en la busca del afligido, no se detienen más que cuando son clavados en la cruz. Sus manos no cesan de bendecir más que en la hora en que son extendidas y clavadas en el árbol fatal. Pero, aun en este momento supremo, tiene todavía una voz para exclamar: "¡Perdónalos, Padre mío!" *Pide perdón* para sus verdugos. La muerte de ciertos paga-

nos fué muy noble y muy altiva, pero en realidad palidece y se eclipsa al lado de la de Jesús, que da el nombre de amigo al monstruo que le traiciona, que no se queja de la injusticia de sus jueces, y que, sin trabajo, sin esfuerzo, sin turbación, sin ostentación, permanece tierno, inefablemente tierno para con sus enemigos.

En Jesucristo, todas las virtudes se ven *reunidas*: son *transcendentales* y *armónicas*. Os desafío a que me citéis una sola virtud que El no practicase. Y todas las virtudes del Salvador son llevadas a su más alto grado de perfección. Finalmente, todas se armonizan en El. Todas coexisten en un equilibrio impecable. ¿Quién vió jamás entre los hombres unir en justa medida la prudencia con el celo, la justicia con el ánimo, la fuerza con la suavidad? ¿En dónde podremos ver, en el género humano, y aun en la porción más heroica y santa del género humano, la firmeza sin rigidez, la humildad sin bajeza, la resignación sin abatimiento, la paciencia sin altivez, la caridad sin debilidad? En Jesucristo, todas las facultades: inteligencia, corazón, voluntad, y todas las cualidades, están a la misma altura... de suerte que cuando intentamos expresar la impresión producida en nosotros por el espectáculo de esa fisonomía única, sobrehumana, no decimos: Es un genio, es un ángel, es un héroe, es un santo, sino que decimos: Es la santidad misma. Jesucristo evitó toda falta y practicó toda virtud. Esto es propio de un Dios. Pocas palabras más.

III. Jesucristo engendró toda perfección.

No solamente es Jesucristo la santidad increada, sino que es también la santidad creadora.

Se ha dirigido *a todas las razas* que componen el género humano; y ha sido considerado, seguido, copiado por los griegos, por los judíos, por los romanos, por los

blancos de Oriente y Occidente, por los amarillos de la India y del Ganges, por los rojos de América y Polinesia, por los negros del centro de Africa. Ha sido el tipo, el maestro, el modelo, en torno del cual se han civilizado todos los hijos de Adán. En el mundo no hay dos escuelas de moralidad y de perfección, no hay más que una: la escuela de Jesucristo.

Se ha dirigido *a todas las edades de la vida, a todos los estados del alma, a todas las condiciones sociales*, y todos los hombres sin distinción de índole, de fortuna, de dignidad, de edad, de sexo, de talento, le consideran, le escuchan, le reconocen, se encuentran de nuevo en El, y dicen: He ahí mi maestro. Enseña e inspira al príncipe la dignidad y la condescendencia, al súbdito la obediencia y el respeto, al amigo una fidelidad llena de afecto, y al ciudadano un patriotismo repleto de grandeza. Tiene lecciones para el niño y para el anciano, para el rico y para el pobre, para el sabio y para el ignorante. Sería difícil expresar lo que en veinte siglos, ha hecho germinar en materia de pureza y de abnegación en las almas, en los hogares, en las sociedades humanas.

El apóstol saca de Jesucristo su ardiente amor de la verdad, su celo por la salvación de las almas, su misericordia por los pecadores; sus humildes rebajamientos hacia los pequeños y su audacia contra los malos, su desinterés y su vida inmolada. Contemplando las heridas sangrientas de Jesucristo flagelado, se forman y se abroquelan *los penitentes y los mortificados*. Oyese a los *mártires* aclamar con Jesucristo: ¡Arriba, marchemos a la muerte; *surgite, eamus!* Al pie del crucifijo, *los doctores* van a sacar, de edad en edad, los tesoros de la ciencia sagrada. Los León y los Gregorio, los Borromeo y los Belzunce, los Affre y los Dupanloup, todos los *pontífices* se ofrecen y se inmolan por sus tropas siguien-

do a Jesucristo, que les dice: "El buen pastor da su vida por sus ovejas."

¿Por qué *esos misioneros* se dirigen, lejos de su familia y de su patria, a disputar las almas al demonio y a la barbarie, a la India, a la China, al Japón, a Oceanía, alrededor de los grandes lagos de Africa? Es que Jesucristo los llama, los atrae, los impulsa al heroísmo... ¿Por qué en el curso de la historia, tantos *servidores* gratuitos e incansables de todos los dolores? ¿Por qué tantos fundadores de instituciones caritativas, que se llaman caballeros de Malta o del Temple, para defensa de los cristianos, Hermanos de la Merced y Hermanos pontificios consagrados a la libertad de los cautivos y a la protección de los viajeros? Es que Jesucristo fué su inspirador y su creador... Y en el día de hoy, hoy más que nunca, ¿por qué *esos millares de ángeles terrenales,* que velan por vuestros hijos, por vuestros ancianos, por vuestros huérfanos, por vuestros enfermos, que se constituyen en servidores y servidoras de todo dolor físico o moral, a las cuales temen los malos, no porque no hacen el bien, sino porque hacen demasiado bien? ¿De dónde proceden todos esos heroísmos, todas esas virginidades, que arroban al cielo y embalsaman la tierra, todos esos sacrificios desinteresados que admira y bendice toda alma honrada? Provienen de Jesucristo, y sólo de Jesucristo. Jesucristo engendró toda perfección.

Es el modelo de toda perfección. Pero esto no lo dice todo. Es el principio, la fuente y el motor de toda perfección. Jesucristo dijo: "Yo soy la viña y vosotros los sarmientos. Vine para dar la vida con superabundancia, hasta la santidad." Y es verdad. Toda santidad viene de Jesucristo.

No olvidemos esto. Atravesamos días tenebrosos y turbulentos, que exigen de nosotros algo más que

virtudes medianas. Para protestar contra las impiedades y las excitaciones inmorales que ninguna mano sabe ya reprimir; para glorificar a Dios y a su Iglesia; para proteger nuestra gloria nacional amenazada de extinción en el ateísmo legal, propongámonos ser santos, por lo menos en cierta medida; y para ello, penetremos cada vez más en la escuela de Jesucristo, que evitó toda falta, practicó toda virtud y engendró toda perfección.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA (1)

¿Por qué Jesucristo tiene tantos enemigos?

HERMANOS MÍOS:

Hace mil novecientos tres años, en un rincón perdido en el vasto imperio romano, en Belén, sobre la paja de un establo, vino un niño al mundo, y los ángeles, los pastores y los magos llevaron junto a su cuna cánticos, adoraciones y ofrendas. Semejante acontecimiento nada tenía de espantosos para nadie; mas apenas hubo nacido Jesucristo, cuando, para sustraerlo a la matanza en que quería envolverlo Herodes, José y María tuvieron que trasladarse a Egipto. ¿Qué significa este misterio? ¿Luego Jesucristo tiene enemigos? ¿Por qué? He ahí una cuestión que cuenta ya con veinte siglos de existencia, y que adquiere a nuestros ojos una actualidad trágica. Hay que resolverla. Cristianos, tenéis el derecho de saber a qué atenernos sobre este punto, y yo el deber de explicároslo.

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Navidad, en la misa de las diez, ante toda la parroquia.

I. ¿Es verdad que Jesucristo tiene enemigos?

Sí, siempre los tuvo. Los tuvo desde su nacimiento cuando llenaba de zozobra el corazón de un rey celoso. Tuvo en lo pasado enemigos que emplearon contra El la fuerza, la astucia, la ciencia, la ley, todos los medios de destrucción. Los tiene hoy quizás en mayor número que nunca.

Ese sacerdote, cura o vicario, predicador, limosnero ó profesor, hace ya diez años, veinte años, que se agota evangelizando. Servidor de todos, jamás hizo daño a nadie, y sí mucho bien a todos. ¿Por qué es vigilado, contradicho, molestado en su actividad laboriosa? Porque representa a Jesucristo. *Ese misionero* todo lo ha abandonado, parientes, amigos, patria, para llevar a playas lejanas e inhospitalarias el beneficio de la civilización y el prestigio de la patria. ¿Por qué es perseguido en su apostolado, que tanto se calumnia, y en su Instituto, que ya no puede admitir nuevos miembros? Porque representa a Jesucristo. *Esa Hermana de la enseñanza,* en su hermosa sala del asilo, bien aireada y bien iluminada, en su hermosa escuela, bien arreglada y bien sombreada, forma buenos niños cristianos y buenos patriotas; no hace ruido alguno, ni gana el menor sueldo; no molesta a nadie. ¿Por qué se le expulsa como a una miserable, como a una criminal, como no se expulsa a las mujeres de vida airada? Porque representa a Jesucristo. *Ese Hermano de las Escuelas cristianas...* esa religiosa hospitalaria... esos servidores y esas servidoras del pobre género humano, que renunciaron a las alegrías de la familia para desposarse con todas las miserias de la tierra, ¿por qué son designadas a la vindicta pública, a

las represiones de la ley, a la indignación popular? Porque representan a Jesucristo.

Ese libro es un catecismo, un evangelio, una historia sagrada, que habla de Jesucristo, que refiere su vida, su doctrina, que demuestra su divinidad. ¡Hay que expulsarlo! *Esa cruz* es la imagen de Jesucristo. Recuerda su abnegación y su amor. ¡Hay que expulsarla de todas partes! Y aun, si no cuesta mucho, ¡hay que quitarla de la cumbre del Panteón! *Esa procesión* es el paso de Jesucristo; en ella se cantan himnos que señalan su presencia, y se exhiben emblemas que nos hacen pensar en El. ¡No salga a la calle! Los bufones pueden ejercer su oficio en la plaza pública; Jesucristo no tiene derecho al sol.

En nombre de la *libertad* debería permitirse a esos padres de familia educar a sus hijos como ellos mismos fueron educados, esto es, en escuelas cristianas, edificadas por ellos y sostenidas a sus expensas. Pero no, no hay libertad para los discípulos de Jesucristo. En nombre de la *igualdad*, debería permitirse a esos jóvenes, y a esos hombres ya formados, el acceso a las funciones públicas, sin obligarles a abjurar la fe de su bautismo y las tradiciones religiosas de sus antepasados. Pero no, no hay igualdad para los discípulos de Jesucristo. En nombre del *derecho de propiedad*, debería respetarse esa casa, monasterio o escuela, que fué adquirida y ocupada legítimamente por ciudadanos pacíficos. Pero no, no hay derecho de propiedad para los servidores de Jesucristo.

Mas, en esta guerra a Jesucristo, zozobrará *la moral*. Veamos. La criminalidad aumenta a medida que disminuye la religión. Las estadísticas oficiales dan fe de ello. Bajo la influencia de la impiedad, el vicio se multiplica como la cizaña en los campos. Pues bien, ¡perezca la

moral con tal que desaparezca Jesucristo! Mas, en esa guerra a Jesucristo, *el pueblo* no encuentra provecho alguno; se destruyen instituciones fundadas para consolarlo. Esto no es propio para mejorar su suerte. Pues bien, en primer lugar, y a cualquier precio, ¡la destrucción de Jesucristo! Luego, si hay tiempo, si hay dinero, si existe todavía la sociedad, ¡ya se ocuparán en grandes reformas sociales! ¡Perezca el pueblo, con tal que desaparezca Jesucristo! Mas en esa guerra a Jesucristo, el mismo *país* está amenazado, quebrantado, perjudicado en su tranquilidad, en su prosperidad material, y aun en su prestigio, exterior. ¡Perezca el país con tal que desaparezca Jesucristo!

Esto está claro. Jesucristo tiene enemigos. ¿Por qué? Hay aquí un misterio que os asombra, que os llena de consternación, que quizás os escandalice. Debo explicároslo.

II. ¿Por qué Jesucristo tiene tantos enemigos?

¿Qué puede odiarse en Jesucristo? ¿Quizás su fisonomía? ¡Pero si jamás hubo otra tan hermosa en la tierra. ¿Acaso su doctrina, su Evangelio? Pero si ningún libro puede comparársele. Entremos en el estudio de este angustioso problema:

1.° En primer lugar, Jesucristo es *desconocido* para cierto número de hombres. No es raro encontrar en la hora presente pobres *descarriados* cuyo furor antirreligioso se funda en una ignorancia y en prejuicios que dan lástima. Víctimas de una mala educación y de excitaciones malsanas, inconscientes y ciegas, maldicen lo que deberían adorar. No saben lo que hacen. Compadezcámoslos y procuremos ilustrarlos. Con frecuencia

Jesucristo es desconocido. ¿Es esto todo? Pero las enemistades que le persiguen, ¿se explican únicamente por las ignorancias religiosas de nuestro siglo? En manera alguna.

2.° Jesucristo es un *maestro*. Habla y quiere ser creído: "El que no crea, será condenado." Manda y quiere ser obedecido. "Observad mis mandamientos." Se impone, y quiere ser preferido a todo y a todos: "Si vuestro ojo os escendaliza, sacároslo. Si alguien ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí." Ahora bien, hay *orgullosos* a los cuales llena de furor la soberanía de Jesucristo. Discuten su palabra, sus misterios, sus preceptos. Se encabritan ante la precisión y firmeza de su enseñanza. Quieren ser sus oyentes, pero no sus discípulos, y antes que súbditos suyos, prefieren ser sus enemigos. Pero no es esto todo.

3.° Jesucristo es *un modelo*, ¡y qué modelo tan acabado e indiscutible de sinceridad y de pureza, de abnegación, de rectitud moral! Es la santidad increada. Lleva en su rostro los esplendores de la infinita perfección. Pues bien, hay *corrompidos*, blasfemadores de todo bien, despreciadores de toda virtud que no pueden mirarlo sin enrojecerse y rugir.

Por instinto, las almas puras aman a Jesucristo y se dirigen a El, como los pájaros blancos se remontan al cielo. Por instinto también, los malvados se apartan de El, lo rechazan, lo maldicen, lo detestan. Jesucristo es un maestro; Jesucristo es un modelo. Pero todavía es otra cosa.

4.° Jesucristo es *un bienhechor*. Todo lo que hay de bueno en el fondo de nuestra libertades, de nuestras

costumbres, de nuestros progresos, en una emanación de su persona y de su Evangelio. Le debemos nuestros mejores recuerdos, nuestros primeros arranques hacia la verdad y el bien; los besos de una madre piadosa y pura, las lecciones de un padre amoroso. Muchos le deben la instrucción que recibieron y el pan que comieron en el regazo de su Iglesia. Pues bien, hay *ingratos*, renegados, apóstatas, para los cuales la gratitud es un amargo remordimiento y una carga aplastante. Jesucristo, a quien traicionaron, les hizo mucho bien; no pudiendo olvidarlo, quisieran suprimirlo. "Ese templo le importuna, y su impiedad quisiera aniquilar al Dios que abandonó." Jesucristo es un bienhechor. Semejante crimen no se perdona jamás. Por otra parte,

5.º Jesucristo es un *juez*. Es el juez de vivos y muertos. Dispone de la eternidad para castigar y recompensar. Maestro, dirá: ¿Qué habéis hecho de mi palabra? Modelo, dirá: ¿Qué habéis hecho de mis ejemplos? Bienhechor, dirá: ¿Qué habéis hecho de mis dones? Y se avergonzará delante de su Padre de quien se hubiese avergonzado de Él ante los hombres. Mañana, los perseguidores de un día deberán explicarse ante su tribunal. Mañana, los triunfadores que pasan comparecerán ante su justicia, que no pasa. Ellos lo saben, lo sospechan por lo menos; tienen miedo, y el miedo los enloquece de furor. Jesucristo es un juez que hace temblar a los culpables. Esto no es todo. Hablemos con más claridad.

6.º Jesucristo *es Dios*. Si Jesucristo no fuera Dios, le dejarían bien tranquilo, como dejan tranquilo a Platón y Aristóteles y a tantos grandes hombres cuyo

recuerdo no suscita ni el amor ni el odio. De hecho, cada cual puede comprobar que Jesucristo es el personaje más elevado, no solamente de la historia, sino de la actualidad. Las mismas hostilidades que lo persiguen, atestiguan por modo esplendente que es más que un hombre. Ya lo veis. No se preocupan más que de El; siempre le tienen a la vista. César, en el momento de la gran batalla de Farsalia, decía a sus legiones: "¡Herid en la cabeza!" La impiedad contemporánea repite la frase de César, y sabiendo que Jesucristo es la cabeza de la religión, la cabeza de la moral, la cabeza del orden social, dirige sus golpes contra esta sagrada cabeza. Cristianos, llorad por vosotros y por vuestros hijos, pero no tembléis por Jesucristo ni por su reino. La serpiente gasta sus dientes al morder la lima. Los dientes más venenosos y acerados se romperán sobre el bronce inalterable de la divinidad de Jesucristo. Todo lo que es humano puede caer, todo; templos, erarios, ejércitos, tribunales. Jesucristo no puede caer, porque es Dios. Jesucristo tiene enemigos. Ya os he dicho el por qué. Todo redunda en su gloria y en deshonor de los que le desprecian.

Y ahora, en el umbral del nuevo año, que bien pronto empezará, sólo me resta expresaros mis anhelos. El profeta acaba de hablaros. Oid ahora al pastor, al padre y al amigo.

Os deseo que continuéis siendo, que os convirtáis cada vez más en discípulos, en servidores, en amigos de Jesucristo. En Jesucristo, y solamente en Jesucristo, podemos ser salvos. La vida eterna está en Jesucristo, y en nadie más. Y aun toda la felicidad que la vida presente puede proporcionarnos, casi es nada fuera de Jesucristo. Deseo vivamente que vuestras almas conozcan, amen y sirvan a Jesucristo Señor Nuestro.

Anhelo para vuestros hogares la bienhechora influencia de Jesucristo. Si se descristianizan, ¿en qué queréis que se conviertan vuestras familias? Las nuevas generaciones educadas sin religión, ya han dado sus frutos. Hace treinta años, teníamos 5 delincuentes entre niños de doce a diecinueve años; hoy tenemos 25. La criminalidad juvenil se ha elevado de 5 a 25. *Regnantibus impiis ruinæ* (Prov., 28). La impiedad es fatalmente desvastadora. Hermanos míos, con el corazón lleno de lágrimas os digo estas cosas. No sé si os impresionarán. En cuanto a mí, puedo deciros que me llenan de consternación; llenan de espanto mi patriotismo y mi fe. Señor Jesús, salvador de las almas y de las familias, tened piedad de los padres y de las madres, tened piedad de la infancia y de la juventud, tened piedad de esta parroquia y de esta ciudad, tened piedad de la Iglesia y de la patria.

Anhelo para la patria la vuelta y la fidelidad a Jesucristo. En el baptisterio de Reims, el nombre de Jesucristo se grabó en el alma de nuestro pueblo, y forma parte de él. Renunciar a Jesucristo sería repudiar nuestros orígenes y nuestro pasado, sería desarraigar y decapitar al país, sería como un suicidio nacional.

¡Sea Jesucristo conocido, amado, servido, adorado; sea santificado su nombre; venga a nos su reino; hágase su voluntad! Tal es el mejor voto que puedo formular por vosotros, por vuestras familias, por la patria.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

¿Es posible el milagro?

Señores:

Creemos y afirmamos que el fundador de la Iglesia, Jesucristo, no es un personaje vulgar, sino que es Dios, y que probó su divinidad con su palabra y su santidad sobrehumana. La probó también con sus milagros. A este nombre del milagro, el librepensamiento se pone fuera de sí, se encabrita y protesta con vehemencia, declarando que el milagro es imposible, y concluyendo que los milagros de Jesucristo son puramente legendarios. Empecemos por el principio, y demostremos hoy la posibilidad del milagro. Vamos a interrogar sucesivamente sobre este punto a Dios, a la naturaleza y al hombre.

I. ¿Es posible el milagro? Sí. Pongo por testigo de ello los atributos de Dios.

En primer lugar, su omnipotencia. El milagro es la

libre intervención de Dios en medio de la naturaleza. ¿Existe Dios? Sí. ¿Dios es libre? Sí. ¿Es todopoderoso? Sí. Luego Dios puede, en ciertos casos, según le plazca, modificar lo que ha hecho, suspender los movimientos que ha establecido, mostrarse soberano en sus dominios. Negar la posibilidad del milagro, es negar la soberanía y omnipotencia de Dios. Veamos. Dios es creador, y la creación es, sin contradicción, el mayor de los milagros. Ahora bien, de lo más a lo menos, la conclusión es rigurosa. El que puede lo más, puede lo menos. ¿Es más difícil para Dios detener el sol en el horizonte que encenderlo una vez en el firmamento...? ¿Es más difícil para Dios apaciguar las olas con una sola palabra que contenerlas sin cesar en el vasto depósito del océano? ¿Es más difícil para Dios alimentar al género humano multiplicando los panes que alimentarlo multiplicando los granos de trigo, lo cual hace cada día? ¿Es más difícil para Dios devolver la vida que darla? He ahí un cadáver. Es un admirable mecanismo sin movimiento. Dios hace pasar por él su omnipotencia y resucita al muerto. ¿Quién negará que es posible? Sin duda que esto nada tiene de ordinario, pero si Dios juzga a propósito que esto ocurra una vez en particular, ¿quién podrá ponerse audazmente frente a su omnipotencia y cerrarle el camino? Dios lo creó todo; luego todo puede deshacerlo; bastaría una sola palabra para la segunda obra, como bastó para la primera: *dixit et facta sunt*.

Por otra parte, al afirmar su omnipotencia por el milagro, Dios no deroga su sabiduría, sino que la pone en ejercicio. En el milagro no hay sorpresa alguna, por cuanto Dios hace lo que previó eternamente; no hay el menor retoque, porque al superar a la naturaleza por un acto que ésta no puede hacer, muéstrase dueño de

lla; ni violación de ninguna especie, ya que deja que las cosas sigan su curso ordinario, sustrayendo momentáneamente a la ley tal individuo o tal fenómeno, que El quiere convertir en instrumento, en interés de una ley más elevada. La incredulidad se sirve del milagro para incriminar la infinita sabiduría y la infinita perfección de Dios; pero no tiene razón, se engaña groseramente. Dice el P. Monsabré: "Padre de las luces y conservador de todo orden, Dios tiene el derecho de pedir a las criaturas inferiores movimientos y transformaciones que puedan iluminar nuestro espíritu, enternecer nuestro corazón, y contribuir así a la perfección del orden moral. Providencia de nuestra vida, preciso es que pueda apartar, atendiendo a nuestra plegaria, las influencias que se parecerían a fatalidades funestas. Bueno es que la naturaleza esté sumisa a hábitos regulares, pero mejor es todavía que, con relación a la vida de un hombre, en atención a una *fe que se extingue o a una virtud que vacila*, se suspendan esos hábitos. Esta suspensión nos revela con perfecta evidencia la subordinación de las criaturas inferiores a las superiores, la subordinación de los destinos obscuros de la materia a los nobles destinos del espíritu. El poder, la sabiduría, el amor se dan el beso de paz en una misma acción." Los atributos de Dios no rechazan, antes bien llaman el milagro.

II. ¿Es posible el milagro? Sí. Pongo por testigo de ello las leyes de la naturaleza.

Son inmutables... verdad es... pero no hasta el punto de que no soporten ninguna modificación.

El hombre ejerce diariamente una acción sobre las leyes naturales. Modifica a cada paso sus efectos. La

medicina detiene, desvía, neutraliza la ley natural que conduce un enfermo a la muerte. El mecánico manipula, modera o precipita el vapor que entraña la locomotora. La naturaleza material obedece con maravillosa flexibilidad al industrial y al ingeniero. El hombre es como un dios con relación a las criaturas inferiores, sobre las cuales, y en cierto sentido, los efectos de su actividad son verdaderos milagros. He ahí un manzano; su naturaleza consiste en dar manzanas. ¿Es imposible hacerle producir peras? Nada más sencillo. Por medio de un buen injerto la cosa está hecha. Si lanzáis una piedra al aire, la obligáis a una operación que no haría jamás por sí sola; procedéis positivamente contra la ley natural de la gravedad. Está en la naturaleza de una bola puesta en movimiento recorrer un trayecto determinado; la detengo con el pie, y esta derogación es del mismo género que la de un hombre que detuviera, por orden de Dios, el movimiento de la tierra. Así, pues, el hombre interviene a cada instante en la naturaleza, cuyas fuerzas encadena o centuplica, según le place: ¿y Dios no podría hacerlo? El más humilde molinero detiene el curso de un río con un obstáculo; ¿y Dios no hubiera podido suspender un instante el curso del Jordán, por medio de esa barrera invisible que se llama omnipotencia? En resumen, la intervención de Dios en la naturaleza se manifiesta por efectos más sorprendentes que la del hombre, porque es más potente; por eso se llama milagrosa. Pero es absolutamente análoga. La acción del hombre sobre las leyes naturales es restringida...

La acción de Dios sobre las leyes naturales es soberana e ilimitada... Las leyes de la naturaleza son inmutables... pero subordinadas en alguna manera al

hombre, y enteramente a Dios. La naturaleza es un instrumento; pues bien, lo propio de un instrumento es la obediencia. La muerte obedeció el día en que Dios la introdujo como un poder misterioso para amenazar al hombre en todo momento y herirlo cuando menos lo esperase. Obedece todavía cuando place a Dios detenerla en el lecho de un moribundo, o le ordena abandonar su presa en el fondo de una tumba. En vez de ser contrario a la naturaleza, el milagro no hace más que establecer sus condiciones y revelar sus leyes. Nos dice que, por encima de todas las leyes, hay una más general e imperiosa que todas las demás: tal es la ley en virtud de la cual todo ser creado está sometido, en su existencia, al Autor supremo; en sus movimientos, al supremo Motor, y en su fin, al fin de todas las cosas. Abarquemos, señores, de una sola ojeada, no solamente el orden inferior de las substancias visibles, sino todos los órdenes, y comprobemos su mutua subordinación. El orden moral es superior al orden físico; esto es incontestable. Este debe plegarse a todas las exigencias de aquél. Y si Dios, por causa de la perfección del orden moral, por la producción de un solo acto de virtud, modifica y transforma el orden material, esto es sumamente natural. Las leyes de la naturaleza son siervas de Dios, que todo lo encamina a su gloria y al bien de sus elegidos. Hablad cuanto queráis de las leyes de la naturaleza, del orden constante que en ellas reina... Dios hizo esas leyes naturales; por consiguiente, es dueño de derogarlas cuando le plazca, y el orden físico no queda perturbado por algunas excepciones a su curso uniforme. Hay que fijarse cuidadosamente en esto. El milagro no cambia en nada el orden general de las cosas. Se trata de una excepción, y sabido es que las excepciones confirman

la regla. Sin esto, si el milagro no fuera una excepción pasajera y sobrenatural, ya no sería un milagro. En resumen, las leyes de la naturaleza son inmutables... pero subordinadas en cierta medida al hombre, y enteramente a Dios, y permanecen inmutables a pesar de las variaciones que introduce el milagro en tal o cual caso particular. Pocas palabras más.

III. ¿Es posible el milagro? Sí. Pongo por testigo de ello el sentir del hombre.

1.º El hombre ha creído siempre en el milagro, en su posibilidad y en su existencia. La creencia en el milagro es tan antigua como el mundo y tan universal como el hombre. Es propia de todas las edades de la vida. El niño cree en el milagro; lo maravilloso le atrae, le agrada, le embelesa... y los ancianos, llegados a los confines de la vida, se complacen en resucitar para su posteridad los prodigios que en otro tiempo los interesaban y cautivaban. Todos los pueblos creyeron en el milagro: egipcios, persas, griegos, romanos, galos; vióse temblar al siglo XVIII en torno de la cubeta magnética de Mesmer, implorar a Cagliostro, y acoger más impiedades supersticiosas que prácticas cristianas había abjurado. Hoy, en las orillas del Ganges y del Indo, en las estepas de Tartaria, en los bosques del Nuevo Mundo oímos todavía referir las hazañas de la divinidad en el universo, es decir, los prodigios operados en él. Y entre nosotros, en nuestra sociedad civilizada, ¿es que no vemos todavía yo no sé qué misterios y qué terrores presidir las iniciaciones de las sociedades secretas? Tanta verdad es—dice un autor—que "la disposición del hombre a lo maravilloso es invencible, y

que la primera necesidad de los que la combaten en sí mismos para destruir el reino de Dios, consiste en adularla al punto en los otros, para establecer su propia dominación." Es un hecho histórico incontravertible que el hombre tiene una necesidad inmensa y como hambre inextinguible del milagro. El género humano proclama la posibilidad del milagro. Verdad es que el instinto de lo maravilloso se ha extraviado en fábulas ridículas. Así, no me propongo defender los prodigios particulares que las religiones invocan, sino simplemente la idea que estos prodigios representan. Con frecuencia ha sido alterada la idea de Dios en el género humano; a pesar de esto, el consentimiento unánime del género humano no cesa de probar la existencia de Dios. Así a pesar de las quimeras y fábulas de que se ha nutrido la imaginación de los pueblos, su consentimiento unánime depone elocuentemente en favor de la posibilidad del milagro.

Esta prueba es tanto más imponente cuando los mismos impíos, y los impíos notables, están aquí generalmente de acuerdo con el género humano. Verdad es que Renán dijo: "La negación de lo sobrenatural (léase del milagro) se ha convertido en dogma absoluto para los espíritus ilustrados." Pero a Renán puede oponérsele un librepensador más fuerte que Renán. Juan Jacobo Rousseau, en un momento de buen sentido y de buen humor, dignóse decirnos lo que pensaba sobre la posibilidad del milagro. Dice así: "Dios ¿puede hacer milagros, es decir, puede derogar las leyes que estableció? Esta pregunta hecha con seriedad, sería impía, si no fuese absurda. Se le haría demasiado honor al que la resolviese negativamente imponiéndole un castigo; bastaría encerrarlo. Además, ¿qué hombre dudó

jamás de que Dios puede hacer milagros?" Y, en efecto, los hizo.

2.º El hombre ha comprobado y registrado más de una vez el milagro. Se dice: El milagro es imposible. Hay que razonar de una manera enteramente contraria: *Ab actu ad posse,* dice la filosofía, *valet consecutio.* Es lógico concluir de la realidad de un acto en la posibilidad de este acto. Ahora bien, ha habido milagros. La religión cristiana se considera fundada en el milagro, y aporta, para sostener su afirmación, un conjunto de pruebas históricas que jamás encontramos al servicio de ninguna otra tesis. ¿Es que tenemos el derecho de rechazarla, con todos los intereses que representa y defiende, sin comprobar los hechos, sin examinar siquiera su expediente? ¿Es que tenemos el derecho de cerrarle la boca diciéndole: El milagro es imposible? No, no es lícito procedèr así. La mejor prueba de la posibilidad del milagro es su existencia. Sería preciso empezar por sentar que no existe, que no ha existido nunca, y luego preguntarnos si es posible o no. Pero se guardan muy bien de discutir los hechos. Se suprime la historia, y salen del apuro diciendo: es imposible. Nada tan contrario a la verdadera ciencia, a la simple honestidad natural. A los testimonios históricos más numerosos y evidentes, se opone una denegación de demanda, una negación previa; se niegan a admitir, ni siquiera por un instante, la hipótesis de un milagro, y se dedican por adelantado a torturar todos los textos, a forjar todas las inverosimilitudes, a rechazar las evidencias más palpables, antes que poner el pie, aunque sólo sea por un momento y a manera de hipótesis, en el terreno de lo sobrenatural. Semejante ceguera desconcierta. Semejante falta de buena fe merece la reprobación. De-

jemos que los librepensadores se desvanezcan en sus negaciones... y creamos con el hombre en la posibilidad del milagro.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

¿Hizo milagros Jesucristo?

SEÑORES:

El fundador de la religión católica, Jesucristo, no es un personaje ordinario. Su nacimiento, su palabra, sus virtudes son de un Dios. Además, afirmamos que hizo milagros. Al oir la palabra milagro, el librepensamiento se encabrita y dice: "¿Es eso verdad?" Sí, Jesucristo hizo milagros, cuya realidad no es posible negar, y prueban por modo decisivo su divinidad. Voy a demostraros con la mayor solidez y brevedad posible estas tres proposiciones.

I. Jesucristo hizo milagros.

No tengo necesidad de extenderme mucho sobre el primer punto. Me basta remitiros al Evangelio. Abrid y leed ese libro divino, y en cada una de sus páginas encontraréis el milagro.

Jesucristo obró milagrosamente *sobre la naturaleza.* A su voz, el agua se convierte en el vino generoso de las bodas de Caná que honró con su presencia; con cinco y siete pequeños panes alimentó en el desierto una vez 5,000 hombres, y otra 4,000, sin contar las mujeres y los niños. Los peces, obedientes le aportan desde el fondo de las aguas el tributo que debe pagar al fisco, y llenan hasta romper la red de los apóstoles. Camina sobre la cresta movible de las olas como sobre tierra firme, y apacigua con un gesto y una palabra el mar embravecido.

Jesucristo obra milagrosamente *sobre las enfermedades.* Habla, y los sordos oyen, los ciegos ven, los leprosos son purificados, los cojos andan, los paralíticos se llevan su lecho, los enfermos son curados por centenares. Por todas partes donde va, en los burgos, en las aldeas, en las ciudades, ponen los enfermos en la vía pública, le ruegan que les deje siquiera tocar el borde de su manto, y todos los que lo tocan, quedan curados. Cierta virtud sale de El, y expulsa todos los males.

Jesucristo obra milagrosamente *sobre la muerte,* esa enfermedad irremediable y suprema, ese poder universalmente invencible. A la viuda que sigue el cortejo fúnebre a las puertas de Naím, le devuelve su único hijo. Entra en la casa de Jairo, y dice a su hija difunta: "¡Levántate!" A Marta y a María les devuelve su hermano Lázaro, ya cuatro días enterrado, y cuyo cuerpo había entrado en descomposición.

Jesucristo obra milagrosamente *sobre las almas.* Hace que quieran lo que El quiere. Llama y le siguen. A una palabra salida de sus labios, Pedro y Andrés dejan sus redes y Mateo su oficina de publicano. Está desarmado, y le temen. Al fuego de su mirada, a la ma-

jestad de su rostro, la muchedumbre de vendedores y cambistas que mancilla el templo, huye. Podían triturarlo, pero hasta que no llegue su hora, se le respeta. La cólera impotente del pueblo le ve pasar tranquilo e invulnerable en medio de los que querían precipitarlo en un abismo: *transiens per medium illorum ibat.*

Jesucristo obra milagrosamente *sobre sí mismo.* Se hace invisible a los que quieren lapidarlo en el Templo. Transfigurado en la cumbre del Tabor, en presencia de sus discípulos, comunica a su rostro, más brillante que el sol, a sus vestidos, más blancos que la nieve, la luz y la gloria de que está inundada su alma. Finalmente, tres días después de su muerte, remueve la sábana y la piedra de la sepultura y resucita.

Jesucristo hizo numerosísimos, variadísimos y admirables milagros. ¿Es esto verdad? Sí, lo afirmo, y voy a demostrar que Jesucristo hizo milagros

II. Cuya realidad no es posible negar.

En primer lugar, Jesucristo obró sus milagros, no en secreto, sino *ante la multitud.* Por ejemplo, el milagro de la multiplicación de los panes. Había allí 5,000 hombres, sin contar las mujeres y los niños. En verdad que los testigos eran demasiado numerosos. No es posible suponer que todas aquellas gentes, que tenían hambre, soñaran a la vez que se les daba de comer. De tal modo comprobaron el milagro, que se mostraron entusiasmados y quisieron proclamar a Jesús rey de Jerusalén.

Para hacer sus milagros, Jesucristo no elude la comprobación *de los sabios* y de los poderes públicos. Estudiad, a este respecto, la curación del ciego de nacimiento. El pueblo, maravillado de tal prodigio, conduce al curado

por milagro ante los magistrados, los cuales oyen su declaración. "Era ciego de nacimiento, y ahora veo." Hacen comparecer a sus padres, los cuales declaran lo mismo. Los jueces, puestos en tal aprieto, quisieran negar el milagro, pero no pueden, y se contentan con decidir que Jesucristo es un impío y con echar a la calle al ciego curado.

Notad bien todo esto. *Los enemigos* de Jesucristo no discuten la realidad de sus milagros. Intentan atribuirlos a la influencia del demonio, y combaten al Salvador, no con argumentos, sino con el furor y la fuerza. Jesucristo acaba de resucitar a Lázaro. Los fariseos no niegan el prodigio, que es esplendente como el sol, y todo el mundo puede comprobar. Pero reunidos en corte suprema de justicia, decretan la muerte de Jesucristo, y cinco días después, Jesús era crucificado. Los milagros de Jesucristo son, pues, atestiguados por la muchedumbre, que los ha visto, y por los jefes del pueblo, que también los han visto y se han visto obligados a admitirlos.

Verdad es que todo esto nos ha sido transmitido por *los Evangelistas,* pero no tenemos el menor motivo para sospechar de los Evangelistas. Son contemporáneos de los acontecimientos que narran. San Mateo escribió diez años solamente después de la muerte del Salvador. Estos autorizados narradores citan los lugares y las personas. Ahora bien, en el momento en que escribían y predicaban el Evangelio, millares de testigos vivían en Jerusalén, en Tiberiades y en otras partes en que habían tenido lugar los acontecimientos. ¿Los desmintió alguien? En manera alguna. Por lo contrario, muchos hombres ilustrados abandonaron sus creencias para adorar al Crucificado y sufrir la persecución. Así, pues, los que leyeron y oyeron a los Evan-

gelistas no dudaban de la vida milagrosa de Jesucristo. Los contemporáneos creyeron en la realidad de los milagros del Evangelio. En buena lógica, podemos y debemos creer en ellos también nosotros.

Por otra parte, cuando los cristianos afirmaban que Jesús había hecho milagros, ¿acaso *los judíos y los paganos* protestaban de esta afirmación? De ningún modo. Los milagros de Jesucristo eran demasiado notorios. No era posible que nadie los negara. Los judíos y los paganos procuraban tan sólo explicarlos por la magia y la brujería. Ahora bien, puesto que la magia y la brujería son absurdos, no queda remedio sino creer pura y simplemente que Jesucristo hizo milagros, cuya realidad no es posible negar, los cuales

III. Prueban decididamente su divinidad.

En efecto, ¿cómo y por qué Jesucristo obró sin milagros? Los obró como Dios y para probar su divinidad.

Veámoslo. Ejecuta el milagro espontáneamente, soberanamente, no sólo con una serenidad augusta, sin temor, sin asombro, sin esfuerzo, sino a la manera de un ser superior y transcedental, que obra por virtud propia y por iniciativa propia. Siembra los prodigios a su paso; todos los elementos le están sometidos; los milagros no le cuesten más que a nosotros las acciones más ordinarias; es su profesión, como es la vuestra trabajar en vuestro taller, en vuestro oficio, en vuestros campos, en vuestros hogares. Además, para obrar milagrosamente, no tiene necesidad de desplegar gran magnificencia ni gran aparato. Le basta una palabra. Dice al leproso: "Lo quiero; sé curado." Y al paralítico: "Levántate; toma tu lecho y anda." Y al ciego de Je-

ricó: "Vete; tu fe te ha salvado." Dice inclinándose sobre el féretro del hijo de la viuda de Naím: "Joven, yo te lo mando, levántate." Y a Lázaro: "Lázaro, sal de la tumba." Todos reconocen, al oirlo, al dueño de la naturaleza y de la vida. Más todavía: su palabra obra a distancia lo mismo que cerca. La cananea no le presenta a su hija; esto no obstante, la libra. El centurión no lo lleva al lecho de su servidor; sin embargo de ello, lo cura. La soberanía de Jesucristo, para ejercitarse, ni siquiera tiene necesidad de una palabra, de un gesto, de un signo; se afirma por un acto interno de la voluntad. Es un Dios que obra.

Oidlo hablar. Afirma con la mayor claridad que sus milagros son la demostración auténtica de su divinidad. El fin supremo que asigna a sus obras consiste en probar, sin la menor réplica, la verdad fundamental de su enseñanza, a saber, que es Hijo de Dios, Dios como su Padre. Obra para su propia gloria, y para introducir en el mundo el soberano imperio de su inteligencia y de su voluntad. Cuando, por ejemplo, los escribas y los fariseos se escandalizan de que perdone los pecados y le acusan de blasfemo sacrílego, se contenta con responderles: "Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados, digo a este enfermo paralítico: "Levántate, toma tu lecho y anda." Cuando los judíos le dicen: "Haces mal en hacerte Dios...", responde: "Si mi palabra no os basta, creed en mis obras." Al final de su vida, entristecido de ver que tantos prodigios, tantos beneficios, tanto amor, tantos signos divinos no han podido vencer la obstinación judía, exclama: "Si yo no hubiera venido, y no hubiera multiplicado los milagros en medio de ellos, serían excusables... pero ahora no tienen disculpa." Es verdad. Después de tantas pruebas como Jesucristo

nos dió de su divinidad, los que no le adoran, no tienen perdón. Son signos de reprobación, pero también de lástima.

Permitidme que, para terminar, os aporte dos testimonios que os dirán más que todas mis palabras: el el testimonio de un hombre que perdió la fe. y el testimonio de otro que la ha recobrado.

El filósofo Jouffroy, al volver, tras largos años de ausencia, a su valle del Jura, y encontrar la misma iglesia, el mismo cura con sus cabellos blancos, la misma fe cristiana siempre viviente en el seno de una población fiel, exclamó con amargura: "Sólo yo he cambiado; sólo yo no creo: sólo yo, tan sabio, no sé nada." Semejante confesión da verdadera lástima.

He aquí ahora la confesión de uno de nuestros mejores escritores, de Francisco Coppée. En la hermosa página siguiente afirma su fe creyente en los milagros. Dice así: "¡Un milagro! Hace algún tiempo al pronunciar esta palabra, me hubiera encogido estúpidamente de hombros. Porque jamás había visto con mis propios ojos producirse un milagro, lo negaba todo, con desprecio de esta verdad elemental, que si Dios existe, y jamás dudé de su existencia; si es un Dios omnipotente, creador de las cosas visibles y de las invisibles, es superior a las leyes del mundo físico, obra suya, y nada le es imposible. Ahora mi orgullo ha rendido armas. Cierto día recibí el bofetón de la muerte; despertáronse en mí el horror de la nada y la necesidad de una vida eterna. Entonces volví a leer el Evangelio; lo leí como debe leerse, con corazón sencillo y confiado; y en cada página, en cada palabra del libro sublime, vi resplandecer la verdad, y creo firmemente hoy en todos sus milagros, referidos, descritos, atestiguados por los Evangelistas con una seguridad y una pre-

cisión de detalles en las que resplandece la más evidente y completa sinceridad. Sí, Jesús devolvió el oído a los sordos, la vista a los ciegos, el movimiento a los paralíticos, la vida a los muertos. Difundió prodigiosamente, durante su corto paso por este mundo, sus beneficios maravillosos para probar, que era Hijo del Dios vivo, y para fundar la religión que hace ya mil novecientos años da la paz del alma a todos los hombres de buena voluntad. Esta fe en Jesucristo, que vuelvo a encontrar, porque mi juventud fué cristiana, no quiero que se separe jamás de mí, y en adelante quiero aumentarla sin cesar, constantemente, sin descorazonarme en las horas de desfallecimiento. Porque si, a veces, vacilo y tengo miedo, como san Pedro al caminar sobre las olas, veis, Señor, que os obedezco, y allí estáis para sostenerme. Esta fuerza milagrosa que brotaba de la persona de Jesús cuando vivía entre nosotros, la comunicó a sus discípulos, y puede darla siempre a sus elegidos en una proporción menor sin duda, pero todavía sobrenatural..." Y como Coppée hacía esta profesión de fe en un discurso consagrado a la gloria de Juana de Arco, toda cuya vida, dice, fué un milagro, añadía: "Creo reconocer el signo de este poder superior y sobrenatural en la misión y en los actos de Juana de Arco." Ya lo veis, señores, puede ser uno inteligente, muy inteligente, y creer en los milagros. Abandonemos los impíos a su orgullo y a sus divagaciones; compadezcámoslos; oremos por ellos; tratemos de ilustrarlos, pero guardemos preciosamente nuestra fe cristiana. Con la gran porción del género humano creyente y católico, permanezcamos a los pies de Jesucristo y cantemos su divinidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMONONA

¿Por qué ya no hay milagros?

SEÑORES:

A propósito del milagro en general, y, en particular, de los milagros de Jesucristo, se formula una pregunta, a la cual me parece necesario responder. Se dice: ¿Por qué ya no hay milagros? A esto respondo: 1.° todavía hay milagros; 2.° hay menos que antes; 3.° hay bastantes. Voy a explicar y probar estas tres afirmaciones.

I. Todavía hay milagros.

Hay cada día milagros del orden espiritual. Un pecador que se convierte, es decir, que rompe consigo mismo y con su pasado, para convertirse en hombre nuevo, a pesar del poder del hábito; un escéptico que de repente se hace creyente; un depravado que se confiesa y repentinamente se eleva a la pureza perfecta, ¿no son milagros del orden moral? Y estos milagros, ¿no

se reproducen sin cesar? Nada tan indomable como el corazón del hombre, dijo Bossuet, y cuando le contemplo sumiso, adoro. El gran milagro de la conversión del mundo se renueva cada día en conversiones particulares. He ahí ya algo prodigioso.

Pero ¿hay en el día de hoy milagros más tangibles, más populares, más fáciles de comprobar, más demostrados, milagros del orden material? Sí, los hay.

La prueba de que los hay es que, en nuestros días, como en lo pasado, la Iglesia canoniza santos. Gregorio XVI, Pío IX y León XIII han canonizado a muchos. Pues bien, no se canoniza ningún bienaventurado sin un examen riguroso, en que se comprueben por lo menos cinco milagros obrados por su intercesión... milagros que son estudiados, discutidos con severidad extraordinaria. Esta conducta de la Iglesia nos da el derecho a afirmar que todavía hay milagros.

No hace mucho tiempo, cincuenta o sesenta años, un hombre humilde y oculto al mundo por su posición, un simple cura de aldea, el párroco de Ars, atraía a su parroquia toda la Francia católica, y curaba de largas y dolorosas enfermedades a gran número de los que habían ido a visitarle para oir su palabra, recibir su bendición, tocar el borde de su sotana y participar de sus oraciones. Cierta virtud fluía de él como de la persona del Salvador... y ciertamente, no es el único taumaturgo de nuestros tiempos. Podríamos citar aquí al que tan justamente se ha llamado el santo hombre de Tours, M. Dupont, antiguo magistrado de Audiencia, millonario, muerto hace veinte o treinta años, cuya vida no fué más que una continuación de virtudes heroicas y de actos milagrosos. Su aposento todavía es llamado en Tours "la cámara de los milagros."

Dicen por ahí: ya no se hacen milagros. Pero ¿qué

pensáis de los milagros de Lourdes? Si decís que esas curaciones extraordinarias no son milagros, tacháis de impostores a los numerosos médicos que declaran que la ciencia es impotente para producir semejantes maravillas; os rebeláis contra millares y millares de testigos que afirman haber comprobado debidamente tal o cual de esos milagros, es decir, que rehusáis someteros a la evidencia. A propósito de los milagros de Lourdes, ¿Quién ignora que el Dr. Boissarie los ha reconocido y comprobado científicamente? El 21 de Noviembre de 1894, fué a París llevando consigo sus pruebas, es decir, una docena de personas radicalmente curadas en Lourdes de enfermedades reconocidas como incurables. Dió una conferencia en el Círculo de Luxemburgo ante una muchedumbre inmensa compuesta de médicos, estudiantes y profesores y de un público escogido. Esta conferencia impresionó vivamente al auditorio. Después la publicó, por lo cual puede comprarla el que quiera, y verá que todavía se hacen milagros, y esto bajo la inspección de la ciencia más severa. Bien sé que no por ello dejarán algunos de decir: ¿Por qué no hay ya milagros hoy en día? La verdad es que ninguna época ha sido tan fecunda en milagros como la nuestra; pero no los creen porque no quieren verlos. Hay un medio seguro para no ver nada: cerrar los ojos. Así proceden, por desgracia, muchos hombres de nuestros días. Por consiguiente, hay muchos milagros hoy en día, pero

II. Hay menos que otras veces.

Así es, y así debe ser. El número de milagros es menor hoy que en los primeros tiempos del cristianismo,

porque no son ya necesarios, como entonces, para manifestar la verdad de la religión.

Antes, los milagros eran necesarios; hoy el estudio, unido a la buena fe, basta para hacernos creer en la divinidad del Salvador. Pero en las misiones, y sobre todo, en los primeros siglos de la fe naciente, en los cuales con frecuencia no había tiempo más que para creer y morir, los milagros, signo pronto y seguro de la santa divinidad de las creencias cristianas, eran tan frecuentes que los paganos convertidos y los apologistas cristianos hablan de ellos como de hechos habituales. "Haced, pues, ver como nosotros vuestros milagros"—escribía Tertuliano.—"¿En dónde están los muertos que tú has resucitado?"—dice San Paciano al heresiarca Novato?—La abundancia de milagros convirtió al mundo. Si no hubieran sido testigos de grandes prodigios, los paganos, tan sensuales, y los judíos, tan tercos, no hubieran podido convencerse de la divinidad de Jesucristo, pobre y crucificado, de la verdad de su doctrina, tan opuesto a sus ideas más arraigadas, de la divina misión de los Apóstoles y de sus sucesores... Dios, en el origen, debió dar a su Iglesia el fundamento sólido de los milagros, a fin de convertir el judaísmo y el paganismo y demostrar al universo que la religión cristiana es divina y atrae a ella a las naciones. Según la graciosa comparación de san Gregorio, "cuando se plantan árboles jóvenes, hay que regarlos, hasta que sus vigorosas raíces se hayan arraigado y afirmado." El cristianismo era joven; Dios lo plantaba en un suelo desecado hacía ya mucho tiempo por los ardores malditos de las pasiones; he ahí lo que explica y justifica esa lluvia de maravillas que hicieron ilustres las primeras edades de la fe.

Hoy las raíces son fuertes. El tronco inquebrantable extiende sobre el mundo entero su espléndido ra-

maje. La luz basta para que se pueda ver en la majestad de sus proporciones ese árbol gigantesco. Miradlo bien. La Iglesia católica subsiste desde el origen, a pesar de los cismas, de las herejías, de las persecuciones, de los sofismas, de los folletines, de las novelas, de las canciones obscenas; a pesar del tiempo, ese gran destructor de las cosas humanas, y esto sin verse sostenida por apoyo alguno humano. ¿No es este un milagro que subsiste ante nuestra vista hace ya diecinueve siglos? En el origen del cristianismo, hubo dos cosas que lo recomendaban: *los milagros y las profecías,* los milagros de Jesucristo y de sus enviados, y las profecías del Evangelio que anunciaban el triunfo de la religión cristiana. Los primeros cristianos veían los milagros, pero no el cumplimiento de las profecías que hacía su Maestro; esto no obstante, estaban obligados a creer en El, y fácilmente creían, a causa de los milagros que veían. Nosotros no vemos los milagros que vieron nuestros padres, pero vemos el cumplimiento de las profecías del Evangelio, y lo que vemos nos hace admitir fácilmente los milagros que no hemos visto. En resumen, hay menos milagros que antes, pero hay un milagro que sustituye y corrobora todos los milagros de los primeros tiempos... La religión establecida, el mundo convertido, Jesucristo en pie hace ya diecinueve siglos, todas las profecías cumplidas en su persona y en su obra, ¿no es esto la más hermosa demostración? ¿no es este un prodigio que conviene a nuestro siglo, capaz de impresionar a las almas rectas? Todavía se hacen milagros hoy en día; hoy menos que antes, pero añado:

III. Hay los suficientes.

Sí, *para los que quieren dejarse convencer,* hay su-

ficientes milagros. Los milagros de Lourdes han convertido millares de personas; pero no hablamos de esos prodigios que evidentemente son un medio extraordinario de conversión. Hablamos únicamente de la permanencia del catolicismo y de sus obras, de las virtudes que produce diariamente a los ojos de nuestros contemporáneos. Estas virtudes y estas obras, ¿no son suficientemente elocuentes por sí mismas para cautivar las almas sinceras? He ahí, por ejemplo, la virtud de la caridad. ¿Quién será capaz de referir lo que ha hecho ante las miradas del mundo en un siglo solamente? Filósofos, incrédulos, falsos sabios, ¿pedís milagros...? Contemplad la pequeña Hermana de los pobres... ¿No es esto un milagro? Contemplad la Hermana del hospital del asilo, de la clase, la que cuida a los locos, la que lava los pies de los leprosos, la que entierra a los muertos... ¿no son milagros por ventura? Contemplad al misionero que abandona su familia y su patria para llevar el Evangelio a las naciones más lejanas e inhospitalarias; ¿no es esto un milagro? Contemplad ese joven sacerdote, que permanece virgen en un mundo corrompido, y compasivo y misericordioso en medio de un mundo ingrato y a veces cruel; ¿no es esto un milagro? Un joven obrero, testigo de la abnegación del abate Segur, exclamaba un día: "Aun cuando en el clero no hubiese más que un abate Segur, me bastaría. Creo en Jesucristo y en su divina religión." Este joven obrero tenía razón. Las obras y virtudes del catolicismo son una demostración suficiente y superabundante de su divinidad. Para los que quieren dejarse convencer, hay milagros suficientes.

Para los que no quieren convencerse, no hay bastantes milagros. Antes, los escribas, los fariseos, los doctores, los príncipes de los sacerdotes, viendo que

Lázaro resucitado era una prueba demasiado grande de la divinidad del Salvador, resolvieron matarlo. Así también, los incrédulos de nuestro tiempo, en vez de admirar la caridad católica y de saludar en ella una viviente demostración de la divinidad del catolicismo, se dedican a calumniarla, a denunciarla, a perseguirla. a suprimirla, se burlan de la Hermana de la caridad, silban su incomparable abnegación, y hacen lo imposible para manchar y deshonrar su misión y su vida inmaculada. ¿Y estos son los que piden a Dios milagros? Lo menos que puedo decir es que no los merecen. Tienen ojos y no quieren ver. No creen porque no quieren creer. Son deliberadamente incrédulos, irreductibles, inconvertibles. Demostradles que Jesucristo descenderá del cielo, al final de los tiempos, para juzgar a todos los hombres, y os dirán que no es verdad, porque Jesucristo no se elevó al cielo. Demostradles que Jesucristo subió al cielo, y os dirán que no resucitó. Demostradles que Jesucristo resucitó verdaderamente, y os dirán que no murió, sino que únicamente entró en letargo. Demostradles que Jesucristo murió realmente, y os dirán que no es Dios. Demostradles que Jesucristo es Dios, y os dirán que ni siquiera es un hombre, sino solamente un mito. Demostradles que Jesucristo no es un mito, sino un personaje histórico, y se despiden de vosotros diciendo como los areopagitas a san Pablo: Ya hablaremos de eso en otra ocasión (Hechos, XVII). Digámosles lo que les digamos, siempre tienen alguna dificultad que oponer, y, a falta de razones, quieren pronunciar la última palabra. ¿Qué efecto queréis que les haga el milagro a semejantes hombres? Aunque los muertos resucitaran ante sus propios ojos, no los convertirían... Se nos dice: ¿Por

qué no hay ya milagros? Sin duda hay menos que otras veces; pero hay los suficientes para ilustrar y convencer a hombres de sentido recto y buena voluntad.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

¡Morir!... ¡Singular medio de mostrar que uno es Dios!

SEÑORES:

Sabéis cuál fué el fin de Jesucristo, fundador de la Iglesia. Fué traicionado por Judas, negado por san Pedro, abandonado de casi todos sus discípulos. Fué desconocido, injuriado y condenado por Anás el astuto, por Caifás el violento, por Herodes el corrompido, por Pilatos el cobarde. Fué insultado, flagelado y crucificado por los judíos, ayudados por los soldados romanos. Fué muerto para afirmar su divinidad.

Pero acerca de esto exclaman los incrédulos: ¡Morir... singular medio de mostrar que uno es Dios! Pues bien, señores, así es. La muerte de Jesucristo no es la muerte de un hombre ordinario, sino la muerte de un Dios hecho hombre. Vamos a verlo. Sostengo que todo es divino en la muerte de Jesucristo.

I. La previsión de ella.

Hacía muchos siglos que la muerte de Jesucristo había sido anunciada por los profetas con una previsión y una abundancia de detalles que impresionan a todo espíritu sincero. Los libros sagrados del Nuevo Testamento están llenos de oráculos que, reunidos, colocados en su sitio, como los fragmentos de un mosaico sublime, constituyen un relato anticipado de la Pasión del Salvador. Leed la Biblia; en ella encontraréis todo el Evangelio. Los hechos concuerdan exactamente con los oráculos. No es la casualidad, tampoco es la industria humana, sino Dios mismo quien creó semejante armonía entre la profecía y la realidad. Mucho tiempo antes que se realizase el poema de los padecimientos y muerte de Jesucristo, estaba elaborado, acabado, escrito enteramente por la mano de Dios.

Mas en el momento en que este drama doloroso va a realizarse, Jesucristo discierne claramente todas sus peripecias y circunstancias. El hombre es sorprendido por la muerte. El accidente que dividirá nuestra naturaleza, el día, la hora, el instante que nos vea pasar de la vida a la muerte, está envuelto para nosotros en sombra impenetrable. En Jesucristo no ocurre nada parecido. Sabe todo lo que los profetas dijeron de El, y todo lo que los judíos querían hacer con El. "Vamos a Jerusalén—dice a sus apóstoles—y todo lo que ha sido escrito del Hijo del Hombre se cumplirá; será entregado a los gentiles, flagelado, crucificado."—"En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me hará traición."—"Pedro, antes que el gallo cante, me negarás tres veces." ¡Qué presciencia sobrehumana! Jesucristo ve claramente por anticipado la espantosa tem-

pestad que ha de sumergirlo. Todo es divino en la muerte de Jesucristo: la previsión que de ella tiene, y

II. La libre elección que de ella hace.

Para nosotros, la muerte es una fatalidad; no la elegimos libremente; nos aferra a pesar nuestro. Pero Jesucristo no sucumbe bajo el inexorable imperio del destino. Es el dueño del destino. Todo está, no solamente previsto, sino querido en sus padecimientos y en su muerte. Muere a su hora.

Mientras no llega su hora, contiene las violencias y brutalidades de sus enemigos. Se oculta a sus miradas, se hace inaccesible a sus acometidas, o bien atraviesa, tranquila e impalpablemente, las muchedumbres impotentes amotinadas contra El, *transiens per medium illorum ibat*. No pueden ejecutar su execrable proyecto más que cuando Jesús ha pronunciado estas palabras: "Ha llegado mi hora; dejo el mundo y vuelvo a mi Padre."

Mientras no llega su hora, contiene las fuerzas de la naturaleza. Resiste a suplicios que harían morir mil veces a cualquier otro. Rinde su alma, no por desfallecimiento o impotencia, sino cuando le place dejarla partir. La muerte, cuyo dueño es, le espera durante tres horas. Desde lo alto de la cruz, baja la cabeza; la muerte se aproxima a este signo, y entrega el espíritu. He aquí lo que ha dicho: "Tengo el poder de quitar la vida y el poder de recuperarla." Todo es divino en la muerte de Jesucristo: la previsión que de ella tiene, la libre elección que de ella hace, y

III. Los milagros que en ella obra.

En lo más profundo de sus abatimientos, no cesa de mostrarse omnipotente.

Cuando los soldados de la sinagoga llegaron para prenderlo, se adelanta hacia ellos, y les pregunta: "¿A quién buscáis?"—"¡A Jesús Nazareno!"—"¡Yo soy!" Y a estas solas palabras, caen como heridos por el rayo. Luego, mostrando a sus discípulos, ordena que los dejen marchar, y no les hacen mal alguno. Dueño soberano, libra y entrega: entrega su propia vida, y libra la de sus amigos.

Un momento después, cura milagrosamente al criado del sumo sacerdote, herido por uno de sus discípulos.

Luego, al descender las gradas del pretorio, encuentra a su apóstol Pedro, que acaba de negarlo tres veces; lanza una mirada profunda al renegado, cuya caída predijo; Pedro queda aterrado, se cubre el rostro, y llora su falta. La mirada de Jesús lo ha anonadado; es la mirada de un Dios.

Clavado en la cruz, reducido a extrema impotencia, enternece el corazón endurecido del criminal que blasfemó a su lado, y éste le pide perdón.

De un extremo a otro de su pasión, ¿cómo podría sostenerse su cuerpo sagrado, si no fuera por un milagro a cada instante renovado? Agoniza; ¿morirá en el sudor de sangre de Jetsemaní? No. Vedle de pie. Marcha hacia sus jueces. Tras los dolores y agotamiento de la flagelación, ¿caerá a tierra y expirará? No. Vedle de pie. Lleva por sí mismo el instrumento de su suplicio. Le arrancan violentamente sus vestiduras pegadas a su carne ensangrentada, pero esto no le hace perder nada de las fuerzas que reserva para morir.

Dueño de la vida, renueva milagrosamente sus oleadas a medida que se agotan, hasta que permite que la muerte las extinga.

Todo es divino en la muerte de Jesucristo: su actitud, su palabra y su silencio.

IV. Su actitud.

Admiro al justo que muere en la serenidad de la virtud, al héroe que se envuelve en la bandera gloriosa de la patria, al mártir, que sucumbe calumniado, ultrajado, pero superior a sus verdugos. Mas todas esas fisonomías, por bellas que las consideremos, palidecen y se borran cuando las comparo con la fisonomía de Jesucristo que padece y muere. Hay en la historia del hombre una muerte más serena que la del justo, más noble que la del héroe, más paciente que la del mártir, la muerte de Jesús. Todas esas muertes revelan la naturaleza humana, porque todas ellas abruman por algún concepto, ora por el abatimiento, ora por la altivez. Sólo la muerte de Jesucristo revela la divinidad.

Víctima de la más execrable injusticia, no se revela contra ella, no procura convertirla en gloria suya. Muéstrase resignado sin bajeza y fuerte sin ostentación. No baja la cabeza ante sus verdugos; tampoco la levanta para desafiarlos. No exagera ni la inmensidad de su paciencia, ni la demostración de su valor. Todo es divino en la muerte de Jesús: su actitud, y

V. Sus palabras.

Admirad su tierna bondad cuando dice a Judas: "Amigo ¿qué has venido a buscar aquí? ¿Con un

beso entregas al Hijo del Hombre?" Admirad su actitud sobrehumana cuando dice a los soldados: "Yo soy el que buscáis; no toquéis a mis discípulos." Admirad su mesurada apelación al derecho y a la Justicia, su dulzura en el reproche, cuando dice al criado: "Si he hablado mal, muéstramelo; pero si he hablado bien, ¿por qué me hieres?"

No es un hombre como vosotros y como yo el que responde a Caifás: "¡ Sí, yo soy el Cristo, y un día me veréis sentado a la diestra del Padre Todopoderoso, venir sobre las nubes del cielo!"; y al sanedrín: "¡ Sí, yo soy el Hijo de Dios!"; y a Pilatos: "Sí, yo soy rey!"

¿No es acaso la caritativa compasión de un Dios la que se expresa por estas palabras dirigidas al pueblo: "No lloréis por mí, sino por vosotros, porque días malos llegarán para vosotros.?" ¿No es por ventura la soberanía de un Dios la que se afirma en esta promesa al buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el paraíso?" ¿No es ciertamente la infinita misericordia de un Dios la que resplandece en esta oración destinada a proteger a los que le hacen morir: "Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen?" Todo es divino en la muerte de Jesús: su actitud, sus palabras, y

VI. Su silencio.

Generalmente, Jesucristo se calla en su pasión. ¿Por qué? Podría con una sola palabra, con ese estilo sencillo y sublime, cuyo secreto admirablemente posee, deshacer el complot de los fariseos, y llamar en su defensa las pasiones populares. Vista la mala fe de Caifás, la brutalidad de los soldados, la corrupción de Herodes, la cobardía de Pilatos... en presencia de un proceso inicuo, en el que todas las reglas de la justicia

son pisoteadas, ya que la acusación es indeterminada e impalpable, se abstienen todos los jueces, y la sentencia misma es defectuosa... un hombre ordinario no hubiera resistido a la tentación de hablar y defender su inocencia con una explosión elocuente de verdad y de cólera. Jesucristo se calla, porque es Dios. Su silencio es querido, porque su designio es instruir al mundo por medio de un gran ejemplo, y rescatarlo con un gran sacrificio.

Todo es divino en la muerte de Jesucristo: su actitud, su palabra, su silencio y, finalmente,

VII. Los signos admirables que acompañan a su último suspiro.

El velo del templo se desgarra de alto a bajo; tiembla la tierra; se parten las rocas; los muertos salen de su tumba; espesas tinieblas se extienden sobre la tierra; todo el universo está de duelo a causa de la muerte de su Autor. Este fenómeno natural no es una invención de los Evangelistas, pues está consignado en los archivos públicos del Imperio romano. Ciento sesenta años después, Tertuliano, en su *Apologética,* invocaba tan precioso documento, y el mártir Luciano, dirigiéndose a los emperadores, les decía: "Sí, creo en la divinidad de Jesucristo, y vosotros debierais creer también según vuestros propios anales; abridlos, y en ellos encontraréis que, en tiempo de Pilatos, cuando Jesucristo padecía en pleno mediodía, las tinieblas ocuparon el puesto de la luz." Y la prueba de que esto no era una leyenda, es que

Los testigos de estos signos admirables quedaron asombrados, trastornados, repentinamente cambiados. A la vista del terremoto y de la oscuridad del cielo, oyen-

do el grito poderoso que se escapa de los labios moribundos del Salvador, exclama el centurión romano: "*Vere filius Dei erat iste;* Verdaderamente, este hombre era el hijo de Dios." Pero no sólo se asombró este hombre, sino que también muchos judíos descendían del Calvario golpeándose el pecho. *Percutientes pectora sua revertebantur!*

Jesucristo murió como Dios. Al principiar el año nuevo, os pido, señores, que hagáis un acto de fe a la divinidad de Jesucristo. No será en balde... Porque hoy más que nunca, la divinidad de Jesucristo es batida en brecha por el orgullo de los Caifás, por la lujuria de los Herodes, por la cobardía de los Pilatos... Y quizás mañana, después de expulsar la cruz de las escuelas y de los pretorios, se expulse también de vuestros santuarios y de vuestras casas. Mucho cuidado. Al descristianizar a la patria, se la desmoraliza y se la arruina. En la gran tormenta de vicio y de impiedad que se abate sobre nuestro país, Jesucristo está menos amenazado que nosotros. Defendámosle y nos defenderá; démosle nuestra fe y nuestro amor para que proteja nuestras ciudades y nuestros hogares. Seamos sus servidores y será nuestro Salvador.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMA

¡Morir!... ¡Singular medio de mostrar que uno es Dios!

SEÑORES:

Viendo a Jesucristo pendiente del patíbulo de los infames y exhalando su último suspiro, dicen los incrédulos: "¡Morir!... ¡Singular medio de mostrar que uno es Dios!" Esto no obstante, es así. Todo es divino en la muerte de Jesucristo. Y aun añado que todo es divino en los hechos que siguieron a esta muerte. Los hombrees mueren, y de ellos nada o casi nada queda Hace diecinueve siglos que Jesucristo fué crucificado... y desde entonces, sigue viviendo en medio del mundo. El hombre se agrupa en torno de El, y se divide por causa de El. Su cruz es para el universo un signo de adhesión y un signo de contradicción. Estudiemos este fenómeno, único en la historia.

I. Jesucristo muere, y el género humano se agrupa en torno de El.

1.º ¿Quién es el hombre que en la historia pudo jamás determinar y atraer hacia él un movimiento general *de las almas*?

¿Quién es el hombre que tuvo genio suficiente, ciencia suficiente, poder persuasivo suficiente para ponerse al alcance de todos, para imponer sus afirmaciones, para proponerse conseguir y obtener la universalidad constante de su influencia doctrinal, para hacer arraigar en el género humano, no solamente la fe en su palabra, sino también la fe en su persona, propuesta como objeto primario de la creencia?

¿Quién es el hombre que tuvo bastantes cualidades y hechizos para hacerse amar con amor tierno, confiado, generoso y abnegado, no diré ya en vida suya, sino un siglo, diez siglos, veinte siglos después de su muerte, cuando no quedaba ya de El más que su nombre casi vacío y una memoria enteramente enfriada?

¿Quién es el hombre cuya virtud tuvo suficiente radiación y calor comunicativo para dominar e impresionar a toda la posteridad... que se mostró infalible e impecable, hasta convertirse en modelo acabado, que siempre se intenta copiar, sin poder igualarlo jamás?

¿Quién es el hombre que tuvo bastante acción sobre sus semejantes y sobre lo por venir para fundar una sociedad espiritual imperedecedera, con una doctrina cuya originalidad sorprende la razón y la humilla por lo incomprensible, con una ley cuya ejecución supera las fuerzas de la naturaleza, con jefes que continúan indefinidamente sus propósitos y su poder?

En resumen, entre los personajes históricos que

atraen vuestra admiración, ¿cuál es el hombre que supo, muriendo, subyugar una larga serie de generaciones, y hacerse creer, amar, imitar, obedecer por una inmensa multitud de almas agrupadas en torno de su recuerdo? Este hombre no se encuentra... Pero me equivoco.

Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, después de haber dicho: "*Ego sum veritas*, yo soy la verdad." Este hombre fué creído, agrupó en torno de su cruz millones y millones de almas. Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, después de haber dicho al mundo: "El que ame a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí." Y este hombre fué amado, profunda, constantemente amado, y agrupó en torno de su cruz millones y millones de corazones. Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, después de haber dicho a sus discípulos: "Os he dado el ejemplo para que obréis como yo he obrado." Y después, millones y millones de miradas le devoran, le estudian, se fatigan para reproducir su perfección. Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, después de haber dicho a sus enviados: "Id y enseñad. Quien os escucha, a mí me escucha. Yo estaré siempre con vosotros." Y después, millones y millones de voluntades humanas le escuchan y le obedecen y veneran su autoridad, la cual sobrevive en la persona de sus representantes. Hace diecinueve siglos que Jesucristo murió en el patíbulo de los infames, y después, fué creído, amado, imitado, obedecido por millones y millones de almas. Otros hombres fundan durante su vida un imperio, pero su muerte lo arruina todo, o por lo menos, no añade nada. Pero

en Jesucristo todo ocurre por modo contrario: muere abandonado, y sólo después de su muerte determina y atrae hacia sí un movimiento general de las almas. Hizo lo imposible. Es Dios. Pero observad más de cerca este fenómeno.

2.º ¿Quién es el hombre que en la historia pudo determinar jamás y atraer hacia sí un movimiento general *de los acontecimientos?*

¿Quién es el hombre que fué suficientemente dueño de los hombres y de las cosas para concentrar en su persona y en su mano lo pasado y lo por venir, para decir a lo pasado: "Yo soy tu punto de llegada y tu término"; y a lo por venir: "Yo soy tu punto de partida y tu principio?"

¿Quién ha tenido una influencia mayor en el fondo de todos los grandes movimientos que conmueven al mundo, hasta convertirse en la cuestión capital de la historia, en el centro de todas las cuestiones que interesan el corazón del género humano?

¿Quién es el hombre que vivió, que vive todavía, que vive en todas partes? Este hombre no se encuentra... Pero me equivoco.

Hace diecinueve siglos murió un hombre en el patíbulo de los infames. Todo lo que le precedió preparaba su venida, y todo lo que le siguió emana de El. Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, y el paganismo fué suplantado y aniquilado por el cristianismo... la Roma de los Césares convirtióse en la Roma de los Papas... las ideas, los hábitos, las leyes, las costumbres, las instituciones tomaron otra fisonomía. Hace diecinueve siglos que murió un hombre en el patíbulo de los infames, y las cronologías de los pueblos se refieren a El, y fechamos con

relación a El nuestras cartas privadas, nuestros papeles públicos, y aun los decretos ateos. Quizás hemos olvidado todos nuestros muertos y abjurado todas nuestras creencias, pero no podemos evitar la influencia póstuma de este Ajusticiado.

Jesucristo determinó y atrajo a sí un movimiento general de las almas y de los acontecimientos. Testigo de semejante fenómeno, decía Napoleón al general Bertrand, en su roca de Santa Elena: "Me precio de conocer a los hombres, y te declaro que Jesucristo no era un hombre." Muere Jesucristo, y el género humano se agrupa en torno suyo. Es Dios. ¿Lo dudáis? Escuchad:

II. Muere Jesucristo y el género humano se divide por causa de El.

Vedle suspendido del patíbulo de los infames en medio del mundo. Se le ama, se le odia. Se le defiende, se le ataca. Se le acoge, se le rechaza. Signo de adhesión, su cruz es al propio tiempo signo de contradicción. Ante la cruz, dos campos bien definidos: amigos y enemigos.

1.º Mi atención se agota contando *los amigos de Jesucristo*, y mi corazón admirándolos y bendiciéndolos.

He ahí *los mártires*, parte escogida de la sociedad romana, héroes del género humano, muchedumbre inmensa procedente de todas las edades y de todas las condiciones. Dan su sangre para proclamar la divinidad de Jesucristo.

He ahí *los doctores*, gigantes de la inteligencia humana. Emplean su genio, su ciencia, su palabra, su plu-

ma en cantar las grandezas y beneficios de Jesucristo.

He ahí *los afligidos,* con sus corazones heridos por la ingratitud, el desprecio, la injuria, el desencanto. En el corazón ensangrentado de Jesucristo hallan fuerzas para vivir y padecer aún.

He ahí *los pecadores.* Entre los brazos de Jesucristo muriendo y perdonando, su alma trémula se purifica, se serena, se eleva, renace a una vida mejor.

Son *los santos,* las vírgenes, los inocentes, los buenos, los sencillos, la más pura flor del género humano, todo lo que hay de más sencillo y honrado en este mundo.

Si pregunto *a la carmelita* y *al trapense* por qué se imponen tormentos de los cuales se escandaliza la delicadeza mundana... *a la religiosa* que dedica su vida a la escuela o al hospital, por qué, a los dieciocho años, abandona a su padre, a su madre, todas sus esperanzas de felicidad terrenal... *al misionero* por qué se expatria hasta los hielos del polo, o las hogueras del ecuador... *al rico* generoso por qué lo da todo... *al sacerdote* instruído por qué consiente en ocultar su ciencia en el fondo de una aldea... *a la mujer* cristiana por qué soporta las injurias y golpes de su marido brutal... *al adolescente* que permanece puro, por qué resiste las llamas de la voluptuosidad que devoran a tantos otros... todos me responden: "Por amor de Nuestro Señor Jesucristo."

Pero Jesucristo hace ya cerca de dos mil años que murió. No importa. A veinte siglos de distancia, conserva un poder extraño sobre el corazón humano. Tiene innumerables amigos que son la porción exquisita del género humano. Apelo a vuestra elevada razón y a vuestra buena fe. ¿Es posible que un hombre, como vosotros y yo, muerto hace ya dos mil años, pro-

duzca y obtenga semejantes resultados? No, no es posible. Ausente e invisible Jesucristo es amado como nadie lo fué ni siquiera durante su vida, y engendra sin solución de continuidad virtudes que fructifican en el amor. Es más que un hombre; es Dios.

A esto me decís que Jesucristo no sólo tiene amigos. Lo sé. Jesucristo muere, y el género humano se divide a causa de El. De un lado sus amigos resplandecientes de inteligencia, de virtud, de heroísmo, de belleza moral;

2.° De otro, *sus enemigos*. ¿Queréis mirarlos un instante tan sólo?

Son numerosos. En ciertas horas sobre todo, son legión. Cuando hay peligro en profesar la fe, cuando se arriesga en ello el prestigio, el ascenso, el puesto, la fortuna, los incrédulos, sinceros o hipócritas, pululan como la cizaña en los campos. Los enemigos de Jesucristo son numerosos.

En general, valen poco. No son prodigios de virtud, ni de valor. La impiedad puede ser un medio de vivir cómodamente y de lograr lo que se desea, pero no es una patente de inocencia ni un certificado de heroísmo.

Los enemigos de Jesucristo muéstranse, por otra parte, encarnizados contra El. Le odian por modo furioso e implacable. Le persiguen en su doctrina, en sus sacramentos, en sus instituciones, en sus representantes, en los objetos materiales que hacen pensar en El ¿Qué más inofensivo, por ejemplo, que el crucifijo? Le detestan como a un ser viviente; lo descuelgan de todas partes; lo mutilan con rabia.

No os espantéis gran cosa de esos furores. Los enemigos de Jesucristo prueban dos cosas: 1.° su vitalidad; 2.° su divinidad. *Su vitalidad*. Nadie se encole-

riza contra Julio César porque conquistó las Galias, ni siquiera contra Carlos V porque venció a Francisco I. No. Se los deja dormir en paz; hace mucho tiempo que murieron. Jesucristo es casi contemporáneo de Julio César. ¿Por qué su nombre suscita todavía tanto odio? Porque no ha envejecido, porque vive siempre No se ataca más que a los vivos. Los enemigos de Jesucristo prueban también *su divinidad*. Si Jesucristo no fuera Dios, ¿sería odiado con tanto encarnizamiento por los sectarios, a quien ciertamente no ha hecho ningún mal? Evidentemente que no. Le detestan porque es Dios, porque es soberano juez. Proguntóse a un miserable: "¿Hay dioses?"—"Sí—respondió;—y la prueba está en que los odio." Si pregunto a un impío: "¿Jesucristo es Dios?" Su conducta me responde: "Bien lo veis, porque le odio y quito las cruces de todos los puntos en que quiero suprimir a Dios." Sin quererlo, los enemigos de Jesucristo prueban su divinidad.

Jesucristo muere, y el género humano se agrupa en torno suyo, y se divide a causa de El. Este doble fenómeno no es humano, luego Jesucristo es Dios.

Jesucristo es Dios. Luego es rey. Desde su lecho de dolores, desde lo alto de su cruz ensangrentada tomó posesión de su reino. Diecinueve siglos han pasado y Jesucristo reina todavía. ¿Por qué habríais de tener miedo de las blasfemias y amenazas de sus enemigos? Yo las oigo tan bien como vosotros. Pero, ello no abstante, mi alma está tranquila. No se conspira más que contra los poderes establecidos. Cuanto más firme es un trono, más violenta es alrededor de él la tormenta de las ambiciones, Jesucristo es Dios; adorémosle. Jesucristo es rey; obedezcámosle. Tal es nuestro deber,

tal es nuestro interés, tal es nuestra gloria. En ello está la salvación de nuestras almas y de la sociedad.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

¿Dejó Jesucristo tras de sí una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada?

SEÑORES:

Jesucristo murió hace ya diecinueve siglos. ¿Dejó algo suyo en la tierra? Para sobrevivirse a sí mismo y para conquistar al género humano, ¿dejó una idea, un libro, una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada? Tal es la pregunta a la cual me propongo responder hoy. Vais a ver que es soberanamente importante y del mayor interés.

Para sobrevivirse a sí mismo y para conquistar al género humano, Jesucristo quizás hubiera podido lanzar al mundo

I. Una idea

que hubiera marchado por sí sola y poco a poco hubiera invadido todas las épocas y todos los lugares.

Jesucristo tuvo una idea que sería genial, si no fuera divina. Tuvo la idea de agrupar todos los hombres y todas las naciones bajo su cayado, formar de todo el género humano una sola familia de hermanos creyendo las mismas verdades, practicando la misma moral, viviendo la misma vida espiritual, marchando juntos a la misma eterna felicidad. Oídle exponer su plan. Dice a los Apóstoles: "Id y enseñad a todos los pueblos; enseñadles todo lo que yo os he enseñado. He venido para que ellos tengan la vida, y la tengan más abundante. He ahí la hora en que Dios será servido en espíritu y en verdad, no solamente en Jerusalén y en Garizim, sino en el mundo entero. Tengo numerosas ovejas que no pertenecen al redil de Israel, y es preciso que las reúna. Cuando sea crucificado, todo lo atraeré hacia mí." Jesucristo quiere todas las almas y todas las naciones.

No es posible concebir *nada tan amplio ni tan magnífico* como ésta idea. La ambición de Alejandro se redujo a conquistar el Asia. El imperio romano jamás llevó sus legiones más allá de la India. Jesucristo no fija a su programa límite alguno, ni en el tiempo, ni en el espacio. "Enseñad a todos los pueblos;" he ahí lo referente al espacio. "Estoy con vosotros hasta el fin de los siglos;" he ahí lo relativo al tiempo.

Acariciamos a veces una *utopía sublime*. Quisiéramos realizar por medio de la civilización la unidad paternal de los pueblos, agrupar las naciones como hermanas en torno de una misma bandera, abolir las guerras celosas, establecer un tribunal pacífico en el que todos los litigios terminaran sin efusión de sangre, hacer de todo el género humano una sociedad única, de almas ligadas entre sí por las mismas creencias libremente aceptadas y por los mismos servicios mutuamen-

te hechos. Muchos charlatanes abusan de esta idea de la solidaridad universal, y la emplean desvergonzadamente en burlarse de la credulidad popular. Pero esta idea es verdadera y generosa en sí misma... y de buen grado nos imaginamos que ha germinado por sí sola en la mente de nuestro siglo. Esto es un error. Tiene ya diecinueve siglos. Jesucristo fué el primero que la expuso, al sentar este principio, hoy demasiado desconocido todavía: "Todos sois hermanos," y cuando dijo a Dios antes de morir: "Sean uno como nosotros somos uno."

Tal es la idea de Jesucristo: unificar al género humano en la misma creencia, en la misma moral, en la misma vida espiritual. Ahora bien,

Para realizar esta idea, ¿bastaba lanzarla al mundo y abandonarla al azar de las circunstancias, a las movibles eventualidades de lo por venir? Para asegurar la supervivencia de Jesucristo y su toma de posesión del género humano, ¿era suficiente pronunciar una palabra ante algunos judíos, era suficiente lanzar una idea que hiciera explosión y no tuviese otros medios de propagación que su virtud interna? No, no era suficiente... toda idea que quiere vivir, durar y conquistar, debe encarnarse al punto en una institución exterior y visible. Todas las grandes ideas particularmente necesarias a la marcha del género humano, deben tomar una forma social. La idea de fuerza se realiza en un ejército con jefes que mandan. La idea de instrucción se realiza en una universidad con profesores que enseñan. La idea de justicia se realiza en una magistratura con jurisconsultos que interpretan las leyes. Jesucristo, que acaba de fundar una religión nueva, no podía olvidar el darle una forma social. Si se hubiera contentado con lanzar una idea al mundo, hubiera

errado el golpe y frustrado su misión. Pero quizás para sobrevivirse a sí mismo y apoderarse del género humano, hubiera podido Jesucristo servirse de

II. Un libro.

que hubiera conservado su idea y la hubiera llevado a todas las épocas y a todos los lugares.

Veámoslo. Si Jesucristo hubiera desaparecido del mundo legándonos solamente un libro, ¿qué hubiera conseguido su apostolado? Casi nada.

El, que quería *la luz para todos*, nos hubiese dejado en la oscuridad más completa. ¿Por ventura un libro por sí solo, enteramente seco, sin doctores autorizados para explicarlo y, en caso de necesidad, para reemplazarlo, hubiese podido hacernos conocer el conjunto de las leyes dogmáticas y morales que constituyen la religión de Jesucristo? Ciertamente que no. Si el hombre quiere conocer las matemáticas, preciso es que recurra a la enseñanza de profesores ejercitados. Si quiere conocer la historia, preciso es que recurra a maestros hábiles que le faciliten el trabajo. Si quiere conocer un oficio para ganarse la vida, preciso es que recurra a un obrero que le instruya en su arte. Para aprender una ciencia cualquiera que sea, el libro es útil, pero no suficiente; mas para la adquisición de la ciencia religiosa, es especialmente insuficiente... porque la inmensa mayoría de los hombres se compone de artesanos ocupados en penosos y materiales trabajos, los cuales ni tienen el medio de comprar libros, ni tiempo para leerlos, ni capacidad para profundizarlos. Si, pues, Jesucristo hubiera desaparecido del mundo legándonos solamente un libro, El, que quería la luz para todos, nos hubiese dejado casi a todos en medio de una noche profunda. Además,

El, que quería *la unidad de todos,* no hubiese producido más que la división más confusa. Yo no sé quien dijo estas palabras: "Dadme cuatro palabras de la escritura de un hombre, y me encargo de hacer que lo ahorquen." Esto es verdad; se hace decir a la escritura lo que se quiere, y se le dan las interpretaciones más opuestas. Imaginaos que el género humano, para ordenar su fe, quedase reducido a un libro, al Evangelio. 1.° Cada cual, para comprenderlo, debería empezar por conocer a fondo la lengua en la cual fué escrito; 2.° de estos fragmentos esparcidos, de estos relatos sin encadenamiento, debería extraer la serie lógica de las enseñanzas de Jesucristo; 3.° en los pasajes difíciles, obscuros, ambiguos, que ofrecen sentidos diversos, ¿cómo dar con el verdadero? Sería esto una verdadera Babel con la confusión de lenguas y divisiones inextricables. Ved los protestantes que tienen la pretensión de atenerse a la Biblia: en ella encuentran todo lo que quieren, y han llegado a contar doscientos dieciocho sentidos diferentes a estas cortas y sencillas palabras de Jesucristo: "Este es mi cuerpo." Un excelente y sapientísimo sacerdote, del cual se ha hablado mucho estos días, el abate Loissy, con excelentes intenciones y copiosa erudicción, se ha equivocado en el estudio del Evangelio, y la Congregación del Indice ha tenido que reducirlo al buen camino. Si, pues, Jesucristo hubiese desaparecido del mundo legándonos tan sólo un libro, El, que era la luz del mundo y quería unificar todas las almas, nos hubiese condenado a la contradicción universal, a una duda inmensa, a tinieblas impenetrables. Hubiera venido a este mundo casi inútilmente para nosotros. Su apostolado se hubiera reducido a la impotencia.

Por otra parte, un hecho cierra el debate. *Jesucristo*

no fijó su palabra en un libro. Se elevó al cielo sin haber escrito una sola línea. Dejó este cuidado a sus discípulos, queriendo que, con ello, quedase bien patente que tenía otro medio de asegurar el éxito y la perennidad de su misión.

He ahí dos cosas bien sentadas: 1.ª Jesucristo no lanzó al mundo una idea flotante y abandonada a sí misma; 2.ª No fijó su idea en un libro. ¿Qué hizo? Aquí es donde resplandece su incomparable sabiduría. Para sobrevivirse a sí mismo y conquistar al género humano, instituyó

III. Una Iglesia.

es decir, una sociedad religiosa organizada, que debe extenderse a todas las épocas y a todos los lugares.

El sueño de todos los hombres de genio, de todos los grandes servidores del género humano, consiste en sobrevivirse a sí mismos en una posteridad, en una escuela, en una institución duradera. Pitágoras tiene discípulos, Sócrates tiene discípulos, Aristóteles tiene discípulos, Zenón tiene discípulos. Verdad es que todos esos hombres, no siendo más que mortales, no pudieron dejar tras de sí ninguna sociedad doctrinal permanente. Jesucristo, que era Dios, hizo algo mejor y fué más lejos: agrupó en torno de su augusta persona hombres de los cuales hizo sus confidentes y los continuadores de su pensamiento, y con ellos

Fundó una Iglesia, es decir, una sociedad exterior y visible, que es su supervivencia inmortal y su prolongación ilimitada. Vedle en su obra. Reúne doce apóstoles, los intruye, les comunica su autoridad y su poder, les designa un jefe, les señala auxiliares, y los envía a predicar. Este grupo es llamado por él *un redil,*

en el que se reúnen las ovejas bajo la guía del mismo pastor; *un festín*, en el que se convida a toda suerte de personas; *una red* lanzada al gran mar del género humano; *el reino de Dios* abierto a todos los pueblos del mundo; su asamblea, *su Iglesia, Ecclesiam meam*. ¿Se quiere algo más claro? Jesucristo fundó manifiestamente una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada, a la que confió su doctrina y sus poderes.

¿Queréis asistir *al nacimiento, a la aparición de esta Iglesia?* Mirad lo que pasa en el día sagrado de Pentecostés. Los Apóstoles están en el Cenáculo, esperando el efecto de las promesas del Salvador. El Espíritu Santo los visita, los invade, los transforma. Los ignorantes se convierten en sabios y discretos; los temblorosos están dispuestos a desafiar todos los peligros; los ingratos van a sacrificarse hasta la muerte. La inmensidad del mundo no los espanta; se proponen conquistarlo para Jesucristo. La Iglesia está formada, la Iglesia está completa, la Iglesia está de pie, viviente, hablando, obrando, conquistando. Cierto que *es pequeña*, pequeñísima, casi imperceptible. Tanto mejor. Esto prueba que no procede del hombre. La intervención de Dios resplandece visiblemente en los fulminantes éxitos de aquellos doce hombres, pobres, iletrados, sin fuerza, sin prestigio, que conquistaron el universo en nombre de Jesucristo, y de los cuales nos gloriamos en llamarnos hijos

IV. En resumen

Para sobrevivirse a sí mismos y conquistar al género humano, Jesucristo no se contentó con lanzar al mundo una idea que hubiera abandonado a su virtud interna y a las fluctuaciones de lo por venir. Tampoco escribió un libro destinado a perpetuar y a univer-

salizar su nombre y su doctrina. ¿Qué hizo? Fundó una institución externa y visible. Estableció una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada.

Una verdadera sociedad, con un jefe y leyes; una autoridad para interpretar estas leyes, velar por su ejecución y castigar a sus transgresores; un fin común e importante, con medios para conseguirlo, súbditos numerosos obligados por su conciencia, sujetos por su interés, impulsados por su amor a su adhesión. Jesucristo fundó una verdadera sociedad

En la cual se sobrevive a sí mismo. La Iglesia no es otra cosa que Jesucristo viviendo siempre, obrando siempre, visible siempre en la tierra. La Iglesia tiene un cuerpo: los hombres que la componen, la representan y la personifican. Pero la Iglesia tiene un alma: Jesucristo, quien, para estos hombres, continúa instruyendo y santificando al mundo. Jesucristo fundó una verdadera sociedad, en la cual se sobrevive a sí mismo, y por medio de la cual

Conquista al género humano. Toda sociedad puramente humana está limitada en el espacio por el derecho o por la fuerza de sus vecinos, y, en cuanto al tiempo, cada una vive lo más que puede, como los individuos, sin atreverse a considerarse más inmortal que ellos. La sociedad religiosa organizada por Jesucristo, la Iglesia, no reconoce límites ni en el espacio ni en el tiempo. Tiene por campo de su acción el mundo entero, y siglos ilimitados por duración. Es que no es una sociedad puramente humana, sino que tiene a Dios por fundador, a Jesucristo, quien por medio de ella conquista al género humano. Señores, tengamos confianza. El cañón que ha de matar a la Iglesia no se ha fundido todavía, y los que quieren suprimirla, aniquilarla son cien veces más locos que el desgraciado que se coloca delante de la locomotora para detener un

tren expreso. Nosotros no abandonemos el tren rápido y centelleante que nos conduce a la eternidad bienaventurada. Por cuanto el tren circula por la tierra, natural es que tenga sacudidas, detenciones de marcha, averías en la máquina; natural es que sus ejes den chirridos y que haya desperfectos en la vía; pero no tengáis cuidado; el mecánico invisible, Jesucristo, vela por el vehículo y por los viajeros, y a pesar de las dificultades, hace su camino y nos conduce al término.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

Fuera de la Iglesia no hay salvación

SEÑORES:

Jesucristo fundó una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada, en la cual se sobrevive a sí mismo, y por medio de la cual conquista al género humano, y nosotros los católicos sostenemos que esta Iglesia es obligatoria para todos so pena de condenación. Así, decimos: Fuera de la Iglesia no hay salvación.

Los librepensadores, al oir esto, se irritan, se indignan y gritan: ¡Intolerancia, intolerancia! ¡Fuera de la Iglesia no hay salvación!... Ven en esto un axioma desesperante, una fórmula brutal que ataca injustamente a millones de inocentes. Según ellos, precipitamos en el infierno a todos los que no han nacido o no viven en la Iglesia de Jesucristo.

Señores, aquí, como casi siempre, el librepensamiento muéstrase idiota y malvado. Nos atribuye rigores y severidades ridículas. Nos acusa sin comprendernos. ¡Fuera de la Iglesia no hay salvación! Vamos a ver

en dos conferencias a quién se aplica esta máxima y a quién no se aplica.

Se aplica a los que, por culpa suya, están fuera de la Iglesia. A la luz de un principio, de un hecho y de una conclusión, veréis que nada es tan razonable como esto.

I. Siento un principio: El hombre es responsable ante Dios.

Pongamos la debida atención en esto. Por cuanto somos libres, fácilmente nos imaginamos que somos independientes e irresponsables, y que la medida de nuestro poder es la medida de nuestro derecho. Nada tan falso.

En materia científica, literaria o artística, tenemos la posibilidad, pero no el derecho de despreciar las leyes inmutables de la numeración, de la literatura, de las artes, y si las despreciamos, si declaramos que dos y dos son cinco, si hacemos versos sin contar con la rima, si cantamos hollando las leyes de la melodía y de la armonía, si pintamos sin sujetarnos a la disposición de las líneas y de los colores, si edificamos sin atenernos a las exigencias del equilibrio, somos responsables ante el tribunal del buen sentido.

En materia moral, tenemos la posibilidad, pero no el derecho de violar las leyes eternas que diferencian el bien del mal; y si las violamos, si preferimos la mentira a la sinceridad, si practicamos el robo que despoja en vez de la caridad que consuela, si injuriamos en lugar de perdonar, si nos sumergimos en el fango y no en las cosas limpias y en los sentimientos honrados, si nos degradamos y nos rebajamos a la condición de bestias, somos responsables ante el tribunal de la conciencia.

En materia social, tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de atacar, de vilipendiar, de negar la familia, la propiedad, la autoridad; y si hollamos los artículos del código que rige la constitución y el honor del hogar, que protege la propiedad privada, que defiende la persona y el poder de los gobernantes, somos responsables ante el tribunal de la justicia humana. En materia científica, moral y social, todo nos es posible, pero no todo nos es permitido. Ahora bien,

En materia religiosa somos libres, pero ¿somos también independientes e irresponsables? En manera alguna.

Dios es soberano *dueño*. Tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de negarlo, insultarlo, tratarlo como una cantidad despreciable.

Dios *habló*. Tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de creer lo que bien nos parezca, sin el respeto debido a su palabra.

Dios nos dictó *una ley*. Tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de no hacer caso de esta ley y desdeñar sus mandamientos.

Dios nos trazó *un camino* para llegar a El. Tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de tomar tal o cual camino según nuestra fantasía.

Dios fundó una religión, *una Iglesia*. Tenemos la posibilidad, pero no el derecho, de mantenernos a distancia de ella, y hacernos deístas, panteístas, ateos, librepensadores.

Y si despreciamos a Dios, su soberanía, su palabra, su ley, su religión, somos responsables, no ya ante el tribunal de la justicia humana, sino ante el tribunal de la justicia divina.

¿Por ventura la religión, la Iglesia de Jesucristo, sería puramente facultativa? No.

II. Compruebo un hecho: Dios fundó una Iglesia obligatoria.

El hombre es responsable ante Dios. El principio es indiscutible. Ahora bien, Dios intervino en la vida religiosa del hombre, y, bajo pena de condenación, nos ordenó pertenecer a su Iglesia. Este hecho es igualmente cierto e indiscutible.

Dios intervino positivamente en la vida religiosa del género humano por medio de su hijo Jesucristo. Intervino como revelador, y nosotros tenemos la obligación de creer las verdades que reveló. Intervino como redentor, y nosotros tenemos la obligación de aplicarnos la virtud de su sacrificio. No podemos prescindir de Jesucristo. La salvación está en El, y sólo en El.

Pero ¿cómo Jesucristo proveyó a la comunicación regular y permanente de su verdad y de la virtud de su sacrificio? Proveyó por la institución de una sociedad espiritual, religiosa, sobrenatural, a la que llama su redil, su casa, su ciudad, su reino. Proveyó por medio de su Iglesia, a la cual confió las dos fuerzas que iluminan y purifican: la palabra y los sacramentos. No podemos prescindir de la Iglesia de Jesucristo. La salvación está en ella, y sólo en ella.

Y no se diga que la Iglesia es facultativa, y que podemos cuando queramos entrar en ella, y salir de ella, y no entrar jamás en ella. Porque Jesucristo, nuestro Redentor, tenía el derecho de dictarnos las condiciones por virtud de las cuales podíamos gozar del beneficio de la Redención. Ahora bien, dijo a sus Apóstoles: "Id y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea será salvo; el que no crea será condenado. Quien os escucha a mí me escucha, y quien os desprecia, a mí me desprecia." Esto es formal. Sólo se sal-

varán los que crean en la predicación de los Apóstoles, esto es, de la Iglesia. Los que no los escuchen, los que, por consiguiente, no quieran entrar en la Iglesia, desprecian a Jesucristo. ¿Cómo podrían salvarse? Veamos. ¿Hubiera venido Jesucristo a la tierra, hubiera padecido durante treinta y tres años, hubiera muerto en una cruz para instruirnos y santificarnos, para darnos un símbolo, preceptos y sacramentos, para conferirnos su doctrina y su gracia por medio de los Apóstoles y sus sucesores, y podríamos nosotros, conservando nuestros derechos al cielo, mantenernos a distancia de sus beneficios y de la Institución que los tiene en depósito y que es la dispensadora de ellos? No, esto no es posible, esto no es verosímil, esto no sería razonable. Jesucristo no quiso semejante enormidad. Obró seriamente; fundó una Iglesia obligatoria, en la cual debemos ingresar bajo pena de condenación. El hombre es responsable ante Dios. He ahí un principio. Dios estableció una Iglesia obligatoria. He ahí un hecho.

III. Saco una conclusión: Se condenan los que, por su culpa, están fuera de la Iglesia.

Generalmente no ejerce Dios su justicia desde aquí bajo. Tiene la eternidad para recompensar y castigar. Entendámonos bien. ¿A quién castiga en la eternidad? A los que han merecido un castigo, a los que libremente, a ciencia cierta, voluntariamente, por su culpa, le han desobedecido. El castigo sigue a la culpa y la culpa supone la libertad y la voluntad. Por consiguiente,

Fuera de la Iglesia no hay salvación para *el hereje, el cismático, el infiel,* que permanecen por su culpa en la herejía, en el cisma, en la infidelidad.

Un protestante que conoce la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo, está obligado a entrar en ella, so

pena de perder su alma. En religión, más que en todas las cosas, hay que abandonar el error desde que se conoce, y adherirse a la verdad. Un protestante decía al cura de Ars: "A pesar de la diversidad de nuestras creencias, espero que nos veremos en el cielo. Confío en Jesucristo que dijo: "El que crea en mí, tendrá la vida eterna." Pero el santo cura le contestó: "También dijo Jesucristo otra cosa: "El que no escuche a la Iglesia, debe ser considerado como un pagano." Dijo que no había de haber más que un Pastor, y Pedro fué por El instituído como Pastor supremo. No hay dos maneras de servir a Jesucristo; no hay más que una buena: servirle como quiere ser servido."

Por consiguiente, si un protestante, sin estar absolutamente convencido de la verdad del catolicismo, tiene dudas sobre la religión protestante, ¿qué debe hacer para tranquilizar su conciencia? Debe ilustrarse. No procede de buena fe el que voluntariamente permanece en la duda. En su lecho de muerte, la madre de Melancthon, discípulo y sucesor de Lutero, decía a su hijo: "Te conjuro que me digas si debo morir en la religión que me has hecho abrazar." El heresiarca reflexionó y contestó: "Morid como católica; es lo más seguro." Melancthon dudaba del protestantismo. Puede, pues, dudarse de su buena fe. Fuera de la Iglesia no hay salvación para el hereje, para el cismático, para el infiel, que permanece, por su culpa, en la herejía, en el cisma, en la infedilidad. Esto es propio del buen sentido.

Fuera de la Iglesia no hay salvación para el apóstata, para el excomulgado, para el impío declarado que permanece, por su culpa, en la apostasía y en el librepensamiento... He ahí un hombre que, libremente, por notoria mala voluntad, por terqueded criminal, se separa de la Iglesia de Jesucristo, sabiendo que

es obligatoria y divina... La razón nos dice que está en camino de condenarse. En plena luz, rompe con violencia el lazo que le unía a la verdadera religión... Pero *con el tiempo perdió el recuerdo de las faltas* de las cuales procedió su ceguedad, y en la actualidad se cree leal y sincero en sus prejuicios y en su odio contra la Iglesia. ¿Podemos decir que está en la buena fe, que es inocente de su impiedad? No, no podemos decirlo. Tal hombre, que blasfema hoy sin advertirlo, adquirió antes ese hábito sabiendo que obraba mal, y su culpabilidad primitiva afecta a todas sus blasfemia subsiguientes. Del mismo modo, el hombre que, a ciencia cierta y por su culpa, se separó en otro tiempo de la verdadera Iglesia, es responsable de su perseverante impiedad. Su crimen de ayer vicia su buena fe de hoy. Un escéptico del siglo XVIII, Bayle, escribió: "Se dará cuenta un día a Dios de todo lo que se haya hecho como consecuencia de los errores en que se haya caído con relación a los dogmas verdaderos, y ¡desgraciados de los que en aquella terrible jornada, se hayan voluntariamente cegado...! ¡desgraciados de los que hayan favorecido la introducción de los errores en su espíritu porque se armonizaba con sus pasiones desordenadas!" Fuera de la Iglesia no hay salvación para el apóstata, el excomulgado, el impío declarado que permanece, por su culpa, en la apostasía y en el librepensamiento. Esto es propio del buen sentido.

Fuera de la Iglesia no hay salvación para los malos católicos que permanecen, por su culpa, en la ignorancia y en la indiferencia religiosa. Podrían, si quisieran, conocer la verdad y practicarla. No lo quieren. No les interesa, se burlan de ella. No sacrificarían por la verdad ni un minuto de tiempo, ni un cabello de su cabeza, pero si encuentran en su camino una pieza de diez céntimos, se bajan para cogerla. Costean la verdadera religión,

la evitan o la aplastan como a un objeto sin valor, que se hace rodar con el pie y no merece más que el desdén. ¿No es en conciencia absolutamente condenable una conducta semejante? Un buen pagano está más cerca del reino de los cielos que un mal católico. El buen pagano puede excusarse por la buena fe, pero el mal católico no puede, o casi no puede, por cuanto el sol de la verdad brilla sobre su cabeza y cierra los ojos a la luz.

Fuera de la Iglesia no hay salvación... Esta máxima se aplica a los que están fuera de la Iglesia por su culpa. ¿Qué hay que objetar contra esto? Es la razón y la equidad misma... Vosotros, señores, estáis en la Iglesia de Jesucristo. Continuad en ella. En ella está la salvación.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Fuera de la Iglesia no hay salvación *(Conclusión)*

SEÑORES:

Decimos: Fuera de la Iglesia no hay salvación, y sobre esto se nos acusa de injusticia y de crueldad. No hay razón para ello. Esta máxima, bien comprendida, es una máxima de simple buen sentido. Se aplica a los que están fuera de la Iglesia por su culpa. Nada más razonable, como ya hemos visto. No se aplica a los que están fuera de la Iglesia de buena fe, como vamos a ver en el día de hoy. ¿Qué debemos pensar de los que están fuera de la Iglesia de buena fe? 1.º Dios puede salvarlos. 2.º no tenemos el derecho de condenarlos.

I. Dios puede salvar a los que están de buena fe fuera de la Iglesia.

¿Qué quiere decir esto? He ahí hombres que están en el error y creen tener razón, que van por mal camino, a pesar de ellos mismos, que están, inconsciente

e involuntariamente, de buena fe, fuera de la Iglesia. Dios puede salvarlos. ¿Quiere esto decir que apruebe *su error?* En manera alguna. Una religión falsa siempre es mala, aun cuando se la crea buena, así como una falsedad no se convierte en verdad porque se la crea verdadera. Un loco, o un hombre presa del delirio, puede matar a su hermano creyendo que mata una pantera; los jueces, al perdonarlo, no aprueban ciertamente el fratricidio. Del mismo modo, Dios sin aprobar la idolatría, que es un error, puede perdonar al idólatra, a causa de *su buena fe.* El error jamás es aprobable, jamás es útil a la salvación. La virtud, unida a la buena fe, es lo que Dios acepta en cambio de la fe católica, imposible a ciertos hombres. Sin ratificar lo falso, sin autorizar el mal, Dios puede salvar a los que de buena fe están fuera de la Iglesia.

¿*Cómo* puede salvarlos? He ahí millones y millones de infieles que vivieron antes en el paganismo, o que, en el curso de diecinueve siglos, no han sido incorporados a la sociedad exterior y visible, a la Iglesia fundada por Jesucristo. ¿Cómo Dios puede salvar esas almas? Para resolver este problema, sería preciso conocer a fondo dos misterios insondables para nosotros: el misterio de la conciencia humana y el del corazón de Dios. No podemos penetrar la conciencia humana, ni medir exactamente su grado de buena fe o de culpabilidad. Tampoco podemos escrutar el corazón de Dios, ni medir exactamente la extensión de su justicia y su misericordia. Unicamente sabemos dos cosas: 1.ª Jesucristo murió por todos y quiere la salvación de todos; 2.ª aunque confió a su Iglesia los medios necesarios de salvación, que son la palabra y los sacramentos, no renunció al empleo de los medios extraordinarios de santificación por los cuales puede aumentar el número de sus justos y de sus elegidos. ¿Cómo Jesucristo

aplica los efectos de su redención a los que, de buena fe, están fuera de la Iglesia? Lo ignoramos. Nos basta saber que puede aplicarlos, y los aplica, en amplia medida.

¿Es esto verdad? ¿Es verdad que Dios puede salvar a los que de buena fe, están fuera de la Iglesia? Sí, es verdad. La simple razón y la enseñanza católica lo proclaman.

¿Qué dice la razón? Dice que los que, de buena fe, están en el error, no son responsables de su error, y que, por consiguiente, Dios carecería de equidad y de corazón si les hiciese pagar una falta que no cometieron, si les infligiese un castigo que no merecieron. ¿Qué dice también la razón? Dice que la revelación cristiana es una ley positiva, y que pertenece a la naturaleza de una ley no ser obligatoria más que cuando es pública y conocida; por consiguiente, los que, de buena fe, ignoran la revelación cristiana, no tendrán que responder de ella ante el tribunal del soberano juez. En su justicia y en su bondad. Dios no condena por una falta involuntaria.

Tal es la doctrina católica. Podría citaros sobre esto una multitud de textos procedentes de los Padres de la Iglesia, de los doctores más autorizados, de los teólogos, de los concilios. Escuchad tan sólo esta *Declaración de Pío IX*, al escribir, el 10 de Agosto de 1863, a sus Hermanos los obispos de Italia. Les dice: "Dios, que escruta las almas, que ve claramente y conoce los sentimientos, los pensamientos, las disposiciones de todos, no puede, en modo alguno tolerar, en su suprema bondad y clemencia, que sea castigado con las penas eternas el que no esté alejado de El por una falta voluntaria."

Ya lo veis, señores, cuando se nos representa el Dios de los cristianos precipitando en el infierno de fuego

a los babilonios, a los persas, a los griegos, a los romanos, a Sócrates, a Platón, a Aristóteles, a todos los que no nacieron en el seno de la Iglesia de Dios; cuando se acusa a la Iglesia católica de que condena al fuego eterno a todos los hombres que no viven bajo su magisterio, no se hace otra cosa que caer en lugares comunes, en declamaciones, en fruslerías que dan compasión; todo eso no son más que calumnias estúpidas y malvadas, que hacen enrojecer de indignación a todas las almas rectas. Para refutar semejantes infamias, acordaos, señores, de lo que acabo de deciros: Dios puede salvar a los que, de buena fe, están fuera de la Iglesia. Seguid ahora atentamente la exposición de mi segunda proposición.

II. No tenemos el derecho de condenar a los que, de buena fe, están fuera de la Iglesia.

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los paganos* que vivieron antes del nacimiento de Jesucristo y el establecimiento de la Iglesia. Algunos de estos paganos, muchos quizás, pudieron permanecer de buena fe en el paganismo y practicar seriamente la ley interior de su conciencia. En virtud de la penetración universal de los oráculos y de las viejas tradiciones del género humano, pudieron llegar, si no al claro conocimiento, por lo menos a la vaga noción de un libertador, y beneficiarse por anticipado del sacrificio que debía cumplirse más tarde sobre el Calvario. Todos los doctores católicos nos afirman que la salvación no les fué imposible.

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los infieles,* que se cuentan todavía por millones en la tierra, desde la venida de Jesucristo y la fundación de la Iglesia. Algunos de estos infieles, muchos quizás, pue-

den permanecer de buena fe en la infidelidad. Si obedecen a la ley de justicia y de rectitud impresa en la conciencia humana, en la medida en que la conozcan, están en el camino de la salvación. El príncipe de la teología, Santo Tomás, escribió: "Si un infiel, y aun un salvaje alimentado en la selva, sigue las inspiraciones de su razón y de su conciencia natural, Dios le revelerá, por una inspiración interior, lo que es necesario creer..."—"Si Dios no le envía un apóstol que lo bautice con agua—dice el P. Monsabré—le hará desear lo que sea necesario para quedar justificado, y lo bautizará El mismo en el Espíritu Santo." *La Iglesia* declara que, para que le pertenezca, es preciso recibir el bautismo, y si hay dificultad, tener por lo menos el deseo. Esta es la verdad. Pero puede desearse el bautismo sin conocerlo. Del mismo modo que Cristóbal Colón ardía en deseos de descubrir América, de la cual no tenía la menor noción; del mismo modo que los cristianos desean el cielo sin poder precisar lo que es, ni en donde está, así también el infiel, el salvaje, con su oración: "Gran Espíritu, quiero llegar a ti!", desea llegar a Dios, y anhela, por esto mismo, lo que es indispensable para alcanzar este fin: el bautismo. Esto basta. La salvación no le es imposible.

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los herejes y a los cismáticos* que están fuera de la Iglesia. Algunos de estos hombres, muchos quizás, pueden estar de buena fe en la herejía y en el cisma. Primeramente los niños de todas las comuniones serán salvos si mueren antes de haber ofendido a Dios, y si fueron bien bautizados. En cuanto a los adultos, aunque privados de la plenitud de la verdad cristiana, pueden adherirse a Jesucristo, santificarse por los sacramentos que el error conservó, y recibir de Dios las gracias merecidas por su rectitud y suficientes para asegurarles

su salvación. Pongamos, señores, toda nuestra atención en esto. Un protestante, un cismático no es condenado por el hecho de ser protestante o cismático. Si está de buena fe en su error, es decir, si está persuadido en el fondo de su conciencia que profesa la verdadera religión, y si, no le asalta sobre esto ninguna duda, podría muy bien salvarse. Basta para ello que esté debidamente bautizado y que haya obtenido el perdón de sus faltas por la contrición perfecta. Es cierto que tanto en Europa como en América hay buen número de protestantes que lo son de buena fe. Mons. de Cheverus, Obispo de Boston, refiere que encontró y convirtió dos ministros protestantes, muy sabios, y piadosos, los cuales, después de su vuelta a la Iglesia católica, le declararon que, antes de haberle conocido, jamás habían tenido duda alguna sobre la verdad de su religión. Acordémonos del gran principio que esclarece todo este asunto: Dios es justo y bueno, y puede salvar a los que, de buena fe, están fuera de la Iglesia. No tenemos el derecho de ser más severos que Él. Y aun iré más lejos, con peligro de asombraros con atrevimientos que son, ello no obstante, muy ortodoxos.

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los apóstatas y a los excomulgados.* No, no tenemos ese derecho. Pueden darse excomulgados que, a consecuencia de un error de hecho, fueron castigados injustamente, soportan con paciencia y nobleza su castigo y guardan en su corazón humillado el precioso tesoro de la gracia. En ciertos apóstatas, la fe de la cual renegaron puede despertarse en la hora suprema, apelar a Dios misericordioso y obtener una sentencia de perdón. Mientras que sus despojos execrados fueron enterrados sin honores ni oraciones, su alma, tocada por la gracia, puede comparecer ante Dios, arrepentida, reconciliada y salvada por un acto de perfecto

amor. La salvación no le es imposible. Cierto, señores, que el apóstata es generalmente un famoso criminal; abusa de las luces y de las gracias recibidas; añade a la impiedad la ingratitud, y con frecuencia a la ingratitud, la ferocidad y el odio salvaje. ¿Qué importa? La bondad de Dios supera infinitamente la maldad del hombre. No debemos desesperar de la conversión y de la salvación de nadie... ¿Qué me resta por decir?

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los incrédulos y a los librepensadores* que viven obstinadamente fuera de la Iglesia. Entre estos hombres, pueden encontrarse pobres descarriados víctimas de una mala educación y de los medios perversos en que vivieron, y retenidos en el error por obscuridades, cegueras, ignorancias, prejuicios y prevenciones involuntarias; pobres descarriados que tienen cierto deseo de conocer la verdad, que la buscan con cierta buena fe, y que a veces pueden encontrarla en el último instante. La conciencia humana es un abismo profundo; sólo Dios conoce todos sus secretos; sólo El discierne rectitudes que se ocultan a la investigación de la mirada humana. Y luego, ¿sabemos por ventura lo que pasa entre Dios y el hombre a la hora de la muerte? No lo sabemos; por consiguiente, en ello consiste mi última observación.

No tenemos el derecho de condenar en bloque *a los hombres que mueren sin los sacramentos* de la Iglesia, que no tuvieron tiempo de recibirlos, y aun que los rechazaron categóricamente. Ved la conducta de la Iglesia. Glorifica públicamente a sus santos, pero ¿la habéis oído pronunciar sobre cualquiera, aun sobre los más abominables impíos, una sentencia de condenación? Jamás. Eso pertenece al secreto de Dios, dice la Iglesia; y se calla sobre la suerte de los que evitan su acción santificadora. Imitemos, señores, esa prudente reserva, y vivamos prácticamente aquí bajo en la Iglesia cató-

lica instituída por Jesucristo, para vivir eternamente allá arriba en el seno de Dios.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

Yo me atengo a la Biblia y al Evangelio

SEÑORES:

Jesucristo, al abandonar la tierra, dejó tras de sí una Iglesia en la cual se sobrevive a sí mismo, y por medio de la cual conquista al género humano. Estamos obligados a pertenecer a esta Iglesia. Fuera de la Iglesia no hay salvación.

No todo el mundo es de esta opinión, y oigo que alguien dice: "No tengo necesidad de entrar en la Iglesia. Prescindo de ella, y me atengo a la Biblia y al Evangelio." Discutamos esta pretensión. ¿Os atenéis a la Biblia y al Evangelio? Estáis en un error. Os compadezco. ¿Es eso verdad?

I. Me atengo a la Biblia y al Evangelio. Estáis en un error.

¿Tenéis el derecho de desobedecer a Jesucristo, de hacer lo que os plazca, y no lo que El ordena, de po-

por vuestras preferencias por encima de las suyas? No, no tenéis ese derecho. Tenéis la obligación de seguir el camino que Jesucristo os imponga.

Ahora bien, ¿es que Jesucristo os permite ateneros a la Biblia y al Evangelio? No os lo permite. Al elevarse al cielo, es decir, después de haber dado necesariamente la última mano e impreso el sello de la perfección a su obra, el Evangelio no existía. Jesucristo no escribió una sola línea. Dijo a sus Apóstoles: "Predicad el Evangelio a toda criatura." No les dijo: "Redactad mi palabra; transcribidla y distribuid mis manuscritos a toda criatura." Y Jesucristo tuvo mucha razón en no fundar su obra en un libro. Para convencernos de ello, no tenemos más que ver lo que los protestantes hacen de la Biblia. De ella sacan múltiples y contradictorios sentidos. La Biblia es para ellos como un papa de papel que deja decir todo lo que se le hace decir, que no se defiende, que carece de vida y de palabra, de autoridad y de influencia. Estáis en un error en ateneros a la Biblia y al Evangelio. Jesucristo no os lo permite.

He aquí lo que os ordena. Fundó una Iglesia con un poder supremo, y os ordena pertenecer a esta Iglesia y someteros a ese poder supremo. En toda sociedad, para que los hombres estén unidos y se encaminen al mismo fin, se necesita una autoridad. En un ejército, si no hay autoridad, si todo el mundo manda, no se maniobrará jamás, no se llegará a ningún resultado. En una imprenta, hay cajistas, correctores, clisadores, etc. Si todos quieren ser cajistas, si uno quiere componer esto, otro aquello, no se llegará jamás a hacer un libro. Se impone una autoridad que asigne a cada cual su tarea. Fijaos tan sólo en una trilladora, en el campo: el uno lleva las gavillas, el otro extiende la paja, éste recoge el grano, cada cual está en su puesto. Hay una autoridad que une todas esas voluntades y hace mover todos

esos brazos. Pues esto es lo que hizo Jesucristo en su Iglesia. Quiere que todos los miembros estén en ella perfectamente unidos. Estableció un solo jefe, al cual todos están subordinados. Dijo a san Pedro: "Sobre ti edificaré mi Iglesia." Y después de su resurrección le dijo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." Ser pastor de un rebaño, es tener autoridad sobre este rebaño, es conducirlo, es gobernar las ovejas fieles y volver a llevar al redil las ovejas fugitivas... He ahí lo que hizo Jesucristo. No tenéis el derecho de prescindir y permanecer distanciados de la institución que os impuso obligatoriamente.

Por otra parte, de buen grado os permito ateneros a la Biblia y al Evangelio, con tal que toméis en serio este libro divino. Abridlo. ¿Qué os dice? Os muestra a la Iglesia establecida como una autoridad doctrinal y os ordena que la obedezcáis. "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.—Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.—Id y enseñad a todas las naciones.—Quien os escucha, a mí me escucha, quien os desprecia, a mí me desprecia." Sed sinceros, aceptad la Biblia toda entera, y seréis católicos, apostólicos, romanos. Pero no, pasáis sobre los textos que acabo de citaros, como se pasa sobre carbones encendidos, evitaréis su examen arrancando al libro divino ora una hoja, ora otra; no tenéis entre manos más que una Biblia truncada, una Biblia mutilada, una Biblia revisada, corregida y ordenada según vuestros caprichos. Estáis equivocados. Pero, desgraciadamente, antes merecéis la compasión que el castigo.

II. Me atengo a la Biblia y al Evangelio. Os compadezco.

Con la Biblia y el Evangelio en las manos, camináis

por el camino de la perdición, y vais directamente a la ruina de toda fe, de toda moral, de todo culto.

Sí, en primer lugar, a la ruina *de toda* creencia. Esto es fatal. Basta ver los protestantes. Ya se lo predijo Bossuet cuando, dirigiéndose al ministro Jurieu, le dijo: "Era evidente que los artículos de fe desfilarían unos en pos de otros; que los espíritus, una vez conmovidos y abandonados a sí mismos, no podrían ya asignarse límite alguno..." ¿Qué diría hoy al ver que los profesores de teología y los pastores mismos de la religión reformada recusan la autoridad de la Biblia y niegan la necesidad del bautismo? Cien años después de Bossuet, Juan Jacobo Rousseau comprobaba el mismo fenómeno de descomposición de creencias en los protestantes; y así, escribía: "Ya no saben lo que creen ni lo que quieren, ni lo que dicen. Si se les pregunta si Jesucristo es Dios, no se atreven a responder. No se sabe ni lo que creen, ni lo que no creen; ni siquiera se sabe lo que aparentan creer; su única manera de afirmar su fe consiste en atacar la de los otros." En efecto, el protestantismo, que se da aires de exaltar la Biblia, en realidad la desprecia. Rechazan de ella libros enteros; tortura sus textos y los interpreta a la ligera. Los protestantes avanzados no creen ya en la inspiración de la Biblia... ¿Qué digo? Ni siquiera creen en su autenticidad. En vez de reconocerle una autoridad divina, ni tan sólo le reconocen una autoridad humana, ya que no ven en ella más que una serie de fábulas, de leyendas, de mitos. No solamente no llegan con la Biblia a la verdadera fe, sino que llegan a la contradicción más absoluta. Los unos admiten la divinidad de Jesucristo, los otros la niegan. El principio del libre examen, es decir, el poder y la obligación para el hombre de crearse con la lectura de la Biblia su creencia propia, es un principio disolvente que conduce

en absoluto al racionalismo y al escepticismo. ¿Os atenéis a la Biblia y al Evangelio? Os compadezco. Con la Biblia y el Evangelio en la mano, estáis en el camino de la perdición, vais directamente a la ruina de toda fe cristiana.

Y aun a la ruina *de toda moral.* ¿Qué es la Biblia? Puede compararse a un testamento obscuro y equívoco en algunas partes, sobre el cual discuten herederos interesados. ¿Quién obtendrá la herencia? ¿A quién le tocará el millón? Nada de jueces; tan sólo el pergamino. La Biblia es un testamento de sentido difícil que contiene treinta y seis mil versículos. No es la Biblia la que enseña mal; es el hombre quien, al leerla con los ojos de sus pasiones, puede descubrir en ella, no lo que está en ella, sino lo que se desea ver en ella. La Biblia puede también compararse a un código de leyes morales y religiosas. Ahora bien, ¡qué linda sociedad se formaría en nuestra patria si cada ciudadano interpretase el Código civil a su capricho! Si los jueces dijesen a los pleiteantes: "He ahí el libro de las leyes; no estáis obligados a seguir la opinión de nadie; arreglaos." ¿Quién es el torpe que se consideraría culpable? De hecho, la Biblia, abandonada a la interpretación individual, ¡cuántas monstruosidades ha engendrado! Una colección de pastores, presidida por Lutero, permitió al landgrave de Hesse tener dos o varias esposas; la prohibición contraria—insinúa la larga pieza oficial—"no estaba clara en la Biblia." Lutero, en nombre de la Biblia, predicó el divorcio. Los mormones corrompidos se apoyan en la Biblia. Con la Biblia en la mano, y según la expresión divina: "Obligados a entrar por el buen camino", los jefes de fracción desencadenaron las guerras religiosas. Con la Biblia mal comprendida pueden excusarse todos los crímenes. El Evangelio—diréis—es claro, es uniforme, es inmutable. Desgra-

ciadamente no es así. La moral evangélica es una letra muerta, si no hay una autoridad infalible que la explique. La moral evangélica se contradice fácilmente, si no hay una autoridad infalible que explique su sentido. La moral evangélica cambia a merced del tiempo y de las pasiones, a merced de la herejía y de la licencia, si no hay una autoridad infalible que la guarde. Si os atenéis a la Biblia y al Evangelio, os compadezco: estáis en el camino de la perdición, vais directamente a la ruina de toda fe y de toda moral.

Finalmente, a la ruina *de todo culto*. Mirad; por lo mismo que el protestantismo ha reducido el cristianismo práctico a la lectura de la Biblia hecha por cada uno en particular, en el lugar que bien le plazca, destruye toda razón de un culto exterior y público. El templo protestante está vacío, desnudo, frío, helado; nada dice a la inteligencia, ni a la imaginación, ni al corazón. En él, nada de altares, ya que en él no hay sacrificio ni sacrificador; en él, nada de vidrieras, ni de estatuas, ni de cuadros, ni de banderas; en él, nada de ceremonias ni de fiestas celebradas en honor de Jesús, de María, de los ángeles, de los santos. Es la monotonía del desierto, la tristeza de la tumba, el hielo del invierno, el frío de la muerte. ¿Os atenéis a la Biblia y al Evangelio? Estáis en un error; os compadezco. Tengo que deciros todavía algunas palabras, o mejor dicho, que haceros una pregunta.

III. Me atengo a la Biblia y al Evangelio. ¿Es esto verdad?

No, no lo es. No es posible que sea verdad. La Biblia es un libro que trata las cuestiones más elevadas, que está escrito en una lengua muerta muy antigua, en el cual los sabios encuentran profundas obscuridades.

La Biblia es un libro que, más que todos los demás libros, es incapaz de interpretarse por sí mismo, de defenderse, de decir al que altere su sentido: No me entendéis; he aquí lo que significo. La Biblia tiene en absoluta necesidad de un intérprete fiel que dé a conocer el pensamiento del escritor sagrado. Así, ¿qué es lo que vemos?

¿Es que desde el origen abandonó el protestantismo la Biblia a la interpretación del *sentido privado?* Sí y no. Sí, en principio, no en realidad. Apenas Lutero hubo proclamado contra Roma el dogma del libre examen, cuando cada lector buscó y halló en la Biblia, no las ideas contenidas en ella, sino una autoridad en pro de sus ideas preconcebidas, de sus pasiones, de sus intereses. Y al punto, en presencia de este desbordamiento de interpretaciones erróneas, contradictorias y monstruosas,

Los fundadores de la religión reformada sustituyeron su infalibilidad personal a la infalibilidad de la Iglesia católica. Jamás papas ni concilios emplearon el tono decisivo de Calvino, de Lutero, de Enrique VIII, de Isabel y de sus sucesores. Lutero quería conservar la misa; algunos partidarios proponían el examen del asunto; Lutero les escribió: "Si continuáis vuestras deliberaciones, me desdiré de todo lo que llevo escrito, y os dejaré plantados; tenedlo por dicho." A otros, que pedían explicaciones, contestóles: "Yo, Martín Lutero, lo quiero; mi voluntad os sirva de razón." ¿Quién más déspota que Calvino en Ginebra? Se desembarazaron de papas y concilios, pero los sustituyeron por magistrados civiles, por reyes o príncipes, y en Inglaterra por la reina unida al Parlamento. Tales son las autoridades puramente humanas que deciden en última instancia las cuestiones de conciencia, las cuestiones bíblicas y escriturarias.

En Inglaterra, la religión recae por herencia en una hembra, y la reina representa el ridículo papel de jefe supremo de la religión y representante de Jesucristo. Jamás se había visto cosa semejante ni en los árabes, ni en los indos, ni en los chinos. Se tenía la pretensión de volver al cristianismo primitivo, de sacudir la autoridad del papa, de atenerse a la Biblia y al Evangelio, y se postraban a los pies de una papisa, a la que se hacían las más profundas reverencias. Tanta verdad es que, al repudiar la obra de Jesucristo, vese uno fatalmente conducido a los extremos menos razonables.

¿Atenerse a la Biblia y al Evangelio? No, no es posible. Se impone una autoridad cualquiera para explicar, para interpretar, para imponer la Biblia y el Evangelio. Desde que ya no quieren relación alguna con el papa de Roma, hay que sostenerla con un heresiarca que se llama Lutero, o Calvino, o Zwinglio, o Melanchton, o un rey que se llama Enrique VIII, o una reina que se llama Isabel. Desde que ya no quieren referirse a los concilios de la Iglesia romana, se refieren a sínodos protestantes o cismáticos, desprovistos de infalibilidad, y contradiciéndose mutuamente. Desde que ya no quieren remitirse a los sacerdotes, a los curas legítimamente enviados por los obispos, se remiten a los pastores de la Iglesia reformada. Pero esto ya no es protestantismo, sino catolicismo, porque la Iglesia romana dice precisamente: "Creed en la Biblia como yo os la explico", y porque, a causa de esta pretensión, los primeros protestantes abandonaron a la Iglesia romana. "Queremos—dice su protestación a Luis XIII—que el pueblo mismo busque la vía de la salvación en vez de remitirse a otro..." Me atengo a la Biblia y al Evangelio. ¿Es esto verdad? No, no lo es.

No es verdad para los protestantes, ni tampoco para

los malos católicos, que pretenden prescindir del ministerio del papa, de los obispos y de los sacerdotes. Se libertan de la autoridad docente instituída por Jesucristo. Se libertan de la Biblia y del Evangelio que no leen jamás, y se constituyen en esclavos voluntarios... ¿de quién y de qué? Del primer periódico que salta al paso, sin literatura, ni pudor, ni sinceridad; del primer sofista que se burla lo mismo de la verdad que de sus oyentes; de la primera secta que se presenta, y reúne en sus tenebrosas logias los espíritus desorientados y descarriados. No, no nos es posible atenernos a la Biblia y al Evangelio. Necesitamos algo más y mejor. Necesitamos la Iglesia instituída por Jesucristo para conservar la Biblia y el Evangelio y guiar al hombre por la vía de la verdad y el bien, por la vía de la salvación eterna.

El gran san Agustín decía con suma elevación a los herejes del siglo IV, que le oponían textos mal comprendidos de la Escritura: "No creería en el Evangelio sin la autorización de la Iglesia católica que me lo explica y me lo impone." ¡Ah qué hermosas y juiciosas palabras! Con la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia, uno no puede hacer otra cosa que extraviarse en los sueños más faltos de consistencia, en las más locas fantasias, en los sistemas más ridículos. No hay más que una verdadera religión fundada por Jesucristo: la Iglesia católica, el catolicismo romano.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

El catolicismo y el protestantismo son iguales

SEÑORES:

Jesucristo fundó una Iglesia, y una Iglesia obligatoria so pena de condenación, ¿Cuál es esta Iglesia? ¿Es el catolicismo o el protestantismo? Algunos dicen: "Católico o protestante, es casi lo mismo. El catolicismo y el protestantismo no son dos religiones equivalentes, idénticas, igualmente divinas. Hay entre las dos diferencias fundamentales de constitución, de creencia y de origen, sobre las cuales solicito hoy vuestra atención. El catolicismo es divino; el protestantismo no lo es: tal será la conclusión de nuestra conferencia.

I. Entre el catolicismo y el protestantismo, hay una diferencia fundamental de constitución.

¿Sobre qué se apoya el catolicismo? *Sobre el principio de autoridad.* Nosotros los católicos tenemos jefes

que miramos como divinamente instituídos. Los fieles obedecen a sus pastores, los pastores a sus obispos y todos juntos esperan el movimiento y reciben el impulso del mismo centro que es el papa, padre común de la familia cristiana, cabeza respetada de la sociedad católica. Tenemos jefes, y por cuanto los tenemos, tenemos la unidad de creencia y la unidad de culto. Sabios e ignorantes, genios potentes y espíritus sencillos, ancianos y niños, sacerdotes y seglares, tenemos la misma fe, menos conocida por éstos, mejor comprendida por aquéllos, pero igualmente creída y venerada por todos. Cantamos el mismo símbolo, recitamos el mismo decálogo, recibimos los mismos sacramentos. Nuestra religión es esencialmente una, por cuanto está fundada en el principio de autoridad. En los protestantes, es muy diferente.

¿Sobre qué se apoya el protestantismo?

Sobre el principio del libre examen. Lo que hace el protestantismo es esto: con la Biblia en la mano, cada cual debe crearse por sí mismo su fe en Cristo Redentor. Lutero se atrevió a decir: "Yo Martín Lutero, doctor de Wittenberg, y simple monje, sé más yo solo que todos los papas, que todos los obispos, que todos los doctores, que toda la tradición." Lo que dijo Lutero, lo repiten los discípulos. En efecto, no hay en ellos ningún poder único y supremo al cual todos estén sometidos. Los protestantes de Francia no obedecen al mismo jefe, ni constituyen una misma sociedad con los de Alemania, ni los de Alemania con los de Suiza, ni los suizos con los anglicanos, ni los anglicanos con los americanos. Los de un mismo país se dividen en sectas múltiples, que se gobiernan según su capricho, o reciben una organización cualquiera por parte del Estado. Los protestantes no tienen jefes, y, por cuanto no tienen jefes, carecen de la unidad de creencia y de

la unidad de culto. Cada uno cree lo que quiere, y adora a Dios a su manera. La religión protestante es esencialmente anárquica y diluída, porque se funda en el principio del libre examen.

Ya veis la diferencia de constitución entre el catolicismo y el protestantismo. Nosotros los católicos respetamos y amamos la Biblia tanto como los protestantes; pero tenemos algo más y mejor que la Biblia: el principio de autoridad, y jefes que guardan la Biblia, que nos la explican cómo debe ser comprendida, que nos garantizan de todo peligro de error y de división. Los protestantes no tienen más que la Biblia con el principio del libre examen. El sacerdote católico representa una sociedad y un poder doctrinal infalible; el ministro protestante representa un título, una opinión personal discutible. Los protestante no tienen más que la Biblia, que cada cual interpreta libremente, por lo que no puede ser el principio de su unidad, por cuanto es la causa de sus divisiones. De un lado el orden y la jerarquía; de otro el caos y la dispersión. Entre el catolicismo y el protestantismo la disparidad de constitución es radical. Esto no es más que el principio; ved la continuación.

II. Entre el catolicismo y el protestantismo, hay una diferencia fundamental de creencia.

El principio del libre examen debía conducir a los protestantes a la completa disolución de la fe cristiana. Esto es lo que sucedió.

Nosotros los católicos creemos en la *confesión* auricular, esta divina institución de la que dijo el mismo Voltaire que "es el medio más seguro de virtud que los hombres pueden practicar." Los protestantes la rechazan; la han sustituído por la confesión hecha a

Dios, confesión que a nada compromete, ni remedia nada.

Nosotros los católicos creemos en la *presencia real* de Jesucristo en la Eucaristía, en el altar en donde se inmola, en el tabernáculo en donde reside, en la sagrada mesa en donde se da. ¿Está Jesucristo en la hostia? Sí, decía Lutero. No, decía Calvino. ¡Valiente broma! dicen los protestantes de hoy en día. A la presencia real han sustituído un símbolo vacío, un pan común y profano, que no difiere en nada del pan ordinario, y pueden comer los pecadores sin sacrilegio.

Nosotros los católicos creemos en la *extremaución*, que acaba de purificar al enfermo y le procura una santa muerte. Los protestantes han suprimido la extremaunción.

Nosotros los católicos creemos en la unidad, en la indisolubilidad, en la santidad del *matrimonio*, y rechazamos enérgicamente el divorcio o el matrimonio puramente civil. Todo el mundo sabe que Lutero negó el matrimonio como sacramento, y que las licencias conyugales de Enrique VIII y del landgrave de Hesse fueron autorizadas por los fundadores de la Reforma.

Nosotros los católicos creemos en la virginidad, en el *celibato*, que hace del sacerdote, del religioso y de la religiosa seres entregados a Dios y exclusivamente consagrados a los intereses generales del hombre. Los protestantes han abolido el celibato. No tienen religiosas. Tienen obispos casados y ministros padres de familia.

Nosotros los católicos creemos en la eficacia de los *ayunos* y de las *abstinencias* para hacernos expiar las faltas cometidas y preservarnos de los pecados futuros, para domar el cuerpo y dar al alma un vuelo más libre hacia la verdad y el bien. Los ayunos y las abstinencias son desconocidos en el protestantismo.

Nosotros los católicos creemos en el *purgatorio* y consolamos con oraciones y buenas obras a nuestros muertos. A los ojos de los protestantes, no hay término medio entre el cielo y el infierno, y la oración por los muertos es una superfetación y una superstición.

Nosotros los católicos creemos en la *Virgen María,* y, con el Evangelio, la proclamamos Madre de Dios y Madre nuestra. Creemos en el culto de los santos, intercesores y modelos nuestros. Los protestantes rechazan igualmente el culto de la Virgen y el culto de los santos.

Nosotros los católicos creemos en la utilidad de una *religión externa,* en la cual figuran el crucifijo, el signo de la cruz, las imágenes, las reliquias, el altar del sacrificio. Los protestantes suprimen todo esto, para volver, según ellos dicen, al cristianismo primitivo. A pretexto de depurar el cristianismo, lo vacían de toda su substancia y lo reducen a la nada. Fijaos en esto.

Nosotros los católicos creemos en *Jesucristo,* verdadero Dios y verdadero hombre, redentor de las almas. La divinidad de Jesucristo constituye el fondo de nuestra creencia. Toda nuestra fe, todas nuestras esperanzas, todas nuestras prácticas se refieren a este dogma esencial e intangible. Los protestantes ni siquiera se entienden sobre la divinidad de Jesucristo. Y ya en su sínodo celebrado en 1845, en Kœthem, en Prusia, el pastor Hains podía decir, sin ser contradicho por la asamblea: "Yo me encargo de escribir en la uña del pulgar lo que queda entre nosotros de las doctrinas cristianas."

Una dama católica, viajando un día con dos ministros protestantes, que elogiaban la supuesta reforma de Lutero, contentóse con decirles, sonriendo: "Hay que

confesar, señores, que han hecho ustedes una reforma admirable. Han suprimido ustedes la cuaresma, la misa, la confesión, el purgatorio. Supriman el infierno y seré de los vuestros." He ahí la verdad. El protestantismo es especialmente negativo. Protesta, suprime, se niega a creer, niega obstinadamente. El protestantismo es al catolicismo lo que el no es al sí, y esto en todos los puntos más decisivos de la religión. Una nota final nos mostrará la superioridad y divinidad del catolicismo.

III. Entre el catolicismo y el protestantismo, hay una diferencia fundamental de origen.

El catolicismo viene de Dios. El protestantismo viene del hombre.

1.° *El catolicismo viene de Dios.* Cuando un hombre oye el domingo la palabra de su párroco, puede hacerse el siguiente razonamiento: Lo que oigo es la palabra de Dios. Estoy cierto de ello, porque ese sacerdote ha sido enviado por su obispo; su obispo ha sido enviado por el papa; el papa ha sido enviado por Jesucristo, que es Dios. La doctrina que se me predica llega a mí por línea recta de los Apóstoles, de Jesucristo, de Dios mismo. En efecto, no existe un solo sacerdote que no esté unido con un obispo, ni un obispo del cual no podemos hacer la genealogía. Tomad la historia de la Iglesia de Orleáns; del obispo actual, podemos remontarnos a san Altino, y por san Altino tocamos en san Pedro. De Pío X, que ocupa el número doscientos sesenta y cuatro en la dinastía de los papas, hasta san Pedro, la cadena no se ha roto y se conocen todos sus anillos. No es más difícil comprobar que Pío X es

sucesor de san Pedro, que Luis XVI de Clodoveo. Un niño ve esto a la primera ojeada. Como doctrina y como autoridad, el catolicismo procede de Dios.

2.° *El protestantismo procede del hombre.* Tiene por inventores a Lutero, monje apóstata; a Calvino, otro apóstata; a Enrique VIII, rey de Inglaterra, célebre por sus perversas costumbres. todos ellos hombres, y hombres no recomendables.

Lutero, Calvino, Enrique VIII se presentan ante mí, y les pregunto: "¿Quién os envió? ¿Los Apóstoles, Jesucristo, Dios? No."—"Al principio estaba solo"—dice Lutero.—"Al empezar, habíamos roto con el mundo entero—dice Calvino.—¡Atrás! Lutero, Calvino, Enrique VIII son hijos perdidos; no tienen padres de los cuales recibieran la herencia apostólica. Tan sólo datan de ayer, porque no datan más que de ellos mismos. Por eso un saboyano, del cual se habla en la vida de San Francisco de Sales, pudo decir victoriosamente a un ministro protestante: "Vuestro protestantismo dista mucho de ser apostólico; es menos viejo que nuestros quesos." El protestantismo no procede de los Apóstoles, ni de Jesucristo, ni de Dios. Es de fecha reciente.

Sus templos son prueba de ello. Visitad los templos protestantes de Prusia, Suecia, Suiza y otros, casi todos robados a los católicos, y, por consiguiente, mucho más antiguos que el protestantismo, y os preguntaréis cómo un protestante puede creerse en la verdad entrando en esas basílicas... cuyas vidrieras, estatuas, losas, inscripciones, etc., atestiguan la antigüedad apostólica de la religión protestante.

Se dice a veces que no hay que abandonar *la religión de los padres,* y que, por consiguiente, un protestante

no debe hacerse católico. Escuchad. Un protestante que se haga católico, vuelve precisamente a la religión de sus padres, de sus abuelos. Ciertos señores protestantes preguntáronle a un embajador de Francia en Inglaterra, que acababa de salir de una enfermedad mortal, si no se hubiera angustiado de verse morir y ser enterrado entre protestantes. "No—respondió;—solamente hubiera ordenado abrir una fosa algo más profunda y me hubiera hallado entre los católicos." El protestantismo no es apostólico; procede del hombre, es reciente. Esto constituye su debilidad, su pecado original.

Y con esto termino. No es posible decir seriamente que católico o protestante es casi lo mismo, que el catolicismo y el protestantismo se sustituyen mutuamente. Entre ambos media una diferencia fundamental *de constitución* (el uno se apoya en el principio de autoridad, y el otro en el principio del libre examen); *de creencia* (el uno dice sí, y el otro dice no); *de origen* (el uno procede de Dios y el otro procede del hombre). El catolicismo es un edificio completo, que ha conservado toda su integridad y toda su grandeza primitiva; el protestantismo es un edificio ruinoso y trepidante, que sólo conserva de la religión cristiana algunas verdades esparcidas, deformadas y mutiladas. Entre ambos, la elección no es difícil. La verdad y, por consiguiente, la salvación están en el catolicismo. Nosotros somos católicos... Dios sea por ello bendito y háganos la gracia de que cada día seamos católicos más convencidos, orgullosos de nuestra religión, ardientes en defenderla y propagarla.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

El protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo

SEÑORES:

Habréis oído decir: "Católico o protestante es casi lo mismo. Catolicismo o protestantismo se sustituyen mutuamente." Os he demostrado que esto es falso. Algunos van más allá, y dicen: "El protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo." Vais a convenceros de lo contrario estudiando sucesivamente los fundadores, los discípulos y los resultados del protestantismo.

I. Los fundadores del protestantismo.

Leamos los historiadores alemanes y protestantes, las cartas mismas de Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII, y veremos si son o no mesías y si el protestantismo es mejor que el catolicismo. El protestantismo,

que cuenta con tantos hombres honrados y de buena fe, nació de la iniciativa de hombres viciosos. La historia lo confirma.

¿Quién fué Lutero? Un orgulloso, un celoso, un rebelde. Se ha dicho con razón que, si hubiera obtenido el capelo, probablemente no existiría el protestantismo. Lutero quería, por cualquier medio, que se hablara de él. Fué un hipócrita. En ocho días se somete al Papa como Vicario de Jesucristo, y luego le llama Anticristo y quema públicamente su bula. Fué un impúdico, un sacrílego. Fraile consagrado a Dios, acabó por convertirse en apóstata y colgar su hábito religioso. Hizo que Catalina Bora abandonase el claustro, para convertirla en compañera suya. Fué blasfemo. Negó la libertad del hombre e hizo a Dios autor de todos los pecados. Fué corruptor de la santa moral cristiana. Desde lo alto del púlpito enseñó el adulterio en términos escandalosos, y declaró, en una consulta dogmática, que el landgrave de Hesse podía tener dos mujeres. Fué grosero y vil personaje. Sus cuchufletas de sobremesa, recogidas por sus ciegos admiradores, forman un libro inmundo. Tal es el principal fautor del protestantismo. Durante toda su vida fué el apóstol desvergonzado de la impiedad y del desorden.

¿Quién fué Calvino? Fué ciertamente menos violento y menos impuro que Lutero, pero quizás más repugnante, antipático y detestable que el fraile de Witemberg. Intelectual vanidoso y pagado de sí mismo, profana y tortura las Sagradas Letras para sacar de ellas sentidos impíos y achacar a Dios crímenes horribles. Orador y escritor de dos caras, exalta a Lutero como a un profeta, y le acusa de error. Teólogo intolerante, friamente perverso, hace quemar vivo a uno de los suyos, Miguel Servet, porque no estaba de

acuerdo con él, sobre la Trinidad. La menor oposición que se le hiciera, era considerada por él como un crimen digno de la hoguera.

¿Quién fué, finalmente, Enrique VIII? Su ferocidad no respetó la vida de ningún hombre, ni su lubricidad, el honor de ninguna mujer. Su vida merece ser escrita con lodo. Se rebeló contra el Papa, y rompió el lazo sagrado de la unidad porque la Iglesia condenó el divorcio adúltero. Repudió a su legítima mujer y se desposó con Ana Boleyn. No se satisfizo con esto, sino que, después de constituirse en jefe supremo de la religión, casóse sucesivamente con cinco mujeres. Para enviudar según su capricho, hizo morir a tres de ellas en el cadalso. Fué un verdadero monstruo de desórdenes y crueldades, el más desordenado y cruel de los reyes de Inglaterra, por confesión de los mismos historiadores ingleses.

He ahí los fundadores del protestantismo inglés, alemán y francés.

Hoy, gracias a Dios, hay numerosos pastores y protestantes virtuosos... pero ¡qué tristes padres tuvo su culto! Dios puede permitir que su Iglesia tenga a veces malos partidarios y malos pontífices, consecuencia inevitable de la libertad humana, prevista por Jesucristo, que dijo: "Siempre habrá escándalos;" pero con seguridad que, para purificar y reformar la tierra, santificar los pueblos, establecer nuevas leyes, no elige apóstatas sin dignidad, seres envilecidos y despreciables, pues, como dice el poeta, "la gloria no se encuentra donde la virtud no existe."

Ahora, frente a los fundadores del protestantismo, pongamos los fundadores del catolicismo, los apóstoles, todos los cuales fueron héroes y santos. Comparando los orígenes, la cuna de las dos religiones, ¿quién

se atrevería a decir formalmente que la religión protestante es mejor que la católica? Pero continuemos la comparación, y estudiemos, en segundo lugar,

II. Los discípulos del protestantismo.

En toda religión, hay los *primeros discípulos*, los cuales se consideran naturalmente como modelos, porque los suponemos llenos del espíritu particular de la religión que abrazaron. Ahora bien, ¿cuáles fueron los primeros discípulos de la Reforma. Escuchemos a Calvino: "De cien evangelistas, ¿se encontraría uno solo que se hubiera hecho evangelista por otro motivo que para verse menos molestado en sus pasiones?" Esto es exagerado... porque algunas inteligencias distinguidas, Melanchton entre otros, arrastrados de buena fe a la Reforma naciente, mostraron ciencia, gran espíritu de conciliación y una vida virtuosa. Pero podemos decir con toda verdad que la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los primeros discípulos del protestantismo fueron hombres corrompidos y ambiciosos. El que se sentía dominado por las pasiones y no quería combatirlas, aplaudía con delirio una religión que les daba libre curso. Para sostener lo contrario, sería preciso aniquilar la historia. Los católicos pueden apelar a ella sin temor por la vida de los primeros cristianos; los protestantes no pueden hacerlo sin avergonzarse de sus antepasados. Si la Reforma fué aplaudida por los malos, ¿no es una prueba de que es mala? Si hubiese sido buena, ¿la hubieran aclamado sus adeptos?

En general, *¿por qué se hacen protestantes?* ¿Por motivos plausibles? No. Hace ya mucho tiempo que san Jerónimo dijo hablando de los desertores: "Son ovejas sarnosas que se apartan del rebaño para ser de-

voradas por los lobos." Difícilmente hallaríamos un hombre, evidentemente sincero y convencido, que se convirtiera al protestantismo para perfeccionarse y hacerse más religioso. Tan sólo los desechos del catolicismo se pasan al protestantismo. Un célebre protestante dijo: "Me alegraría muchísimo de que el Papa no arrojase las malas yerbas de su jardín al nuestro." Lo peor que podemos imaginar en el catolicismo es un mal sacerdote. Pues bien, siempre que un desgraciado de esta especie se va con los protestantes éstos lo reciben con los brazos abiertos. Hace muchos años que vemos reproducirse este ejemplo. Ya en los orígenes de la Reforma, decía Erasmo: "Mostradme un solo hombre a quien el nuevo Evangelio haya hecho más sobrio y más casto, y os mostraré cien a los cuales ha hecho peores." El mismo Lutero se lamentaba de que sus partidarios fueran más avaros, más voluptuosos, menos caritativos de lo que habían sido en el catolicismo. ¡Qué confesión en la boca del supuesto reformador! ¡Y para producir tan decantada reforma trastornó, ensangrentó al mundo y desoló el santuario!... Otra observación importantísima. Muchos protestantes se convierten al catolicismo a la hora de la muerte, pero jamás un católico se hace protestante en tan supremos momentos en que la verdad escueta se revela al alma humana. Esta observación basta para darnos a entender la superioridad y divinidad del catolicismo.

¿Quiero decir con esto *que los discípulos del protestantismo carecen de virtudes?* En manera alguna. Semejante aserto sería en absoluto injusto y falso. El protestantismo, largo tiempo penetrado de la savia católica, conserva todavía en algunos de sus miembros virtudes cristianas que es imposible negar; pero el conjunto de su vida religiosa no supera el nivel de una moral

vulgar; la virtud de los más estimables protestantes no rebasa los límites de la simple honradez natural que predica cada domingo, dice M. de Maistre, "un hombre vestido de negro, que sube al púlpito para exponer en él propósitos honrados." La fuente de las grandes virtudes y de las grandes obras se seca en el seno del protestantismo. En él no hay apóstoles, ni mártires, ni hermanas de la caridad. En él no existen las virtudes heroicas. El soberbio principio del libre examen, al libertar a las almas de una tutela indispensable, ahogó hasta el último germen de una virtud enternecedora, en la cual se apoya todo el edificio de la perfección cristiana; la humildad y la abolición de los votos religiosos, al suprimir el estado público de la virginidad, destruyó la práctica y las gloriosas provocaciones del espíritu de sacrificio. No, el protestantismo no es una religión mejor que el catolicismo; es una religión empequeñecida, truncada, mutilada, inferior. Acabaremos de convencernos de ello examinando

III. Los resultados del protestantismo.

Fueron deplorables. El mundo nada ganó con él, sino que con él perdió muchísimo.

El mundo perdió muchísimo con la invasión del protestantismo. Perdió la integridad de la fe, de la moral y del culto. Perdió la santa presencia de Jesucristo en el sacramento de su amor, el tribunal de la misericordia y del perdón, el amor y la invocación de la Santísima Virgen María, la invocación de los santos, nuestros hermanos primogénitos y nuestros modelos, la oración por los muertos. Las diaconisas protestantes no son más que pálidas copias de nuestras hermanas de la caridad. Los ministros protestantes pre-

dican sin misión. Los misioneros protestantes son mercaderes de la Biblia. Las mejores almas del protestantismo tienen el sentimiento de la impotencia y de la vanidad de su religión. El doctor protestante Naville escribía: "¡Quién no ha vuelto sus ojos llenos de envidia al tribunal de la confesión, y deseado oír una lengua que la diga con el poder de Jesucristo: Vete en paz; tus pecados quedan perdonados?" Sí, el protestantismo rechazó todo lo que de más saludable, eficaz y excelente hay en el catolicismo... Su influencia ha sido desastrosa; puede decirse que fué para Europa el peor de los males. Por el espíritu de rebelión que sopló en todas partes, abrió el abismo de las revoluciones. Difundió por el mundo un fermento de discordias que, después de dividir la Europa católica, no cesó de actuar durante tres siglos y de llevar la perturbación a la sociedad. Lutero, Calvino, Enrique VIII fueron verdaderas llagas para el género humano. También Melanchton, afligido por el espectáculo que contemplaban sus ojos, decía ya en su tiempo: "El Elba con toda su corriente no proporcionaría lágrimas suficientes para llorar las calamidades engendradas por la Reforma." El mundo perdió muchísimo con la invasión del protestantismo.

¿Ganó algo? Se dice que el protestantismo emancipó al espíritu humano. Verdad es. Emancipó el espíritu humano de la autoridad y de la verdad católica. ¡Valiente avance! La autoridad católica es una autoridad tutelar, preservadora, que es al espíritu humano lo que las riberas a los ríos. ¿Es un beneficio emanciparse de semejante autoridad? ¿No es más bien una pérdida? Ved lo que ocurrió. Emancipado de la autoridad católica, el espíritu humano apresuróse a rechazar las verdades cristianas y aun las verdades más primitivas.

Hizo tabla rasa, para no admitir más que el yo despojado, desnudo, vacío; luego, sobre esta tabla rasa, sobre este yo, intentó, aunque en vano, reconstruir el edificio de las creencias; pero nada pudo reconstruir. Fracasó en la impotencia y en el escepticismo más absoluto. ¿Es lícito aplaudir semejante resultado? Se dice que el protestantismo trajo la libertad al mundo. Esto es falso. ¿Trajo la libertad religiosa? No. En todas partes se mostró opresor, violento, sanguinario; se apoderó de las iglesias católicas, arrasó los conventos, insultó nuestras antiguas creencias. El protestantismo quiso la libertad religiosa para los suyos, pero no la quiso para los demás. Testigo de ello la legislación de Inglaterra contra los irlandeses, legislación tomada de los emperadores perseguidores. ¿Trajo la libertad civil y política? Tampoco. En los Estados protestantes, los reyes, como dueños de la religión y de las conciencias, oprimieron con todo su poder a los pueblos, sin que éstos pudieran apelar a un tribunal más elevado. De que los protestantes proclamen que dieron la libertad al mundo, no hay que concluir que realmente la dieron; por lo contrario, la historia demuestra que se atribuyen lo que se hizo sin ellos. Y si hay algunas naciones protestantes que practican mejor que nosotros la libertad religiosa y la libertad civil y política, se debe a motivos diferentes de los religiosos; y si nosotros los católicos nos vemos oprimidos, por lo menos no somos enemigos de la libertad, ya que la reclamamos para los demás con tanto ardor como para nosotros mismos. No, el mundo nada ganó con la invasión protestante sino que con ella perdió muchísimo.

Concluyo con la frase graciosa de un soldado católico, a quien un ministro protestante ofrecía opúsculos de su secta. "¿Qué hay en estos libritos?—pregúntole.

—En ellos se enseña la religión, la nuestra, la verdadera.—¿Cuál es vuestra religión?—La religión reformada.—En ese caso vuestra religión no es buena.—¿Por qué?—Porque cuando un militar es reformado, quiere decirse con ello que no es bueno para el servicio. Guardad vuestros libritos; nada quiero saber de una religión que, habiendo pasado por el consejo de revisión, ha sido reformada."

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

El protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo *(Conclusión)*

SEÑORES:

No es raro oir afirmar que el protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo. Esto es falso. He aquí la verdad. El protestantismo es una religión más cómoda que el catolicismo. Esta es la verdad. La religión protestante es más cómoda que la católica. En esto consiste precisamente la inferioridad del protestantismo. Quisiera esta mañana daros la prueba de ello. El asunto es interesante e instructivo.

I. Remontémonos a los orígenes del protestantismo.

¿Por qué la religión protestante nació espontáneamente? ¿Por qué triunfó al punto? ¿Por qué la abrazó súbitamente Europa? Porque era más cómoda que la religión católica. Es este un hecho histórico que no es posible negar.

El protestantismo se arraigó *haciendo un llamamiento a todas pasiones*. Hizo un llamamiento al orgullo, concediendo a cada uno el derecho de adorar todo lo que pensaba, como dice Bossuet. Hizo un llamamiento a la codicia arrojando como una presa a sus sectarios los bienes y tesoros de la Iglesia. Hizo un llamamiento a la lujuria declamando contra la continencia y autorizando el divorcio y la poligamia. Hizo un llamamiento a la envidia excitando a los campesinos contra los nobles, y a los pequeños vasallos contra los grandes señores. El protestantismo no puede vanagloriarse ni honrarse con su rápida propagación, sino avergonzarse de ella... porque, para triunfar, dirigióse a las más viles pasiones, a los instintos más groseros, a la parte baja del alma humana. ¿Invento acaso? No. Refiero.

Ved a *Lutero*. ¿Qué fué este hombre? ¿Fué un verdadero reformador que quiso seriamente mejorar a su tiempo y a su país? No. Fué un rebelde que quiso gozar de la vida y concedió licencias a todos sus discípulos. Rompió con el Papa para quedar más libre. Salió del claustro para entregarse a la vida fácil. Arrancó del claustro una religiosa, Catalina Bora, para juntarse con ella. La confesión es crucificadora para el orgullo humano. Abolió la confesión. Los conventos poseían grandes bienes, las iglesias eran ricas por la acumulación de legados. Pues bien, Lutero permitió a todos los pequeños príncipes alemanes que confiscaran las propiedades eclesiásticas, con lo cual procuróse al punto protectores interesados. En vez de reprimir el libertinaje, autorizó a los religiosos a despreciar sus votos voluntarios... a los fieles a repudiar a sus mujeres, si así lo querían, para tomar otras... a un príncipe, el landgrave de Hesse, a tener dos mujeres. "La prohibición contraria—dice—no está clara en la Biblia."—

"Fué preciso consentir en la bigamia—dice un escritor protestante de aquel tiempo,—porque la defección de aquel príncipe, que era muy hábil, hubiera comprometido la Reforma." Esto está claro. El éxito prodigioso del protestantismo desde su origen, no fué otra cosa que una explosión de las pasiones humanas que se declaraban independientes y emprendían una carrera desenfrenada.

Enrique VIII de Inglaterra imitó a Lutero en Alemania. Enrique VIII, al principio ardiente católico, quiso separarse de su mujer Catalina de Aragón tras dieciocho años de matrimonio, a pretexto de que era pariente de ella. Llevóse al Papa el asunto, y negó el divorcio, porque el matrimonio, desde Jesucristo, es indisoluble, excepto cuando una razón suficiente permite creerlo nulo en su origen. Enrique VIII, arrastrado por su pasión a Ana Boleyn, dama de honor de la Reina, rompió toda relación con la Iglesia católica, tomó por mujer a la dama de honor, rechazó a su legítima esposa, convirtióse en jefe de la Iglesia de Inglaterra e hizo cortar la cabeza de cuantos rehusaron someterse a su supremacía doctrinal. Casóse sucesivamente con cinco mujeres, y para quedar viudo a su antojo, hizo decapitar a tres de ellas, porque ya no le gustaban. Aquel monstruo coronado es el fundador del anglicanismo, con su hija Isabel, que consolidó su obra, y no valía mucho más que él. Así empezó el protestantismo... emancipando las pasiones humanas. Sí, verdaderamente, es una religión mucho más cómoda que el catolicismo. Ahora, después de estudiar sus orígenes,

II. Analicemos las facilidades que da el protestantismo a los que lo profesan.

La religión católica es exigente. Impone creencias, preceptos, prácticas que fastidian la independencia del espíritu y los caprichos de la voluntad. Interviene sin cesar en nuestros pensamientos, en nuestros actos, en la vida privada, familiar y pública. La religión protestante es mucho más fácil, más indulgente, mucho menos embarazosa y menos severa.

En el protestantismo cada cual *cree lo que quiere,* cada cual interpreta la Biblia a su manera, y se hace para sí mismo su pequeño símbolo. El abate de Polignac, luego cardenal, decía a Bayle, el filósofo escéptico del siglo XVIII: "¿A cuál de las sectas que imperan en Holanda estáis afiliado?—Soy protestante—contestó Bayle.—Pero eso es muy vago—insistió Polignac.—¿Sois luterano, calvinista, anglicano?—No—respondió Bayle;—soy protestante, porque yo protesto contra todo lo que se dice y se hace." En suma, el protestantismo es una pura negación, negación hoy de lo que se creía ayer, negación mañana de lo que hoy se cree. No le preguntéis de cuántos artículos se compone su *credo,* pues cuenta con tantos credos como sectas, y con tantas sectas como cabezas. Fijaos en esto: En la religión reformada, no sólo los ministros, sino también los simples fieles particulares deciden de su propia creencia. "Una criada de un molinero, un niño de nueve años—dice Lutero,—si tienen fe, juzgan según el Evangelio, y el Papa les debe obediencia." ¿Qué decís? He ahí una religión verdaderamente cómoda. Se cree lo que se quiere.

En lo referente a las *prácticas,* es todavía mucho

más fácil. Nada de confesión auricular, oral, detallada, hecha a un sacerdote. Nada de ayunos, ni de abstinencias, para domar nuestra sensualidad y disciplinar nuestra alimentación. Nada de oficios impuestos bajo pena de pecado. Las pocas ceremonias que el protestantismo ha conservado, no son obligatorias en conciencia. Los protestantes, en general, celebran la cena y escuchan la plática, pero podrían prescindir de esto, pues son simples ceremonias enteramente libres, como el pan bendito y el sermón entre los católicos. Por confesión de los ministros, estas prácticas religiosas son facultativas. ¿Qué os parece? He ahí una religión verdaderamente cómoda. La práctica es libre como la creencia.

Topamos a veces con malos católicos que amenazan *con hacerse protestantes*. Esto se explica. Las creencias y las prácticas del catolicismo los importunan y molestan, por lo cual se inclinan voluntariamente a una religión que no les impone creencias ni prácticas. Ir a misa los disgusta... Pero entre los protestantes no hay misa. Nada más cómodo. No les conviene honrar a la Virgen ni a los santos, orar por los muertos, ni guardar abstinencia los viernes y otros días... Ahora bien, es el caso que el protestantismo suprimió los ayunos y abstinencias, el purgatorio, el culto a la Virgen y de los santos. Nada más cómodo. Pero sobre todo los mortifica la confesión. Pues bien, los protestantes no se confiesan, como no sea a Dios. Nada más cómodo. Y así de todo lo demás. Una religión que permite toda creencia y no impone práctica alguna, es a sus ojos una religión ideal. Y se hacen protestantes. Además, a causa de esto, a causa de las facilidades ilimitadas que el protestantismo concede a la libertad humana,

III. Cosecha favores no despreciables.

Estudiemos este fenómeno. El catolicismo tiene enemigos muy numerosos y violentos. El protestantismo no los tiene.

El catolicismo ve levantarse contra él, casi siempre y en todas partes, los *poderes civiles,* porque se proclama mandatario de Dios e independiente del César porque coloca por encima de todo, aun por encima de los derechos del Estado, los derechos de la verdad y el bien, los derechos del alma humana, los derechos de Dios.

El protestantismo, que no tiene misión divina de ninguna especie, vive fácilmente y en paz con los poderes de la tierra, y se pone de buen grado a merced del César, quien lo absorbe y protege a la vez. Ved la Iglesia anglicana. Quiere todo lo que quiere la reina o el rey de Inglaterra, y le parece que todo marcha del mejor modo en el mejor de los mundos, porque encuentra la paz en el silencio y en la abdicación de sí misma. Pero escuchad todavía:

El catolicismo no sólo tropieza en su camino con los poderes civiles que tienen celos de él y lo combaten, sino con las *pasiones humanas,* rebeladas y furiosas contra él. El catolicismo no habla más que de virtudes que hay que practicar, y de inclinaciones que hay que reprimir. Por eso tiene el honor incomparable de contar como enemigos a todos los malvados, a todos los perversos, a todos los corrompidos que se coligan para calumniarle, y, si posible fuera, para aniquilarlo.

El protestantismo pasa sano y salvo por entre incrédulos y libertinos. No molesta ninguna concupiscencia. Todo el mundo le hace buena cara. El empera-

dor Barbaroja decía en Oriente: "¡Qué dichoso es el sultán! ¡No tiene papa que reprima sus desórdenes!" Palabras profundas, señores, que pueden aplicarse a todas las falsas religiones. Son religiones cómodas; no exigen casi nada; tienen asegurado el favor universal.

IV. Conclusión.

El protestantismo es una religión más cómoda que el catolicismo. Esto es innegable. Pero ¿es por ello mejor? Ciertamente que no.

Escuchad sobre esto unas palabras de *Lutero*. Cierta noche que estaba sentado a una ventana contemplando la belleza del cielo con sus miriadas de estrellas, dijo a Catalina Bora: "Catalina, ese cielo tan hermoso no se ha hecho para nosotros.—Pues entonces—exclamó ella—es preciso que nos arrepintamos.—Es ya demasiado tarde—agregó Lutero con amargura." En otra ocasión, dijo: "Mi religión es mejor para vivir, pero la del papa es mejor para morir."

Escuchemos sobre estos unas palabras de *Melanchton*, otro fundador de la Reforma. Su anciana madre moribunda juntó las manos y le dijo: "Tú sabes que yo era católica, y tú me has inducido a abandonar la religión de mis padres. Pues bien, te conjuro por Dios vivo que me digas, sin que nada me ocultes, en qué fe debo morir." El teólogo Melanchton respondió: "Madre mía, la nueva doctrina es más cómoda, pero la otra es más segura."

Fuera de esto, los protestantes han reconocido siempre que podemos salvarnos en la religión católica, en tanto que los católicos no dicen que siempre puedan salvarse en la religión protestante. Partiendo de este principio, Enrique IV pasó de la Reforma al catoli-

tismo. Este hombre, muy caballeresco, muy leal, muy espiritual, muy francés, no se convirtió sino después de asistir a largas controversias entre obispos y ministros. Habiéndose visto obligados estos últimos a conceder que se puede hallar la salvación en la Iglesia romana, en tanto que los obispos negaban que siempre pudieran salvarse en la herejía, dijo Enrique IV: "Basta. En materia tan importante, elijo el partido más seguro. Quiero pertenecer a la religión que, por confesión de todo el mundo, conduce a la salvación. Según vosotros, ministros, nada arriesgo, si os abandono. Según vosotros, obispos, lo aventuro todo, si no os sigo. Hemos terminado. Soy católico." El buen sentido hablaba por la boca de Enrique IV. La religión protestante es más cómoda que la católica. Es para aquélla una gloria poco envidiable. Unicamente la religión católica es divina. Mostrémonos orgullosos de seguirla, y practiquémosla animosamente.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

El porvenir pertenece al protestantismo

SEÑORES:

Sin duda habréis oído decir, o habréis leído en alguna parte, una frase como esta: El porvenir pertenece al protestantismo. Y hacen ademanes de decretar nuestra muerte definitiva y redactar un epitafio para nuestro mausoleo. Pues bien, me propongo refutar hoy tan lúgubre profecía, que no es más que una lúgubre broma. Me propongo demostraros con hechos y cifras; 1.º que el protestantismo está en plena descomposición; 2.º que el catolicismo está en plena florescencia. Quizás os extrañen estas dos afirmaciones. Escuchadme y juzgad por vosotros mismos.

I. El protestantismo está en plena descomposición.

Hace tres siglos que apareció. ¿Ha sido su marcha progresiva o retrógrada? Evidentemente, ha perdido

reno. En su origen creía en la Biblia y en las grandes verdades que contiene; después, no ha hecho más que destruir; destruir cada vez más, destruir siempre. *El protestantismo actual carece de doctrina.* Ni siquiera cree en la divinidad de Jesucristo, en quien no ve más que un rabino, al cual tomaron muchos por el Mesías, una especie de Sócrates judío. Hace ya tres siglos que Bossuet advertía al ministro Jurieu el término fatal a que llegaría la Reforma, y le mostraba cómo todos los artículos de fe desaparecían sucesivamente y se evaporaban en la indiferencia, en la negación más absoluta. ¿Qué diría hoy al ver que los profesores de teología y los mismos pastores de la religión reformada recusan la autoridad de la Biblia y niegan la necesidad del bautismo? Hace solamente cincuenta años que el gran protestante Guizot, en el consejo presbiteriano de su Iglesia, no obtenía más que 2 votos de mayoría sobre la divinidad de Jesucristo entre 2500 votantes; hoy Guizot sería tratado por sus correligionarios como un vulgar clerical, y sus artículos fundamentales serían mirados como sospechosos por las más fuertes cabezas del protestantismo. El protestantismo se descompone; esto es fatal. La fuerza racionalista ha minado poco a poco su doctrina religiosa y ha devorado toda la substancia de ella.

¿Qué le queda de cristianismo? Casi nada. Jesucristo nos dejó su palabra en las Escrituras; el protestantismo ha abandonado el espíritu y aun la letra de las Escrituras. Jesucristo nos dejó su gracia en los sacramentos; el protestantismo ha rechazado los sacramentos. Jesucristo nos dejó su persona en la Eucaristía; el protestantismo no cree en la Eucaristía. Así, pues, desconoce todo lo que hay de vital en el cristianismo. No es ya más que una herejía en decadencia, una má-

quina que se disgrega, un cadáver frío y helado, que de día en día se descompone más y más. Decir que el porvenir pertenece al protestantismo, es enunciar una paradoja sin sentido, una profecía que provoca la sonrisa de los sabios.

Verdad es que las *sociedades de propaganda protestante continúan distribuyendo Biblias* en escuelas, casas, calles y plazas públicas, tanto en Francia como en otros países. ¿Qué prueba esto? La difusión de la Biblia no constituye un progreso religioso. Media una diferencia enorme entre la difusión de la Biblia y el apostolado católico. El predicante da libros; el apóstol se da a sí mismo. El predicante se ve constreñido, molestado, trabado por lazos de familia; el apóstol se entrega todo entero a los que evangeliza. Se ha dicho que los votos religiosos disminuyen la personalidad humana. Los que esto dicen son impostores y cínicos que se mofan de la verdad lo mismo que del gran vulgo. La verdad es que el predicador que tiene mujer e hijos, no puede sacrificarse como el apóstol que no se ve retenido por ningún amor terrenal. En efecto, el predicador inglés no se aventura generalmente mucho más allá del alcance del cañón europeo, más allá del pabellón nacional, que lo protege, en tanto que el misionero católico penetra en el corazón de los continentes, sin otra protección que la de la cruz, el pabellón divino. El protestantismo difunde Biblias por todos los rincones de la tierra. Esto no es más que una agitación superficial, una vida ficticia. Carece de doctrina; no tiene alma; está en plena descomposición.

II. El catolicismo está en plena florescencia.

Cuando me oisteis sentar esta proposición sabía muy

...en lo que pensabais. Pensabais en la espantosa tempestad que se abate actualmente sobre los católicos franceses, en el vandalismo insensato que devasta toda la nación al devastar nuestras libertades y nuestras instituciones religiosas. Escuchad. Tengo algo para contestaros. Si no puedo consolaros, puedo por lo menos tranquilizaros.

En primer lugar, *el catolicismo es indestructible.* Hace veinte siglos que permanece en pie en medio de los imperios destruídos, de todas las sociedades extinguidas y olvidadas. Federico II escribía a Voltaire: "Todo ha terminado. Se necesitaría un milagro para salvar a la Iglesia. Tendréis el consuelo de enterrarla y redactar su epitafio." Pues bien, la Iglesia crece y se extiende cada vez más por los dos continentes, y Voltaire yace en la tumba. Aunque se le haya fundido en bronce, Renán yace también en la tumba, y uno de estos días, los sucesores degenerados de Voltaire y de Renán yacerán igualmente en la tumba. El catolicismo es indestructible. Además,

Está en todas partes, y en todas partes es el mismo, con la misma fe, el mismo culto, la misma legislación. Sin duda que hay protestantes en gran número de países, pero no pertenecen todos a la misma confesión. Cada secta varía con el que la predica; en vez de dogmas, no hay más que opiniones, y tantas opiniones como cabezas. Nada semejante vemos en la Iglesia católica. Posee la unidad de doctrina y la unidad de autoridad. Cuando un hombre civilizado o salvaje dice: Soy católico, se sabe al punto que pertenece a la Iglesia indivisible, en la que 200 millones de almas profesan la misma fe, participan de los mismos sacramentos y están sometidos a la misma autoridad espiritual. El catolicismo es indestructible. Está en todas partes, y en

todas partes es el mismo. Finalmente, y sobre esto solicito especialmente vuestra atención,

El catolicismo está en plena florescencia. No me contento con afirmarlo; lo pruebo. El catolicismo está en progreso.

1.º *Hace ya dos siglos,* a partir de 1700, ha visto doblar el número de sus hijos. La conquista del Nuevo Mundo compensó los estragos del protestantismo, y el movimiento de retorno impreso en Inglaterra por nuestros prelados desterrados de Francia, compensó las matanzas y proscripciones de la gran Revolución. Actualmente cuenta el catolicismo con 200 millones de fieles, lo que constituye un imperio más vasto y poblado que los de Oriente y de Roma, cuya sucesión le adjudicaban las profecías. No solamente ninguna secta reunió jamás tan gran número de adeptos, sino que, si sumamos los 41 millones de griegos cismáticos con los 57 millones de protestantes, llegamos a un total de 98 millones, los cuales no componen la mitad de los 200 millones de católicos. Si esta estadística ha tenido alguna modificación de cincuenta años a esta parte, ha sido en favor del catolicismo. Las sectas decrecen; el catolicismo aumenta.

2.º El catolicismo hace *entre los protestantes* conquistas preciosas. En Inglaterra, en el último medio siglo, una multitud de poderosas inteligencias regresan, merced a la ciencia y a costa de dolorosos sacrificios, a la verdad, de la cual una injusta opresión, o ciegas pasiones habían alejado a sus padres. Es este un espectáculo sumamente curioso. No digo que asistamos a la vuelta y conversión en masa de Inglaterra; pero sí vemos cada día, en la Iglesia anglicana, que las

[...]mas más religiosas y elevadas se acercan a nuest[...]a Iglesia, nos imitan en multitud de cosas, tales como la misa, el culto de la Virgen y la confe[...]sión, y gran número de anglicanos se convierten indi[...]vidualmente. El catolicismo progresa a ojos vistas entre los protestantes de Alemania, Inglaterra, América, etcétera... y también

3.º *Entre los infieles,* con sus misioneros, pobres, pero animosos y abnegados como los primeros apóstoles, avanza y funda cristiandades, en las que florecen todas las virtudes del cristianismo primitivo, como lo vemos, por ejemplo, alrededor de los grandes lagos del centro de Africa. Y si la persecución demasiado violenta le obliga a retroceder, es raro que lo haga sin dejar en las regiones que abandona la sangre de sus mártires, la cual germina en ellas y en ella prepara una nueva cosecha de cristianos. El catolicismo progresa en donde encuentra la libertad, y aun allí en donde no la encuentra.

4.º *En donde es libre.* Contemplad en los Estados Unidos el número, valor e influencia de sus hijos.

El *número* de los católicos en los Estados Unidos se ha elevado en un siglo de 100,000 a 15 millones, número que aumenta cada día, por tres razones: 1.ª a causa de la inmigración, la cual en el año último, vertió en los Estados Unidos cerca de 400,000 emigrantes de origen católico, los cuales se convierten allá en cristianos mejores de lo que hubieran sido en la vieja Europa; 2.ª a causa de los nacimientos, siempre más numerosos entre los católicos que entre los otros ciudadanos americanos; 3.ª a causa de las conversiones que obra nuestra Iglesia entre los protestantes, o

entre el mundo incrédulo de ultramar. ¿Sabíais esto, señores? Las dos ciudades del mundo que cuentan actualmente con más católicos prácticos son Nueva York y Chicago (1). Digo prácticos porque

El *valer* de los católicos americanos es todavía más significativo que su número. Cuando se dice que hay en Francia 35 millones de católicos, no se quiere decir que cuenta Francia con 35 millones de creyentes pácticos, sino simplemente con 35 millones de individuos inscritos en los registros bautismales. En América sucede todo lo contrario; tantos inscritos, tantos prácticos, tantos fieles individualmente conocidos del clero, agrupados en asociaciones, con su puesto en la iglesia, sin faltar a la misa cada domingo, confesándose y comulgando por lo menos todas las grandes fiestas. Y por cuanto es una realidad, y no una ficción, el catolicismo se ha conquistado en los Estados Unidos una situación envidiable y muy respetada.

Su influencia en la nación es considerable. No repreta más que la cuarta parte de la población, pero la parte mucho más influyente de todas. Tan numeroso por sí solo como todas las sectas protestantes reuidas, actúa mucho más íntima y poderosamente que estas sobre los corazones y las voluntades, sobre la vida moral del país y sobre las clases obreras, que componen la mayor parte de su clientela. Por su misma constitución, su disciplina y su enseñanza sumamente clara

(1) El asombroso éxito del Congreso Eucarístico de Chicago, que acaba de celebrarse en Junio del presente año de 1926, confirma admirablemente las exactísimas afirmaciones del autor. Los católicos de los Estados Unidos suman ya 20 millones, y hacen reverdecer todas las conmovedoras virtudes cristianas de los tiempos primitivos, sin dejar por ello de marchar a la cabeza de todas las manifestaciones del progreso humano (Nota del Traductor).

lógica; por sus sacramentos, y sobre todo, por la confesión; por sus escuelas innumerables y superiormente dotadas; por sus obras de caridad, de preservación, de elevación social; por la asistencia material y moral que prodiga a los emigrantes europeos, ofrece a los americanos una utilidad de primer orden, y goza en la opinión pública de una primacía de honor y de respeto incomparable. Añadid a esto que muchos de sus representantes, de sus obispos, tienen un valor personal sumamente elevado, cuyo prestigio es reconocido y reverenciado de todos. En suma, en los Estados Unidos el catolicismo es la religión que prepondera sobre todas las otras. El catolicismo progresa donde es libre, y añado

5.° *También donde no es libre*. Las pérdidas que se le irrogan son compensadas por ganancias no provistas por los impíos. Comprimido por la persecución, gana en profundidad y aun en extensión. Esto es lo que actualmente vemos entre nosotros.

En presencia de las infamias que se cometen contra la religión, los más ciegos abren los ojos, y los más indiferentes sacuden su inercia. Muchos que no pensaban en él, advierten que la religión es la clave de bóveda del edificio social, y que todo cruje si se conmueve. Muchos que no querían creer en los designios liberticidas de la masonería, los comprueban ahora, y se deciden a afirmar la fe de sus padres y a defender la fe de sus hijos.

Por otra parte, mientras que nuestros religiosos y nuestras religiosas son expulsados de su patria, el extranjero les abre sus brazos. Dispersados por la tempestad, nuestros soldados de vanguardia van a sembrar el Evangelio en países herejes e infieles, y a multipli-

car en otros climas las conquistas del catolicismo. El porvenir pertenece al catolicismo. ¡Desgraciadas de las naciones que apostatan! Firman su acta de defunción. Y el catolicismo, al abandonarlas, no sólo no pierde nada de su vitalidad, sino que saca de la persecución nuevo vigor y nueva prosperidad.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

El porvenir pertenece al protestantismo

(*Conclusión*)

SEÑORES:

A los que dicen que el porvenir pertenece al protestantismo, he respondido con dos proposiciones: 1.ª el protestantismo está en plena descomposición; 2.ª el catolicismo está en plena florescencia. Insisto en este último punto, y afirmo que, no solamente el catolicismo mundial, sino el catolicismo francés, está en vías de progreso. Hace veinticinco años que se ve combatido por la astucia, y hoy lo es por la violencia. Pues bien, saldrá ileso de la violencia, como ha salido de la astucia. Voy a tratar de historia contemporánea; estoy en mi derecho. No diré más que la verdad, pero toda la verdad; es mi deber.

I. Hace veinticinco años que el catolicismo francés se ve combatido por la astucia.

Hace veinticinco años que el medio social, la opinión

pública, no estaba madura para el trastorno inmediato de nuestras libertades e instituciones religiosas. Así, pues, era preciso proceder sordamente, por la astucia, con calculada lentitud. Elaboróse, pues, en las logias, se popularizó por la prensa, y, paso a paso, sin solución de continuidad, sin un momento de respiro, se introdujo en la legislación, un plan maquiavélico, hipócrita, que consistía en descristianizar a Francia poco a poco, en disminuir, y luego, en destruir totalmente, la fuerza y la vida del catolicismo francés.

Por supuesto, que nada se quería contra la religión, ni contra la enseñanza cristiana, sino tan sólo contra las *Congregaciones*. Era esto refinada astucia. Porque bien sabían, que, destruídas las Congregaciones, perdía la religión sus soldados de vanguardia, y la enseñanza cristiana sus indispensables auxiliares.

Intentóse, pues, atacar las Congregaciones por el impuesto. Era también para astucia. Porque el sistema fiscal que se les aplicaba era tan enorme, que debía aplastarlas, y de tal modo complicado, que era imposible hacer entender a las masas su mecanismo y su iniquidad.

Luego, se impuso a los profesores de las Congregaciones tres años, y a las seminaristas un año, de *servicio militar*. Se hablaba de igualdad, pero esto era también vil astucia. Porque esperaban con ello, como así lo desearían, cegar la fuente del reclutamiento del sacerdocio y de las Ordenes religiosas docentes.

Después, *se secularizó* la enseñanza pública primaria dejando a los padres de familia la libertad de fundar escuelas a su gusto. También era esto miserable astucia. Porque estaban convencidos de que los católicos no podrían ejercitar su libertad, por ser exorbitantes los sacrificios pecuniarios que ello suponía.

Esto no obstante, para no alarmar a la opinión, proclamaron *la neutralidad* religiosa de la escuela. Nueva y perversa astucia, y así, desde 1894, un niño mal educado del librepensamiento, Enrique Maret, calificaba a la neutralidad escolar de hipocresía elevada al cubo.

Entre tanto, para hacer creer a la masa que nada se intentaba contra las creencias religiosas, sino tan sólo contra la intromisión de la religión en las luchas de los partidos, intentóse la famosa distinción entre *clericalismo* y catolicismo. Era esto también descocada astucia. Porque, manifiestamente, en todo el país se daba el asalto a los católicos, acusados de clericalismo, es decir, acusados de tener fe, de profesarla y querer transmitirla a sus hijos... No puedo decirlo todo.

Así llegamos a *Julio de* 1901. Todas las asociaciones son libres. También lo serán las Congregaciones, con tal que se pidan su autorización. Pero en nombre de la libertad viéronse estranguladas.

Esto es tan claro como la luz del día. Hace veinticinco años que el catolicismo francés se ve combatido por la astucia.

¿Qué ocurrió? *Que el catolicismo francés salió intacto de las invenciones de la astucia.* Ciertamente que lograron estrecharlo por todos lados e intentaron torpedearlo, pero no pudieron ni aniquilarlo, ni abrir en él la menor brecha. La lucha innoble, bellaca, que consistía en atacar la fe haciendo ver que la respetaban, en descristianizar a Francia sin que lo advirtiese, fracasó en toda la línea.

¿Hubo muchos matrimonios y entierros civiles, muchos niños que no fueron bautizados ni hicieron su primera comunión? Tan pocos fueron que no vale la pena contarlos. Como afirmaba Pablo Bert hace veinticinco años, la religión católica no es una religión de

minoría, sino una religión oficialmente profesada por las 97 centésimas partes de la población.

Encontramos los millones necesarios para llenar a Francia de esceulas cristianas y para sustraer a la infancia de la enseñanza sin crucifijo, ni catecismo y sin Dios.

A pesar de la obligación del servicio militar, el reclutamiento del clero mantúvose intacto, y aun creció en cantidad y calidad, ya que, al propio tiempo que fortalecían su vocación los seminaristas y novicios en el cuartel, y los curas con la mochila a la espalda, pusiéronse en contacto con los hijos del pueblo y ejercieron sobre ellos su influencia saludable.

En resumen, los esfuerzos del catolicismo francés desde hace veinticinco años, no han sido estériles ni vanos. Tenemos más hombres que nunca en nuestras iglesias. La religión conserva en Francia su inmensa fuerza moral. La muerte lenta, progresiva y deshonrosa que se le preparaba, no apareció en parte alguna. El catolicismo francés permanece en pie, intacto, vivo, locuaz, lleno de vigor y actividad. Evita las celadas de la astucia, como evitará las empresas de la violencia. Este es el segundo punto que voy a exponeros.

II. Hoy el catolicismo francés se ve combatido por la violencia.

Pasó la hora de las dilaciones, de las medidas incompletas, de las hipocresías.. Libertad para todos y para todo, menos para la religión y para los católicos: tal es la consigna que se ejecuta a nuestra vista.

¡Religiosos y religiosas... no los necesitamos! Los votos son una abominación, el hábito religioso un crimen, la caridad un delito. ¡Fuera, a la calle, a la prisión o al destierro, las almas consagradas, las almas

puras, las almas abnegadas, la porción exquisita del género humano!

¡Escuelas cristianas... no las necesitamos! ¡A cerrarlas, pues! ¡Fuera de aquí, Hermanos de las Escuelas Cristianas, con vuestros 300,000 alumnos, con vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros servicios reconocidos por todos los jurados, premiados en todas las Exposiciones, sancionados por la Universidad misma!

Mujeres admirables, obligadas a renunciar a vuestra vocación, a vuestra carrera, a vuestro ideal, a vuestro sustento, llorad bajo la presión de la desgracia, de la injusticia, de la ingratitud que os agobia... ¡llorad, pero no resistáis, porque la fuerza pública... porque la fuerza pública os triturará!

Y vosotros, millones de padres a quienes os arrebatan la enseñanza cristiana que habíais elegido para vuestros hijos, sumergid vuestros corazones en la aflicción. ¿Qué importa eso? Vuestros hijos serán arrastrados, a pesar de vuestros derechos, a las escuelas que juzgáis, con perfectísimo derecho, deletéreas, desastrosas, para vuestra amadísima posteridad.

Por otra parte, la violencia no sólo se ejerce sobre las personas y sobre las conciencias. Ya estamos asistiendo a la liquidación y dilapidación de las propiedades de las Congregaciones. Ya estamos asistiendo a la destrucción, tan brutal como odiosa, de nuestras instituciones religiosas seculares, que representan una suma tan considerable de trabajo, de abnegación, de sacrificio, debida a todos los que las fundaron, sostuvieron e hicieron prosperar, a todos los que tanto bien hicieron en torno de ellas.

Pero todo esto no es más que un principio, un primer bocado arrojado a los apetitos del furor del librepensamiento. Ya anuncian la multa, la prisión, el destierro, para el clero, para los obispos. Se anuncia la

ruptura del Concordato, la separación de la Iglesia y del Estado, no la separación leal que concede a la Iglesia el derecho común y la libertad, sino la separación violenta, injusta, con leyes que nos cierren la boca, nos pongan en la imposibilidad de vivir, que nos roben nuestras iglesias y nos las alquilen por costosas sumas.

Esto es tan claro como la luz del día. Después de habernos combatido durante veinticinco años con la astucia, se nos combate en el día de hoy con la violencia.

¿Qué ocurrirá? *El catolicismo francés saldrá victorioso de las empresas de la violencia.* Tenemos sobre esto las lecciones de lo pasado. Hace cien años que, tras el asalto terrible que se dió al catolicismo en el siglo XVIII, tras la constitución civil del clero, tras el destierro, la prisión y el cadalso del Terror, la religión cristiana reapareció llena de vida, y un hombre de Estado inteligente, Napoleón, apresuróse a firmar alianza con ella. Si, pues, la violencia se desencadena cada vez más, el catolicismo francés, en vez de desaparecer, en vez de morir, obtendrá, no una, sino tres victorias.

1.ª *En primer lugar, la victoria sobre sus enemigos,* a los que sobrevivirá y desenmascarará. Veránse obligados éstos a descubrirse, a desmentir sus principios y promesas. Porque, si bien hablan de libertad... demostrarán que quieren imponer cadenas. Si bien hablan de igualdad... los veremos tomar medidas de excepción contra la inmensa multitud de pacíficos ciudadanos. Si bien hablan de fraternidad... probarán que no cuentan más que con odiosos proyectos y procedimientos. Si bien hablan de ciencia y de progreso... pondrán de manifiesto que sólo están animados de apetitos y

vencores. Maldicen el antiguo régimen... pero los veremos resucitar todo lo que había de menos confesable y de más tiránico en el antiguo régimen, y retrogradar hasta las dragonadas y la revocación del Edicto de Nantes. El catolicismo francés antes de enterrar a sus enemigos, los habrá desenmascarado y convencido de impostura. Luego, conseguirá la segunda victoria.

2.ª *Sobre sí mismo.* En la lucha es donde se despierta la actividad y se provoca el valor.

El clero comprenderá sus derechos y sus deberes, tomará la iniciativa, afrontará sus responsabilidades. Los sacerdotes cesarán de ser funcionarios y administradores para convertirse en apóstoles desinteresados ante Dios y los hombres.

Los católicos fieles a la Iglesia de Francia adquirirán lo único que les falta, la propensión al combate. No pedirán que se los tema, pero lograrán que se los respete. Enemigos de privilegios, reivindicarán enérgicamente su parte de libertad común.

Los mismos indiferentes, los tibios, los semicristianos sacudirán su sopor, y se pronunciarán enérgicamente por la religión el día en que adviertan que es realmente perseguida y quieren decididamente suprimirla. Entonces, el catolicismo francés logrará la tercera victoria, más importante quizás que las otras dos.

3.ª *Sobre la opinión,* a la cual corresponde necesariamente la última palabra en nuestras luchas contemporáneas.

Atacado, no solamente en sus órganos accesorios, sino en su esencia, en su clero secular, en su vida parroquial tradicional, en sus templos, el catolicismo francés mostrará en su frente dolorida la aureola incontestada de la persecución...; y, por cuanto sus enemigos

nada obsolutamente tienen que reprocharle, sino tan sólo sus beneficios, la persecución inmerecida les dará una popularidad inmensa, es decir, uno de los elementos más seguros de la próxima resurrección.

Se conquistará todas las partes sanas, *todas las partes fuertes de la opinión*:

Los padres de familia, molestados y ultrajados en sus derechos más sagrados;

Las mujeres, molestadas en el ejercicio de su culto y en la educación de sus hijos;

La juventud, cuya mejor porción no querría sumergirse en el ateísmo y en la desmoralización.

Las personas honradas, que no consentirán casarse y morir como perros, sino que reclamarán para su posteridad el bautismo y la primera comunión, y para sus difuntos los funerales religiosos. Finalmente,

El pueblo, que, a fuerza de haber sido burlado por el librepensamiento, pedirá a la religión la luz, la fuerza, el consuelo, la esperanza, la alegría que únicamente la religión puede proporcionarle.

Tengamos confianza, señores, en el catolicismo francés, que venció la astucia y vencerá la violencia. Esperemos en Dios y trabajemos. Cumplamos nuestro deber, y Dios hará lo demás.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Las divisiones que desgarran a la Iglesia católica

SEÑORES:

Jesucristo, para sobrevivirse a sí mismo y apoderarse del género humano, fundó una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada. Tal es la Iglesia católica. Es manifiestamente divina, porque posee los cuatro caracteres que su divino Fundador quiso darle: la unidad, la santidad, la apostolicidad, la universalidad. Sobre esto se suscitan muchas objeciones.

En primer lugar, a la unidad que reivindica la Iglesia católica se oponen las divisiones que la desgarran. Esto exige algunas explicaciones, que voy a daros, y que con seguridad os dejarán enteramente satisfechos.

I. Nada más hermoso que la unidad que reina en la Iglesia católica.

Unidad de creencias, de culto y de gobierno. La misma fe es profesada en todas partes, El catecismo

que instruye al chino, al africano, al indio es el mismo que el nuestro, y el nuestro es el mismo que el que se enseña en Roma. No hay dos *Credos,* sino uno solo para toda la catolicidad. Las mismas fuentes de gracia están abiertas en todas partes. En todas partes la misma agua que bautiza, la misma unción que fortalece al cristiano, que reanima al moribundo, que consagra al sacerdote; en todas partes la misma absolución para los pecadores y la misma bendición para los esposos.

En todas partes es reconocida la misma cabeza de la Iglesia. Merced al Pontificado, la Iglesia católica agrupa en torno suyo a todos los obispos; merced al episcopado, a todos los sacerdotes; merced a los sacerdotes, a todos los fieles, y merced a los fieles, al mundo entero. ¿Qué importa la diversidad de tiempos, de lugares, de condiciones sociales?

La unidad que reina en la Iglesia católica une entre sí y somete a la misma regla *así los espíritus más humildes como los más atrevidos pensadores,* realzando a los unos sin rebajar a los otros, y dejando a las más sublimes concepciones toda la libertad de su vuelo. El rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el rey y el pastor creen las mismas verdades, reciben los mismos sacramentos, obedecen a la misma autoridad espiritual. Algunos fantoches, mucho más vacíos que profundos, y todavía más nulos que presuntuosos, se atreven a decir a veces que la Iglesia quiere paralizar la marcha del género humano y apagar su brillante espíritu. Semejante afirmación provocaría la cólera, si no diera tanta lástima. No, la Iglesia católica no extingue ninguna luz, ni detiene ningún vuelo, sino que realza a los humildes, y exalta a los fuertes. Los más grandes genios, los Descartes, los Pascal, los Bossuet, los Pasteur, y tantos otros, se mueven libremente bajo el yugo de la Iglesia, que no es más que el yugo de la verdad,

al lado de estas poderosas inteligencias, la mujer, el niño, el obrero honrado, la inmensa multitud se siente satisfecha de su gloriosa unidad.

La unidad que reina en la Iglesia católica une en un todo y somete a la misma regla *los pueblos más diversos y los lugares más distantes*. He ahí pueblos que difieren en origen, en temperamento, en lengua, en índole, en costumbres, en instituciones civiles y políticas. Pues bien, no forman más que uno en la misma fe, en la misma oración, en la misma obediencia. Una circular del Papa es aceptada, y tiene fuerza de ley, en todas las parroquias del mundo. Conozco un anciano médico naval que fué convertido por la comprobación de tan grandioso fenómeno. Dando la vuelta al mundo, vió, en los países más lejanos, que los pueblos menos semejantes a nosotros, rezaban al mismo Dios que nosotros, al mismo Jesucristo, humillaban la cabeza bajo la misma agua bautismal y la misma absolución, aclamaban como nosotros el nombre bendito del Pontífice Romano, y se dijo: "El dedo de Dios está aquí. Nada humano es comparable a este espectáculo." Pero considerémoslo bajo otro aspecto.

La unidad que reina en la Iglesia católica lo une todo y somete a la misma regla *todos los tiempos, así lo pasado como lo presente*. Si vuestros antepasados de ayer, de anteayer, del siglo de Luis XIV, de la Edad Media, de la Iglesia primitiva, se presentaran aquí, cantarían con vosotros el mismo *Credo*, el *Sanctus* al Dios de la Eucaristía, la oración por el cabeza de la Iglesia, sucesor de San Pedro. Hubo en los pasados siglos de persecucióIn, siglos de tolerancia, siglos de protección y de paz. La fe era la misma cuando se ocultaba en las Catacumbas que cuando resplandecía en las hermosas catedrales. Unidad continua, tanto más asombrosa cuanto la vemos subsistir en medio de las

tempestades y de las luchas sangrientas, en las cuales zozobran de ordinario las instituciones humanas mejor establecidas.

¿Qué es lo que quiso Jesucristo? Quiso una Iglesia, una sociedad religiosa perfectamente unificada, un solo rebaño con un solo pastor. "Padre santo—exclamó antes de morir,—os recomiendo a los que me habéis confiado. Sean uno, como nosotros somos uno." Y el apóstol Pablo compara sin cesar la obra de Jesucristo a un vasto cuerpo regido por una sola cabeza, sometido a un solo Señor, iluminado por una sola fe, vivificado por un solo bautismo. Esto es terminante. La institución de Jesucristo se despliega a la luz del día hace ya diecinueve siglos. Vive y palpita ante nuestros ojos. Nada tan hermoso como la unidad que reina en la Iglesia católica. Y me apresuro a añadir

II. Nada tan fácil de explicar como las divisiones que encontramos en la Iglesia católica.

Son de dos especies, doctrinales y disciplinarias.

1.º Hablemos primeramente de *las divisiones que se fundan en la doctrina.* Hay aquí muchos prejuicios que disipar. Imagínanse generalmente que la Iglesia arrebata a sus fieles toda libertad de pensar, y que los creyentes son esclavos de un dogma inexorable que los persigue por todas partes y los oprime sin cesar. Esto se dice, esto se imprime, pero nada más falso.

1. *En el terreno de los conocimientos profanos,* en materia literaria, científica y artística, en materia agrícola, industrial y comercial, en materia política, administrativa y económica, los creyentes son enteramente

libres. Pueden evaluar según su parecer, discutir sin limitación alguna, dividirse en tantas opiniones como individuos. Lo que es puramente humano, la Iglesia lo abandona a la libertad humana. He ahí un campo inmenso en el cual los católicos, como todo el mundo, pueden retozar sin que el dogma intervenga para nada.

Pero vamos más lejos. Aun en el orden religioso.

2. *Muchas cuestiones son facultativas,* discutidas y discutibles, abandonas por la Iglesia a nuestra libertad de apreciación. Quizás os asombre, pero no os digo más que lo estrictamente exacto. Hay en la religión una multitud de puntos no definidos, sobre los cuales son libres las opiniones. ¿Queréis ejemplos?

Los teólogos han sostenido discusiones homéricas, tercas, violentas a veces, sobre la gracia, la predestinación y muchos otros asuntos religiosos. La Iglesia nada dijo.

En el Concilio Vaticano de 1870, los obispos y los católicos estaban divididos sobre la cuestión de la infalibilidad pontificia. Antes de la definición, estaban en su derecho.

Algunos *eruditos,* algunos exégetas se niegan a admitir en bloque y a la letra todos los hechos extraordinarios contenidos en el Antiguo Testamento. Como la Iglesia nada ha definido sobre esto, no hay derecho a reprenderlos.

Ciertos milagros de la vida de los santos o de Lourdes son discutidos por buenos católicos. Cometeríamos una falta si nos escandalizáramos de ello y lo calificáramos de herejía.

San Agustín dijo acertadamente: *In necessariis unitas, in dubiis libertas;* unidad en la fe, libertad en las opiniones. Aun en el orden religioso, muchas cuestiones son facultativas, y mientras la Iglesia no juzgue

necesario intervenir y decidir, los católicos conservan toda su libertad y pueden sostener opiniones diferentes. ¿Sobre que se ejerce, pues, precisamente la unidad del catolicismo? Sobre

3. *Un corto número de verdades obligatorias*, indispensables, inviolables, invariables, que tienen por objeto el Símbolo, el Decálogo, la esencia de los Sacramentos y la autoridad espiritual regularmente establecida. La unidad del catolicismo se realiza en torno de los dogmas definidos. Estos dogmas son poco numerosos, pero imperiosos. Sobre esto no se permite la menor divergencia. Todo católico debe someterse a ellos de inteligencia, de corazón y de lengua. ¡Desdichado del que repudie o altere uno solo de los artículos que hay que creer! La Iglesia le advierte, si se engaña, y le condena, si se obstina. Invoca las Escrituras confiadas a su custodia, los cánones redactados por los concilios ecuménicos, las bulas y definiciones de los papas, los escritos de los doctores... y con todos estos testimonios reunidos ahoga las nacientes herejías, detiene las rebeliones e intemperancias del sentido privado, y aplasta con el peso de los siglos los gritos discordantes de Arrio, Pelagio, Lutero, Jansenio, Lamennais, Loisy, y de quienquiera que ponga su mano temeraria sobre el depósito de la verdad religiosa que Jesucristo le entregó para que lo conservara y difundiera. En resumen,

Respetuosa de nuestra libertad, la Iglesia nos deja marchar con entera libertad por el terreno de los conocimientos profanos, y aun por el de las opiniones teológicas facultativas;

Pero proscribe las divergencias y divisiones en el terreno de los dogmas definidos. Aquí exige la fe, estrecha en su mano el haz de las inteligencias y volunta-

des, y ordena y asegura la unidad, esa hermosa unidad doctrinal que constituye su monopolio, su riqueza y su fuerza, su ornamento y su gloria.

2.º Digamos ahora unas palabras sobre las *divisiones referentes a la disciplina*. Fuera del dogma que no puede cambiar, que no cambia, y en el cual todos los católicos se encuentran y se unen, hay en el catolicismo una parte disciplinaria, litúrgica, administrativa, que puede variar, y que varía necesariamente con el tiempo, los lugares y las circunstancias.

Estas variaciones, puramente externas y secundarias, son legítimas. La Iglesia no puede modificar sus creencias, porque no puede decir de una doctrina ora que es verdadera y ora que es falsa; pero puede y debe modificar sus leyes externas y adaptarlas a las exigencias de las transformaciones sociales. Expongamos algunos ejemplos:

Ciertas ceremonias de detalle, accidentales, locales, no son las mismas en Oriente que en Occidente, hoy y en la primitiva Iglesia.

Ciertas prescripciones referentes al ayuno y a la abstinencia, al gobierno de las diócesis y del clero, cambian de un siglo a otro siglo, de un país a otro país.

La Iglesia lo quiere así. Tolera, aprueba, autoriza, y aun decreta ella mismo estas diferencias. No tendríamos razón en asombrarnos de ello. Un país no cambia de constitución porque reforme sus leyes de policía y sus reglamentos de vialidad. La diversidad disciplinaria en religión tampoco destruye la unidad dogmática, como la armonía en música no destruye la melodía.

Si, esto no obstante, alguna innovación disciplinaria atacase la esencia de la religión, la Iglesia intervendría al punto para prevenirla y reprimirla. Hace oir su

palabra, que advierte y contiene a los temerarios, y separa inexorablemente de su comunión a los recalcitrantes. Cuando en 1790 la Asamblea Constituyente promulgó la Constitución civil del clero, la cual, sin consultar al Papa, trastornaba enteramente la Iglesia de Francia, Pío VI condenó solemnemente semejante constitución y conjuró a Luis XVI que no la sancionara. Defendió así la unidad católica contra las empresas de la Revolución.

Concluyo diciendo que las divisiones que median entre los católicos, o son legítimas, y la Iglesia las acepta, o son ilegítimas, y la Iglesia las proscribe. En uno y otro caso, la unidad del catolicismo queda invulnerable e intacta. Resistió, y resistirá siempre a la herejía, al cisma y a todo poder humano. En vano los heresiarcas o los protestantes intentaron o intentarán desgarrar los dogmas, cegar nuestras fuentes de la gracia, separarnos de nuestros jefes espirituales. Jamás lo conseguirán. En este mundo en que todo pasa, en que todo cambia, la obra de Jesucristo conserva su integridad primitiva. El catolicismo es en todas partes y siempre el mismo. No es posible suprimirlo, ni dividirlo, ni prescindir de él. Como el sol en el horizonte, cambia de aspecto, pero no de substancia. Vivamos de su luz y de su calor.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Los desfallecimientos que desfiguran a la Iglesia católica

SEÑORES:

Las divisiones que soporta la Iglesia católica no desgarran su unidad, como ya lo hemos visto. Los desfallecimientos que se encuentran en la Iglesia católica no alteran su santidad. Esto es lo que vamos a ver hoy. La Iglesia católica es santa a pesar de los desfallecimientos de algunos de sus miembros. Veámoslo.

I. La Iglesia católica es santa.

Hallo en ella *el tipo de la santidad*. Si nos remontamos al origen de las religiones distintas de la nuestra, encontramos hombres, ¡y qué hombres! Si nos remontamos al origen del catolicismo, encontramos a Jesucristo, que es Dios, prototipo de la santidad, la santidad increada. La Iglesia católica nos reduce constantemente a El, nos invita sin cesar a estudiar su historia, a contemplar su fisonomía, a aproximarnos a sus in-

finitas perfecciones. Pero ¿cómo proceder para copiar semejante madelo?

Encuentro en la Iglesia católica *el secreto de la santidad*. Su moral es impecable. ¿Hay por ventura un desorden que no condene, una virtud que no preconice? Además, nos propone los motivos más poderosos de evitar el mal, de hacer el bien, de marchar por el camino recto, de ir lejos, de subir hacia arriba. Finalmente, pone a nuestro servicio energías sobrenaturales, que vienen en ayuda de nuestra pobre naturaleza vacilante: las oraciones y ceremonias del culto que alimentan nuestra vida moral, los sacramentos que curan, que elevan, que reconfortan, que transfiguran, que exigen y producen tanta humildad, tanta pureza, tantos retornos, tantos avances hacia el bien. Todo cuanto os digo, señores, no es pura palabrería ni teoría, ni ideal irrealizable.

Hallo en la Iglesia católica *los frutos de la santidad.* No es posible discutirlos. Hay en nosotros *un nivel general de moralidad*, de fidelidad conyugal, de amistad paternal, de tierna abnegación, de respetuosa obediencia, de modestia, de caridad universal, que coloca al hombre nuevo cien pies por encima del hombre antiguo. Tomados en conjunto, somos prudentes, somos ángeles, si nos comparamos con los paganos antiguos y modernos. Hijos de Adán, abrigamos sin duda instintos de licencia, gustos depravados, segundas intenciones de rebelión. Pero, hijos de la Iglesia, cristianos regenerados, católicos con frecuencia inconscientes, compensamos nuestros vicios con cualidades reales, con admirables arrepentimientos, con virtudes eminentes desarrolladas hace ya veinte siglos de edad en edad y de pueblo en pueblo. Sí,

Hay en nosotros *virtudes eminentes*, virtudes reservadas, que colocan al catolicismo cien codos más

que las sectas rivales. El cisma y la herejía conservaron una moral mediana, con ligero matiz de cristianismo, perdieron el secreto de los actos heroicos y de las obras grandiosas.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *mártires* de toda edad, de todo sexo, de toda condición, confirmándolo con su sangre cada artículo del *Credo*. Contamos millones de ellos en lo pasado, y cada año, en los países lejanos en los cuales impera la persecución, nuestro martirologio se enriquece con nuevas y gloriosas adquisicionss.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *misioneros* y apóstoles que afrontan todos los peligros, y penetran en todos los pueblos únicamente para salvar las almas. En América, en las Indias, en Oceanía, en el centro de Africa, en el Asia interior, funda la Iglesia católica nuevas cristiandades con los representantes que envía. Rindamos justicia a los Livingstone y a los Stanley, pero confesemos que media una distancia inmensa entre esos sublimes y raros exploradores y el ejército inmenso y permanente de los misioneros.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *vírgenes*, enjambres de vírgenes, ángeles de la guarda para la infancia, ángeles de consuelo para los enfermos y moribundos, ángeles de aliento para los ancianos y abandonados, ángeles de paz para los heridos del campo de batalla, ángeles de oración y de sacrificio en la soledad del claustro y en el recogimiento del santuario.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *Ordenes religiosas*, es decir, familias espirituales comprometidas por voto a la práctica de los consejos evangélicos y a la adquisición de la perfección. En vano los enemigos de Dios y de la libertad expulsan, dispersan, suprimen esas instituciones seculares. El vicio pasa, y la virtud permanece. "Las encinas y los frailes son in-

mortales." El hombre se mueve y Dios le guía. Los impíos rugen y la religión sobrevive.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *santos* cuya virtud sobrehumana es atestiguada por milagros. Los ha tenido en todos los siglos, todos los días coloca alguno sobre los altares, y en nuestra misma hora, al beatificar al cura de Ars, demuestra que su fecundidad no se ha extinguido, y que el catolicismo es siempre el único depósito inagotable, divino, en donde se elabora la santidad.

La Iglesia católica es santa, y he dicho

II. A pesar de los desfallecimientos de algunos de sus miembros.

¿Sólo produce santos la Iglesia católica? No, ciertamente. Como toda institución que se apoya en la libertad humana, tuvo y tiene desfallecimientos que deplorar. Estos desfallecimientos son de dos clases; pues se encuentran ora en los hijos, ora en los ministros de la Iglesia. De esto se hace una objeción. Quiero resolverla con claridad y lealtad.

1.° *Hay desfallecimientos en los hijos de la Iglesia.* ¿Es esto verdad? Sí, es verdad. *No podría ser de otra manera.* En efecto, la Iglesia no es una sociedad compuesta de ángeles, sino de hombres. Ahora bien, los hombres, ya sean católicos, ya protestantes o paganos, son libres, y siendo libres, pueden usar correctamente, o abusar de su libertad. Dios creó el hierro y el plomo para nuestra utilidad, pero los hombres pueden emplear estos metales para matarse mutuamente. Esto mismo ocurre con nuestra libertad. Aun ilustrada, guiada, y sostenida por la religión, permanece intacta, due-

na de sí misma, capaz, por consiguiente, del mal como del bien. Nada de extraño, pues, que haya desfallecimientos entre los católicos; es imposible que no los haya.

Pero esto nada prueba contra el catolicismo, esto no impide que la Iglesia católica sea y deba ser llamada santa. Las hierbas de un campo no impiden que sea rico y fértil. Los pobres y los barrios miserables de una ciudad no le quitan su renombre de rica y brillante población, si cuenta con muchos palacios espléndidos y ciudadanos opulentos, y sobre todo si ofrece a todos medios fáciles de hacer fortuna, y sólo son pobres los que quieren serlo. Tal es la Iglesia católica. Es un hermoso jardín, con algunas malas hierbas, una brillante ciudad, con algunos rincones obscuros. A pesar de los desfallecimientos de cierto número de sus hijos, ofrece a todos sus miembros los medios de santificarse; preserva a los unos y realza a los otros; hace una guerra perpetua a todos los vicios; desaprueba los desórdenes y los escándalos; no moraliza a los hombres a pesar de ellos, pero solicita y multiplica su buena voluntad; finalmente, obtiene de sus fieles una suma de virtud que honra a la vez al catolicismo y al género humano. Cuando hablamos de la santidad de la Iglesia, se nos echan constantemente en cara los desfallecimientos de los católicos. Esto no es razonable. Porque de que haya algunos malos franceses, ¿tenemos el derecho de poner en duda la grandeza de Francia? Ciertamente que no. Pues bien, porque haya malos católicos no tenemos el derecho de pensar y decir que el catolicismo está alterado, despreciado, disminuído.

Sí, pero he aquí que

2.° *Hay desfallecimientos en los ministros de la Iglesia.* ¿Es esto verdad? Sí, es verdad. Para salvar a los hombres, preciso es ante todas cosas parecerse al

hombre... ser hombre. Un sacerdote angélico hubiera espantado, desalentado, alejado al hombre, en vez de servirlo; un sacerdote que nada tuviera de humano no hubiese inspirado ni respeto, ni confianza. Los sacerdotes no son ángeles, sino hombres, compuestos de cuerpo y alma, hechos de carne y hueso, hijos de Adán, y, como tales, capaces de pecar y desfallecer. Los obispos legítimamente reunidos, y los papas en ciertos casos particulares, son infalibles, pero nunca impecables, cada uno en su vida privada. Decir lo contrario sería una herejía y un absurdo. Lo repito una vez más: los ministros de la Iglesia no están al abrigo ni de las imperfecciones, ni de las tentaciones, ni de las caídas. No tengo el derecho de poner en duda semejante evidencia. Pero tengo el derecho y aun el deber de protestar contra las cuatro injusticias siguientes: con frecuencia, en la hora presente sobre todo, se inventa, se exagera, se generaliza, se explotan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia.

Se inventa. ¿Qué es lo que no se dice en cierta prensa contra el clero? Por cuanto los sacerdotes son personas pacíficas, demasiado pacíficas, que rara vez se defienden, "rarísimas veces, se abusa de su bondad de alma y de su situación inerme, y se ven atacados con frecuencia por la calumnia, por la mentira, por infames relatos que no merecen crédito alguno. "Ese periódico refiere demasiado para que sea verdadero", decía hace poco un hombre del pueblo hablando de un periódico que se le presentaba. Y decía la verdad exacta. En efecto, no es raro que la prensa irreligiosa, invente, a propósito del clero, falsos escándalos sacados enteramente del tintero y de la fantasía de un periodista desleal. Otras veces,

Se exagera los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia. Es una injusticia menos irritante que la pre-

cedente, pero injusticia al fin. Veámoslo. Si un sacerdote comete una falta, ¿por qué decir que ha cometido un crimen? Si notáis en él una distracción, una manía, una incorrección de lenguaje, un movimiento de impaciencia, ¿por qué calificarlo de pecado grave, y condenarlo despiadadamente? ¿Por qué convertir las olas en montañas? ¿Por qué convertir la apariencia en realidad, la presunción en certidumbre, el rumor público en demostración? He ahí cómo se procede a menudo con relación al clero: no se le perdona nada, y a los otros todo se les tolera. ¿Es esto justo? Además, no se contentan con esto, sino que se nos aplica un método que aplicado a otros, habría para ahorcarlos a todos.

Se generalizan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia, se hace pesar sobre toda la colectividad sacerdotal lo que solamente a uno es imputable. Una falta individual se convierte en la falta de todos. Con semejante manera de juzgar y generalizar, se puede llegar muy lejos en el terreno de la injusticia. Porque un oficial haya traicionado y un soldado haya vuelto hacia arriba la culata de su fusil, ¿habrá que condenar a todos los oficiales y a todos los soldados? Porque un notario, un médico, un abogado, haya faltado a su deber, ¿se condenará a todos los notarios, a todos los médicos, a todos los abogados? Señores, si este razonamiento es abominable cuando se aplica a una corporación civil o militar, es igualmente abominable cuando se aplica a una corporación sacerdotal. Se inventa, se exagera, se generaliza, y, finalmente,

Se explotan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia contra el sacerdocio y contra la religión. No hay razón para ello.

El sacerdocio y el sacerdote son dos cosas diferentes. El sacerdocio es divino; el sacerdote es hombre. El sacerdocio es siempre santo; el sacerdote puede no ser-

lo. Pero su culpabilidad no destruye ni su carácter, ni sus poderes, ni su doctrina, ni su misa, ni su absolución, y la religión que representa permanece intacta y sin alteración.

La religión y el sacerdote son dos cosas distintas. El médico no impide, con sus perversas costumbres, que la medicina sea útil. El geómetra, con la perversidad de su inteligencia, no impide que la geometría sea verdadera. El juez sin dignidad ni conciencia, no quita a la ley su carácter obligatorio. Así también, el sacerdote, por culpable que sea, o que lo supongáis, no impide que Dios sea la verdad, que el Evangelio sea la luz del mundo, y que la Iglesia sea santa y divina... He ahí, señores, principios de buen sentido y de equidad. Servíos de ellos en momento oportuno para cerrar la boca a los acusadores sin razón y sin conciencia que vilipendian impúdicamente a nuestra santa religión.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

Diferencias entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual

SEÑORES:

Se echa en cara a veces a la iglesia católica contemporánea que no se parece a la Iglesia primitiva y que ha abandonado las creencias y prácticas del cristianismo de los primeros tiempos. Según ellos, se ha apartado mucho la Iglesia del espíritu, de la fe, de las costumbres de sus fundadores, los apóstoles. ¿Qué hay de verdad en esta afirmación? ¿Se funda en algo? Me propongo demostraros su inanidad.

I. Entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual, la identidad substancial es innegable.

Lo que hoy creemos y practicamos, es lo mismo que se creía y se practicaba hace diecinueve siglos. En el origen más remoto, hallamos nuestro símbolo, nuestros sacramentos, nuestra jerarquía y aun muchas mues-

tras prácticas y devociones voluntarias. Tomaré al azar algunos ejemplos.

Rogamos por nuestros muertos. Pues bien, santa Mónica recomienda a su hijo Agustín que ruegue y haga rogar por ella en altar del Señor. Tertuliano (250 años después de Jesucristo) dice que una mujer cristiana debe ofrecer el santo sacrificio por su marido difunto. San Efreri (360 años después de Jesucristo) pide que se le dediquen oraciones después de su muerte, Constantino, según refiere Eugebio, quiso ser enterrado en una iglesia para que con frecuencia rogasen por él.

Nos confesamos, comulgamos y hacemos dar a nuestros enfermos el sacramento de la extremaunción. Pues bien, el apóstol Santiago dice formalmente: "Si alguno de nosotros cae enfermo, haced que venga un sacerdote y ruegue por el enfermo haciéndole unciones con el aceite." Las obras de los primeros escritores del cristianismo hablan como nosotros de la confesión y de la comunión. Se refiere en los Hechos de los Apóstoles, que los cristianos iban a declarar a los Apóstoles lo que habían hecho. Los obispos de los siglos III y IV que hablaron de la remisión de los pecados, exhortan a la confesión, entre otros san Cipriano (348 después de Jesucristo). "Cada cual—dice—confiese sus pecados mientras viva." En las Catacumbas se encuentran los altares del sacrificio de la misa. En la primitiva Iglesia, se guardaba la Eucaristía para los enfermos en los vasos sagrados, y en el momento del sacrificio, iba el sacerdote al altar precedido de diáconos y clérigos inferiores.

Practicamos el culto de los santos, de las imágenes y de las reliquias. Pues bien, las Catacumbas, donde se ocultaban los primeros cristianos contienen imágenes de santos. San Agustín y muchos otros pastores de la Iglesia primitiva, invitan a los fieles a engalar de seda

y oro, y a venerar, las reliquias de los santos. Desde los primeros tiempos del cristianismo, es uso corriente venerar las imágenes de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los santos, de adorar la cruz, de invocar a los bienaventurados, de honrar los restos de los mártires y de los confesores de la fe.

Nosotros ayunamos y guardamos abstinencia. Pues bien, los primeros cristianos ayunaban; lo prueban cien escritos. Todos los escritores de los tiempos apostólicos, del año 150 al año 450 después de Jesucristo, hablan del ayuno cuaresmal.

Nosotros hacemos con frecuencia el signo de la cruz. Los protestantes califican de superstición este signo. Pues bien, Tertuliano, que vivía 150 años después de Jesucristo, nos dice que los cristianos hacían el signo de cruz al levantarse, al acostarse, durante el trabajo, en los baños públicos, en el foro, en todas partes.

Nosotros tomamos agua bendita. Los protestantes la llaman agua de la idolatría; pero san Cirilo, san Agustín y los obispos de los primeros siglos, aconsejan el agua bendita.

Nosotros creemos en la primacía del papa, sucesor de san Pedro. Pues bien, los Evangelistas nombran en todas partes a san Pedro el primero, aun cuando no era el más anciano, ni el más antiguo apóstol, porque Jesucristo lo hizo base de su Iglesia. Después de la muerte del Salvador, preside la asamblea de los Apóstoles. Además, los escritores cristianos de los primeros siglos que hablan de los papas, colocan sin excepción a san Pedro en Roma, y le atribuyen la primacía.

Nosotros colocamos debajo del papa los obispos, los sacerdotes, los diáconos. Pues bien, el apóstol san Pablo habla de obispos, de sacerdotes que consagren a los sacerdotes. Uno de los primeros concilios de Alejan-

dría declara nulas las ordenaciones hechas por un simple sacerdote.

¿Para qué continuar la enumeración? Sería fastidiosa. Lo poco que acabo de decir basta para sentar la identidad substancial entre la Iglesia primitiva y la actual. Ello no obstante, hay diferencias. ¿Qué debemos pensar de ellas?

II. Entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual, las diferencias son puramente secundarias y accidentales.

Es cierto que la Iglesia no debe modificar sus creencias, porque no puede decir de una doctrina, ora que es verdadera, ora que es falsa, Pero también es cierto que puede y debe modificar sus leyes exteriores y obligarles a seguir el movimiento legítimo de las transformaciones sociales. Hechas para el mayor bien de los fieles las leyes exteriores de la Iglesia, sus leyes litúrgicas y disciplinarias deben adaptarse a las costumbres de las naciones, al temperamento de los pueblos, a las circunstancias de tiempo y lugar. Por ejemplo, por temor a la idolatría, prohibieron los Apóstoles comer la carne y la sangre de los animales ahogados. Sería ridículo conservar hoy semejante prohibición. Por ejemplo, existían en el origen, en el culto católico, ceremonias de detalle no indispensables, que han sido suprimidas y reemplazadas por otras. También tenemos actualmente ceremonias facultativas. ¿Qué importa esto? Cada pueblo y cada época honra a Dios merced a estas prácticas libres, según su gusto. Seguramente que no había ni gas, ni bujías, ni organistas, ni campanas, ni vidrieras en los subterráneos de las Catacumbas. Todas estas cosas son ornamentos puramente exteriores, y accidentalmente útiles que decoran el edificio del catolicismo.

sin que sea preciso hundirlas, pueden ser suprimidas o modificadas. Expliquémonos más y entremos en algunos detalles.

Había entre los primeros cristianos ágapes o banquetes universales que no encontramos en la Iglesia de hoy en día. Verdad es, pero lo que era bueno para su tiempo, no lo es para todos los siglos. Esta costumbre cayó en desuso aun en vida de san Juan, cuando creció el número de cristianos. Los ágapes no constituyen evidentemente un punto de creencia, sino una cuestión de conducta exterior, lo que es esencialmente mudable. Para imitar a los primeros cristianos, ¿habrá que cantar la misa en subterráneos? A otros tiempos, otras costumbres.

Entre los primeros cristianos, eran comunes los bienes, en tanto que la Iglesia actual se practicaba la propiedad individual. Verdad es, pero la comunidad de bienes jamás fué impuesta a los fieles. No era más que una práctica facultativa. Así ha continuado, y la encontramos practicada en el catolicismo en las Órdenes religiosas, en las cuales todo es común, y esto es todo.

Entre los primeros cristianos se leían las Escrituras. Pues bien, se prohibe en la Iglesia católica la lectura de la Biblia. ¿Es esto verdad? No. Jamás la Iglesia ha prohibido la lectura de la Biblia; tan sólo recomienda que se lea con prudencia, y no se crea que puede libremente interpretarse según el capricho de cada uno. Si Jesucristo dijo a los Judíos: "Leed las Escrituras", no quiso dar a entender con esto que no debemos creer más que la Biblia. Recomendó a los fariseos, hombres eruditos, que consultaran la Biblia para que viesen cómo se referían a El los caracteres del Mesías, cómo también las profecías. En efecto, la prueba de la divinidad de Jesucristo por las profecías, una prueba entre

muchas, no puede evidentemente afirmarse más que por la lectura del Antiguo Testamento. Así, en todos los tratados de instrucción religiosa, la Iglesia católica recomienda con insistencia el estudio de las Escrituras como método para llegar a la fe. Pero decir, con la Biblia en la mano: "He aquí el libro que contiene toda la Iglesia primitiva," es lanzar una afirmación sin fundamento alguno. La Iglesia naciente no podía reducir toda su religión a la Biblia, porque los Evangelios, salvo el de San Mateo, fueron escritos bastante tarde, para responder a dificultades locales. ¿Hay en la Iglesia primitiva un hecho, una línea, un epitafio que pruebe que puede uno, con la Biblia en la mano, constituirse en la religión cristiana? No. Jamás la Biblia sola constituyó en parte alguna toda la religión. Según los tiempos y según los lugares, se ha recurrido más o menos a la lectura de la Biblia. Esta variedad de usos, no altera en lo más mínimo la unidad substancial del catolicismo. No cambia de constitución un país porque reforme y modifique sin cesar sus leyes de policía y sus reglamentos de vialidad. Así, el catolicismo hace ya diecinueve siglos que permanece idéntico consigo mismo, a pesar de las diferencias secundarias y accidentales que se han producido en el curso de las edades en su vida externa, administrativa, litúrgica y disciplinaria.

III. Esto no obstante, se aducen aquí, como objeción, los dogmas nuevos promulgados por la Iglesia católica.

Se dice: "Antes de 1870, los católicos no reconocían el dogma del papa infalible; antes de 1854, el dogma de la Inmaculada Concepción; antes del año 1000, el dogma del Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo. Luego la Iglesia romana ha innovado, no ha conservado la doctrina de la Iglesia primitiva."

Entendámanos. Antes de aquellas fechas, la Iglesia creía en los mismos dogmas, pero no los había propuesto como obligatorios. Antes de imponer una doctrina, examina la Iglesia si esta doctrina ha formado siempre parte del depósito de la Revelación; consulta la historia de los siglos cristianos, los escritos de los obispos de los tiempos anteriores hasta los Apóstoles, y, finalmente, el buen sentido y la razón, que nada deben hallar en contra de la lógica, de la ciencia y de la moral; y aun así, no hace de esta doctrina un artículo de fe más que cuando razones graves lo exigen. Esto es lo que explica por qué algunos dogmas recibieron tan tarde la sanción definitiva. Nuestros antepasados, ya en la Edad Media por consiguiente, mucho antes de 1854, festejaban la Inmaculada Concepción; sólo que era libre la adhesión a este dogma, hasta que en 1854 se hizo obligatoria; he ahí la diferencia. Lo mismo debe decirse de la infalibilidad pontificia; mucho antes de 1870, formaba parte esta verdad del depósito de las verdades reveladas; formaba parte realmente, pero no oficialmente; mas a partir de 1870, convirtióse en verdad definitiva, es decir, obligatoria para todos. La Iglesia, al definirla, no la inventó, sino que sencillamente la comprobó, la consagró, la impuso a la creencia de todos los católicos. ¿Qué es un dogma nuevo? Es un dogma que ayer no estaba definido, pero que hoy lo está. Ayer estaba ya en la Escritura y en la tradición; hoy certifica la Iglesia que existe. Estaba contenido en la Revelación como el fruto en su germen, como el rayo en su foco, como el arroyo en su fuente; la Iglesia lo hace brotar, lo expone a la luz, lo cristaliza en una fórmula intangible. Ayer, se podía vacilar, discutir y aun negar; hoy, desde el momento en que la Iglesia ha decidido, ya no debe haber más que una voz. Escribió Fenelón un libro so-

bre las *Máximas de los Santos*, que fué vivamente atacado por Bossuet, y no menos defendido por su autor. Llevóse el asunto a la Santa Sede; Roma condenó la obra, y Fenelón subió al púlpito, leyó por sí mismo el breve o decreto que condenaba su doctrina, y ordenó a todos sus diocesanos que publicaran su propia condenación. Mucho más próximo a nosotros, en 1870, el obispo de Orleáns, Mons. Dupanloup, después de combatir la infalibilidad pontificia, como era su derecho, inclinóse ante la definición formulada por el Concilio Vaticano. En suma, la Iglesia no inventa los dogmas; los determina, los precisa, afirma su existencia indiscutible y les da su fuerza obligatoria Hace diecinueve siglos que está mezclada en las agitaciones de la historia, y conserva el depósito de las verdades reveladas que le fueron confiadas por su divino Fundador; nada ha cambiado de ellas; nada les ha añadido; nada les ha suprimido. Permanece idéntica a sí misma, y sus transformaciones disciplinarias no hacen más que hacer resaltar mejor su inmutabilidad doctrinal. Entre la Iglesia de hoy y la Iglesia primitiva, el fondo es el mismo con diferencias de forma.

Esta identidad entre la Iglesia primitiva y la Iglesia de hoy ha sido comprobada elocuentísimamente por una multitud de convertidos, cuyo testimonio es sumamente significativo. Todo el mundo conoce el movimiento de retorno al catolicismo que se dibujó en Inglaterra, a mediados del siglo diecinueve. Pues bien, he aquí como este movimiento fué inaugurado y provocado. Los doctores de la Universidad protestante de Oxford, queriendo reaccionar contra la descomposición creciente del anglicanismo, intentaron volver a las tradiciones de la Iglesia primitiva. ¿Cuál no fué su sorpresa cuando, al hojear los escritos de los antiguos Padres, e interrogar las tradiciones más remotas, ad-

tieron que todos los puntos controvertidos y recha-
zados por la Reforma, se hallaban afirmados en aque-
llos antiguos documentos. Los Padres apostólicos, los
Ireneo, los Crisóstomos, los Agustín, cuya doctrina
trataban de admitir los anglicanos, hablaban como la
Iglesia romana. Eran tan papistas como el último vi-
cario católico de Londres. Esta comprobación decidió
el retorno al catolicismo de gran número de ministros
protestantes. Desde 1841 a 1846, se convirtieron 60
ministros anglicanos.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA (1)

Hay catolicismo para poco tiempo

Christus resurgens jam non moritur.
Jesucristo resucitado, ya no muere.

HERMANOS MÍOS:

Mientras celebramos más solemnemente que nunca nuestra Pascua, no faltan en el mundo seres tenebrosos que dicen: "Esta vez hemos tomado bien nuestras medidas. Hay catolicismo para poco tiemmpo." A la profecía que anuncia la muerte, vengo a oponer la afirmación que canta la vida: *Christus resurgens, jam non moritur.* Jesucristo resucitado, ya no muere, y la religión fundada por El, es, como El, imperecedera por siempre jamás.

El catolicismo es divino; hay que profesarlo, protegerlo y propagarlo: tal es la lección elocuentísima, sumamente práctica y actual, que hoy os aporto. ¡Plegue

---

(1) Esta conferencia fué pronunciada el domingo de Pascua en la Misa mayor de las diez, ante toda la parroquia.

a Dios que mi palabra aumente y reverdezca vuestra fe y os convierta en católicos sin miedo y sin tacha!

El catolicismo es divino *en su origen.* De papa en papa y de obispo en obispo, se remonta a los Apóstoles, a san Pedro, a Jesucristo, que es Dios. De Dios hasta nosotros, la cadena no se interrumpe; un niño podría contar y nombrar todos sus escalones.

El catolicismo es divino *en su historia. Asentóse* sin auxilio humano y a pesar de toda oposición humana. *Vivió,* discutió, disecado, desgarrado, ora por la astucia, ora por la violencia; aquí por la ciencia, allá por la ley; hoy por los príncipes, mañana por los pueblos, a veces por todos estos medios coligados. *Produjo* maravillas de civilización. Rehabilitó a la mujer, al niño, al esclavo, al hogar. Transformó las ideas, las costumbres, las leyes, las instituciones. Hizo almas y sociedades nuevas. Aseguró la victoria de la moralidad sobre la brutalidad. Creó en el mundo la castidad perfecta, la caridad voluntaria, la abnegación desinteresada, las vocaciones heroicas, las virtudes reservadas.

El catolicismo es divino en *su organización.* Se mezcla con todos los pueblos, sin exigir el sacrificio de su nacionalidad ni el de su patriotismo. Se armoniza con todos los regímenes políticos, sin seguir su conducta, su método, sus excesos. No retrocede ante la voluntad de ningún hombre, así se presente coronado, armado hasta los dientes, arrebatado hasta la ferocidad. Su jefe, elegido por los pastores de todos los países, no es súbdito de ningún soberano particular, y goza de plena independencia. Una sociedad religiosa tan perfectamente sonstituída, no tiene un hombre por autor.

El catolicismo es divino *en su dogma,* que toca sin vacilar las cuestiones más delicadas, y satisface igualmente al genio y al humilde. Tenemos un símbolo

compuesto de misterios y de afirmaciones filosóficas, que se encadenan y se sostienen invenciblemente, y en torno de este símbolo se realiza la unidad de las inteligencias, a pesar de las diferencias de tiempo y de lugar, a pesar del progreso de la ciencia, a pesar de las rebeliones del sentido privado... en tanto que, fuera de nosotros, no veo más que individuos aislados, abandonados a sí mismos, con opiniones sin ninguna cohesión doctrinal.

El catolicismo es divino *en su moral*, la cual es precisa, completa, autorizada y eficaz. Ella proscribe todo mal y ordena todo bien; preserva, realza, transfigura; inculca la virtud, la hace posible, la exalta hasta el heroísmo. Si es verdad que hay falsos católicos, no es culpa de la Iglesia, cuyos consejos y órdenes bien observados, hacen perfecta al alma.

El catolicismo es divino *en su culto*. Todo es complicado o ridículo en la religión de Buda y en la de Mahoma. Los herejes tienen un templo mudo y glacial. La masonería, avergonzada de sí misma, no revela a nadie sus ceremonias subterráneas. El culto católico es en todas partes el mismo, en todas partes está abierto al público, en todas partes es digno de Dios y bienhechor del hombre.

El catolicismo es divino. Apelo a *sus ministros*, a sus papas, a sus obispos, a sus sacerdotes, a sus misioneros. Algunos fueron santos, muchos fueron sabios, casi todos hombres inteligentes y virtuosos. ¿No es inverosímil suponer que gran número de sacerdotes y pontífices, que viven y han vivido desde hace veinte siglos, se hubiesen puesto de acuerdo para caer en los mismos errores y engañar a los pueblos con las mismas mentiras?

El catolicismo es divino. Apelo a *sus partidarios*. Tomados en conjunto, constituyen la mejor porción

del género humano. Los unos son ilustres en todas las ramas del arte, de la ciencia, de las profesiones; los otros son abnegados hasta el sacrificio más absoluto de la fortuna, del bienestar y aun de la vida. Buen número, después de ignorar largo tiempo ó combatir á la Iglesia, han vuelto en ella a consecuencia de pacientes estudios. Veo que todos perseveran en ella hasta la muerte. Millares de judíos, de protestantes, de incrédulos, abandonaron sus errores en el momento de comparecer ante Dios, en tanto que jamás un católico creyente y práctico hasta aquel momento y enteramente libre cambió la religión. Cuando ya no se oye el ruido de la vida, cuando las pasiones se callan, la fe se yergue y se afirma incontestable y soberana.

El catolicismo es divino. Apelo a *sus enemigos*. Herejes, ateos, librepensadores, libres de todo freno, todos, aunque en guerra los unos con los otros, siempre están de acuerdo para atacarlo. Se deja tranquila a la religión china y a la mahometana, al rabino judío, al marabut árabe, al ministro protestante. Los malos no persiguen más que a la religión católica. ¿Por qué? No es que sea falsa, porque las objeciones que se oponen, carecen de valor y han sido centenares de veces refutadas. No es que sea mala, porque no hace más que el bien en todas partes, siempre, a todos. ¿Por qué, pues, ese acuerdo del odio contra la religión católica? Porque es la única cuyas afirmaciones y exigencias inquietan las almas impías y descarriadas. Da miedo. Es un remordimiento viviente. La detestan porque es verdadera; la maltratan porque es santa; la temen porque es divina. Verdadera, santa y divina, tiene el honor incomparable de contar entre sus enemigos a todos los bribones de alta y baja estofa. ¡Cristianos, nunca os mostraréis suficientemente orgullosos de vuestra religión! Para apreciarla en su justo valor, no tenéis mas

que prestar oídos a las imprecaciones de sus enemigos, no menos gloriosas para ella que las aclamaciones de sus amigos.

I. Hay que profesarla.

Tal es nuestra obligación. La libertad de conciencia, la libertad del culto es un derecho natural, inherente a la persona humana, anterior y superior a los derechos del Estado, fundado en la voluntad de Dios, que dijo: "Amarás al Señor tu Dios... y sólo a Él servirás." Es un derecho positivo, reconocido, escrito, claramente expuesto en el artículo 1.º del Concordato, que dice: "La religión católica, apostólica y romana será libremente ejercida en Francia." No impedimos que el judío vaya a la sinagoga, el protestante al templo, el francmasón a la logia, el librepensador al club, sino que nadie puede impedirnos que vayamos a la iglesia y practicar nuestra religión. Pueden matarnos, pero no pueden matar nuestro derecho. Hay que profesar el catolicismo. Tal es nuestro derecho.

Tal es también nuestra obligación. Dios lo quiere. Veneremos interior y exteriormente la religión, las cosas y las personas religiosas. Sepamos ponernos de rodillas cuando se nos mande; cantar nuestro *Credo* y seguir una procesión cuando convenga; afirmar nuestra fe en la conversación, en todo momento oportuno; saludar al sacerdote cuando la ocasión se presente. Seamos católicos hasta el fin, hasta la santificación completa del domingo, hasta la práctica de la abstinencia en casa y de viaje, hasta la confesión y la comunión pascual... Nuestro tiempo lo exige. Un poeta escéptico del siglo XVIII, testigo asqueado de las orgías de la banda, el enciclopedista Chamfort, exclamaba refiriéndose a los librepensadores que le rodeaban: "Tan-

to dirán que acabarán por hacerme ir a misa." Me parece que en la hora presente, al choque de las brutalidades e insolencias de la impiedad, los cristianos, tibios, las personas sencillamente honradas acabarán por comprender que al exceso del mal exige de su parte un despertar, un esfuerzo, un arranque hacia el bien, una vuelta a la religión completa. Los campos se deslindan. No es lícito, casi no es posible pasar de una orilla a otra orilla, de flotar entre la fe que se afirma y la negación que blasfema. El catolicismo es divino. Preciso es profesarlo.

II. Preciso es también protegerlo.

Tal es nuestra obligación. Cuando un ladrón de caminos nos pide la bolsa o la vida; cuando un ladrón de casas intenta escalar nuestro muro cerrado y fracturar nuestra puerta y nuestra caja; cuando un ratero por procedimientos vedados, trata de despojarnos de lo nuestro, tenemos el derecho de defendernos, de mostrarnos desconfiados, de tomar precauciones, de desenmascarar la injusticia, de proteger nuestra propiedad. Ahora bien, la religión es un patrimonio moral más precioso que el oro y la plata; y si, con la violencia, la ley o la astucia, se nos disputa esta propiedad sagrada, tenemos ciertamente el derecho de protegerla. ¿Qué digo?

Tal es nuestra obligación... obligación de conciencia, porque la religión es un bien de familia, un depósito cuyos guardianes responsables somos; obligación de patriotismo, porque la religión es un bien nacional, cuya desaparición sería para la sociedad un empobrecimiento y una desgracia irreparable. Todas las fuerzas sociales son solidarias de la idea religiosa. Si la religión cae, todo caerá con ella, la salvación de nues-

tras almas, el honor de nuestros hogares, la seguridad de la patria. Cuando arde la casa, todo el mundo debe formar la cadena para extinguir el incendio. Cuando el navío está en peligro, todos los pasajeros deben convertirse en tripulantes para luchar contra la tempestad. Cristianos, todas vuestras instituciones religiosas están en peligro; hay que formar la cadena. Vuestra fe está amenazada; hay que salvarla. Con la oración, con la palabra, con la acción, con la prensa, con el voto, con la asociación, con los medios sobrenaturales y con los medios legales, hay que proteger al catolicismo.

III. Hay que propagarlo.

Tal es nuestra obligación. Los impíos propagan libre y ardientemente la impiedad. Hay en el mundo un vasto y misterioso apostolado de escepticismo y de muerte que no descansa un momento. ¿Es que la propaganda del mal es permitida y prohibida la propaganda del bien? Así se ha dicho. Padres, se ha dicho que vuestros propios hijos no os pertenecen, sino que pertenecen al Estado, y que, por consiguiente, deben ser educados por El Estado, instruídos por el Estado, deformados, descristianizados, descatolizados por el Estado. ¡Fuera semejantes infamias! Poseéis el catolicismo, no para ocultarlo y ahogarlo en vuestro seno, sino para transmitirlo y propagarlo. Tal es vuestro derecho.

Tal es también vuestra obligación. Transmitidlo a vuestros hijos. Antes de procurarles títulos, para convertirlos en personas honradas y excelentes ciudadanos, haced de ellos cristianos convencidos y católicos fervientes. No permitáis que se borre de la frente de vuestra posteridad el signo del bautismo. No dejéis que crezca a vuestro lado una raza de descreídos. Propa-

gad el catolicismo, no sólo en vuestra familia, sino también en vuestro mundo contemporáneo. Con la palabra y con la pluma, con el ejemplo y el apostolado, con la persuación y los servicios que hagáis, acreditad vuestra fe, disipad los prejuicios, desterrad la ignorancia, alentad a los que combaten, atraeos a los que vacilan, sustituid a los que caen, salvaos salvando a vuestros hermanos.

Hay malhechores que dicen: "Esta vez están bien tomadas las medidas. Tenemos catolicismo para poco tiempo." A esto he respondido: "El catolicismo es divino. Hay que profesarlo, protegerlo y propagarlo." Ejecutad este programa. Seguid las enseñanzas que nuestro excelente predicador cuaresmal os da con tanto celo y talento. Cumplid con vuestra obligación, y no tengáis miedo. Todo el mal que se hace y todo el mal que se anuncia, pasará como pasaron las tempestades precedentes. La tormenta sólo dura un momento. En vano arrasa las cosechas; el tiempo y la paciencia lo reparan todo. Por otra parte, la tempestad es a menudo necesaria para renovar y sanear el aire. La Providencia conduce los acontecimientos según sus miras. El hombre se mueve y Dios le guía. *Christus resurgens jam non moritur*. Jesucristo es el eterno crucificado, el eterno resucitado, el eterno perseguido, el eterno vencedor. Padeciendo con El, preparamos las victorias y resurrecciones de lo por venir. Seamos aquí bajo, durante algunos días, los lugartenientes de la verdad y el bien, los amigos de la justicia y de la libertad, los servidores de nuestros hermanos, los fieles hijos de Dios, creyentes sinceros, católicos sin miedo y sin tacha, y seremos allá arriba coronados, elegidos, eternamente bienaventurados.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

¿Por ventura puedo creer en hombres?

SEÑORES:

No hemos terminado aún las objeciones dirigidas contra la Iglesia. Ella se compone de hombres. El papa y los obispos son hombres como nosotros. De aquí que algunos se rebelen y exclamen: "¿Por ventura podemos creer en hombres?" ¿Por qué no? Permitidme que os muestre, que el sistema católico es aquí como siempre, absolutamente razonable.

I. Los católicos creen en hombres, pero no en cualesquiera hombres.

¿Cuáles son los hombres que tienen el derecho de enseñarnos la religión y en los cuales creemos?

¿Son *los reyes, los emperadores, los presidentes* de república y sus ministros? No. Algunos han abrigado y abrigan aún, semejante pretensión de gobernar las almas y los cuerpos, lo espiritual y lo temporal. Los

emperadores de Rusia, los reyes de Inglaterra, José II de Austria, y, en Francia, los autores de la constitución civil del clero. Semejante pretensión sería idiota, si no fuera criminal. Veámoslo. ¿Por ventura dijo Jesucristo a Tiberio o a Herodes: "Edificaré mi Iglesia sobre ti?" No. Esto lo dijo a San Pedro, y a sus sucesores. No hay en el Evangelio una sola palabra que autorice a los poderes civiles a ocupar el puesto de pontífices, predicadores y legisladores religiosos. Y si a veces, en la historia, se ha visto que príncipes seculares asistían a concilios, promulgaban leyes puramente espirituales y se ocupaban en asuntos eclesiásticos, hay que interpretar su intervención y entenderla rectamente. Jamás aceptó la Iglesia la ingerencia del Estado en su enseñanza. Jamás se doblegó ante un sable, ante un orador parlamentario. Si bien permitió que los príncipes católicos penetraran en sus concilios, jamás les concedió voz deliberativa. Constantino dijo en el Concilio de Nicea: "No nos pertenece a nosotros ser jueces en los asuntos religiosos, porque no somos obispos." Y Teodosio, en el Concilio de Efeso, dirigiéndose a los obispos, les dijo: "A vosotros ha concedido Dios el poder de gobernar nuestras almas." Sería, pues, muy curioso, sería irracional, que jefes de Estado, con frecuencia ignorantes en religión, a veces herejes o perseguidores, fuesen directores de almas y miembros directores de la Iglesia. Esto no puede ser. esto no es. ¡¿Quiénes son, pues, los hombres que tienen el derecho de enseñar la religión y en los cuales hacemos profesión de creer?

¿Son *los laicos piadosos, los cristianos fieles, los católicos eminentes* por el talento, la virtud o el celo? No. Ciertamente no hay inconveniente alguno, y aun hay ventajas, en que los seglares intervengan en la definición del Evangelio y en la defensa de la Iglesia. Al-

gunos han sido y son poderosos agentes de apostolado, y preciosos auxiliares del catolicismo. Pero examinemos bien este punto. Los seglares, por bien intencionados y por inteligentes que sean, no son la Iglesia enseñante. No son oráculos, y, con frecuencia nos equivocaríamos si nos pusiéramos a remolque de alguno de ellos. Nuestra mentalidad religiosa podría resentirse mucho de ello. ¿Quiénes son, pues, los hombres que tienen el derecho de enseñarnos la religión y en los cuales hacemos profesión de creer? ¿Son Bonald o de Maistre? No. ¿Es Luis Veuillot? Tampoco. ¿Son Drumond o Cassagnac? Menos. Todos estos hombres son pensadores y escritores de mucho valer... pero no tienen la misión divina de instruír nuestras almas ni de dirigirnos oficialmente por la vía de la salvación.

¿Son *los simples sacerdotes* los que tienen esta misión? No. Los simples sacerdotes no son la Iglesia enseñante. No creemos en ellos, sino en aquellos que los enviaron, esto es, en el papa y en los obispos. Cuando Jesucristo dijo: "Id y enseñad a todas las naciones" Se dirigió únicamente a los Apóstoles y estableció dos categorías bien distintas: los Apóstoles y su auditorio, de un lado, el papa y los obispos reunidos, sucesores de los Apóstoles, órganos de la Iglesia, en quien se perpetúa la promesa divina, y, de otro, los sacerdotes y los fieles, sucesores de los discípulos, en quien se renueva el auditorio que escucha y se instruye. Los católicos creen en hombres, pero no en todos los hombres, sino en los que enseñan con la autoridad de los Apóstoles. He aquí ahora otra explicación importante.

II. Los católicos creen en hombres, pero únicamente en materia religiosa.

Señores, los enemigos de la Iglesia nos acusan estúpidamente o malvadamente de conceder fe, como a una palabra del Evangelio, a todo cuanto dicen o pueden decir el papa y los obispos sobre cualquier asunto. Esta acusación sólo puede engañar a los ignorantes y a los cándidos. Hacemos profesión de creer en el papa y en los obispos... pero ¿en qué?

¿En materia profana y científica? No. Las ciencias matemáticas, naturales y físicas, la historia, la política y el gobierno, las artes y las letras, la agricultura, el comercio y la industria son cosas entregadas a las disputas de los hombres, circunscritas a los límites del tiempo, y tienen por teatro la tierra y por objeto la vida temporal... Sobre estas cosas, el papa y los obispos no tienen que pronunciar juicio alguno definitivo. Pueden ciertamente tener y expresar una opinión, pero no imponen una solución obligatoria únicamente.

En materia religiosa hacemos profesión de creer en el papa y en los obispos. Han sido instituídos para regenerar moral y religiosamente la especie humana, para dar al hombre, no la doctrina y la vida del tiempo, sino la doctrina y la vida de la eternidad, para tomarnos de la mano y conducirnos al cielo... Nada más ni menos que para eso. Así, pues,

Creemos en el papa y en los obispos cuando nos enseñan el dogma, es decir, las verdades especulativas que deben regir nuestras ideas.

Creemos en el papa y en los obispos cuando nos enseñan la moral, esto es, las verdades prácticas que deben regir nuestra vida. El dogma y la moral constitu-

yen el depósito de la Revelación cristiana confiada a su custodia.

Creemos en el papa y en los obispos cuando legislan para la Iglesia universal. Dejaría la Iglesia de ser santa, no sería ya la obra divina de Jesucristo, si el papa y los obispos pudieran ordenar al mundo entero algo inmoral o irreligioso, algo contrario a la fe y a las costumbres.

Creemos en el papa y en los obispos cuando definen que tal doctrina es errónea, que está contenida en tal libro o enseñada por tal heresiarca.

Creemos en el papa y en los obispos cuando velan con celosa libertad y escrupulosa fidelidad a las puertas de su territorio espiritual, cuyo acceso defienden, y declaran usurpador y sacrílego a todo aquel que intenta violarlo, y cuando arrojan fuera del seno de la Iglesia a todo el que discute una verdad de fe o una regla de costumbres.

Creemos en el papa y en los obispos cuando declaran que tal vida santa merece el culto de la familia cristiana, cuando canonizan a los santos. ¡Cuán singular sería la Iglesia de Jesucristo, y qué error inevitable e insoportable nos impondría, si pudiese elevar un condenado a los altares! Aquí, con todo, se impone una explicación necesaria, que me apresuro a daros. Cuando la Iglesia canoniza a un santo, al Cura de Ars, a Juana de Arco, toma a su cargo la santidad del personaje, no los actos y milagros de su vida, aunque estén oficialmente comprobados. "Jamás—dice Benedicto XIV—ha considerado la Santa Sede como cierto todo lo contenido en el martirologio y en el breviario." Diversos errores e inexactitudes se han deslizado en el relato de la vida de los santos; a la crítica histórica corresponde la empresa de hacer justicia... He aquí, pues, dos afirmaciones bien sentadas: los católicos creen en

hombres, pero no en cualesquiera hombres, sino tan sólo en materia moral y religiosa. He aquí ahora la última observación capital:

III. Los católicos creen en hombres, pero en hombres infalibles.

Cada día, *en la vida civil* creemos en hombres que no son infalibles. *El niño* cree en su padre y en su madre, y confía en ellos a ojos cerrados. Esto no obstante, los padres no son infalibles, pueden engañarse y engañar a su posteridad, lo cual ocurre con bastante frecuencia. *El alumno* cree en su maestro; abre los oídos, toma la pluma y acepta las decisiones soberanas de su profesor; sólo con esta condición tiene probalidades de conquistar más tarde el título de bachiller. Ello no obstante, el maestro en su clase no es infalible, sino que puede engañarse y engañar a sus alumnos. Por parcialidad, por ignorancia, por distracción, puede cometer injusticias, errores, descuidos. El *pleitista* cree en el juez, aunque a veces lo maldiga, pero es preciso que crea en el juez de paz, que pronuncia juicios sin apelación en ciertas materias; en el tribunal de la audiencia, que es soberano; en el jurado y en el consejo de guerra, que resuelven definitivamente las cuestiones de hecho, y en el Tribunal Supremo, que decide las cuestiones de forma y las de derecho. A pesar de ello, el magistrado no es más infalible que el profesor o el padre de familia, y los errores judiciales son de todo tiempo y de todo lugar. Creemos en *filósofos*, que tienen pretensiones, pero que carecen de doctrina, que remueven cuestiones, pero que no dan soluciones; que se contradicen entre sí; que niegan hoy lo que afirmaron ayer. Creemos en *políticos* y en *periodistas*, que se mofan de la verdad, de la justicia, del pueblo, de

todo y de todos. He ahí un hecho palpable. Todos los días, en la vida civil, creemos en hombres que no son infalibles. Esto es así, y, hasta cierto punto, debo decir, *así debe ser.* No hay familia, si el hijo no cree en su padre y en su madre. No hay ciencia, si el alumno no cree en su profesor. No hay justicia, si el pleitista no cree en su juez. No hay nación, si el ciudadano no cree en el Estado. No hay orden social, si el hombre no cree en el hombre. Si, pues, en materia profana, creemos en hombres que no son infalibles,

¿Pueden censurarnos de que nosotros los católicos, *en materia religiosa,* creamos en el papa y en los obispos, es decir, en hombres que son infalibles? No pueden, no deben censurarnos. Creyendo en el papa y en los obispos, que son infalibles, no sólo hacemos un acto de fe, sino también y sobre todo un acto de razón. Pero el papa y los obispos, ¿son verdaderamente infalibles en la enseñanza de la religión? Tened un poco de paciencia, pues me propongo ofreceros la prueba más clara y convincente de ello.

Por hoy, señores, resumo mis tres proposiciones. Los católicos creen en hombres, pero: 1.° no en cualesquiera hombres; 2.° únicamente en materia religiosa; 3.° en hombres infalibles. Los católicos no somos crédulos ni supersticiosos. No damos nuestra fe sino a sabiendas. Los ciegos, los crédulos, los supersticiosos, lo pobres insensatos son los librepensadores, los que siguen dócil y estúpidamente a jefes de fila, a supuestos doctores sin mandato, sin autoridad, y, con frecuencia, sin valer y sin conciencia. Mostrémonos orgullosos, señores, de nuestra religión. Estudiémosla para amarla más, para defenderla mejor, para practicarla cada día con mayor perfección.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

¿Por ventura puedo creer en hombres?
(Conclusión)

SEÑORES:

Se nos echa en cara a nosotros los católicos que creemos en hombres. Verdad es, creemos en hombres, pero no en cualesquiera hombres, solamente en materia religiosa, y únicamente en hombres infalibles. Hay que demostrar esta última proposición. Declaro y voy a demostrar, que el papa y los obispos unidos al papa: 1.º deben ser infalibles; 2.º son infalibles.

I. El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles.

La infalibilidad es una necesidad de la naturaleza humana. El hombre la practica y la acepta aun donde no se encuentra. El jurado envía soberanamente al cadalso, a pesar de que puede equivocarse. Aceptamos sin vacilar las prescripciones del médico, las drogas del

farmacéutico, y a veces se halla en ellas la muerte; pues con mayor razón tiene necesidad de decisión el hombre en lo referente a su vida religiosa, de la cual depende la eternidad, y la cual reclama la fijeza en la creencia. La fe es obligatoria, y por ella hay que estar siempre dispuesto a dar la vida. Pero ¿cómo una Iglesia que puede engañarse tendría el derecho de pedir la vida de sus fieles para un error posible y un dogma dudoso? ¿Cómo obligar a creer lo que puede ser falso? El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles. La infalibilidad es una necesidad en materia religiosa. En materia profana los errores son reparables. La ciencia se reforma, la justicia se mejora, y, a veces, vuelve sobre sus sentencias, la política y el gobierno son y se declaran perfectibles. Si nuestros padres fueron mal educados, mal enseñados, mal juzgados, mal gobernados, podéis aprovechando su experiencia, procuraros mejor educación, una ciencia más profunda, una justicia más exacta, un gobierno más equitativo. Pero, en materia religiosa, todo error es irremediable, y toda retracción imposible. Si la Iglesia se engaña, y engaña tan sólo a un alma, la desgracia es irreparable; no debemos sospecharlo ni un solo día, ni sobre un solo punto, ni en un siglo, ni en otro.

Supongamos que la Iglesia, el papa y los obispos unidos al papa no sean infalibles, ¿a quién, qué cosa, poner en su lugar para guiar seguramente al pueblo cristiano? El hombre, creado para la verdad, tiene necesidad de que se le dé; el hombre, poseedor de la verdad, tiene necesidad de que se la conserve. Sus aspiraciones y debilidades proclaman la necesidad de un gobierno de los espíritus. ¿Quién será encargado de este gobierno? ¿Los espíritus escogidos y los hombres de estudio que se aplican a la investigación de la verdad, y se deleitan en su posesión? Pero sus incertidum-

bres sus variaciones, sus disidencias sobre los puntos fundamentales que más nos interesan, les prohiben, la mayor parte de las veces, las generosas y delicadas funciones de doctores y directores del espíritu humano. Por otra parte, ellos mismos se recusan. "La elevación intelectual—dice Renán—será siempre patrimonio de un pequeño número; con tal que este pequeño número pueda desarrollarse libremente, no se preocupará gran cosa de la manera como el resto proporciona a Dios a su altura." Hijos de Voltaire y de Renán, nuestros modernos filósofos se desentienden fácilmente de la inmensa mayoría del género humano. Dios es mejor que los filósofos, y quiere que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad... por la verdad, hay que entender especialmente las verdades superiores que superan a nuestra razón, que nos ponen en relación más íntima con Dios, y determinan la dirección de nuestra vida en el sentido de nuestros destinos sobrenaturales. No contemos con nuestros intelectuales para ponernos en posesión de estas verdades superiores. Tienen la pretensión de universalizar la instrucción profana, y desdeñan, por lo general, la instrucción religiosa, más necesaria que ninguna otra al alma humana. Los unos por negligencia y ceguedad, los otros por sistema, descartan de la enseñanza popular las altas y graves cuestiones cuya solución reclaman imperiosamente nuestra necesidad de conocer, nuestros deseos de grandeza, nuestra sed de inmortalidad. La instrucción que se ofrece a nuestras jóvenes generaciones es una instrucción positiva, que elimina deliberadamente las cuestiones que se plantea instintivamente todo ser racional: ¿Quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿por qué caminos? En lugar de la Iglesia, del papa y de los obispos unidos al papa, no podemos colocar doctores puramente humanos.

¿Podemos colocar la Sagrada Escritura, el Evangelio? ¡El Evangelio! ¡Pero si cada cual lo interpreta a su manera! ¡Pero si los pasajes claros y admitidos por todos no bastan ni siquiera para establecer sin contradicción la divinidad de Jesucristo o la Trinidad! Atenerse únicamente a la Biblia, que tiene necesidad de explicaciones difíciles, y sobre la cual no se ponen de acuerdo los hombres instruídos, es querer hacer imposible la conquista de la verdad. Ved como proceden los herejes. Jamás saben lo que hay de exacto en la Biblia; ni siquiera lo saben sus ministros. Ved a Lutero; después de apelar de su obispo al papa, del papa mal informado al papa bien informado, de las universidades alemanas a la universidad de París, y, finalmente, al concilio general, declara, sin esperar al concilio, que apela a la Escritura. Estaba bien seguro de que la Escritura era un juez que no podía condenarlo, ni responderle, y al cual le haría decir cuanto quisiera. Los heresiarcas se sirvieron de la Escritura para cohonestar su rebelión. ¿Hay algo más sencillo que esto texto: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre?" Esto no obstante, Calvino no ve en él más que una figura, en tanto que Lutero persiste en ver en él la presencia real. Zwinglio reprocha a Lutero el haber falsificado el texto bíblico y cometido más de mil alteraciones, y Lutero califica de locos y de anticristos a los que aceptan la versión de Zwinglio. A creer a Teodoro de Beza, la versión de Ecolampadio, publicada en Basilea, es "impía y contraria a la palabra de Dios." Si se cre- a los anglicanos, "la de Ginebra es la peor y más infi- que se haya publicado nunca." Fnalmente, los an- glicanos mismos piden al Parlamento una revisión de las Escrituras, y la única razón que retiene al Pa- mento es la imposibilidad de encontrar ministros q- se entiendan sobre los cambios que querían introd-

en la Biblia en uso. El protestantismo no quiere referirse más que a la palabra divina consignada en la Biblia, pero no está absolutamente cierto de poseer la palabra de Dios desde el momento en que niega la infabilidad de la Iglesia. El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles. Nada ni nadie puede sustituirlos para conservar y distribuir con seguridad al género humano la doctrina de Jesucristo.

II. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles.

Apelo a *su propia afirmación.* Si esta afirmación fuera embustera, sería incomprensible. Jamás reunión alguna de hombres se hubiera atrevido, y no se atrevió, a decir, salvo los concilios, que no se engañarían nunca; eso sería demasiado absurdo, y evidentemente demasiado falso. Pero la asamblea general de los obispos unidos al papa se da este privilegio. Semejante pretensión es única en el mundo. Por grande que sea su ambición de ser creído, el hombre no se atreve a afirmar que no puede engañarse; procura imponerse como si fuera infalible, pero decir que lo es, no lo ha hecho nunca. Ved a Lutero y Calvino. Refrenan, injurian, persiguen y aun condenan a muerte a los que se niegan a creer en su palabra... pero no se atreven a decir que son infalibles. El papa y los obispos unidos al papa se creen y se proclaman infalibles; luego lo son. Su afirmación por sí sola es una demostración.

Apelo a *la afirmación de Jesucristo.* Jesucristo dió la infalibilidad a sus Apóstoles. Prometióles que no se engañarían, y esto eternamente. Abundan los textos de la Escritura Santa: "¿Quién os escucha, a mí me escucha." "Si alguno no escucha a la Iglesia, téngase por publicano." "Enseñad a las naciones, enseñadles lo que yo os he enseñado; yo estoy con vosotros hasta

la consumación de los tiempos." "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." San Pablo dice que "Jesucristo hizo apóstoles y pastores y doctores, para que no seamos arrastrados por todo viento de doctrina." Recomienda á su discípulo Timoteo "que guarde sin tacha la doctrina hasta la venida de Jesucristo." ¿Qué quiere decir todo esto sino que los jefes de la Iglesia son infalibles? Esto es más claro que la luz del día. Finalmente, para desvanecer toda duda, Dios permitió que la Sagrada Escritura, los Hechos de los Apóstoles, nos hicieron el relato de una reunión apostólica en donde se afirmara esta infalibilidad. En efecto, los Apóstoles y los ancianos, después de deliberar sobre la promulgación de cierta ley, la proclamaron así: "Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros imponer esta ley necesaria"... Decláranse, pues, colegas del Espíritu Santo.

Jesucristo dió la infalibilidad a los Apóstoles; luego también a sus sucesores, al papa y a los obispos unidos al papa. Esto no es dudoso. Jesucristo dijo a los Apóstoles: "Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo." Pues bien, los Apóstoles murieron; no podían vivir y envejecer eternamente. Por consiguiente, Jesucristo prometió estar con ellos y con sus sucesores. Jesucristo les dijo también que enseñaran a todas las naciones. Ahora bien, por sí mismos no podían evangelizar el África casi desconocida, a América ignorada, al Asia sin fin; no podían hacerlo más que por medio de sus sucesores. Por consiguiente, Jesucristo al dirigirse a los Apóstoles, dirigíase al papa y a los obispos sus sucesores. Si la infabilidad hubiera debido cesar, Jesucristo nos lo hubiera advertido a fin de que los fieles supiesen con exactitud hasta cuándo conservaría la Iglesia la verdad, y no se vieran expuestos nece-

riamente a aceptar el error. Por otra parte, ningún escrito de los primeros tiempos distingue, sobre este punto, entre los Apóstoles y sus sucesores. Era una verdad universalmente reconocida, y desde el origen vemos que los Apóstoles admiten entre ellos a san Pablo y a san Matías, a los que Jesucristo no había elegido durante su vida. La afirmación de Jesucristo sobre la infabilidad que da a su Iglesia, no está tan sólo claramente explicada en el Evangelio, sino que es inmediatamente realizada y reconocida en los principios de la vida católica. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles.

Apelo a la *afirmación de la historia.* Desde el principio, y en el curso de veinte siglos, el papa y los obispos ejercen su privilegio de infalibilidad. En el Concilio de Jerusalén, los Apóstoles, como acabamos de ver, promulgan el decreto en nombre del Espíritu Santo y en el suyo propio. Sus sucesores obran del mismo modo, juzgan por modo infalible todo lo que se refiere a la dctrina revelada, y condenan soberanamente lo que se levanta contra la Revelación. Su boca fija la fe y fulmina el anatema. Ora el papa define por sí solo y los obispos dispersos aceptan su juicio y definen después de él y con él, ora los obispos se unen al papa en concilio general, cuyas decisiones son inmediatamente recibidas y obedecidas en Oriente y en Occidente. A veces se intenta apelar del papa mal informado al papa bien informado, de un concilio a otro concilio... Pero estos miserables subterfugios, estos vergonzosos equívocos, estas desdichadas sutilidades no impidieron que la Iglesia definiera sus dogmas y los defendiera de los ataques de la herejía impotente. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles; ejercen su infalibilidad sucesivamente ante el mundo romano, ante el mundo bárbaro, ante la Edad

Media, ante las generaciones modernas, y en el curso de venite siglos, la porción más inteligente, más sana, más virtuosa del género humano, muéstrase inclinada, en el orden de la conciencia y de la fe, ante el papa y los obispos unidos al papa. La historia nos dice que la infalibilidad del papa y de los obispos unidos al papa, es un hecho veinte veces secular. De este hecho existe una prueba irrefutable, que es la siguiente: Sólo el total de las definiciones, en número incalculable, pronunciadas por los papas o los concilios, en épocas y en regiones diferentes, dirigidas a los pueblos más diversos, a varios siglos de distancia, y sin contradicción, no es ciertamente un fenómeno humano. De estas definiciones de fe, no hay una sola que destruya a otra; un concilio completa los precedentes. Los legisladores humanos no se acercan a semejante concierto. ¡Qué caos tan inmenso si opusiéramos las unas a las otras las decisiones de nuestros diputados, de nuestros senadores, nuestros magistrados... si comparásemos los unos con los otros los tribunales y las legislaciones de Suecia, de Italia, de Turquía! La reunión de las leyes elaboradas en Francia desde hace cien años solamente compondrían la mezcla más estupenda que pueda imaginarse. Del mismo modo, los sínodos protestantes han dicho sí donde los otros han dicho no y Bossuet compuso un grueso volumen con sus variaciones. El papa y los obispos unidos al papa jamás formularon, en un período de veinte siglos, dogmas contradictorios. Y así dan cumplimiento, ante los ojos mismos de la historia, a las palabras que Jesucristo les dirigió en el origen: "Id y enseñad a todas las naciones; yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos."

El papa y los obispos unidos al papa deben ser son infalibles. Son hombres, pero es Dios quien ha

por su boca. Podemos sin temor darles nuestra adhesión. No hay necesidad de discutir. El papa y los obispos unidos al papa nos enseñan la verdad religiosa enteramente formada. ¿Hay algo más seguro y popular que semejante método? Un católico que sigue su religión, conoce sin esfuerzo los mandamientos de Dios y de la Iglesia y el símbolo de los Apóstoles. En esas pocas líneas sabe todo lo que debe creer prácticamente para salvarse; por otra parte, confía en la infalibilidad de sus jefes espirituales; no tiene que hacer estudios complicados, si su inteligencia o sus ocupaciones no se lo permiten, como ocurre con las muchedumbres. Toda la cuestión religiosa se reduce para él a creer en el papa y en los obispos unidos al papa, que son infalibles. Cree en hombres, diréis. Sí, pero nada tan racional, porque estos hombres en materia religiosa, no pueden engañarse.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

¿Acaso puedo obedecer a hombres?

Señores:

Se reprocha a los católicos el que crean en hombres. No hay razón para ello. Se les reprocha también que obedezcan a hombres. Esta acusación es todavía menos seria que la precedente. En efecto, ninguna sociedad, que quiere vivir, y vivir bien, no puede prescindir de la necesidad de ser regida y gobernada por hombres. Ahora bien, Jesucristo, al crear su Iglesia, hizo de ella una sociedad viviente, organizada, completa, inmortal, y a la cabeza de esta sociedad puso, no ángeles, sino hombres, el papa, los obispos, los sacerdotes. Estos hombres son nuestros jefes. Nosotros los obedecemos y tenemos el derecho y el deber de enorgullecernos de ello. Para convencernos, más y más, hagamos la comparación entre los poderes que gobiernan la sociedad civil y los hombres que gobiernan nuestra sociedad religiosa. Esta comparación depone enteramente en favor del catolicismo.

I. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad divina.

Los poderes civiles no tienen más que una autoridad puramente humana. Dios no interviene en la constitución política de las sociedades. Según los tiempos, los lugares, las costumbres, las conveniencias, se constituyen en monarquías, en oligarquías, en aristocracias, en democracias; se llaman reinos, imperios, repúblicas; eligen el régimen que bien les parece... de suerte que los gobiernos civiles no son más que una pura y simple delegación de la voluntad de los pueblos, de la voluntad nacional, la cual se expresa por la aclamación, por el sufragio, o por consentimientos tácitos. Pero en la Iglesia no se procede así.

Nuestros jefes espirituales tienen una autoridad que les viene directamente de Dios. Antes de volver a su Padre, oigo a Jesucristo que dice a Pedro: "Sobre ti edificaré mi Iglesia." Y a sus Apóstoles: "Como mi Padre me envió, así os envío. Id, enseñad, bautizad, perdonad los pecados. Todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo. Quien os escucha a mí me escucha; quien os desprecia, a mí me desprecia." Al propio tiempo que Jesucristo comunica su autoridad a Pedro y a los Apóstoles, les da el derecho y el poder de transmitirla a sus sucesores, porque añade: "He ahí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Los Apóstoles pueden morir, pues reviven en sus sucesores, provistos a su vez de la fuerza generosa que debe perpetuar su poder. En la cumbre, Pedro, el pontífice y el jefe supremo. Cerca de él y bajo su dependencia, los obispos asociados al gobierno universal de las almas. Más abajo, los sacerdotes, auxiliares sagrados de los obispos, delegados

suyos en todas las fracciones del pueblo cristiano para penetrarlo de las divinas influencias de la verdad y de la gracia. Notad bien, señores, que esta jerarquía no ha sido abandonada a las disputas de los hombres, al azar de los acontecimientos, a la voluntad de los pueblos, es de origen y de institución divina. Dios mismo, por medio de su Hijo, Jesucristo, creó esta forma de la autoridad en la Iglesia.

Como los magistrados civiles, nuestros jefes espirituales son hombres, pero hombres revestidos de una autoridad divina. El papa, los obispos y los sacerdotes son hombres, pero no son hombres como los otros. Son los representantes de Dios y los continuadores de Jesucristo. Mons. de Segur, paseándose por la campiña romana, interrogó a un pastorcillo de trece a catorce años preguntándole: "¿Quién es el papa?" El muchacho respondió: "El papa es Jesucristo en la tierra." Refiérese que el ilustre filósofo Bonald tenía la costumbre de hablar con la cabeza descubierta con su hijo consagrado sacerdote. "Desde que ha recibido la unción santa—decía,—es superior a mí." Con ello mostraba Bonald que era un hombre, no sólo de elevada alcurnia y perfecta educación, sino de fe profundísima y sumamente inteligente. Nuestros jefes espirituales son hombres, y a veces pueden ser hombres medianos o también culpables. ¿Qué importa? Sus cualidades o indignidades personales no aumentan ni disminuyen su autoridad divina. Además, he aquí un segundo carácter que recomiendo a vuestro respeto y a vuestra docilidad.

II. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad infalible.

Los poderes civiles, que no tienen más que una au-

toridad humana, no son infalibles. Pueden engañarse, y se engañan con mucha frecuencia. Nosotros mismos no obedecemos más que bajo la reserva de nuestro juicio interior, y, como se dice, a beneficio de inventario; y tenemos razón. Porque, ora, olvidando el bien público y las libertades legítimamente conquistadas, fabrican leyes odiosas que sublevan a las personas honradas, ora, desdeñando la misma ley, esa palabra y esa cosa mágica que ejerce una especie de fascinación sobre los hombres tímidos, cometen la iniquidad por decreto, por modo arbitrario y caprichoso. No es raro, pues, que la injusticia y la inmoralidad se deslicen en las legislaciones humanas.

Nuestros jefes espirituales están al abrigo de esos extremos desdichados. Su poder doctrinal es infalible y gobierna segura y soberanamente nuestras voluntades. Bajo su dirección, podemos marchar con paso resuelto y firme por el camino del deber y de nuestros destinos; tenemos la certeza de no equivocarnos. Nuestros jefes espirituales promulgan e interpretan la ley de Dios; nos conservan el texto puro de ella, determinan su sentido, precisan sus exigencias, iluminan nuestra conciencia y previenen los errores de nuestra malicia o de nuestra debilidad. ¿Hay tinieblas? El confesonario las desvanece. ¿Hay olvidos? El púlpito los señala. ¿Vacilan o se olvidan los pastores? El pastor de los pastores vela, escucha, responde, advierte, corrige. En un momento dado, sale de su majestuoso silencio y exclama: "¡Animo! ¡confianza! He ahí el camino, la luz, y el término." O bien: "¡Arriba! ¡He ahí el enemigo! ¡Atención! Se proscribe la libertad. ¡He ahí el mal!... Se autoriza el divorcio... ¡Eso es un crimen!" He ahí nuestra fuerza. Tenemos jefes que son infalibles en la enseñanza de la moral, lo mismo que en la enseñanza del dogma... jefes que nos en-

señan y nos precisan nuestros deberes, con tanta lucidez y certeza como nuestras creencias. Clara, uniforme y eternamente anuncian el bien y proscriben el mal. Hace veinte siglos que practican esto, y seguirán practicándolo hasta el fin de los tiempos. Podrán matarlos, pero no corromperlos, ni adormecerlos, ni apartarlos de sus deberes, ni hacerlos descender del puesto inviolable desde el cual velan noche y día sobre la ley divina confiada a su custodia. Cuando han hablado... no tenemos que temer las rebeliones de nuestra conciencia, ni las sorpresas de nuestras miradas limitadas, ni los abusos de nuestra confianza... Podemos ir hacia adelante y decirnos con toda seguridad: ¡Dios lo quiere! Obedecemos a hombres que tienen una autoridad infalible. Pero no es esto todo. Ved cuán tiernas consideraciones tiene Dios con nosotros.

III. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad moderada.

Los poderes civiles oscilan sin cesar entre la anarquía, que es la ruina de toda autoridad y la tiranía, que es la ruina de toda libertad. Ora aflojan la brida a las pasiones malsanas con leyes inmorales, ora oprimen las pasiones generosas con leyes draconianas, y con harta frecuencia hacen las dos cosas a la vez, indulgentes hasta el exceso para el mal, y despiadados para la verdad y el bien. La historia en todas sus páginas, lo pasado y lo presente, nos refieren las enormes intemperancias de los poderes humanos bajo todos los regímenes.

Nuestros jefes espirituales están garantidos contra semejantes excesos por admirables temperamentos. Oyen en su conciencia el grito de la ley natural, más imperiosa en ellos que en todos los demás hombres.

Están asistidos por el Espíritu Santo; son guiados por la Escritura, cuyo texto sagrado es preciso respetar, y por la tradición, cuyas enseñanzas es preciso seguir. Están contenidos y como encuadrados por instituciones antiguas y venerables, de las cuales no es posible cambiar nada. El jefe de la Iglesia es rey, rey absoluto, pero en torno de él se agrupa el senado de los obispos, cuya cooperación no es posible suprimir, pues son, con él, los legisladores divinamente instituídos de la sociedad católica. Además, entre nosotros nada de herencia... Una dinastía que se perpetúa sin intrigas y sin golpes de fuerza. La puerta grande siempre abierta así al noble como al plebeyo, para llegar aun a la dignidad suprema. Nosotros costituímos la república ideal, y practicamos la más amplia democracia. Los modernos, como niños grandes, se imaginan que han inventado la república, la democracia y la igualdad Nosotros, la Iglesia católica, hace ya veinte siglos que realizamos todo eso. En todo tiempo la escogió la Iglesia sus obispos y sus papas lo mismo en las cabañas que en los palacios. Sixto V, cuando era niño, guardaba puercos. Pontífices, hijos de pastores, fueron árbitros en las querellas de los reyes. Adriano VI, un obscuro holandés, sucedió a León X, el ilustre Médicis. Ayer, León XIII, llamado en el mundo el conde Pecci, y hoy Pío X, hijo de un humilde aldeano apellidado Sarto. De este modo, todos los talentos y todas las virtudes escalan entre nosotros las más altas dignidades, y nuestros jefes espirituales nos ofrecen garantías que difícilmente encontraríamos en los poderes humanos. Y no olvidemos que, por otra parte, sabemos por la fe que su autoridad es divina en su origen e infalible en su ejercicio. Algunas palabras más.

IV. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad condescendiente y maternal.

Los poderes civiles carecen de corazón; no pueden tenerlo. No intentamos pedir que lo tengan. ¿Por ventura esperamos la paternidad de un rey, de un emperador, de un presidente de república, de un ministro, de un gobernador, de un juez de instrucción, de un gendarme, de un preceptor? En manera alguna. Ejecutan friamente una consigna, forman parte de una burocracia que no tiene alma... Pasean automáticamente la legalidad sobre todas las cabezas, como un rodillo de hierro sobre el trigo verde. Hacen y aplican la ley siempre y en todas partes, a todos, con igual sangre fría. Tal es su oficio, su cometido, su deber. El corazón nada tiene que ver con eso.

Nuestros jefes espirituales, por lo contrario, son menos superiores que padres. Su autoridad es de orden moral; no se ejerce más que sobre las almas, y toma fuerza de su Señor, que no es de este mundo, pero que constituye la realeza más influyente de este mundo, por cuanto reina sobre una sociedad internacional de 200 millones de almas, sin que sea, no ya discutida, pero ni discutible. Mirad ahora con que inteligente delicadeza, con qué misericordiosa bondad nos tratan y gobierna nuestros jefes espirituales. Aprecian los tiempos, los lugares, las circunstancias; diversifican las pompas del culto y el rigor de los preceptos según el genio, el temperamento, las costumbres de los pueblos. Su administración no es una burocracia rígida y uniforme, sino una paternidad flexible y benévola. Dulcifican la disciplina y la reducen a un mínimo con el cual se contenta Dios, para prevenir las prevaricaciones, para cuidar nuestra salud decaída y nuestra fe

debilitada. Obedecemos a hombres, pero a hombres que tienen una autoridad divina, una autoridad infalible, una autoridad moderada, una autoridad condescendiente y casi maternal.

Es ocasión de repetir aquí el apóstrofe vehemente que el célebre *O'Connell* dirigió en pleno Parlamento a un adversario que le trataba de papista: "¡Miserable!—exclamó el gran orador—crees que me haces un agravio tratándome de papista. Pues has de saber que soy papista, y que me glorío de serlo, porque esto quiere decir que mi fe, por medio de la sucesión no interrumpida de los papas, se remonta a Jesucristo, en tanto que la tuya no va más allá de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de Isabel. Sí, soy papista. Si tuvieras un destello de buen sentido, comprenderías que vale más depender en materia religiosa, del papa que del rey, de la tiara que de la corona, del báculo que de la espada, de los concilios que del Parlamento. ¡Avergüénzate, pues, de ti mismo! Avergüénzate de no tener ni fe, ni inteligencia!..." Callóse el otro, y fué lo mejor que pudo hacer. Católicos, obedecemos a hombres; pero al obedecerlos, obedecemos a Dios. Mostrémonos tranquilos y orgullosos de nuestra obediencia.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

Las variaciones de la Iglesia

SEÑORES:

¿Qué es lo que no se echa en cara a la Iglesia católica? Se le reprocha que cambia su régimen y su enseñanza. Se le reprochan sus variaciones disciplinarias y doctrinales. Vais a ver que la acusación nada tiene de seria. Hablemos hoy del gobierno de la Iglesia, y comprobemos que ese gobierno es lo más sencillo, más fuerte, más indestructible, más invariable que pueda imaginarse. El asunto es vasto. No diré más que lo esencial.

I. El gobierno de la Iglesia es lo más sencillo que se conoce.

Los gobiernos humanos *son muy complicados*. Y no podrían dejar de serlo. He ahí 10, 20, 40 millones de hombres reunidos en sociedad, es decir, 10, 20, 40 millones de voluntades diferentes, opuestas, hostiles,

He ahí yuxtapuestas, viviendo en contacto los unos con los otros, grandes y pequeños, ricos y pobres, súbditos y señores, habentes y carentes, los que mandan y los que obedecen. ¿Cómo componérselas para que esos leones no se devoren, para que la autoridad no degenere en tiranía, para que la libertad no se convierta en anarquía? La organización política de un pueblo es un problema laborioso, y, para resolverlo, han inventado los hombres rodajes de complejidad extrema; poder legislativo, ejecutivo, judicial; ministerio de Gobernación, de Estado, de Hacienda, de Guerra, de Justicia, de Instrucción, de Trabajo, de Agricultura... etc., etc. El ideal de una constitución perfecta para una sociedad, no se encuentra, y cuanto más civilizado es un pueblo, más complicado es su gobierno.

Pero el gobierno de la Iglesia es lo que hay de más sencillo. Las máquinas hechas por la mano del hombre se componen de multitud de piezas laboriosamente ordenadas. Pero el sistema sideral, creado por Dios, es la sencillez personificada. En torno de cada planeta giran los satélites que le sirven de cortejo; los planetas ejecutan un segundo movimiento alrededor del sol; finalmente, los satélites, que giran alrededor de los planetas, los planetas, que giran alrededor del sol, y el sol mismo, son arrastrados hacia un punto invisible que se pierde en el espacio. Tal es el gobierno de la Iglesia. El sacerdote y la inmensa multitud de fieles giran alrededor de los obispos; los obispos están suspendidos de la boca y del corazón del Soberano Pontífice, y todos juntos, papa, obispos, sacerdotes y fieles se ven arrastrados hacia Jesucristo, su centro invisible, en las inconmensurables profundidades de la eternidad. Los fieles forman un todo con su párroco; los párrocos forman un todo con su obispo; los obispos forman un todo con el papa; el papa forma un todo con Je-

sucristo, cuyo vicario es... de suerte que los mismos principios, las mismas miras, los mismos sentimientos, la misma vida espiritual circula en cada parroquia, en cada diócesis, en el catolicismo todo entero. Un niño entiende estas cosas. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más sencillo.

II. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más fuerte.

Los gobiernos humanos *son muy débiles*. Veamos la prueba: No se sostienen sino a condición de verse rodeados de un armazón, de un aparato imponente que se llama fuerza pública. Tienen tribunales, jueces, soldados, gendarmes. Arman la mitad de la sociedad para contener la otra mitad. Y aun cuanto más débiles son, más violentos se muestran. Proceden por el terror. Investigan las letras, la vida privada, las conciencias. Se irritan hasta la locura, se exasperan hasta el desprecio de las libertadas elementales. Los gobiernos humanos, usando de la fuerza material, confiesan su debilidad íntima y fundamental.

El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más fuerte. Las máquinas hechas por la mano del hombre no marchan sino impulsadas por una multitud de obreros que las vigilan y alimentan. Pero el sistema sideral, creado por la mano de Dios, marcha por sí solo. Ved las estrellas perdidas en la inmensidad. Ejecutan su revolución alrededor del sol con la misma regularidad de los planetas más próximos al centro. De cerca como de lejos, la atracción común sujeta a los cuerpos luminosos y los mantiene en los límites de su órbita. Tal es el gobierno de la Iglesia. Se ejecuta y se realiza por sí solo. Esto es maravilloso. En torno de la jerarquía católica no veo ni ejército

ni armada, ni nada de lo que constituye aquí bajo la fuerza de los imperios... Esto no obstante, la subordinación existe, hasta en las últimas extremidades del mundo, entre los fieles y los sacerdotes, entre los sacerdotes y los obispos, entre los obispos y el papa. El papa da a toda la Iglesia el triple beneficio de la doctrina, de los sacramentos y de la administración espiritual. Envía al obispo, que instruye, regenera y gobierna la diócesis. El obispo envía al sacerdote, que asegura a su parroquia los mismos beneficios. Esta inmensa organización subsiste por sí misma. ¿Qué puede tener, y qué tiene en su seno sino la divinidad de Jesucristo, que la anima, la sostiene, la conduce? ¿Cómo evitar esta rigurosa conclusión? ¿Cómo explicar, sin la presencia inmanente de Jesucristo, el poder de nuestra constitución social? El gobierno de la Iglesia es humanamente todo lo que hay de más débil, pero es, por la intervención de Dios, todo lo que hay de más fuerte. Vais a verlo.

III. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible.

Los gobiernos humanos *son muy precarios;* no duran mucho, pues están a merced de un acontecimiento extraño, del menor capricho de la opinión. Nosotros sabemos algo de eso, pues en un período de cien años, hemos ensayado de doce a catorce constituciones diferentes, sin que estemos seguros de haber encontrado la conveniente. Los gobiernos humanos se desgastan rápidamente y se dislocan con harta facilidad. Inútil insistir sobre este punto, pues es demasiado claro.

Pero el gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible. Las máquinas hechas por manos humanas tienen una duración muy limitada. Pero

el sistema sideral, creado por la mano de Dios, e
persistente y no se gasta nunca. Hace ya mucho
siglos que el gran ejército de los astros evolucion
en las regiones del espacio, produce su luz, ejecuta su
consigna. Nada ni nadie es capaz de detener su curso
de modificarlo, de trastornarlo. Ni el menor accidente
ha venido a turbar tan inmensa armonía. Tal es el
gobierno de la Iglesia. Sólo su duración es un índice
de su altísimo valor. Los hombres de este siglo quie-
ren hechos. Los hechos, dicen, son los únicos elemen-
tos sólidos de la ciencia. Ahora bien, los hechos
señores, helos aquí: la Iglesia no nació en medio
de la púrpura, ni ha vivido entre delicias. Salió de
Judea con doce pescadores por defensa. Empezó vi-
viendo tres siglos en un mar de sangre. Luego, tras
los emperadores romanos, tropezó con los bárbaros
Tras los bárbaros, con los mahometanos. Tras los maho-
metanos, con los emperadores de Alemania. Lo demás
es bien conocido. La historia de la Iglesia no es más que
la historia de sus luchas inenarrables contra todas las
pasiones humanas. No es cosa fácil, señores, inventar
una constitución social. Menos fácil es todavía aplicarla
una vez inventada Pero el sumo de la dificultad con-
siste en hacerla vivir. ¿Qué decir, pues, de la constitu-
ción sorprendente de la Iglesia, que ha proporcionado
una carrera tormentosa de veinte siglos, que cuenta
detrás de ella con una dinastía de 260 papas, que no
está todavía exhausta de fuerzas, por cuanto imprime
el movimiento religioso a más de 200 millones de almas
esparcidas por toda la haz de la tierra? ¿Qué decir
de la constitución sorprendente de la Iglesia, que se
mantiene tan intacta y tan vigorosa bajo los cabellos
blancos de su larga existencia como cuando nació jo-
ven y pura del corazón inspirado de Jesucristo? Esto
es divino. Sólo la intervención divina puede racio-

mente explicar semejante obra maestra de combinación social y semejante fenómeno de vida. Pero el gobierno de la Iglesia es tan indestructible, señores, que ni siquiera puede suponerse su posible destrucción. Si el emperador de Rusia, el sultán de Turquía hicieran desaparecer en un solo día los 160 o 180 obispos de la Iglesia cismática griega, veríamos esta Iglesia irremisiblemente condenada. Quedaría destruída y no volvería a revivir. Mas esta suposición no es aplicable a la Iglesia católica. Sus pontífices se encuentran en todas partes, sus diócesis se dividen la tierra. Ahora bien, nuestros obispos se consagran entre sí y eligen al papa. Bastaría, pues, que, en medio de los trastornos de los pueblos quedase un solo obispo en Oceanía, o en cualquier otra parte, para consagrar nuevos pontífices y elevar otra vez el estandarte del Pontificado. La lucha volvería a empezar. ¿No es esto desesperante para los librepensadores? El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible. Algunas palabras más:

IV. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más invariable.

Los gobiernos humanos *son muy movibles*. Las pasiones, el amor de la novedad, las aspiraciones mal ordenadas hacia el progreso, las inevitables variaciones de las costumbres públicas conspiran contra las instituciones mejor sentadas y las modifican sin cesar. Hoy sepreconiza la responsabilidad del jefe del Estado, mañana su irresponsabilidad. Hoy reina el sufragio restringido, mañana el sufragio universal Hoy prepondera tal teoría administrativa, militar o comercial. mañana tal otra. Es esto un cambio continuo. Los go-

biernos humanos son la inestabilidad y la movilidad personificadas.

El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más invariable. Las máquinas hechas por manos humanas son perfectibles. Siempre podemos, y con frecuencia debemos, mejorarlas y perfecionarlas. Pero el sistema sideral, creado por la mano de Dios, no cambia nunca. Es perfecto desde el primer instante, y de una vez para siempre. Tal es el gobierno de la Iglesia. Es invariable. *Unicamente Dios,* que lo instituyó, podría introducir en él alguna modificación. Pero Dios no es en manera alguna uno de esos obreros imperfectos que modifican su plan y emprenden de nuevo su trabajo. Su obra fué tan bien ideada y tan sólidamente constituída, que creyó poder hacerle promesas de inmortalidad. Y, *de hecho,* el gobierno de la Iglesia es hoy lo que era ayer, y era ayer lo que era el día en que Jesucristo, después de elevarse al cielo, le ordenó que funcionara en el curso de veinte siglos. Jamás varió. Con frecuencia *los príncipes de la tierra,* los ambiciosos monarcas del mundo, mostraron celos de este gobierno especialísimo, cuyo poder desciende hasta el fondo de la conciencia. Su cólera explotó como una tempestad. Quisieron intervenir en la administración de las cosas espirituales, en el nombramiento de los soberanos pontífices, pero la Iglesia, que ellos trataban de manejar a su antojo, no se doblegó, no se dejó esclavizar, sino que reivindicó su independencia y su autonomía. "¿Cómo—exclamaba el monje Hildebrando,—la mujer más miserable de la tierra puede elegir libremente marido según las leyes de su país, y la Iglesia estará condenada a soportar el que le impongan?" "Dios—exclamaba Bossuet—nada ama tanto como la libertad de su Iglesia. En cuanto a mí, me jugaría por ella la cabeza." Otras veces fueron los pueblos los que intentaron

esclavizar el gobierno de la Iglesia y empequeñecerlo. Trataron de imponer la elección de los pastores, de trasformar, sin el consentimiento del papa, ora la liturgía, ora, la administración diocesana, ora la de las fábricas. Pero la Iglesia resistió a la sublevación de los pueblos como a la de los monarcas, y el tiempo acabó siempre por darle la razón. Cuando ya no queda rastro de lo que fué, la Iglesia continúa siendo lo que es. No cambia sus instituciones, porque sus instituciones son para todos los tiempos. Su gobierno es lo que hay de más invariable.

¿No os parece, señores, que el gobierno de la Iglesia examinado en sí mismo, no tiene nada que pueda compararsele? No es un mecanismo hecho de mano humana. El ordenador del mundo sideral es también el ordenador de la Iglesia católica. Como el mundo sideral, la Iglesia católica es sencilla y grandiosa, marcha por sí sola, permanece, no cambia nunca, Dios hizo los astros, Dios los gobierna; Dios creó la Iglesia y la conserva.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

Las variaciones de la Iglesia *(Conclusión)*

SEÑORES:

Se reprocha a la Iglesia sus variaciones pero sin razón. El gobierno de la Iglesia es invariable, como lo hemos visto, y vamos a verlo en el día de hoy. La Iglesia es invariable en su doctrina en medio de la diversidad de los tiempos y de los lugares, a pesar de las rebeldías del espíritu humano y de las triquiñuelas del poder, al precio de los más dolorosos sacrificios. Contemplemos este fenómeno único.

I. La Iglesia permanece invariable en su doctrina en medio de la diversidad de los tiempos y de los lugares.

Los lugares cambian de aspecto, de lenguaje y de ideas con los pueblos que los habitan. Las diferencias de fisonomía, de índole, de temperamento son considerables entre los judíos y los griegos, entre los romanos y los bárbaros, entre los latinos y los anglosajones

y los esclavos. Los idiomas no son los mismo en Oriente que en Occidente, entre los pueblos civilizados que entre los pueblos primitivos. Aquí se adoran ídolos, allá se adora a los antepasados, más lejos se adora a la ciencia, en otras partes se adoran a sí mismos. ¡No importa! En el seno del mundo movible y abigarrado la doctrina desciende y permanece en todas partes idéntica consigo misma, entendida en todas partes en el mismo sentido, acogida con el mismo respeto, guardada con la misma exactitud y traducida al siriaco de San Efrén, al griego de San Basilio, al latín de San León o de San Gregorio el Grande. Es tan firme en el Concilio de Trento como el de Nicea, y los labios armoniosos de León X la anuncian con tanta autoridad como los labios balbucientes de los primeros papas. No alienta ninguna superstición, no acepta ningún prejuicio, no es inferior a ninguna inteligencia, no es insuficiente a ningún pueblo. Tal como fué recibida en los municipios romanos, en los campos de los bárbaros y en los Estados de la Edad Media, la vemos penetrar hoy en día en los Estados Unidos, en Asia y en Africa, bastando igualmente a la educación de los pueblos que nacen que a la actividad de los pueblos libres.

Los *tiempos* cambian como los lugares. Desde Jesucristo acá, el tiempo ha marchado, y, al marchar, todo lo ha gastado, todo lo ha transformado: los pueblos, las instituciones, las costumbres, las dinastías, los imperios, las lenguas. La doctrina de la Iglesia ha continuado siendo más dura, más inatacable que el bronce y el diamante. El tiempo, que todo lo destruye, ha respetado su santa inmutabilidad. Remontad el curso de la historia: desde nuestros tormentosos días a la espantosa Revolución que saqueó nuestros templos y destruyó nuestros altares; desde la Revolución al gran

siglo que vió aparecer tan grandes santos y tan brillantes genios; desde el siglo XVII a la Reforma; desde la Reforma a la Edad Media, ilustradas por su gran teología, su gran arquitectura, sus grandes instituciones; desde la Edad Media a los siglos de hierro, ensangrentados por las luchas sacrílegas del Imperio contra el sacerdocio; desde los siglos de hierro a Carlomagno, a las invasiones, a las grandes persecusiones, a los orígenes apostólicos... y siempre en cada instante de la duración, veréis a la Iglesia católica en posesión de la misma fe, del mismo decálogo, de las mismas fuentes de la gracia, conservando las verdades esenciales y las leyes fundamentales de la vida religiosa, oprimiendo contra su pecho fiel el precioso depósito que le fué confiádo y preservándolo de toda mutilación... Pero los enemigos no faltan; caen sobre ella desde todos los rincones del horizonte.

II. La Iglesia permanece invariable en su doctrina, a pesar de las rebeliones del espíritu humano y las triquiñuelas del poder.

Aquí y allá, ayer y hoy, el *espíritu humano*, movible, curioso e indócil, le ha exigido que abandone tal o cual porción de su enseñanzza tradicional; pero no ha abandonado una sílaba. A los ataques, sin cesar renacientes, de la *herejía*, respondió con protestas y excomuniones y, finalmente, con definiciones, es decir, con explosiones de luz que no cambian la fe, sino que la muestran más precisa, más firme, más radiante. En nuestros días, ya no hay herejías; hay lo que se llama las evoluciones *de la ciencia* y las exigencias de la crítica. ¿Es que con ella queda amenazada la doctrina inmutable de la Iglesia? Algunos sabios presuntuosos lo afirman y algunos católicos tímidos lo temen. Se equivocan los

unos y los otros. Nuestras creencias vencieron las herejías y los cismas; nada tienen que temer de las ciencias antiguas ni modernas. *Hombres inteligentes* hasta el genio pueden levantarse, extraviarse en su pensamiento y dar a la palabra de Dios una interpretación arbitraria. La Iglesia los espera, no para doblegarse ante ellos, sino para que ellos se doblegüen ante ella. Algunos intentaron corromper su doctrina. La Iglesia los advirtió y luego los castigó, lo mismo a los que estaban protegidos por la púrpura, el talento o la fuerza, como a los más sutiles de los espíritus, como Arrio, a los más piadosos de los obispos, como Nestorio o Fenelón, a los más elocuentes de los apologistas, como Tertuliano o Lamennais, a los más atrevidos de los monjes, como Lutero, a los más astutos de los sofistas, como Calvino, a los más formidables y poderosos de los príncipes, como Enrique VIII. Las rebeldías del espíritu humano son peligrosas.

Las triquiñuelas *del poder* lo son quizás todavía más. Hace ya dos mil años que se entabló un diálogo entre los amos del mundo y la Iglesia católica. Los amos del mundo dijeron: Dadme tal dogma, tal precepto, tal sacramento; dadme la indisolubilidad del matrimonio, una parte de la autoridad espiritual.—Nunca jamás, respondió la Iglesia.—Pues si no nos quieres dar lo que te pedimos, te lo quitaremos, y te aplastaremos bajo nuestros guantes de hierro y nuestra despiadada legalidad.—No, nada me quitaréis, y no me aplastaréis. *Nada me quitaréis,* porque la verdad y el derecho son inmortales e intangibles. Podréis ultrajarlos, pero no aniquilarlos, y tarde o temprano se volverán contra vosotros. *No me aplastaréis,* porque me marcho a otras regiones, a sembrar la semilla de mi doctrina inmutable. Me oculto en las Catacumbas, y mañana saldré de ellas para hacer resplandecer de

nuevo el orden hermoso de invariable doctrina. Os refiero esto, señores, porque es una experiencia cien veces repetida. Los dueños del mundo gastarán sus fuerzas sobre el haz sagrado de nuestras creencias, sin poder romperlo. Tomemos un ejemplo de nuestra historia nacional. Los hombres de 1789 y de 1793 cambiaron en vano todos los límites y trastornaron todas las leyes, formularon nuevos principios, escribieron un nuevo derecho, decretaron un nuevo código, formularon ideas. sentimientos, la lengua, las costumbres, las relaciones de los hombres entre sí; pero fueron impotentes para cambiar la doctrina de la Iglesia, y en todas partes donde quisieron contrariarla o desmentirla, recibieron el más resonante mentís. ¿Cuánto duró su calendario pagano? Diez años. ¿Y su cisma constitucional? Poco menos. ¿Y la cautividad de Pío VI? Algunos meses. ¿Y el Concordato impuesto en Fontainebleau? Algunos días. La voluntad misma del conquistador que hacía evaporarse los reyes, no pudo sostenerse largo tiempo ante las lágrimas cautivas y la libre palabra de Pío VII. En la lucha gigantesca de la fuerza contra el derecho, del león contra el cordero, no fué el vencido Pío VII, sino Napoleón. Y cuantas veces la Iglesia ha encontrado en su camino la espada, la ley, la multa, la prisión, el destierro, no ha abandonado una sola palabra de su inmutable doctrina.

III. La Iglesia permanece invariable en su doctrina, al precio de los sacrificios más dolorosos.

Antes que abandonar la inviolabilidad de su doctrina sacrificó *pueblos enteros.* Un país no ve sin terror ni sin amargos pesares, la desmembración de su territorio. De eso algo sabemos nosotros. Pues bien, para salvar su doctrina, la Iglesia se dejó arrebatar algu-

nos miembros, y perdió millones de súbditos. Sin escuchar la voz de sus intereses aparentes, ni la voz de su ternura maternal creyó que la integridad de su fe era un bien más grande que una reunión sacrílega con pueblos en rebeldía.

En tiempos de Arrio, dijo: ¡Perezca el mundo antes que la divinidad de Jesucristo! En tiempos de Focio, dijo: ¡Perezca la Iglesia griega antes que la primacía de San Pedro!

Cuando el Oriente pidió por precio de su sumisión una modificación casi imperceptible del símbolo de la fe, la supresión del *filioque* en el *Símbolo* de Nícea, dijo: ¡Perezca el Oriente antes que la verdad integral sobre el misterio de la vida divina!

Cuando Lutero pedía el sacrificio de las indulgencias y Calvino la supresión de algunos sacramentos, en particular la Penitencia y la Eucaristía, respondió: ¡Perezcan Holanda y Suiza antes que el dogma de las indulgencias, antes que el Evangelio que dice: "Los pecados serán perdonados a los que los perdonareis... El que come mi carne, y bebe mi sangre, tendrá la vida eterna..."

Cuando Enrique VIII pidió permiso para repudiar a su mujer y tomar otra, la Iglesia le respondió: ¡Perezca Inglaterra antes que la santidad del matrimonio, antes que esta sentencia del Evangelio: Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre! ¿Qué era este pequeño versículo en comparación del hermoso reino de Inglaterra? Esto no obstante, la Iglesia no vaciló. Prefirió perder el reino de Inglaterra, a dejar que se violara el principio cristiano de la familia suscrito en el Evangelio.

Antes de abandonar la invariabilidad de la doctrina, sacrificó la Iglesia pueblos enteros. Sacrificó

Su propia seguridad. Por cuanto la falsa filosofía le

pidió en vano que no enseñara la espiritualidad y la inmortalidad del alma, fué la Iglesia cargada de ultrajes por su falsa filosofía. Por cuanto la ciencia orgullosa le pidió en vano que no creyera ni en la divinidad ni en los milagros de Jesucristo, la Iglesia, que continuó adorando a Jesucristo y predicando sus milagros, fué escarnecida por la ciencia orgullosa. Por cuanto los vicios amotinados le pidieron en vano que los dejara dormir en paz y gozar hasta la saciedad, la Iglesia, que no lo consintió, fué acosada, vilipendiada, perseguida por el desorden. *¡Qué espectáculo,* señores,! La Iglesia vela por el Evangelio como un capitán por su bandera, mejor aún, como una madre junto a la cuna donde duerme su primogénito. Al precio de los más dolorosos sacrificios, protege y salva la integridad virginal de su doctrina. Ni un artículo de su *Credo,* ni uno solo de sus principios, ha perecido. Por eso es en la hora actual la mayor fuerza del mundo. Su debilidad material y su aislamiento político no hacen otra cosa que poner más y más de relieve su energía sobrenatural. Todo le falta, excepto ella misma y Dios que está en ella. En todas partes se cambia, se discute, se destruye. Sólo la Iglesia no cambia; es invariable en su gobierno e invariable en su doctrina.

Conclusión.

¡Qué lección para nuestro siglo! Vivimos en un tiempo de debilidad universal. Los cobardes y los ambiciosos sin escrúpulos lo llenan todo. Para triunfar, para lograr lo que desean. Para conseguir una cantidad, una colocación, una cinta, prescinde de todo, de la conciencia, del deber, de las tradiciones de familia, del honor, del apellido, del bien público; prescinden de los parientes, de los amigos, de lo pasado, y hacen

alianzas reprobables y deshonrosas; hablan, se agitan, votan contra sus convicciones... Señores, sois hijos de la Iglesia católica. Contemplad vuestra Madre. Antes se dejará matar que abandonar su creencia, que sacrificar un átomo de ella. Permanece en su puesto. Cumple con su deber; salva su honor.

Cineas, ministro de Pirro, intentó en vano corromper al senador romano Fabricio, y de vuelta junto a su amo, le dijo: "Príncipe, sería más fácil apartar el sol de su carrera que a Fabricio del camino del honor." Así se nos muestra la Iglesia hace ya veinte siglos. Señores, sed dignos hijos de ellas, de pie en vuestro puesto, fieles a vuestro deber, celosos de vuestro honor, dóciles a vuestra conciencia y a Dios. Así salvaréis vuestras almas y vuestra patria.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

Las obstinaciones de la Iglesia

SEÑORES:

Los unos reprochan a la Iglesia sus variaciones. Como ya lo hemos visto, están en un error. Los otros le reprochan sus obstinaciones. Se equivocan igualmente, como vamos a verlo. La Iglesia es inmutable e invariable, pero no obstinada e inmóvil. Es siempre la misma, pero: 1.º progresa; 2.º hace progresar. Se nos habla continuamente de progreso. He ahí un progreso real, incontestable, sostenido, fecundo... el de la Iglesia.

I. La Iglesia progresa.

Progresa *en su estatura*. La muerte es estacionaria. La vida es progresiva. Ved un árbol muerto y un árbol vivo. El árbol muerto es inerte, no crece, pierde la hoja, se desarraiga, desaparece. El árbol vivo no cambia ni de tronco, ni de ramas, ni de savia; es siem-

pre substancialmente el mismo. Pero está en movimiento y en progreso; se cubre de flor a cada primavera, y de fruto a cada otoño. He ahí la imagen de la Iglesia. Es inmutable, pero no inmóvil. Permanece la misma, pero progresa sin cesar. Es la viña escogida de que hablan los profetas, que extiende por todas partes sus sarmientos, que rebasan los límites de Judea, su tierra natal, cuyas ramas cubren las orillas de los mares y escalan las cimas de los montes. Es el grano de mostaza de que habla el Evangelio, que crece hasta convertirse en un árbol grandísimo, que eleva su ramaje por encima de los otros árboles, y ofrece a los pájaros del cielo verdeante abrigo. Cuanto más lo hiere el hacha, más vigoroso se hace el tronco; cuanto más ramas se le cortan más fecundo se muestra. Hablemos sin figuras. Hace ya veinte siglos que la Iglesia progresa. Su inmutabilidad viviente se despliega en universalidad. Impulsada por un principio íntimo y permanente, se desarrolla en el espacio y en el tiempo, sin que ninguna frontera pueda limitarla, sin que ninguna barbarie puede espantarla, sin que ninguna resistencia pueda desalentarla, sin que ninguna violencia pueda suprimirla. Aquí o allá, hoy o mañana soporta pérdidas y disminuciones, pero repara al punto con gloriosas conquistas las derrotas de un día... y a la hora presente, perseguida entre nosotros por políticos en delirio, la vemos hundir en el suelo sus profundas raíces, y extender sobre todo el universo la riqueza de sus adornos y la sombra veinte veces secular de su inmutable majestad. Es inmutable y progresiva. Progresa en su estatura.

Progresa también en *su doctrina, en su moral, en su culto*. Este fenómeno es menos notado, pero es más importante.

La doctrina de la Iglesia es siempre la misma. Desde

el primer concilio de Nicea, hasta el último del Vaticano, nada nuevo ha penetrado en el cuerpo de nuestras creencias. ¿Quiere esto decir que nuestras creencias no han progresado? Desengañaos. En primer lugar, cada día *se precisa y fortalece* nuestra fe. Nuestros papas, nuestros obispos, nuestros teólogos, nuestros apologistas han multiplicado las bulas, las encíclicas, los mandatos, las pastorales, los escritos eruditos, y hemos visto cada vez mejor las pruebas, el contenido, la consecuencia lógica, el encadenamiento de nuestros dogmas. Ninguna ciencia ha sido más contradicha, ni mejor defendida que nuestra doctrina católica, ninguna ciencia ha tenido a su servicio tantas luces. ¿Qué era la química antes de Lavoisier... la física antes de Torricelli y Pascal... la geología antes de Cuvier... la botánica antes de Jussieu? Nada o casi nada. Estas ciencias apenas datan de un siglo o de dos, en tanto que muy pronto hará dos mil años que la luz ilumina nuestras creencias. Mas al propio tiempo que se afirman y precisan de día en día, nuestras creencias *se enriquecen* por medio de definiciones dogmáticas que ponen más y más de relieve lo que estaba latente, confuso, implícito... que fijan la verdad en palabras más expresivas y acertadas, en fórmulas más claras y luminosas. De suerte que, sin perder su integridad primitiva, la doctrina de la Iglesia está siempre en camino de progreso. Es un libro cuyas páginas todas no hemos leído. Los siglos deletrean el Evangelio página por página. No leéis más que una palabra, pero en esta palabra leéis mil, dice Lamartine. Es un árbol que da siempre nuevas flores y nuevos frutos. Es una mina de oro cuyos filones todos no hemos explotado aún. Es un sol cuyos matices todos no hemos analizado todavía. No conocemos a fondo ni la blancura de su mañana, ni el esplendor de su mediodía, ni los murientes fulgores

de su crepúsculo. Hace ya dieciséis años, señores, que os expongo la ciencia religiosa, y no he dicho dos veces la misma cosa; apenas he tenido tiempo para desflorar mi asunto. La doctrina católica es un océano de una extensión y de una profundidad infinitas.

Lo mismo decimos de *la moral y el culto*. No hay más que diez preceptos en el decálogo, ni uno más ni uno menos. Pero ¡cuántas aplicaciones, cuantas consecuencias, cuántas realizaciones prácticas salen de estos preceptos! ¡Cuánto tiempo, qué maravillosa industria, qué arte divino necesita la Iglesia para extender estos preceptos al mundo entero; para hacerlos penetrar en nacionalidades rivales, para adaptarlos a las razas más diversas, para acomodarlos a las necesiddes de los climas y a los hábitos de los pueblos, sin sacrificar de ellos, a pesar de todo, la menor porción esencial!... Tampoco cambia el culto. En todas partes y siempre tenemos la misma oración, los mismos sacramentos, el mismo altar, el mismo sacrificio. Pero alrededor de nuestras fuentes de la gracia, los ritos se diversifican, hasta la indecible y se perfeccionan sin cesar. No, la Iglesia no es obstinada, ni estacionaria. Es inmutable, pero viviente. Progresa... y añado: hace progresar. Algunas palabras sobre esto:

II. La Iglesia hace progresos.

1.° Hace progresar *la vida intelectual y científica*. Hay estúpidos o malvados que censuran a la Iglesia porque dicen que paraliza la marcha del espíritu humano. He aquí como el 15 de Abril de 1865 en la tribuna del cuerpo legislativo les respondía Thiers: "¿Es verdad que la religión católica es una traba para el espíritu humano, que molesta el pensamiento humano? ¡Ah, eso sería muy grave, señores. Pero veamos,

arrojemos una mirada a la marcha del espíritu humano en los tres últimos siglos. ¿Quién es el más grande, el más atrevido y al propio tiempo el más sólido pensador de los tiempos modernos? Es un francés el inmortal Descartes. El fué quien, me atrevo a decirlo, libertó al pensamiento humano; él fué quien, en filosofía, libertó el espíritu humano. Pues bien, todo lo que sabemos de Descartes prueba que era católico sincero y ferviente. ¿Por ventura el catolicismo impidió a Bossuet ser uno de los más vastos pensadores? ¿Impidió que fuera Pascal uno de los más intrépidos y temerarios pensadores? No, señores, el catolicismo no impide pensar más que a los que no están hechos para pensar. No se diga, pues, que la Iglesia católica es una traba para el pensamiento humano." Señores, eso es lo que se llama buen sentido... No, la Iglesia no teme, no condena, no detiene la vida intelectual y científica. La Iglesia fomenta y hace progresar la vida intelectual y científica. Abrid los ojos y mirad: desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestras escuelas libres. Encendemos en todas partes focos de instrucción popular. ¿Es culpa nuestra si insensatos y bárbaros extinguen esos focos? Desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestros colegios católicos. Nuestros alumnos son culpables de una sola cosa, de sus numerosos éxitos; los preparamos demasiado bien para los exámenes que abren las carreras liberales. Desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestros Institutos superiores, donde se forman escritores, filósofos, jurisconsultos, médicos, abogados, capacidades de todo género, que honra al propio tiempo la religión y el país... No tengo necesidad de insistir. Esto es demasiado claro. En todas partes y siempre, la Iglesia hace progresar la vida intelectual y científica.

2.° Hace progresar *la vida moral y pública.* Parece que hay todavía hombres que se imaginan que la virtud puede realizarse y la sociedad marchar sin la religión. Admiro su candidez, pero su ceguedad me da lástima. Creer que la virtud se mantendrá en pie, si la religión desaparece; creer que los derechos del hombre serán honrados y quedarán intactos, si se pisotean los derechos de Dios, ¿no es excesiva puerilidad? Si no hay Dios, ¿por qué no gozar inmediatamente y a pesar de todo? Si no hay Dios, ¿existirá la justicia? Si no hay Dios, ¿existirá la propiedad? Tened cuidado; la llave de vuestras caja está en el tabernáculo; los que echen por tierra la puerta, la encontrarán. Quiero decir con esto que la religión es la garantía de toda verdadera civilización, y que la impiedad es su ruina. Del mismo modo, la familia no vive más que a la sombra del altar, y se destruye cuando el altar se derrumba. En el secreto de la existencia privada, en el perímetro de la existencia familiar, en las relaciones de hombre a hombre y de hogar a hogar, en el orden individual y doméstico, la Iglesia es la que hace progresar la vida moral.

En la esfera en que se mueven los ciudadanos, en que se encuentran y chocan las diferentes clases de la sociedad, también es la Iglesia la que hace progresar la vida pública. Nuestra sociedad moderna le debe todo lo que tiene de bueno todo lo mejor que se encuentra en su constitución. La igualdad de todos ante la ley, el acceso de todos a todos los cargos, el sentimiento de la dignidad humana, la simpatía por todos los que padecen, la tierna inclinación a los pequeños, y a los pobres, la propensión a mejorar su suerte intelectual, moral y material... todo esto sale de las entrañas del Evangelio y constituye su expansión social y todo esto es obra del cristianismo, todo esto es cristianismo in-

consciente. Católicos, el mundo moderno no vive más que de vosotros, y, sin vosotros, no le queda otro remedio que morir. Católicos, reivindicad con decisión las ideas exactas, nobles, fecundas, que honran a nuestro tiempo, y os pertenecen, ideas que la impiedad intenta reivindicar en su provecho y explotar en perjuicio vuestro. Católicos, vuestra Iglesia es la que hace progresar la vida pública... Esto es tan verdadero, que, desde que el catolicismo baja, al punto declina la vida pública, al punto queda amenazada la igualdad de todos ante la ley, al punto se convierte en quimera el acceso de todos a los empleos públicos, al punto el sentimiento de la dignidad humana se exaspera hasta el orgullo, al punto la simpatía por los humildes se evapora en la solidaridad puramente verbal. La Iglesia hace progresar la vida intelectual y científica, la vida moral y pública.

3.° Hace progresar también *la vida material y económica.*

La Iglesia hace progresar la vida material y económica por las virtudes que de aquella brotan. Justicia, caridad, trabajo, moderación, ahorro, espíritu de sacrificio y de abnegación; todo esto produce el bienestar y procede principalmente de ella.

La Iglesia hace progresar la vida material y económica por las instituciones que ha fundado y funda sin cesar; descanso dominical, corporaciones obreras, mutualidades, y tantas otras.

La Iglesia hace progresar la vida material y económica. Apelo a todo su pasado, a sus beneficios con relación a los pueblos, a la vida de sus santos y de sus grandes hombres que han sido poderosos iniciadores y civilizadores insignes.

La Iglesia hace progresar la vida material y econó-

mica. Pongo por testigos los frutos que tenemos ante nuestros ojos. Hace veinte años que existe en Bélgica un régimen católico; sus presupuestos se saldan con un superavit total de 157 millones, y las reformas sociales y obreras están en pleno desarrollo. Entre nosotros, se hace la guerra a la religión, y en todas partes no oiréis más que un grito: ¡Esto no marcha! Aquellos, pues, que dicen que la Iglesia es enemiga del progreso, pronuncian una colosal estupidez. La Iglesia progresa y hace progresar. Esa es la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

Las ambiciones de la Iglesia

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus variaciones y sus obstinaciones. Ya las he rebatido. Se le reprochan sus ambiciones. Voy a contestar, y me esforzaré más que nunca en ser claro y leal. Os diré las ambiciones que tiene la Iglesia y las que no tiene. Le achacan a la Iglesia ambiciones ilimitadas, absurdas, intolerables. Se pretende que quiere gobernarlo todo, aun las cosas temporales, civiles y políticas. Esto es falso. Voy a sentar sobre esto un principio, entrar en algunos detalles y resolver una objeción.

I. Siento un principio.

Afirmo que la Iglesia no ha sido instituída para gobernar el orden temporal, civil y político. Este principio es de toda evidencia. Se le halla escrito en cada página de la Escritura y en la Tradición.

Cuando *Jesucristo envió a sus Apóstoles,* les dijo: "Id. Enseñad. Bautizad. Haced observar mis mandamientos." He ahí la carta constitucional del catolicismo. "Enseñad la verdad. Difundid la gracia. Predicad la virtud." La misión de la Iglesia es enteramente espiritual. Elévase ella a un mundo superior a los intereses del tiempo y a las pasiones de los hombres. Se ejerce sobre las almas. El poder civil se aplica a las cosas que miran al cuerpo y a la vida presente; el poder religioso a las cosas que miran al alma y a la vida futura. A cada cual su puesto y su misión. El Estado es soberano en el orden temporal; la Iglesia es soberana en el orden espiritual. Esto está en el Evangelio: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Tal es también la enseñanza tradicional de veinte siglos.

Desde nuestros orígenes, desde que la sociedad se hizo cristiana, el principio establecido por Jesucristo se afirma, se precisa, se realiza en las costumbres y en las leyes. El emperador *Justiniano,* en una de sus *Novelas,* escribe: "Dios confió a los hombres el sacerdocio y el imperio, el sacerdocio para administrar las cosas divinas, y el imperio para presidir las cosas humanas." Y los Padres de la Iglesia, los papas y los doctores no se expresan con menos claridad que las leyes romanas. *Osio de Córdoba,* uno de los oradores del Concilio de Nicea, dijo al emperador Constantino: "Dios os ha dado el imperio; el que trate de arrebataros vuestra autoridad, contradice el orden divino. A nosotros los obispos no nos es permitido intentar gobernar las cosas de la tierra." *San Juan Damasceno* habla en el mismo lenguaje a León el Isáurico: "Príncipe—le dice,—te obedecemos en todo lo que toca a los asuntos de este siglo." No puedo multiplicar indefinidamente las citas.

Leed, si tenéis tiempo para ello, los escritos de los primeros papas, las *Decretales* de los pontífices de la Edad Media, y en ellos veréis solemnemente afirmada, con la distinción de los dos poderes, la independencia del poder civil en el límite de la jurisdicción temporal; en ellos veréis repetido sin cesar y bajo mil formas este principio indiscutible, a saber, que la Iglesia no fué instituída para gobernar el orden temporal, civil y político. Más cerca de nosotros, en 1802, en una alocución oficial, desaprobó *Pío VII* todo deseo de invadir lo que no pertenece a la Iglesia, pues siempre tiene ante sus ojos estas palabras de Jesucristo: "Dad al César lo que es del César." Más cerca de nosotros todavía, en 1831, *Gregorio XVI* afirma "que el principio que guió siempre a la Santa Sede, consiste en velar por la buena administración de las cosas religiosas, sin discutir jamás el derecho de los príncipes." Finalmente, hace sólo algunos años, en 1881, en la encíclica *Diuturnum*, dirigida al mundo católico, *León XIII*, después de realzar el poder de los dueños del mundo, relacionándolo con su divina fuente, declaraba "que el orden civil está enteramente sometido al poder y soberana autoridad de los jefes civiles." ¿Hay algo más claro y tranquilizador para los que temen las invasiones de la Iglesia?

Verdad es que *algunos teólogos* de la Edad Media soñaron en la universal dominación de la Iglesia sobre las cosas de este mundo; pero nosotros no estamos obligados a seguir su opinión. Por otra parte, son una excepción en la enseñanza común. Escuchad, por lo contrario, a dos grandes teólogos, Molina y Belarmino, los cuales examinan el caso quimérico en que un papa, excediéndose en su poder, quisiera decidir soberanamente en las instituciones y leyes del Estado que no interesan ni a la fe ni a las costumbres, y no temen

decir: "En este caso, el papa no debería ser escuchado: los príncipes y los fieles no estarían obligados a obedecerle." (Monsabré, 1882, p. 269). La Sagrada Escritura y la Tradición son formales. La Iglesia no fué instituída para gobernar el orden temporal civil y político. A fin de haceros entender bien la importancia y aplicación de este principio,

II. Entro en algunos detalles.

Se habla con tanta frecuencia y tan estúpidamente de las invasiones de la Iglesia y del gobierno de los curas, empleando palabras que no tienen sentido alguno, con las cuales tan fácilmente se extravía a los espíritus, que es necesariamente útil decir aquí la verdad. No, los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros, los parlamentos y los pueblos nada tienen que temer de la Iglesia. Pueden dormir tranquilos. La Iglesia no tiene interés alguno en usurpar sus atribuciones, ni meterse en lo que no le corresponde.

Elijan los pueblos la forma *de gobierno* que mejor les convenga a su natural, a sus intereses, a sus tradiciones, a las exigencias del tiempo presente; constitúyanse en repúblicas o en monarquías; la Iglesia los deja hacer, no se liga a ninguna forma, no rechaza a ninguna.

Instituya un pueblo *asambleas deliberantes* encargadas de vigilar el poder; elíjanse sus miembros por elección, y participen todos los ciudadanos con sus votos en la gestión de la cosa pública; perfectamente natural; la Iglesia nada tiene que ver con ello.

Edificad en donde queráis *puertos y fortalezas*. Haced maniobrar a vuestra guisa buques y regimientos. Asegurad la paz del mejor modo que podáis, y cuando lo juzguéis necesario, declarad la guerra para sal-

vaguardar el honor, el derecho, la existencia de la nación. Asuntos son de vuestra exclusiva competencia; la Iglesia no tiene que intervenir en ellos.

Promulgad tantas *leyes* como menudos detalles hay en la vida social. Juzgad y castigad los delitos según la letra del código. Ordenad como bien os plazca los rodajes de la administración. Multiplicad, cuando lo juzguéis a propósito, el número de vuestros funcionarios. Con tal que la justicia y el bien general sean respetados, la Iglesia se calla y se abstiene.

Equilibrad *vuestros presupuestos;* estableced vuestras inspecciones, y percibid tranquilamente vuestros impuestos; haced empréstitos o economías; la Iglesia se queda discretamente en casa, sin tratar de penetrar en la vuestra. Mas aquí se impone una observación.

Los hijos y los ministros de la Iglesia, los católicos y los curas, por ser católicos y curas, *no dejan de ser ciudadanos.* Lo son tanto como cualquier otro. Son ciudadanos, y, como tales, tienen el derecho de intervenir en los asuntos temporales, civiles y políticos de la nación a la cual pertenecen. Tienen el derecho de mezclarse en los asuntos del municipio, de la provincia, del Estado; pueden aventurar un consejo, y, si no son escuchados, una crítica. Mazarino, bajo el régimen absoluto decía: "El pueblo refunfuña, pero pagará." Como todos los ciudadanos, supongo que los católicos tienen el derecho de lamentarse, y aun de refunfuñar, si el municipio, la provincia o el Estado administran mal sus intereses. Los discípulos de Jesucristo no son ilotas, ni parias en la nación. Obedecen a las leyes, pagan impuestos, honran a los magistrados, soportan las cargas comunes; por consiguiente, tienen voz en el conjunto y comparten los derechos como los deberes de la colectividad. No quieren ser ni sacrificados ni privilegiados.

Hecha esta observación, ¿pueden con visos de razón hablar de las usurpaciones de la Iglesia? Pueden echarle en cara que se mete en lo que no le corresponde, que invade el terreno de lo temporal? *Esta afirmación no tine sentido en nuestro siglo.* Veámoslo. Los límites de los dos poderes son claros, precisos, bien definidos. Ya no vemos que los papas desposean a los reyes, ni los curas a los alcaldes. La sociedad cambia de gobierno cuando bien le place. El estado, la provincia, el municipio se gobiernan a su antojo. La estola no sueña en usurpar el puesto del gobernante. El papa y los obispos dejan que cada nación administre libremente su ejército, su magistratura, su hacienda. En ninguna parte invade la Iglesia lo temporal. Sí, pero, se dice, antes ¿no invadía con frecuencia lo temporal? Muy bien,

III. Respondo a una objeción.

Es verdad. Con frecuencia, en el antiguo régimen, la Iglesia, sin abandonar su misión espiritual, se ocupaba en asuntos temporales. Vióse la mediar entre los reyes y los pueblos, y aun elevar y abatir los tronos. Vióse la inspirar y organizar las corporaciones obreras, colocarse a la cabeza de las grandes empresas militares, artísticas, agrícolas, y cubrir la patria de monumentos e instituciones grandiosas. Vióse la invadir, con la laya en la mano, los terrenos ingratos para cultivarlos, los bosques para descuajarlos y roturar el suelo, los estanques para desecarlos y extirpar su lodo impuro, las laderas cubiertas de espinos para plantar viña en ellas. Vióse la invadir la patria para hacerla fuerte, gloriosa, fértil, rica y próspera. Sí. Esto es verdad;

antes la Iglesia se ocupaba en asuntos temporales. ¿Hubo culpa en ello? No.

Todo el mundo se lo pedía. ¿Podía desoír los llamamientos, las súplicas, las necesidades, el sufragio universal de aquel tiempo? No podía. Los *Césares* le pedían que afirmase su trono en el altar del verdadero Dios. La Iglesia hizo bien en acceder a las solicitaciones de los Césares, en aceptar como ornamento la púrpura de los reyes, en poner su mano en la mano de Constantino, de Carlomagno, de San Luis. Los *pueblos* le pedían que los protegiera contra la injusticia. La Iglesia hizo bien en quitar y dar coronas, en privar de ellas a los perjuros y a los tiranos, y en concederlas a los valientes y a los santos. Los *pequeños* y los humildes le pedían que los asistiera, que los cuidara, que los organizara. La Iglesia hizo bien en tomarlos bajo su tutela, en construirles casas, en asociarlos en cofradías y en corporaciones de oficios. *Las leyes, las letras, las ciencias y las artes* le pedían su boca para hablar, su mano para escribir, su fortuna para edificar, sus maestros para enseñar. La Iglesia hizo bien en salvar en la Edad Media la legislación, la literatura, la historia, y en poner al servicio del espíritu humano sus papas, sus obispos, sus monjes, sus escuelas, sus colegios, sus universidades. *La necesidad de las circunstancias y el consentimiento de los pueblos* le pedían que interviniera sin cesar en casi todos los actos de la vida temporal, civil y política. La Iglesia hizo bien en intervenir. Su intervención, produjo excelentes frutos. Su intervención ayudó a la dicha de los pueblos durante siglos enteros. No tenemos que avergonzarnos de semejante pasado. Hubo sus lagunas y sus desfallecimientos... esto era inevitable. Pero sus glorias son incontestables. Seríamos injustos si no las reconociéramos, admiráramos y bendijéramos.

Hoy ya no estamos en la Edad Media, y la Iglesia se limita a su misión espiritual. Instituída para santificar a las almas, las santifica lo mejor que puede; helo ahí todo. Pero ¿qué digo? ¿Helo ahí todo? No, esto no es enteramente verdadero. *Con frecuencia también el mundo moderno* pide a la Iglesia que acuda en auxilio de sus asuntos temporales, y la Iglesia, que es una madre, que tiene entrañas, no se niega a hacerlo. No se le pide que deponga a reyes y presidentes; deja, pues, tranquilos a reyes y presidentes. Pero se le pide que sirva a la infancia, a la juventud, a los pobres, a los enfermos, a los heridos de la vida, a los laboriosos, a los que padecen. ¿Puede rehusar sus servicios? No, no puede rehusarlos, y de hecho los presta sin contarlos. Los padres de familia le piden escuelas, colegios, universidades; está en su deber y en derecho corresponder al deseo de los padres de familia. El pueblo le pide hermanas de la caridad, trabajo, instituciones de previsión; está en su derecho y en su deber de responder al voto de las poblaciones. En el orden temporal, la Iglesia no impone servicios a los que no los quieren; los ofrece a los que los reclaman. ¿Qué mal hay en ello?

Déjenla hacer. Déjenla en libertad. Su ambición no va más lejos. Creada para la salvación eterna de los hombres, trabaja la Iglesia en la dicha temporal de los pueblos cuando las circunstancias lo exigen. Tiene hambre y sed de dar, de sacrificarse, de entregarse. A los mismos que la desconocen y persiguen, les dice como Augusto a Cinna:

> Traicionas mis beneficios; quiero multiplicarlos.
> De ellos te he colmado; quiero agobiarte con ellos.

Nosotros, señores, que somos sus hijos démosle

gracias y en los días obscuros que atravesamos, ofrezcámosle el tributo multiplicado de nuestro amor y docilidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA (1)

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

1.° La ambición de santificar

Hermanos míos:

Pentecostés es el día del nacimiento de la Iglesia católica. Antes de elevarse al cielo, dijo Jesucristo a sus Apóstoles: "Id por todo el universo y predicad el Evangelio a toda criatura. Revestíos de la fuerza de lo alto, y seréis mis testimonios hasta el fin del mundo." Y así fué. El Espíritu Santo descendió sobre los enviados de Jesucristo, y nació la Iglesia. Sale de su cuna, y parte a la conquista de las almas. ¿Lo entendéis bien? La Iglesia no aspira a la posesión y dirección de las cosas temporales. Busca almas; quiere la salvación de todos; su ambición es puramente espiritual. No obliga a nadie; su ambición es esencialmente racio-

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Pentecostés, en la Misa Mayor de las diez, ante toda la Parroquia.

nal. Someto a vuestra atención estos dos pensamientos, sumamente interesantes y oportunos.

I. La ambición de la Iglesia es puramente espiritual. Quiere la salvación de todos.

1.° La Iglesia quiere la salvación de todos. *Para eso fué instituída.* A ella, y no a César o a sus representantes, dijo Jesucristo: "Id, y enseñad a todas las naciones." A ella, y no a César o a sus representantes dirigióse Jesucristo cuando fundó el sacrificio de nuestros altares: "Haced esto en memoria mía"; cuando fundó los sacramentos: "Bautizad y perdonad los pecados"; cuando fundó la vida religiosa: "Si queréis ser perfectos, vended cuanto tenéis y dádselo a los pobres"; cuando fundó el sacerdocio: "Recibid el Espíritu Santo." Jesucristo introdujo en el mundo una innovación profunda: dividió los dos poderes, el civil y el religioso; el poder civil, que administra los cuerpos y los intereses del tiempo, y el poder religioso, que administra las almas y los intereses de la eternidad. Antes de Jesucristo, el Estado era considerado como origen y fuente de todos los derechos; su poder no estaba circunscrito por ningún límite; era el dueño absoluto de los bienes, de los servicios, de las vidas, de las conciencias. Jesucristo destruyó esta enormidad. No quiso que las almas, en sus relaciones con Dios y en la prosecución de sus destinos eternos, fuesen gobernadas por los poderosos humanos, los cuales carecen de misión, de competencia, de estabilidad, de infalibilidad. Dejó, pues, a César y a los representantes de César, al Estado, la dirección de los asuntos espirituales, y confió al papa y a los obispos, a su Iglesia, la dirección de los asuntos espirituales, el gobierno, la santificación de las almas.

2.° La Iglesia quiere la salvación de todos. *En esto trabaja siempre, en todas partes y a pesar de todo.*

Siempre. ¿Qué es lo que viene haciendo durante veinte siglos? Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, da a las almas la verdad y la gracia; les predica el dogma y la moral; les administra los sacramentos. Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, impulsa a las almas escogidas a la práctica de los consejos evangélicos y de la vida perfecta. Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, promulga leyes para salvaguardar la integridad de la fe y la pureza de las costumbres, para ordenar el culto sagrado, para organizar las Órdenes religiosas, en una palabra, para procurar por todos los medios la salvación de las almas. La Iglesia quiere la salvación de todos. Para ello trabaja siempre.

En todas partes, en Francia como en China, en los pueblos civilizados como en los pueblos salvajes, en los jóvenes repúblicas como en las viejas monarquías, en las regiones y regímenes más diversos. *Aquí* la protegen, y de ello se regocija, porque su acción sobre las almas es más fácil, más potente, más eficaz, más fecunda. *Allá* la toleran solamente y ella se resigna, y al amparo del derecho común, hace a las almas y a las sociedades todo el bien posible. *Más allá* la persiguen, pero ella no muere. Tranquila y dulce en medio de las injurias, con la sonrisa en los labios y el perdón en el corazón, espera tiempos mejores. A las mentiras de los sofistas opone la elocuencia de sus apologistas; a la espada de sus verdugos, la sangre de sus mártires; a la opinión de un pueblo extraviado, la abnegación de sus ministros. Si la expulsan de un país, se instala

en otro. Quiere la salvación de todos. En esto trabaja siempre y en todas partes.

A pesar de todo. En vano intentan *los Césares* encadenar su palabra y exterminarla. Ella les responde que vale más obedecer a Dios que a los hombres y continúa haciendo cristianos y preparando elegidos. En vano *los reyes* y los emperadores intentan influir en sus decisiones dogmáticas o morales, detener su acción vivificadora con *placet* y *exequatur*, prohibir la publicación de sus breves, de sus encíclicas, de sus catecismos, de convencer de abuso su doctrina y su disciplina. Ella pasa adelante; no hace aprecio alguno de esos actos ridículos y deshonrosos y se obstina en predicar la verdad integral. En vano *el Estado* intenta suprimir o reglamentar sus Ordenes religiosas; en vano intenta intervenir sacrílegamente en los sacramentos y en la liturgia, en la administración de las cosas sagradas. La Iglesia rechaza esas usurpaciones, esas invasiones. Unicamente ella crea las Congregaciones religiosas, únicamente ella puede disolverlas. Unicamente ella dispone de la oración pública, y de los sacramentos. Ella reclama para sí misma la libertad de la palabra y del sacrificio; para las almas escogidas la libertad de la virtud y del heroísmo; para todos la libertad de la gracia y de la salvación. *La Iglesia quiere la salvación de todos.* Para eso fué instituída; en esto trabaja siempre, en todas partes y a pesar de todo. La ambición es puramente espiritual.

La Iglesia quiere la salvación de todos. Espliquémonos. ¿Quiere esto decir que procede por la violencia? No. Respeta ella hasta el escrúpulo la libertad de las almas.

II. La ambición de la Iglesia es esencialmente racional. No obliga a nadie.

Primeramente, *no es posible* santificar a los hombres a pesar de ellos. La santificación es un acto de voluntad, y la voluntad es siempre dueña de sí misma. Le da, pero no es posible tomarla. Ni la fe, ni la esperanza, ni el amor entran en el alma a viva fuerza. Ni con amenazas, ni con suplicios, pueden ordenarse actos externos, doblegar las rodillas, abrir los labios, humillar las frentes, ni encadenar las conciencias, ni engendar una religión sincera. La Iglesia quiere la salvación de todos, pero su ambición es racional. No obliga a nadie. No es posible santificar a los hombres a pesar de ellos.

Además, *no es lícito*. La libertad de conciencia es el más sagrado de los derechos. Todo hombre tiene la obligación moral de buscar la verdad y hacer el bien. Es responsable de su elección ante la justicia de Dios. Pero ante sus semejantes es libre. Pueden ilustrarlo y solicitarlo, pero no intimidarlo, ni obligarlo. Un hombre es un hombre, es decir, un ser dueño de sí mismo. No es posible tratarlo como a una máquina, a la que se conduce mecánicamente, como a un esclavo, al que se conduce con una vara. No, no es permitido santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a las palabras y ejemplos *de Jesucristo*. Cuando sus discípulos, expulsados de las ciudades de Samaria, llaman sobre aquellas ciudades culpables el fuego del cielo, Jesucristo los reprende con severidad y les dice: "Insensatos, no sabéis de qué espíritu estáis hechos. No he venido a matar, sino a salvar." No es lícito santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a *todos los doctores* del catolicismo. En una u otra forma, no cesaron de pro-

clamar la libertad de la religión y de condenar el empleo de la violencia para imponer la fe. No es lícito santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a la conducta *de la Iglesia.* Siempre afirmó los derechos que tienen los padres de educar a sus hijos en sus propias creencias, aunque sean erróneas, y prohibe a los cristianos bautizar a un niño judío sin permiso de sus padres, excepto en el caso de muerte inminente. La Iglesia respeta escrupulosamente la libertad de las conciencias.

Jamás obligó ella a nadie a creer, a convertirse, a practicar. Permitidme que sea sincero hasta el fin. *Algunos eclesiásticos* trataron de establecer aquí o allá la religión por la violencia. No vacilo en decir que se equivocaron. No puedo aplaudirlos. Pero justo es decir también que algunos eclesiásticos no son la Iglesia. Sus yerros personales no comprometen a la institución a que pertenecen. Se me citará algún obispo del antiguo régimen que aprobó y alentó los excesos del brazo secular. Tanto peor para ese obispo. No soy responsable de su error, ni tampoco la Iglesia. La Iglesia, en lo pasado, usó alguna vez de la fuerzza *para defenderse,* jamás para establecerse. Pide la libertad para sí misma, pero tiene buen cuidado de respetarla en los demás. No se parece a esos jacobinos embusteros e hipócritas que hablan sin cesar de libertad, pero que no tienen más que cadenas y violencias para todos cuantos no piensan como ellos.

Veamos *cómo se conduce la Iglesia católica en la hora presente.* En parte alguna la veréis que obligue a los hombres a creer, a convertirse, a practicar. Sin duda que abriga una ambición sublime, ilimitada, indomable. Sueña en la difusión universal del Evangelio. Quisiera ver el cristianismo penetrando las instituciones y las leyes, presidiendo la educación de los pueblos

perfeccionando la inteligencia y las costumbres públicas. Quisiera ver reinar en todas partes la integridad de la fe y la unidad religiosa. Quisiera ver en cada nación tantos cristianos sólidos como ciudadanos, y que el perfecto amor de Dios se aliase con los arranques del más puro y ardiente patriotismo. He ahí su sueño. Es soberano. Mas ¿cómo se esfuerza en realizarlo? ¿Por la fuerza? No. Por la persuación. Cuando nuestros misioneros van a evangelizar a China, no llevan armas; solamente llevan su corazón para amar, sus labios para hablar, sus manos para bendecir, su sangre para ofrecerla en sacrificio. En este templo os encontráis ahora muchísimos, pero todos están aquí libremente. La Iglesia quiere la salvación de todos. Su ambición es puramente espiritual. No obliga a nadie. Su ambición es esencialmente racional.

Concluyo pidiéndoos que obedezcáis a la Iglesia y la améis con ternura.

1.º *Amad a la santa Iglesia* católica, apostólica y romana. Es vuestra madre. Os ha engendrado a la vida de la gracia. Os sigue paso a paso, os da su doctrina para alimentaros, sus sacramentos para realzaros y fortaleceros, sus sacerdotes para asistiros, sus sufragios para consolaros aun en el purgatorio. ¡Cuántas persecuciones ha soportado, cuántas vejaciones ha sufrido cada día para conservaros intacto el depósito de la fe, para salvar la libertad de vuestras conciencias, para aseguraros la paz del corazón, el honor de vuestros hogares, la felicidad aquí bajo en la virtud y la felicidad allá arriba en la gloria! Amad a la Iglesia, porque ella es vuestra tierna madre, vuestra madre, hoy perseguida y crucificada por vosotros.

2.º *Obedeced a la Santa Iglesia* católica, apostólica y romana, porque es vuestra señora y vuestra reina. Sus decisiones dogmáticas son la pura palabra de Dios, precisada y limpia de toda interpretación corruptora y embustera. Sus mandatos son reglas, no yugos, beneficios antes que cargas. Son la exposición de la voluntad divina. Obedeciendo al Estado, no siempre estamos seguros de seguir el camino recto. Obedeciendo a la Iglesia, tenemos la certeza de no descarriarnos nunca. Obedecemos a la Iglesia, pues tiene las promesas de la vida presente y de la vida futura. Obedecemos a la Iglesia, pues respeta nuestros derechos, nos inculca nuestros deberes, y nos conduce a nuestro destino.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

2.º La ambición de vivir

Señores:

La ambición de la Iglesia es puramente espiritual. Quiere santificar a las almas. Pero, para santificar a las almas, es preciso que viva. Tiene, pues, la ambición de vivir. Mas para vivir, es preciso que pueda *organizarse,* poseer y defenderse. Sí, en primer lugar, la Iglesia, que quiere vivir, debe tener la libertad de organizar su clero y sus Ordenes religiosas, y si, para ello, es necesario concertar una inteligencia con el Estado, nada tan grato para ella. He de deciros sobre esto cosas muy precisas, muy importantes, muy actuales.

I. La Iglesia debe tener la libertad de organizar su clero.

¿Cómo queréis que viva y realice su obra, si se ve molestada y paralizada en su reclutamiento, en la edu-

cación y administración de su jerarquía, en la elección de sus sacerdotes y formación de los cargos que les asigna? El Estado es soberano en la organización de sus ministros.

Ningún poder civil puede imponerle asuntos que le repugnen;

Ningún poder civil puede modificar los reglamentos que impone y la enseñanza que da a sus jóvenes levitas;

Ningún poder civil puede ampliar ni restringir las jurisdicciones espirituales que asigna a sus vicarios, párrocos, capellanes y misioneros;

Ningún poder civil puede imponer a sus levitas y sacerdotes servicios que comprometan la santidad de su estado o la solidez de su vocación, cosas inconciliables con sus sagrados cargos;

Ningún poder civil puede crear sin ella pastores para las parroquias, ni obispos para las diócesis.

En medio de los ataques de sus enemigos, de las plerpejidades y obstáculos de sus propios hijos, de las diversas necesidades impuestas por las circunstancias, los tiempos y las personas, no sería una sociedad perfecta, capaz de conducir los hombres a su fin, ni tendría probabilidad alguna de difundirse y durar, ni siquiera viviría una hora, sino gozase del derecho soberano de organizar su clero y proveer a su dignidad, al orden, al reclutamiento, a la dirección y perpetuidad de su jerarquía.

Y no se diga que el clero así organizado por la Iglesia constituye un Estado dentro del otro Estado, que obedece a un soberano extranjero, que abdica de su nacionalidad. Son alegatos, o mejor dicho, bromas que nada significan.

El clero constituye un Estado dentro de otro Estado. Esto no es verdad. ¿Es qué el ejército o la

magistratura constituyen un Estado dentro de otro Estado? ¿Es qué los notarios, los abogados, los médicos constituyen un Estado dentro de otro Estado? En manera alguna. Todos estas corporaciones, y muchas otras, son órganos que forman parte de la colectividad social, como los miembros de un solo y mismo cuerpo. Pues lo mismo ocurre con la corporación eclesiástica. No es un Estado dentro de otro Estado. Es una pieza, un rodaje del mecanismo general que se llama la sociedad civil. Sí, pero, se dirá,

El claro obedece a un soberano extranjero, al papa que está en Roma. Entendámonos. El clero, como los católicos de otras partes, el clero francés, como todos los cleros del mundo, obedece al papa en el orden espiritual y divino... pero esta obediencia, ¿es incompatible con el servicio del país? En manera alguna. Jesucristo, que vino para salvar a todos los pueblos, amó especialmente a su patria, y vertió lágrimas ardientes sobre el pueblo judío. Así, nosotros, sacerdotes y católicos, armonizamos fácilmente en nuestros corazones la docilidad para con el pontífice universal y la abnegación para con la patria. El papa es el vicario de Jesucristo, el representante de Dios en la tierra. No es extranjero en parte alguna. Estamos obligados y tenemos derecho a obedecerle en materia religiosa. Pero en el orden temporal y humano, somos ciudadanos, pertenecemos a un pueblo y abrigamos como èl que más el sentimiento noble y altivo de nuestra nacionalidad y la solicitud por las obligaciones que impone.

¿En dónde y cuándo habéis visto que abdique el clero los deberes del patriotismo? En tiempo ordinario, como todo el mundo, pagamos nuestros impuestos, obedecemos a las leyes, respetamos a los magistrados. En las grandes calamidades, somos los primeros en subvenir a los males públicos. Durante la guerra de 1870, ¿no

pagó noblemente su deuda a la patria la tribu sagrada, los curas, los obispos, los capellanes, los Hermanos de las Escuelas cristianas, los religiosos, los seminaristas? ¿Por ventura no se nos vió en los hospitales, en las ambulancias, en los campos de batalla, afrontar todas las fatigas y todos los peligros para no dejar un solo herido sin socorro, un hambriento sin pan, un moribundo sin consuelo? Allá me encontraba yo, y tengo derecho a decir lo que vi. Tengo derecho a afirmar que, frente al extranjero, bajo el fuego enemigo, en el incendio y el saqueo de las ciudades, el clero francés cumplió con su deber. No digo que tengamos nosotros el monopolio de la abnegación; esto sería una fanfarronería y una puerilidad. Pero, en nombre de los hechos más admirables y de la justicia más elemental, digo que no es posible poner en duda la sinceridad y ardor de nuestro patriotismo. Dejen, pues, que la Iglesia organice libremente a su clero. Al hacerlo trabaja ella por Dios, por las almas y por la patria. Pero voy más lejos todavía:

II. La Iglesia debe tener libertad para organizar sus Ordenes religiosas.

Todo ejército tiene tropas auxiliares y cuerpos escogidos, que no sólo le son útiles, sino necesarios, y el general en jefe los forma y organiza como bien le parece. No podría prescindir de ellos. Así, la Iglesia tiene necesidad de Ordenes religiosas contemplativas y activas, hospitalarias o docentes. Ella las instruye, las gobierna, las disuelve, según su leal saber y entender. Es soberana con relación a su clero.

He ahí almas que quieren abrazar la perfección evangélica, y ser humildes hasta la abyección, pobres hasta la desnudez, castas hasta la virginidad total; almas que

quieren trocar la púrpura por la estameña y renunciar a las esperanzas de la paternidad carnal. La Iglesia aprueba y bendice su vocación. Está en su derecho.

He ahí personas que se consagran a Dios, que viven juntas en la soledad del claustro, o en el ejercicio de la caridad, que tienen hábito particular y una regla particular. La Iglesia alienta estas agrupaciones y sanciona con su autoridad su manera de vivir. Está en su derecho.

He ahí una Orden que cuenta con siglos de existencia, pero que ya no es útil. La Iglesia la suprime. Está en su derecho. He ahí una Orden antigua que tiene necesidad de reforma y rejuvenecimiento. La Iglesia la reforma, y está en su derecho. He ahí una Orden nueva que anhela nacer y fructificar. La Iglesia la instituye, y está en su derecho.

Y no se diga que las Ordenes religiosas son un peligro para la nación; que su multiplicación es indiscreta y exagerada, por lo que es preciso contener sus invasiones. Esos temores son ficticios, esas declaraciones carecen de sinceridad.

Las Ordenes religiosas no hacen mal a nadie. En ellas entra y sale quien quiere. El techo y el jardín que las cobija fueron adquiridos legítimamente, y pagan los impuestos que el fisco les reclama. A pesar de que me esmero en estudiar a fondo esta cuestión, no llegó a entender cómo pueden ser perjudiciales a la patria la carmelita y la salesa que oran, el capuchino que anda con los pies desnudos, el dominico que visita a los pobres, la Hermana que se cuida del asilo o de la clase, el jesuíta que predica o prepara bachilleres y licenciados, el Hermano de las Escuelas cristianas que educa a los hijos del pueblo. No veo enteramente el mal que hacen todos ellos, pero veo con deslumbrante cla-

ridad el bien que todos ellos hacen. Las Ordenes religiosas no hacen mal a nadie.

Hacen bien a todos. Ruegan por los que no rezan, expían por los pecadores, cuidan los heridos de la vida; se inclinan sobre la almohada de enfermos y moribundos; recogen viejos en los asilos; educan a los niños y a los jóvenes; consuelan las miserias físicas y las miserias morales; hacen bien aun a los que los quieren mal. Vemos que legisladores y políticos que han decretado las suspensión de los conventos llaman a las buenas Hermanas para que los cuiden cuando están enfermos, y a los Padres jesuítas para que los absuelvan en la hora de la muerte. Vemos que pobres descarriados que truenan contra las casas religiosas, confían con solicitud sus ancianos padres a la guarda material de las Hermanitas... Dejen, pues, que la Iglesia organice libremente, no sólo su clero, sino también sus Ordenes religiosas, para que trabajen por la gloria de Dios, la salvación de las almas y el bien público.

Es muy grave, me dicen algunos, *lo que afirmáis.* La Iglesia libre, independiente, soberana en la organización de su clero y de sus congregaciones... sobre esto hay mucho que decir. Entre la Iglesia soberana y el Estado soberano, ¿no se producirán choques, sino discusiones, disputas, luchas? Respondo a esta objeción haciendo notar que la Iglesia y el Estado pueden encontrarse sin luchar.

III. La Iglesia, cuando organiza a su clero y a sus Ordenes religiosas, nada anhela tanto como entenderse con el Estado.

Cuando el poder religioso y el poder civil se encuentran en fronteras dudosas o en asuntos mixtos, tienen el recurso de entenderse por convenciones o *concordatos,* en los cuales cada uno aporta sus derechos y procura que prevalezcan sus pretensiones. Nada más natural. Como dos vecinos en contacto, la Iglesia y el Estado regulan sus diferencias por un contrato sinalagmático que obliga a los dos partes.

Entonces es cuando aparece resplandeciente la mansedumbre, condescendencia y *lealtad* de la Iglesia. Reduce a menudo sus más legítimas exigencias; sacrifica fácilmente los honores, privilegios, inmunidades superabundantes que no son indispensables al cumplimiento de su misión; y, una vez adquirido el compromiso, permanece fiel a la fe jurada... Desde el Concordato de Worms, que puso fin a la querella de las investiduras, hasta el de París, que restableció en Francia el ejercicio oficial del culto público, jamás papa alguno faltó a sus promesas.

Mas si el Estado no quiere entenderse, si rechaza los avances y proposiciones de la Iglesia, si rompe las convenciones acordadas o si las desvirtúa con astutas y desleales interpretaciones... la Iglesia, habituada a padecer y durar, no se desalienta poco ni mucho.

Se lamenta. Está en su derecho. Apela a la razón, al Evangelio, a la patria, al sentido común, a la libertad. Protesta... sin cólera, pero sin miedo. Y luego,

Espera tiempos mejores. Deja pasar las sospechas, las vanas alarmas, los vanos prejuicios, las disputas pueriles, las irritantes injusticias, las calumnias hipócritas. Perseguida, se lamenta. Está en su derecho. Paciente, espera. Esto constituye su fuerza. Activa y abnegada siempre y a pesar de todo,

Continúa santificando las almas y haciendo bien a todos. Tal es su misión. ¿Persiguen con el hambre, vejan, maltratan a sus sacerdotes? Se reducen al estado apostólico, y por cuanto son inmolados, se convierten en conquistadores y salvadores. ¿Dispersan a las

Ordenes religiosas? Se reconstituyen, en otras partes, y contrariada su abnegación, se hace más intensa. La Iglesia tiene la ambición de vivir, y, lo que es más, tiene la certeza de que vivirá. Esto es desesperante pára los masones, los judíos, los apóstatas. Pero ¿qué queréis? Esta es la verdad, la pura verdad, y yo no tengo otro derecho que deciros la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

2.° La ambición de vivir (*continuación*)

Señores:

La Iglesia tiene la ambición de santificar las almas; luego tiene la ambición de vivir. En primer lugar, si la Iglesia tiene la ambición de vivir, ha de tener libertad para *poseer*. Esto es lo que hoy vamos a ver. La Iglesia tiene el derecho de poseer. Despojarla de este derecho, sería un crimen y un peligro. Ahora bien, su vida es dura; pero aun expoliada y reducida a la extrema pobreza, es inmortal.

I. La Iglesia tiene el derecho de poseer.

Es un derecho natural. Como todo individuo, como toda sociedad que quiere vivir, tiene el derecho de poseer. Si no posee, ¿cómo podrá sostener a *sus ministros* para consagrarlos exclusivamente a la predica-

ción del Evangelio, para libertarlos de las necesidades materiales que absorberían su tiempo y sus fuerzas en detrimento de su misión espiritual? Si no poseyera. ¿cómo lo haría para sostener *sus obras*, para construir templos, monasterios, escuelas, para subvenir a las necesidades de los pobres, de los huérfanos, de las viudas, de los enfermos, para asistir a todas las porciones débiles o dolientes del género humano? Si la Iglesia no posee, se convierte en *una carga* perpetua y aplastante para los fieles, y cansa la generosidad del pueblo cristiano. Si la Iglesia no posee, compromete su *dignidad* en laboriosa y humillante mendicidad... y, lo que es más grave todavía, compromete *su independencia,* su soberanía espiritual. Los que la alimentan fácilmente se convierten en sus dueños, cuyos caprichos vese obligada a soportar. Los beneficios que se le conceden, los servicios que se le hacen fácilmente se convierten en servidumbres que perjudican la perfecta libertad que necesita para cumplir su misión. La Iglesia tiene el derecho de poseer. Es un derecho natural, que le pertenece por el solo hecho de existir.

Es un derecho positivo, que siempre y en todas partes ha reivindicado y ejercido. Los primeros Apóstoles, los antiguos Padres, los Doctores, los Teólogos, los Obispos, los Papas muestran unanimidad sobre este punto. Podrían citarse más de mil decretos promulgados por los concilios, de siglo en siglo, en Oriente y en Occidente, para reconocer los títulos de propiedad eclesiástica, reclamar las rentas, castigar o mostrar a sus detentadores. Cierto que la Iglesia no ambiciona ni los honores, ni los cargos de la riqueza secular; pero como prudente, previsora y madre que es, se preocupa de las necesidades de sus hijos, adquiere bienes temporales, alaba a los que los aumentan, se queja de los que los envidian, condena a los que los atacan; se dirige a los

príncipes para recuperar el goce de sus bienes, ordena a los obispos que regulen el uso de ellos; reconoce a los papas el derecho de transferir su propiedad. Se la ha despojado mil veces de ellos, pero mil y mil veces ha vuelto a poseerlos... porque de edad en edad, y en toda la superficie de la tierra, necesita un pedazo de pan para sus ministros, templos para sus fieles, abrigo para sus vírgenes, casas de educación para la infancia y la juventud, invenciones caritativas y auxilios oportunos para todo lamento que dé un sonido nuevo y pida consuelo. La Iglesia tiene el derecho de poseer.

Es un derecho reconocido, jamás discutido por ninguna alma honrada. Desde los primeros días del cristianismo, vemos que los fieles ponen sus bienes a los pies de los Apóstoles. Bajo el mando violento de los emperadores paganos, los nobles patricios convertidos ofrecen a la Iglesia los dones voluntarios de su generosa caridad. Después, se multiplican sin interrupción las liberalidades de los cristianos inteligentes y abnegados. En todas partes se constituyen en favor del clero beneficios que les aseguran una vida honrosa e independiente, con la posibilidad de subvenir a las buenas obras. En 1879, la Asamblea Constituyente despoja de sus bienes a la Iglesia de Francia; pero, ¿no parece reconocer la legitimidad de su propiedad el hecho de que, a modo de compensación, encargue a la nación "proveer a los gastos del culto, al sostenimiento de sus ministros y al auxilio de los pobres?" "El sueldo de los ministros del culto forma parte de la deuda nacional." En 1802, en el Concordato, artículo 15, se estipula que "el gobierno tomará las oportunas medidas para que los católicos franceses puedan, si así lo desean, hacer fundaciones en favor de las iglesias". Los poderes civiles menos favorables a la Iglesia no se atreven a discutirle el derecho de poseer. La Iglesia

tiene el derecho de poseer. Por consiguiente, llego a mi segunda proposición:

II. Despojar a la Iglesia sería un crimen y un peligro.

Lo que la Iglesia posee, es sagrado. Es la substancia de Dios, el patrimonio de Jesucristo, la casa del Señor. Toda violación de semejante propiedad es *un robo complicado de sacrilegio*. ¿Se pone la mano en el dominio temporal del papa? Es un robo, y un robo sacrílego. ¿Se suprime sin discusión y sin juicio el sueldo de un cura o de un obispo? Es un robo, y un robo sacrílego. ¿Se confisca, se vende, se liquida la fortuna inmueble de una congregación? Es un robo, y un robo sacrílego. Pero la expoliación de la Iglesia ha sido *decretada por la ley*, presidida por el magistrado, ejecutada por los agentes de la fuerza pública; "qué importa? El robo es un crimen, y el robo sacrílego es otro crimen. Si se cargan sobre la propiedad de la Iglesia todos los impuestos que pesan sobre la propiedad de los ciudadanos: contribución territorial y mobiliaria, de puertas y ventanas, de manos muertas, etc., etc.... nada tendré que decir. La justicia debe ser igual para todos. Pero que se le quite a la Iglesia lo que le pertenece, como si no fuera propietaria de lo suyo en el mismo derecho que un particular o una sociedad civil...; que se dilapide el patrimonio de la Iglesia, nacido del trabajo, de la economía y del tiempo, y consagrado a usos piadosos...; que se despoje brutalmente a los religiosos y a las religiosas a causa del hábito que visten, y a pesar de su condición de ciudadanos... merece la más viva protesta en nombre del derecho común, que queda lesionado, en nombre de la religión, que es atacada, en nombre de la conciencia pública, que se muestra choqueada e indignada. Despojar a la Iglesia es un [illegible]

y un robo sacrílego. No hay sofisma alguno que pueda justificar semejante crimen.

Pero este crimen es al propio tiempo *un peligro,* un inmenso peligro. Pocos años después de la liberación de Francia por Juana de Arco, embarcábase un gentilhombre inglés para regresar a Inglaterra. Díjole un francés en tono burlón: "¿Cuándo volveréis a Francia?" —"Cuando vuestros pecados—respondió el inglés—sean más grande que los nuestros." ¡Palabras profundas! Los pueblos son recompensados o castigados desde aquí bajo. Los pecados de las naciones se pagan en la tierra. Despojar a la Iglesia es un peligro social porque lógicamente *la expoliación de la Iglesia justifca y prepara la expoliación de todos.* Fácilmente me entenderéis. Cuando en 1789 iba la Asamblea Constituyente a votar la confiscación de los bienes del clero, el abate Maury, rivalizando en elocuencia con Mirabeau, le decía: "Ten cuidado. La propiedad es una. Es tan sagrada para nosotros como para vosotros. Nuestras propiedades garantizan las vuestras. Hoy se nos ataca a nosotros; pero, no os engañéis, si nosotros somos despojados, vosotros lo seréis a vuestra vez. El pueblo tendrá sobre vosotros todos los derechos que ejerzáis contra nosotros. ¿Nos arrebatáis nuestros bienes? El pueblo pedirá una parte de los vuestros." La lógica inflexible de Maury no tardó en manifestar su evidencia. La expoliación criminal de la Iglesia; la venta sin probidad de los bienes raíces del clero fué un bandidaje sin provecho para nadie, y, además, fué preludio y causa de todas las destrucciones y dilapidaciones que siguieron. Nosotros, es decir, el clero; nosotros, esto es, la Iglesia, somos en apariencia poca cosa en el edificio social; no somos más que una piedra... pero la piedra angular... y cuando se nos descantilla, cuando se nos arrebata nuestro puesto y nuestro derecho,

se quebranta todo el monumento. ¿Con qué derecho detendréis la mano de la revolución sobre vuestros bienes, si le habéis dejado que arrebate los nuestros? ¿Quién os respetará si se roba impunemente a los religiosos y a las religiosas? Es casi seguro que seréis despojados y molestados, si despreciáis a la Iglesia y toleráis que la despojen. "El Estado—se dice—puede apoderarse de los bienes de la Iglesia." Pero vuestros bienes pertenecen también al Estado. Todo pertenece al Estado, nos dicen los doctores del socialismo. Protestáis, y con razón, porque la propiedad es querida, y vosotros tenéis puesta en ella toda vuestra alma por vosotros y por vuestros hijos. Pues bien, sed lógicos y consecuentes con vosotros mismos: aceptad el derecho de propiedad con todas sus consecuencias; sed propietarios, aunque lo sea la Iglesia a vuestro lado. Detestad el robo dondequiera que se cometa, si no queréis se robados. La expoliación de la Iglesia constituye un inmenso peligro social, porque es la legitimación y el punto de partida de todas las expoliaciones. Despojar a la Iglesia es un crimen y un peligro. ¿Quiere esto decir que moriría por ello? No, ciertamente. Escuchadme un poco más.

III. Aun expoliada y reducida a la extrema pobreza, la Iglesia es inmortal.

Hace ciento quince años, a fines del siglo XVIII, la Revolución despojó a la Iglesia. Destruyó en un día diez siglos de propiedad eclesiástica. Robó al clero y vendió a vil precio bosques, praderas, monasterios, hospitales, santuarios y vasos sagrados, todos los objetos tan caros al arte como a la religión. *Mas no por ello murió la Iglesia.* La desgracia sólo mata a los que no saben aceptarla; en cambio, resucita a los individuos y

a las sociedades que saben aprovecharse de ella. Fouquet, intendente de Luis XIV, acababa de ser desterrado, su madre al saber la desgracia, exclamó: "Empiezo a reconocer que Dios ama a mi hijo, porque le envía pruebas:" Enriqueta de Francia, mujer de Carlos I de Inglaterra, daba gracias a Dios todos los días por haberla hecho cristiana y reina desgraciada. Así también, la Iglesia, en el tiempo de la Revolución, apareció ante el mundo como una reina despojada, y desgraciada; pero ello la hizo aparecer más hermosa, más grande, más viviente. La prueba depura y transfigura. Cambió la cruz de oro por la de madera, que salvó al mundo. Mirabeau, hablando de los obispos de Francia, vióse obligado a decir: "Hemos podido quitarles sus bienes, pero no hemos podido deshonrarlos." No, la Iglesia no teme la pobreza evangélica. Empezó a vivir con ella, y por medio de ella se realza con frecuencia. Así se la vió hace un siglo. ¿Volveremos a verla otra vez así? No me extrañará mucho.

En la *hora presente,* en la aurora del siglo XX, como en las postrimerías del XVIII, comienza otra vez el robo de los bienes de la Iglesia. Ya han sido medio despojadas las congregaciones religiosas. Puede ocurrir que mañana, o pasado mañana, quede suprimido el presupuesto de cultos, y se nos robe todo, aun nuestras iglesias construídas con el dinero de los fieles. Si esto ocurre, será un desafío brutal arrojado a la historia, a la justicia, al honor, a la gratitud, a los derechos más indiscutibles y a los servicios más brillantes. Pero, si esto ocurre, estad bien seguros de que *la Iglesia no morirá.* Esta empresa sacrílega nos hará sufrir, pero no nos hará morir. A título de ciudadanos, continuaremos instruyendo a vuestros hijos, enseñándoles al mismo tiempo la ciencia religiosa y la ciencia profana. A título de ciudadanos, continuaremos visitando a vues-

tros enfermos y absolviéndolos en su última hora. Si se nos expulsa de los templos que nos pertenecen, llevaremos nuestros sagrados misterios, el pan y el vino del sacrificio, a cualquier granero por encima de vuestras cabezas, o a cualquier sótano húmedo por debajo de vuestros pies. Privados de pan y de abrigo, vosotros nos alojaréis y nos sentaréis a vuestra mesa. Mendigaremos sin avergonzarnos. Como san Pablo, trabajaremos si preciso fuera, con nuestras manos, y, a fuerza de celo y desinterés, acabaremos por desterrar el estúpido prejuicio que dice que nuestro ministerio es un ministerio de convención y de lujo... ¿Seré profeta? ¿Os anuncio un porvenir inmediato? No lo sé; pero sé muy bien que el reinado de los enemigos de la Iglesia es necesariamente corto, y que, al tocar el incensario, firman su acta de defunción; pero sé muy bien que, aun despojada y reducida a la extrema pobreza la Iglesia es inmortal. Padece, llora, ruega, espera... y sobrevive a todo y a todos ...a los cobardes que la abandonan, a los apóstatas que la detestan, a los ladrones que la despojan, a los verdugos que la crucifican.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

Las ambiciones de la Iglesia *(Conclusión)*

2.° La ambición de vivir (*conclusión*)

Señores:

La Iglesia tiene la ambición de santificar las almas; por consiguiente, tiene la ambición de vivir. Pero la Iglesia que quiere vivir debe tener la libertad de organizarse y la libertad de poseer. Y aun añado: todo individuo, toda sociedad que no quiere morir, debe tener la posibilidad de defenderse. La Iglesia tiene el derecho *de defenderse* por la palabra, por leyes y penas, por el recurso al brazo secular. La materia es delicada y compleja. Me esforzaré en decir toda la verdad, nada más que la verdad.

I. La Iglesia, para defenderse, tiene el derecho de hablar.

Es este un derecho elemental e incontestable. ¿Quie-

ren mataros? Gritáis: ¡Al asesino, al asesino! ¿Quieren robaros la bolsa? Gritáis: ¡Al ladrón, al ladrón! ¿Quieren incendiar vuestra casa? Gritáis: ¡Fuego, fuego! ¿Os injurian, os golpean? Os quejáis, protestáis en voz alta contra el agresor. Nada más natural, nada más legítimo. El historiador Tácito refiere que, en el reinado de no sé qué tirano, ni siquiera era libre el gemido, *gemitus non fuit liber*. Era una manera de decir que no podía extremarse más la servidumbre. La libertad de quejarse es el último recurso del hombre que padece. Este derecho pertenece a la Iglesia.

Siempre y en todas partes, desde hace veinte siglos se defiende por medio de la palabra contra los que la atacan. Se lamenta, gime, protesta, pronuncia el *non licet*, que costó la vida al intrépido Juan Bautista. Con su voz soberana y jamás fatigada, condena los errores, que pervierten las almas, las blasfemias, que insulta todo lo que hay de más sagrado, las impiedades científicas y literarias, que minan los fundamentos de todo orden social, las inmoralidades de la pluma y el lápiz, que depravan el corazón del pueblo, las injusticias, ora procedan de arriba, ora de abajo. Para vengarse, hace resonar, aquí y allá, ayer y hoy, las lecciones, los consejos, las advertencias, los reproches de su autoridad benévola y abnegada.

Emplea para ello la boca *de sus ministros*, de sus sacerdotes, de sus obispos, de sus papas. Cierto día, el emperador Valente, hizo que su ministro Modesto visitase a san Basilio, obispo de Cesárea, para obligarle a abrazar el arrianismo. Modesto preguntó al Santo: "¿Por qué no profesas la religión del Emperador, tu amo?—Porque un amo más grande me lo prohibe.—¿No temes los efectos de su poder?—¿De qué efectos hablas?—Se trata de la confiscación de tus bienes, del destierro, de los tormentos, de la muerte.—El que nada posee, nada tiene que perder. Encontraré en todas partes mi patria, porque el universo pertenece a Dios. No me resta más que un soplo de vida, y la muerte será para mí un beneficio.—Nadie me habló jamás así.—Porque jamás hablastes con obispos." Modesto escribió a Valente: "Somos vencidos. Las amenazas nada pueden contra Basilio, ni tampoco las promesas. Dice que vale más obedecer a Dios que a los hombres." Así es como se defiende la Iglesia, con palabras sencillas, con protestas indignadas, con gemidos irreductibles. Escuchad a Gregorio VII en su última hora: "He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro." Escuchad lo que Bossuet dijo al canciller Pontchartrain: "Nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia. En cuanto a mí, perdería por ella la cabeza." La Iglesia se defiende por medio de la boca de sus ministros, y tanbién

Por la boca *de sus hijos*. Señores, tenéis siempre el derecho, y con frecuencia el deber de tomar la palabra para defender nuestra religión contra los ataques injustos, inútiles y perjudiciales de que es objeto.

Encontraréis gentes que no ponen jamás el pie en nuestras iglesias, que ignoran totalmente nuestra fe, pero que quieren reglamentar sencillamente nuestras creencias y nuestro culto. Decidles sencillamente que se meten en lo que no entienden.

Encontraréis intolerantes que reivindican para sí mismos la libertad de no creer ni practicar, pero que de buen grado os negarán la libertad de creer y practicar. Decidles claramente que no son lógicos, y que vosotros seréis cristianos tanto más decididos cuanto más se empeñen en que no lo seáis.

Encontraréis pobres descarriados que emplean todo lo que tienen en materia de inteligencia y energía en la guerra religiosa. Decidles caritativamente que sus

esfuerzos serían mucho más fructuoso, si los emplearan de acuerdo con vosotros, en realzar nuestros intereses materiales y morales en decadencia.

La Iglesia tiene, para defenderes, el derecho de hablar. Y no insisto, porque es demasiado evidente, pero continúo.

II. La Iglesia tiene, para defenderse, el derecho de decretar penas.

Toda sociedad que quiere vivir, tiene el poder, no sólo de hacer leyes, sino también de decretar penas, porque, si careciese del poder de castigar, ¿qué sería de las leyes? Serían vanas prescripciones y vanas amenazas... ¿En qué se convertiría el Estado? En una soberanía ilusoria. La Iglesia, sociedad perfecta, tiene, pues, el poder de hacer leyes y de sancionar sus leyes con castigos.

Los castigos que impone son diversos. Los unos son espirituales, como la privación de oraciones públicas, sacramentos y sepultura eclesiástica. Los otros son temporales, como la pérdida de bienes y de la libertad. Aquí os someto tres consideraciones importantes:

1.ª La Iglesia, cuando decreta penas, no las aplica a los extraños, sino solamente a sus hijos, a sus súbditos. Legisla en su dominio; es dueña en su casa;

2.ª La Iglesia que está fundada para todas las edades y para todos los pueblos, acomoda su disciplina a los tiempos, lugares y sociedades. Ora se muestra severa, ora condescendiente. Aquí se inclina al rigor, allí al perdón. Esto es propio de la prudencia;

3.ª Nos equivocaríamos si juzgáramos sus instituciones penales de otros tiempos con nuestras ideas y nuestros hábitos actuales. Su derecho de hacer leyes e imponer penas, es conforme a la razón, al Evangelio y a la tradición. Esto debe satisfacernos.

Pero quiero deciros algunas palabras sobre una pena de que con frecuencia se valió la Iglesia en los tiempos pasados, y de la cual se sirve algunas veces en nuestros días, la *excomunión.* Por la excomunión, la Iglesia separa de su seno un cristiano rebelde y gravemente culpable. Le priva de los sacramentos durante su vida y de la sepultura religiosa después de su muerte. Procede como la ciudad que arroja al ciudadano traidor a su patria, como el padre que prohibe su hogar y su mesa al hijo ingrato, como las sociedades humanas que pronuncian diariamente decretos de expulsión contra criminales declarados.

No condenéis, señores, el uso que ha hecho la Iglesia del arma formidable de la excomunión. Gracias a ella, ha protegido la fe católica contra las empresas de la herejía y del cisma. Merced a ella, salvó la moral, suprimió el divorcio, sujetó los grandes al freno sagrado del matrimonio, previno el hundimiento de los pueblos en la lujuria, la degradación de las razas en la poligamia, la vuelta a las abominaciones del paganismo. Por medio de ella, vengó la justicia, obligando a los reyes a reinar según Dios, y reduciéndolos por el castigo al respeto de la virtud y del derecho... aterrando a los usurpadores, a los tiranos, y poniéndolos en la imposibilidad de dañar a sus pupilos, a sus vasallos, a sus vecinos, a sus pueblos. En aquellos lejanos y caóticos tiempos, en que la opinión era muda, incierta la legislación, y el poder real bárbaro, ignorante, absoluto, la excomunión salvó al mundo.

Hemos adelantado después mucho... *y algunos se burlan* de buen grado de la excomunión como de una espada mohosa e impotente, como de un arma pasada de moda, como de un juguete infantil. Hacen mal en burlarse. Napoleón I, excomulgado por Pío VII, no era insensible a la herida de la espada espiritual, y, furioso se le oía exclamar: "¿Cree el Papa que la excomunión hará que caigan las armas de las manos de mis soldados?" Poco después, emprendía con 600.000 hombres la campaña de Moscú. Huyen los rusos, y hacen el vacío ante su ejército. Los soldados de Napoleón, transidos de frío, dejan caer sus armas, y caen con ellas, helados por la muerte. Del Gran Ejército apenas vuelven a su patria algunas decenas de miles de hombres. El que come carne de papa, muere sin remedio. ¡Respeto a la Iglesia, a su palabra, a sus gemidos, a sus lágrimas, a sus leyes, a sus instituciones penales! Todavía unas palabras más.

III. La Iglesia, para defenderse, tiene el derecho de recurrir al poder civil.

¿Cuál es su misión y la razón de ser del poder civil? En lo exterior debe defender la patria contra los ataques de fuera. En lo interior, debe defender las personas honradas contra los bribones, la verdad y el bien contra el error y el mal. Por regla general, en una sociedad civilizada, los ciudadanos no se hacen justicia a sí mismos. El poder existe para hacer justicia y mantener el orden público. Dos hipótesis pueden presentarse: o el poder civil defiende a la Iglesia, o no la defiende. Estudiémoslas.

1.° *Si el poder civil defiende a la Iglesia...* nada mejor. Todo el mundo se encuentra bien.

Antes, el poder civil defendía a la Iglesia hasta el punto de procurarle en la nación *una situación privilegiada.* Adoptaba la religión católica como religión de Estado, con exclusión de todo otro culto, y las creencias, las leyes, las prácticas, la disciplina católica eran considaradas como parte integrante de la vida nacional. Tal fué el régimen bajo el cual vivió la Europa cristiana durante siglos... Al amparo de este régimen, vióse al Estado proteger contra los enemigos exteriores y los interiores a la Iglesia atacada, la cátedra amenazada, los altares invadidos, la sagrada mesa pisoteada; vióse al brazo secular sacar la espada de la vaina y proteger, al propio tiempo que la religión, la familia, la propiedad, la moral, la seguridad pública, convertidas en presa de la herejía. Vióse a Carlos Martel batir a los sarracenos en Poitiers y salvar a Francia del yugo de Mahoma. Vióse a los papas, a los obispos y a los santos armando los caballeros para las cruzadas; vióse centenares de veces la fuerza al servicio de la religión, no para establecerla, lo que hubiera sido un crimen y una locura, sino para defenderla, lo cual era legítimo y, por otra parte, unversalmente consentido y querido. La religión estaba identificada con la nación. Al defenderla, el Estado defendía la nación. Nuestros padres vivieron bajo este régimen, y en él hicieron buena figura, pues cosecharon glorias a granel, nosotros cometeríamos una torpeza si las discutiéramos y repudiáramos.

Hoy vivimos en un régimen totalmente distinto. El Estado concede simplemente a la Iglesia *la protección común* que concede a todos los ciudadanos y a todas las asociaciones. La trata como a la religión judía y a la religión protestante. No la persigue, pero no la favorece; permanece neutral. Más esta neutralidad es tan difícil de sostener como fácil de proclamar, y con frecuencia degenera en licencia concdida al mal

y en libertad negada al bien. Ahora bien, bajo semejante régimen, si es sincero, puede todavía la Iglesia defenderse. Como el apóstol Pablo, apela al César, *ad Cæsarem appello*, al derecho común, a la ley, que es igual para todo el mundo... y logra que se le haga justicia... Pero aquí se presenta la segunda hipótesis...

2.° *Si el poder civil no defiende a la Iglesia;* si, en vez de privilegiarla, no le concede ni siquiera el derecho común, ¿qué deberá hacer la Iglesia?

El caso no es quimérico. En ciertas horas tenebrosas, vemos que la libertad se concede a todos y a todo, menos a la religión y a sus discípulos. Los apaches de la prensa y los apaches de la calle pueden impunemente vilipendiar nuestras personas y nuestras creencias e invadir nuestros templos. La ley protege a los animales, pero no a los católicos, que son entonces tratados como enemigos públicos, excluídos de todos los empleos, señalados a todas las cóleras.

Cuando la Iglesia se ve abandonada por el poder público, me preguntáis cómo puede todavía defenderse. No tengáis miedo. Le queda Dios, le quedan sus hijos, le queda ella misma. Dios está con ella. Sus hijos la protegen como se protege a una madre, con la palabra y con el gesto. Y la Iglesia, sonriente y tranquila, perdona a los que la maltratan. "Su venganza consiste en orar por ellos, y su victoria, en sobrevivir a ellos."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

El papa es un hombre como cualquier otro

1.ª El papa en la Iglesia

SEÑORES:

La Iglesia católica tiene una cabeza... el papa. He ahí un personaje del cual se habla mucho. Hablemos también nosotros de él. Algunos, ya por ignorancia, ya por desdén o por cólera, sostienen que el papa es un hombre como cualquier otro. ¿Es esto verdad? No, ni en la Iglesia, ni en el mundo, es el papa un hombre como cualquier otro. Es un hombre de un género especial. Tiene poderes y una fisonomía que no corresponden a ningún otro. En primer lugar, ¿qué es el papa *en la Iglesia?* Veamos lo que Jesucristo quiso que fuese, y lo que es hace ya veinte siglos. Esto nos dirá lo que nosotros debemos ser con relación a él.

I. Lo que Jesucisto quiso que fuese.

Jesucristo dió al papa en la Iglesia una primacía de honor y jurisdicción. Quiso que fuese la cabeza de los pastores y de los fieles. De ello da fe el Evangelio.

Entended bien, señores, la diferiencia que existe entre las sociedades humanas y la sociedad religiosa fundada por Jesucristo. Las sociedades humanas se constituyen en monarquía, en oligarquía, en aristocracia, en democracia, como bien les parece. Es asunto de lugar, de tiempo, de costumbres, de conveniencia. No he de pronunciarme sobre la excelencia de tal o cual forma de gobierno. La monarquía tiene sus glorias y sus ventajas. Pero también nada tan legítimo como la república... y podría ser el mejor de los gobiernos, si todos los hombres fueran igualmente instruídos, prudentes, desinteresados y virtuosos. La forma del poder, en las sociedades humanas, queda abandonada a las disputas de los hombres. En la sociedad religiosa no ocurre lo mismo. La forma del poder fué divinamente instituída, irrevocablemente fijada, intangible e inconmutable... ¿Cuál es esta forma? Es la forma monárquica. Jesucristo no fundó una república, sino una *monarquía espiritual*. Según el Evangelio, la Iglesia es un redil, y Jesucristo le da un solo pastor; es una familia, y Jesucrnsto le da un solo padre; es una ciudad, y Jesucristo le da un solo jefe; es un reino, y Jesucristo le da un solo rey; es un vasto cuerpo, y Jesucristo le da una sola cabeza; es una barca y Jesucristo le da un solo piloto, porque, si tuviese dos patronos, la barca zozobraría. Nada tenemos que censurar aquí. La voluntad de Jesucristo se pronuncia con indiscutible precisión, franqueza y solemnidad. Fundó una monarquía espiritual.

Dióle una sola cabeza. Seguid con la mayor atención. Ved cómo procede Jesucristo. Entre sus numerosos discípulos, elige doce apóstoles, a los cuales confía su doctrina y su misión; entre estos doce, distingue tres, Pedro, Santiago y Juan, a los que hace testigos de su transfiguración; y entre estos tres, distingue particularmente uno, Simón, a quien da otro nombre, símbolo de su futura misión: "Te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Hace de Pedro *el fundamento* de la Iglesia, es decir, una autoridad única; *el guardián de las llaves,* esto es, una autoridad soberana; *el juez,* que ata y desata, a saber, una autoridad espiritual; *el pastor* de todo el rebaño, de los corderos y de las ovejas, lo que quiere decir una autoridad universal. Considerad las cosas más de cerca todavía: por todas partes en el Evangelio, es colocado Pedro en primer lugar. El es el que conduce la barca en el lago y el que dirige la pesca milagrosa; él es el que toma la palabra para atestiguar la divinidad de Jesucristo; él es nombrado invariablemente antes que todos los demás apóstoles. El Salvador resucitado se aparece primeramente a Pedro. En todas partes tiene Pedro una primacía que solo se explica por un designio formal de Jesucristo. Notemos también esto: antes de decir a los Apóstoles reunidos: "Id, enseñad, bautizad, perdonad los pecados," dice Jesucristo a Pedro: "Todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo." En vez de repartir entre varios el poder espiritual, lo concentra en uno solo. Como dice Bossuet: "Era manifiestamente el designio de Jesucristo poner primeramente en uno solo lo que en la continuación quería poner en varios. Pero la continuación no destruye el principio; el primero no pierde su puesto. El poder concedido a varios, lleva su restricción en el reparto, en tanto que el poder otorgado a uno solo y

sobre todos, sin excepción, entraña la plenitud." Esto es patente. Jesucristo fundó una monarquía espiritual. Dióle una cabeza, en la cual se concentra la autoridad, y la cual tiene todo poder bajo su dependencia.

Y esto por siempre jamás. "Estoy con vosotros dice Jesucristo—hasta la consumación de los siglos." La Iglesia es inmortal; luego también lo es la piedra sobre la cual se asienta, la cabeza que la conduce. Así lo entendieron los contemporáneos y los supervivientes de Jesucristo. Inmediatamente después de la Ascensión, toma Pedro la actitud, el lenguaje y los procedimientos de un jefe indiscutible e indiscutido. Pónese al frente de los predicadores del Evangelio. Juzga y castiga a los cristianos olvidadizos. Funda y visita nuevas cristiandades. Reúne y preside el concilio de Jerusalén, y su decisión es ley. Da la investidura al apóstol Pablo, al mismo gran Pablo, que anda 60 leguas para verlo. Y cuando muere, no se extingue con él su primacía, sino que pasa al punto toda entera a sus sucesores... de tal modo que se oye exclamar a los obispos congregados en los concilios generales de Calcedonia y Constantinopla: "Pedro habló por boca de León, Pedro habló por boca de Agatón."

¿Qué es el papa en la Iglesia? A la luz del Evangelio, acabáis de ver lo que Jesucristo quiso que fuese. Ved ahora, a la luz de la historia,

II. Lo que es hace ya veinte siglos.

El papa goza en la Iglesia de una primacía de honor y jurisdicción. Es, hace ya veinte siglos, la cabeza de los pastores y de los fieles. De ello da fe la historia.

Hace ya veinte siglos que el papa *es el doctor supremo.* Ora consulta a sus hermanos dispersos, ora los reúne en solemnes asambleas. Pero tanto si reú

rre a las luces del episcopado, como si se basta a sí mismo, su autoridad doctrinal es plena, su palabra tiene un valor decisivo, sus decisiones son irrevocables. Es el *legislador supremo*. Las leyes particulares y las leyes generales de la comunidad cristiana, de él proceden. Sus decretos penetran en todas partes, ya ningún poder laico ni eclesiástico tiene el derecho de oponerse a ellos. Su jurisdicción es universal, y se ejerce inmediatamente sobre cada diócesis, sobre cada pastor, sobre cada fiel. Es *el juez supremo*. Se sienta en la cumbre de la magistratura religiosa. Todo el mundo puede apelar ante él, y, de hecho, en el decurso de los siglos, oímos exclamar a las Iglesias ultrajadas, a los clérigos perseguidos, a los pueblos oprimidos, a los príncipes traicionados, a las reinas despreciadas: ¡Roma, Roma! Nuestra valerosa y casta heroína Juana de Arco, lanza el mismo grito: "¡Roma! ¡Llévenme ante el pontífice de Roma!" Los mismos herejes invocan la sentencia del cabeza de la Iglesia.

Desde los primeros siglos, la primacía de los pontífices de Roma está en pleno vigor y es universalmente aceptada. El papa Clemente examina y condena los abusos deslizados en la Iglesia de Corinto. En 157, san Policarpo se dirige de Esmirna a Roma para consultar al papa Aniceto. El papa Víctor reglamenta la cuestión de la Pascua en la Iglesia de Efeso. El papa Ceferino condena a los sectarios de Montano. El papa Esteban condena a los rebautizantes. El papa Cornelio condena las novaciones de la Iglesia de Africa. El papa Julio hace comparecer ante su tribunal a los arrianos que quieren expulsar a san Atanasio de su silla de Alejandría. San Basilio, amenazado por los herejes, invoca al papa Dámaso, San Crisóstomo, arrojado de su silla, busca al defensor de su causa y lo encuentra en la persona del papa Inocencio. En Nicea, en 235,

se reúnen trescientos pontífices, y el primer decreto que promulgan empieza así: "La Iglesia romana, que ha tenido siempre el primer puesto." "Roma ha hablado; la causa queda terminada—exclama san Agustín: *Roma locuta est, causa finita est.*" Aun príncipes como Aureliano, Constancio, Valentiniano, Marciano y Justiniano se dirigen a Roma para terminar las querellas religiosas entre sus súbditos, y recurren a la Santa Sede... porque, por convicción de todos, el papa es la cabeza suprema de los pastores y de los fieles, ya que, como dice san León, el pontífice romano es "la sede suprema que no puede ser juzgada por ninguna otra."

El mundo católico jamás varió sobre esto. A veces los herejes apelaron del papa al concilio, pero erraban el camino. Cuando el papa ha hablado, todo queda resuelto. ¿Qué podrían *los concilios* sin el papa? Nada. Todos los concilios son convocados por orden del papa, y son presididos por el papa o por sus legados. No juzgan ni definen sino con el asentimiento del papa. Sus cánones y decretos no son propuestos a la obediencia del universo entero más que con la firma del papa. Aun en la Iglesia griega, que siempre fué celosa de la preponderancia de Roma, reconocieron y veneraron los concilios la supremacía del papa. El mismo Lutero hizo lo mismo hasta su excomunión.

En medio de las revoluciones desencadenadas, en las épocas más tumultuosas, el papa fué siempre el oráculo de la cristiandad.

Cuando traslada *su sede* a Aviñón, cuando la aprisionan en Valence o en Fontainebleau, cuando se refugia en Gaeta, continúa siendo la cabeza de la Iglesia, y puede decir con el poeta: "Roma ya no es Roma, toda ella está dondo yo estoy."

¿Qué es lo que vemos en el curso de los siglos?

Vemos que *las muchedumbres* se dirigen a Roma para venerar allí las tumbas de Pedro y de Pablo y aclamar la preeminencia del papa.

En todas las épocas de la catolicidad, ¿qué es lo que oímos? Oimos que *los grandes* doctores, los grandes obispos, los grandes santos, afirman con unánime voz que se unen al papa desde el fondo de sus entrañas, y que nada los separará jamás de él. Aun en el reinado del más absoluto de los reyes, en pleno galicanismo, digo que Bossuet y Fenelón, tan diferentes por el genio, pero tan semejantes por el corazón, emplean casi las mismas palabras para afirmar, para cantar su adhesión a la cátedra de Roma.

Perdón os pido, señores, por todas estas digresiones; pero me parece que tenéis el derecho de exigir de mí, no frases, sino ideas y hechos; me parece también que tengo la obligación de trataros noblemente y de deciros cosas instructivas, que aumenten la fe y os pongan en condiciones de defenderla.

En adelante sabréis, lo que es el papa en la Iglesia, lo que Jesucristo quiso que fuese, y lo que es desde hace veinte siglos. Tiene una primacía de honor y de jurisdicción. Es el jefe supremo de los pastores y de los fieles. Y si encontráis ignorantes, o mal intencionados, que os digan estúpidamente que el papa es un hombre como cualquier otro, en nombre del Evangelio y en nombre de la historia, sabréis ya responderles. Podréis defender al papa contra los estúpidos que no le conocen, y contra los malos, que le conocen, pero no le respetan. Y aun haréis algo mejor, señores,

Obedeceréis al papa como a un jefe y le amaréis como a un padre.

El libertador de Irlanda, *O'Connell,* quiso morir en Roma. Detúvole la enfermedad en Génova, y en sus últimas disposiciones dejó su cuerpo a Irlanda, su co-

razón a Roma y su alma al cielo. ¡Su corazón a Roma! ¡Efectivamente, hacia este punto deben volverse los afectos de un cristiano. Amar al papa como se ama a un padre.

Obedeced al papa como se obedece a un jefe. ¿Por ventura no creeis que todos los enemigos de la Iglesia pegan en la cabeza para destruir el cuerpo, que el papa los molesta, que quisieran despopularizarlo y suprimirlo? La conducta de los impíos nos dicta la nuestra. El papa es nuestra cabeza espiritual. Cuanto más combatido es, más debemos apretarnos en torno suyo y acoger con respeto sus órdenes, sus consejos y todos los ecos de su voz.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

El papa es un hombre como cualquier otro
(Continuación)

2.° El papa en el mundo

Señores:

Algunos dicen que el papa es un hombre como cualquier otro. Se engañan. El papa tiene una fisonomía especial. En la Iglesia goza de una primacía de honor y jurisdicción; es el jefe de los pastores y de los fieles. Y aun a los ojos del mundo es mucho más que un hombre ordinario. El mundo se detiene ante el papa y se divide en torno del papa. El papa es aquí bajo el personaje más importante y más discutido. Esto es muy curioso y muy instructivo.

I. El papa es aquí bajo el personaje más importante. Compruebo el hecho.

¿Sabéis cuál es el hombre en la tierra *que recibe*

más cartas? El papa. El rey de Italia recibe de 400 a 500 cartas cada día; el emperador de Alemania recibe de 600 a 700; eu emperador de Rusia alrededor de un millar; el rey Eduardo VII de 3.000 a 5.000; esta es ya una cifra importante; pero escuchad, el papa recibe de 22.000 a 25.000 cartas cada día. El papa es el personaje que ocupa el puesto más elevado, el más visible, el más notable; se le ve desde todas partes, se le escribe y se le habla desde todos los puntos del mundo.

Y en todas partes se habla de él. Prestad oídos a los rumores del mundo. El nombre del papa está en todos los labios. Las manifestaciones de su pensamiento, los menores ecos de su voz ocupan todas las discusiones, llenan todos periódicos, agitan los consejos de los soberanos, inquietan a los dueños del mundo. ¿De qué se habla en las academias, en los campos, en las escuelas, en los talleres, en las plazas públicas, al oído, en los terrados, en plena luz y en las tinieblas, en las asambleas populares y en los conventículos secretos donde se elaboran las malas leyes y los complots contra el orden social? Se habla del papa.

Los enemigos de la religión no son los menos ardientes en hablar del papa. Cosa extraña. Hay entre nosotros hombres que han dicho publicamente, y escrito varias veces, y repiten cada día que el catolicismo ha muerto, pero que se pasan la vida hablando del papa, maldiciendo al papa, mordiendo al papa, el cual, por otra parte, se encuentra muy bien. He ahí ciertamente un muerto que hace mucho ruido. He ahí un difunto que resucita a cada instante de entre los dientes de los chacales, que no cesan de devorarlo. Gaudissart calumnia estúpidamente al papa en la mesa redonda, y Homais, el librepensador pedante, jugando su partida de billar o de dominó en el fumadero del rincón

hace eco a Gaudissart. Señores, la sarta de embustes tiesa y ahumada de Gaudissart y Homais nada prueba contra el papa; por lo contrario, prueba mucho en su favor, ya que el anciano vestido de blanco, que allá bajo, en su trono del Vaticano, irradia sobre el género humano, no es un hombre cualquiera, ya que los librepensadores más beodos y menos perspicaces no pueden prescindir de verlo y saludarlo con falsa y estúpida sonrisa. Mas ¿qué digo?

Los mismos *indiferentes* hablan del papa. Esto es más extraño, y apenas se comprende, pero es incontestable. Aparentemente vivimos en el siglo de la indiferencia religiosa, y parece que la mayoría de los hombres contemporáneos prescinden fácilmente de la religión, manteniéndose a igual distancia de la impiedad declarada y del cristianismo práctico. Viéndolos y oyéndolos, podríamos creerlos extraños a todo sentimiento religioso, a toda discusión dogmática, a toda dificultad doctrinal. Pero no es así. La cuestión religiosa los obsesiona, y, a despecho de todas sus precauciones y de todas sus declaraciones, vense obligados a tomar un partido. El papa es un ser prodigioso, un ser especial. No es posible dejar de verlo ni cesar de oirlo... Los mismos indiferentes se detienen ante el papa. Estudiemos fenómeno tan extraño.

II. El papa es aquí bajo el personaje más importante. Explico el hecho.

El papa no es un hombre ordinario. Su duración, su actitud, su acción tienen algo de excepcional y de extraordinariamente grande en el seno del género humano.

1.° *La duración del papa es simplemente larga.* El

papa ha vivido *más que todo el mundo*. Pasaron los emperadores romanos; pasaron las primeras monarquías europeas; pasó el régimen feudal; la monarquía francesa, la más antigua del mundo, desapareció en un día de tempestad, llevándose tres generaciones de reyes. Unicamente el papa permanece en pie. Solo él vive. Es el más antiguo de todos los monarcas. Precedió, de largos siglos, a la fundación de los imperios y de las repúblicas de hoy en día. Existía ya un papa en la sede de san Pedro cuando la Galia era aún una colonia romana, y sus habitantes no conocían todavía la cultura. El papa ha vivido más que todo el mundo. Ha vivido *a pesar de todos*; se le ha herido en el rostro, se le ha aprisionado, se le ha muerto, pero ha salido de todos los ultrajes, de todos los calabozos, de todos los suplicios más vivo que nunca. En la continuación de los siglos, ha hecho frente a los Atila, a los Carlomagno, a los Napoleón, a todos los amos de la fuerza y del número, y de todos ha salido vencedor. Sus tres grandes enemigos históricos, Mahoma, Lutero y Voltaire, sólo obtuvieron sobre él triunfos ilusorios, y aun aquí, en el dominio de la idea, queda dueño el papa del campo de batalla. Todas sus desgracias no han hecho más que realzar su gloria. Todos sus enemigos han afirmado su pedestal, han escrito cien veces que acababan de asistir a sus funerales, y cien veces han quedado desmentidas semejantes predicciones. Han declarado caducada su historia, y esta historia dura todavía. Ha cambiado doscientas sesenta y cuatro veces de nombre y de figura... y *hoy* vedle viviente en la persona de Pío X, como lo estaba en el origen en la persona de san Pedro. Hace ya veinte siglos que actúa ese mecanismo católico, y todavía no se ha gastado ni falseado en lo más mínimo. La obra de Jesucristo dura todavía, victoriosa del tiempo y de las generaciones que yacen en la tumba. Gregorio VII continúa, Sixto V blande todavía sus muletas, y León XIII habla todavía. El papa sólo muere para renacer.

No me extraña, pues, que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre de este mundo se parece a este hombre. Es anterior y sobrevive a todos los regímenes. Lleva en su pasado las promesas y garantías de la inmortalidad. Su duración es singularmente larga.

2.º *La actitud del papa es singularmente hermosa. ¡Qué majestad!* ¡Doscientos sesenta y cuatro papas. de los cuales unos ochenta son venerados como santos, y casi todos los de los tres primeros siglos como mártires!... He de confesar que hay algunas manchas en esa larga serie, puesto que, para instrucción de las edades futuras, Jesucristo permitió que las hubiese en el mismo san Pedro. Pero las manchas del sol no suprimen su esplendor, las excepciones no invalidan la regla, y, en su conjunto, el pontificado muéstrase sin rival ante la triple consideración de la santidad, de la ciencia y de la grandeza. Ninguna otra sucesión de frentes coronadas puede sostener, ni de lejos, la comparación con esa majestuosa dinastía de pontífices que ocupan sucesivamente la sede de san Pedro. ¿No veis algo divino en la actitud del papa? *¡Qué inviolabilidad!* Todo lo que la ha respetado, ha sido bendecido por Dios; todo lo que la ha perseguido, ha perecido. Algunos conquistadores, ante quienes absorta se calló la tierra, manifestaron su furor al ver de pie ante ellos ese hombre humanamente inexplicable, y trataron de humillarlo y hacerlo desaparecer. Pero el día en que pusieron la mano sobre ese anciano inerme, un signo fatal apareció en su frente, y una flecha invisible traspasó su corazón: el gusano roedor se apoderó de ellos en la cumbre de la fortuna, y sus imprevistas

cuanto terribles caídas resonaron en el mundo entero. Testigos Napoleón I, Bismarck y tantos otros. Es muy peligroso tocar al papa. El papa es inviolable. Además, está tan seguro de sí mismo y de su misión, está tan confiado en Dios, es tan dueño de lo por venir, que nadie ni nada le perturba. *¡Qué serenidad!* Ve pasar, deslizarse, desaparecer dinastías e imperios, regímenes gastados, símbolos efímeros, falsos principios, supuestos progresos, vanas conquistas, y ora llueva, ora nieve, instruye, legisla, juzga. Su fe no desfallece nunca, ni tampoco su palabra. El Evangelio permanece intacto en sus manos, la esperanza en su corazón, la autoridad en su sede, la serenidad en su frente.

No me extraña que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre se parece a este hombre. Habita en la ciudad de la luz y la paz. En medio de todas nuestras vicisitudes, muéstrase majestuoso, inviolable y sereno. Su duración es singularmente larga; su actitud es singularmente hermosa.

3.º *La acción del papa es singularmente poderosa.* Irradia en la historia, en el espacio, en las almas, a profundidades inusitadas. La *historia* del papa es la historia misma de la civilización. ¿Quién produjo la civilización cristiana? Fueron los papas de los tres primeros siglos. ¿Quién contuvo la barbarie e hizo retroceder al salvaje Atila? El papa san León... ¿Quién civilizó a Inglaterra? El papa Gregorio el Grande... ¿Quién entró en lucha contra el despotismo desenfrenado de los emperadores de Alemania? Otro Gregorio, el papa Gregorio VII... ¿Quién, en el período más obscuro de la baja Edad Media, llevó en alto el estandarte de la ciencia? El papa Silvestre II... ¿Quién defendió a Europa y a las razas latinas contra el mahometismo triunfante? El papa Urbano II... Luego vie-

nen los Inocencio III, los Alejandro III, los León X, los Benedicto XIV, cuyo recuerdo se enlaza estrechamente con la abolición de la esclavitud, la protección a las artes, el esplendor de la literatura... Y así llegamos a Pío VII, el único que, en medio de las naciones sumisas, afronta las insolencias del vencedor de Marengo y Austerlitz, y a Pío X, quien sucede noblemente al gran León XIII. Me atrevo a decir que el papa es, hace ya veinte siglos, la más alta personificación y el más invencible defensor de la civilización cristiana. Su acción irradia muy lejos en la historia... y también *en el espacio*. El imperio de los soberanos pontífices es coextensivo con el del globo; abarca los habitantes de todos los climas, de todas las razas, de todas las lenguas. Combina en un cuerpo homogéneo las diversidades nacionales más acentuadas. Pero hay otra cosa: la acción del papa, no sólo irradia en la historia y en el espacio, sino también *en las almas*, es decir, allí donde no penetran, o no pueden penetrar, los soberanos terrenales. Los reyes, los emperadores, los magistrados civiles imponen el cumplimiento externo de las leyes de su país. El pontífice supremo hace y aplica leyes que obligan la conciencia de los hombres, aunque carezcan de ejército para apoyar sus mandatos. El papa es el único monarca que reina en las almas, el más humilde y el más poderoso de todos, mejor guardado por el amor de los pueblos que por las fortalezas y los cañones.

No me extraña que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre se parece a ese hombre. Procede de muy alto y va muy lejos. Su acción es singularmente poderosa, como singularmente hermosa es su actitud, y singularmente prolongada su duración.

Aun a los ojos del mundo, el papa no es un hombre como otro. Es en el mundo el personaje más notado,

porque es el personaje más notable. Encontraréis individuos que harán como que no ven al papa, que fingen tratarlo como una cantidad despreciable. No los toméis en serio. Abandonadlos a su falta de sinceridad, a su menguada inteligencia, y continuad respetando y venerando al padre vestido de blanco que reside en el Vaticano. Es la cabeza de la Iglesia y la cumbre más elevada del género humano.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

El papa es un hombre como cualquier otro
(Conclusión)

2.º El papa en el mundo (*Conclusión*)

Señores:

El papa no es un hombre como cualquier otro. La Iglesia lo acepta y venera como su jefe, y el mundo mismo se detiene ante el papa como ante el personaje más notable. Pero hay más todavía. El mundo se divide alrededor del papa. El papa es aquí bajo el personaje más discutido. Tiene enemigos y tiene amigos. Estudiemos este fenómeno único, y la conclusión de nuestro estudio será un saludo al papa, vicario de Jesucristo y representante de Dios en la tierra.

I. ¿Por qué el papa tiene enemigos?

Los impíos dejan bien tranquilo al rey Eduardo VIII, que gobierna la Iglesia anglicana, al zar, que ordena

los destinos de la Iglesia rusa, al patriarca griego, que recibe del sultán la investidura de su cargo. No se ve en parte alguna que a semejantes jefes de religión se les haga una guerra de exterminio y menosprecio y atraigan sobre sí los rayos de los oradores, de los escritores, de los legisladores. Por lo contrario, vemos en todas partes que los errores más monstruosos son acogidos con indiferencia, tolerados y aun respetados. Nuestro siglo tiene incienso para todos los dioses; los judíos, los protestantes, los musulmanes, los budistas, los mormones, los paganos, los ateos, no encuentran más que rostros benévolos y sonrisas alentadoras. Pero

Cuando se trata de la Iglesia y del papa, el fanatismo se despierta, las imprecaciones llueven como el granizo, y la pluma, la palabra, la ley, la violencia, se coligan para aniquilar al catolicismo y a su cabeza. ¿Qué es lo que no se ha dicho, y escrito, y tramado, y ejecutado contra el papa hace ya veinte siglos? En nuestros días, tan elogiados, tan cultos, las prevenciones y las persecuciones no han hecho otra cosa que cambiar de forma y de lenguaje. ¿Qué digo? Cuanto más desarmado se ve el papa, más se complacen en amargarle la vida. Cuánto más se habla de tolerancia, menos se la practica con relación a él. Todo medio es bueno, con tal que le difame. Se le ataca en nombre de la luz y del progreso, en nombre de la ciencia, en nombre de la libertad. Se le acusa ya de reaccionario y atrasado, ya de ambicioso e invasor. Se le censuraba ayer de ser oportunista, y hoy de intransigente. El papa tiene enemigos numerosos, encarnizados, y entre los jefes de religión es el único que los tiene.

¿Por qué tan gloriosa singularidad? ¿Por qué tanta violencia, tanta astucia, contra la cabeza del catolicismo, y tanta indiferencia y olvido, tanta condescen-

dencia y atenciones, con el cisma, la herejía y el agnosticismo? Señores, he aquí la solución de este problema, a primera vista inexplicable y desconcertante. Las falsas religiones nada tienen de terribles para la conciencia, porque nada tienen que emane del cielo, nada que revele un vengador, un juez, un Dios. No son más que instituciones humanas. Se sabe que no proceden de lo alto. Se comprende que no tienen autoridad, por consiguiente, que no tienen valor alguno. Nadie las teme. Pasan a su lado despreocupados y tranquilos. Ni siquiera se les hace el honor de la persecución. Pero el papa... es la cabeza de la Iglesia, su fundamento, su centro, su personificación, su vida... El papa es el reflejo de Dios y la supervivencia persistente de Jesucristo. A causa de esto, el impío no puede verle sin enrojecerse. En los días de la Commune de 1871, Raul Rigault, dirigiéndose a Mons. Darboy, que tenía en rehenes, le dijo brutalmente: "Hace mil novecientos años que nos estáis embruteciendo!" Señores, he ahí la explicación profunda de las impiedades pasadas, presentes y futuras. El papa representa una religión que condena, que molesta las pasiones desordenadas. Es la voz que los impíos quieren ahogar, el puesto que quieren asaltar, el enemigo que quieren aniquilar. Contra él la guerra es eterna. Haríais mal en escandalizaros. Los enemigos del papa demuestran su divino origen y lo glorifican a pesar de ellos. Su encarnizamiento le señala a nuestro respeto y a nuestra veneración. El papa tiene enemigos..., sabemos por qué. También tiene amigos.

II. ¿Quiénes son los amigos del papa?

Los amigos del papa... son lo más grande, más in-

teligente, más honrado, más interesado y mejor del género humano.

Son los *santos,* que, de siglo en siglo, se agrupan en torno suyo, como soldados en torno de su capitán, como hijos en torno de su padre. Los amigos del papa...

Son *los escritores y oradores católicos.* No acabaría si tratase únicamente de nombrarlos y erigir en torno de su persona, los más hermosos monumentos de la historia, de la literatura, de las artes: "Aunque no creyese—dice Lacordaire;—aunque un rayo de la gracia divina no hubiese iluminado mi entendimiento, besaría con respeto los pies de ese hombre que, en una carne frágil y en un alma accesible a todas las tentaciones, mantuvo incólume la dignidad de su especie, e hizo prevalecer, durante mil novecientos años, el espíritu sobre la fuerza." Los amigos del papa...

Son los *valerosos soldados* que pusieron su espada a su servicio y murieron por él. "La causa del papa—exclama Lamoricière—es la causa de la libertad en el mundo." Pío IX, traicionado y desarmado, hizo un llamamieito a su valor, y Lamoricière respondió: "Iré. Veo un padre arrastrado por la corriente; ese padre me tiende la mano; no tengo corazón para abandonarlo. Cuando yo muera, no se me preguntará si sabía el Código, sino el Catecismo; y para abrirme las puertas del paraíso, no investigarán si me cerraron las de mi patria." Partió, fué vencido, porque tenía que serlo; pero ante el honor eterno, ante la historia y ante Dios, es grande, cien veces más grande que sus cobardes vencedores... Los amigos del papa...

Son también *los racionalistas y los protestantes honrados,* cuyas voces atrevidas tuvieron el valor de defender el pontificado, de recordar sus beneficios, de saludar su gloria secular. El protestante Guizot y el racionalista Thiers, cuando la causa del papa fué aban-

donada entre nosotros por católicos indignos de este nombre y vilipendiada por incrédulos idiotas, encontraron acentos de la más alta elocuencia para defenderla, y suscitarle defensores. Del seno de la Reforma, de la Inglaterra estudiosa y de la Alemania erudita, salieron hombres de Estado e historiadores que hicieron justicia al pontificado y reconocieron la inmensa influencia que ejerció en beneficio de los pueblos. Los amigos del papa ...

Son los reyes de ayer y los pueblos de hoy... *Los reyes de ayer*... Habría que nombrarlos a todos, pero no es posible. Recordad tan sólo que ninguna corona quiso vivir cerca de su corona; que, desde los primeros siglos, Constantino abandonó a Roma para retirarse a Bizancio, "dejando al hombre de Dios una ciudad, a la cual la magnificencia de las cosas mortales no podía ya llenar." Después de Constantino, los más grandes monarcas consideraron siempre a Roma como un templo elevado por Dios mismo sobre las ruinas del paganismo, y confiado por El al gran sacerdote de la nueva ley. Los amigos del papa son los reyes de ayer,

Y los pueblos de hoy. Verdad es que nuestro país parece querer suspender o romper sus relaciones con el pontificado en la hora presente. Pero esto no es más que una crisis violenta y superficial. El puñado de masones que entre nosotros aulla contra el papa no es Francia... y al lado de nosotros, las más grandes naciones protestantes, Alemania e Inglaterra, testimonian al papa los sentimientos más pacíficos, las consideraciones más delicadas. Nadie ignora los sentimientos ampliamente simpáticos del presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, con relación al catolicismo y a su cabeza. Con motivo de la llegada de tantos y tantos religiosos franceses a los Estados Unidos, declaraba Roosevelt hace poco: "Envíennos cuanto más puedan.

Jamás tendremos demasiados emigrantes de esta calidad." La designación de Pío X ha sido, por otra parte, favorablemente acogida en América, en donde, más todavía que en otros países, se ama lo que sale de la sencillez democrática, de sus virtudes pastorales, y de su desprendimiento de las cosas de la tierra.

¿Qué me resta por decir? Los amigos del papa son todos los piadosos peregrinos que, de siglo en siglo, van a besar sus sandalias... Son todos los hombres rectos y sinceros, no pervertidos o manchados por codicias depravadas o pasiones innobles... Los amigos del papa son todo lo que ha habido y todo lo que hay aquí bajo en materia de honradez y religiosidad. El papa es el personaje más discutido aquí bajo; tiene por enemigos a todos los malvados, y por amigos a todos los buenos. Y esto durará hasta la consumación de los siglos, porque el papa es inmortal. Tal es

La conclusión que os señalo para terminar.

1.° *Vicario de Jesucristo, el papa es discutido como Jesucristo.* Se ha dicho de Jesucristo: "Es un signo del cual se contradirá, *signum cui contradicetur.*" Tal es el papa su sucesor. Los siglos se dividen a sus pies como a los pies de su divino Maestro. El mundo se divide en torno suyo y por causa de El. A la derecha del papa, los que le honran, le aclaman y obedecen, un ejército inmenso, inaugurado por los mártires, continuado de edad en edad por los doctores y los pontífices, señalado, ora por lo impresión del genio, ora por el testimonio de la sangre, ilustrado por la pureza de la vida y por la nobleba del natural. A la izquierda del papa, los que se mofan de él y le persiguen, una inmensa barahúnda, que comienza con Nerón y sucesivamente se recluta entre los rebeldes, los sofistas,

los corrompidos, los tiranos. He ahí lo pasado. He ahí también lo presente. Hoy tanto o más que ayer, es discutido el papa. Su palabra excita, como otras veces, entre los impíos, los celos, el odio, el furor, y, como en tiempo de san Pedro, los fieles oran por él y acogen sus decisiones con oído respetuoso y corazón sumiso.

Señores, el papa es el vicario de Jesucristo. Es discutido como Jesucristo. Sedle *fieles como fieles sois a Jesucristo.* Testimoniadle el respeto más profundo, el afecto más tierno, la más generosa adhesión. No le escatiméis ni vuestras limosnas, ni vuestras oraciones, ni vuestra docilidad. Escuchad sobre esto unas palabras reales, que san Luis dirigió a su hijo: "Querido hijo, no olvides jamás al papa de Roma, ayúdale en todas sus necesidades." Por supuesto que, en medio de la crisis que atraviesa el pontificado, vuestra fe no debe desfallecer. Las aves de rapiña—no son águilas, sino simplemente horribles buitres—se precipitan sobre el papa y procuran devorarlo con sus picos y sus garras teñidas en sangre. No tengáis miedo.

2.° *Representante de Dios, el papa es inmortal como Dios.* Si yo fuera incrédulo, paréceme que no miraría sin conmoción y sin terror ese ser prodigioso, único e incomparable, sin precedentes, sin igual y sin ejemplo, el papa, que domina la historia, que hace resonar su voz por toda la tierra, que ve pasar los siglos, que triunfa de todos los destinos contrarios, sobrevive a todas las ruinas, entierra a todo el que le ultraja, se engrandece en la desgracia más que en la prosperidad, y saca de la muerte el principio de una vida que no se agota y de una juventud que se renueva sin cesar. Si yo fuera incrédulo, paréceme que me sentiría conmovido en mi incredulidad por la visión misteriosa de ese hombre, que carece de ejército, pero que manda

en 250 millones de hombres; que ve sin temblar los furiosos esfuerzos de la impiedad, y está seguro de que le ama lo más escogido del género humano.

Este misterio, señores, no es tal *para los que tenemos fe*. Sabemos que el papa es el representante de Dios, y que, por consiguiente, es inmortal como Dios. Contra él, el odio es impotente. Es el dique inmutable que el mar irritado puede cubrir de espuma, pero que no puede derribar ni salvar. Los perversos, los embrutecidos maldicen a la Iglesia y a su cabeza. Son dignos de lástima y de reprobación. Permanezcamos nosotros bajo la bendición y el báculo del padre de la cristiandad. En él está la verdad; en él está el Evangelio; en él está la salvación; en él está el porvenir.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

¿Cómo el papa puede ser infalible?

1.° ¿Qué quiere decir esto?

Señores:

El papa no es un hombre como cualquier otro. Ya lo hemos visto. Ahora añado que el papa, es infalible. En un mundo poco instruído, o poco leal en materia religiosa, se vierten sobre esta cuestión innumerables simplezas, y se desnaturaliza enteramente la doctrina católica. Importa mucho que podáis defenderos contra la ignorancia y la mala fe.

El papa es infalible. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es esto verdad? *¿Qué quiere decir esto?* Procuraré hoy más que nunca ser muy claro. Quiero que mi palabra sea límpida como un rayo de sol. Quiero que, al oirme, me entendáis todos sin esfuerzo alguno. Explico, distingo y preciso.

I. El papa es infalible. Explico.

Infalible no quiere decir impecable. Ningún hombre es impecable.

El papa *es hombre*, y, como tal, tiene la facultad de salvarse o condenarse; tiene pasiones que vencer y virtudes que practicar; puede ser santo o culpable. Sin duda que el respeto de su elevada dignidad, el constante recuerdo de Dios, a quien representa, la unción del sacramento que sostiene al sacerdote y al obispo, la gracia que Dios proporciona a la sublimidad y extensión de los deberes, todo concurre a preservar al papa de las caídas desgraciadamente habituales a nuestra pobre naturaleza. Pero este hombre, tan grande y tantas veces protegido, no es impecable. Puede pecar, puede caer, puede deshonrar la tierra con el escándalo.

Y *la historia* nos dice que hubo algunos papas que fueron grandes pecadores. San Pedro, el primer papa se hizo culpable del respeto humano y de la negación. El Breviario refiere la unión y arrepentimiento del papa san Marcelino, mártir. En la larga dinastía de los papas, casi todos buenos, virtuosos y santos, ilustres y sabios, hombres de elevado valer intelectual y moral, algunos raros pontífices, elevados a la sede apostólica por movimientos políticos, olvidaronse demasiado que eran obispos antes que reyes. Esto es una excepción; pero la excepción existe, y no tengo dificultad alguna en confesarlo.

El papa no es impecable. Ved la manera *como procede*. Como vosotros y yo, como el más humilde de los cristianos, vive en la vigilancia y en la oración. Cada día examina su conciencia y golpea su pecho diciendo: *Peccavi*. Cada semana se confiesa para obtener el perdón de sus pecados. Cada mañana sube al altar santo, y dice la misa para obtener, no solamente la salvación del mundo, sino la salvación de su alma. Señores, la misa es la que hace al sacerdote. Sin la misa diaria, la vida del sacerdote es incomprensible. Porque es hombre, y, para serlo lo menos posible, el papa dice la misa. Pone remedio a sus debilidades bebiendo la sangre de su Dios.

El papa no es impecable. *Vedle morir*. Hace justamente un año que el gran León XIII veía cómo la muerte llamaba a su puerta con estas palabras sencillas y sublimes: "¡Vamos a la eternidad!" Y se preparaba al viaje como nosotros debemos prepararnos, por la recepción de los sacramentos. Confesóse, tendió la mano para las santas unciones, solicitó el honor del viático, y rezó el rosario. Así purificó su alma.

El papa no es impecable. *Cuando muere* se ruega por él. Ya no hay tiara ni corona; no hay más que un servidor de Dios, para quien se pide misericordia, y cuya cuenta es tanto más terrible cuanto más elevado fué su cargo. Señores, no dejemos que se obscurezca nuestra inteligencia con sofismas y tonterías.

Infalible no quiere decir impecable. El papa no es impecable; es infalible. Puede pecar, pero no puede engañarse.

Esto es facilísimo de entender, pero aquí salta al paso una objeción. ¿Es el papa infalible siempre y en todas las cosas? Voy a responder.

II. El papa es infalible. Distingo.

Hay personas, escritores públicos o simples particures, que todo lo confunden, que se imaginan, o fingen imaginarse que la infalibilidad del papa se extiende a la universabilidad de los conocimientos humanos, científicos y religiosos; que creen o fingen creer que, por

el concilio Vaticano, fué investido el papa del poder arbitrario de imponer sus propios juicios a todos los súbditos y sobre cualquier materia, y califican de absurda y monstruosa la infalibilidad del papa. Son farsantes o pobres de espíritu, que no quieren o no saben hacer una distinción elemental entre lo que es del dominio profano y lo que es del dominio religioso.

1.° *En materia profana* ¿es infalible el papa? No. No es más infalible que otro hombre. Cuando trata sus asuntos privados, o discute con sus visitantes sobre cuestiones puramente humanas; cuando habla o escribe sobre asuntos de ciencia puramente natural, nada le garantiza contra el error, queda abandonado a sus propias fuerzas, y no tiene más autoridad que la que puede darle su experiencia o su genio.

El papa puede equivocarse *en las ciencias,* en cosmografía, en geología, en química, en medicina y aun en gramática. ¿Está habitada la luna? Las estrellas fugaces ¿son trozos de planetas rotos? ¿Está realmente el sol a 38 millones de leguas de la tierra? ¿Es cierta o discutible la teoría de los microbios? Si el papa es sabio, como cualquier particular puede dar una opinión útil, pero no infalible.

Del mismo modo, *en historia* no religiosa el papa puede equivocarse. El papa no puede, sin temor a error, darnos los nombres de los reyes de Asiria, enumerarnos toda la lista de los reyes de Francia, y todos los acontecimientos de la guerra de Cien Años, ni decirnos cuántas espadas tenía Carlomagno, y cuántos caballos Napoleón, cuál era la longitud del escudo de Clodoveo, cómo murieron Rómulo, Juliano el Apóstata o Juan Jacobo Rousseau.

En *las cuestiones exclusivamente políticas,* el papa puede equivocarse. Ninguna palabra de Jesucristo ni de

los Apóstoles da al papa la misión de disponer de los tronos de la tierra. Si los papas, en otros tiempos, mandaron a veces a los reyes, fué porque así se lo pidieron los pueblos, como un servicio necesario, pero transitorio; fué porque el catolicismo era entonces en Europa, por consentimiento universal, la base de las leyes civiles, y de ella brotaba naturalmente la dominación pontificia sobre los imperios. Este poder, que los papas tenían de los pueblos, no de Jesucristo, cesó con las instituciones que le dieron nacimiento. Fuera de esto, la autoridad, y arbitraje de los papas, aun hoy en día, bien vale la intervención de la pólvora y de la dinamita, de los cañones y de los torpedos. Napoleón III y el emperador Guillermo ¿no hubiesen sido bien inspirados, si hubiesen aceptado en 1870 la mediación que les ofrecía Pío IX? ¿No obró bien Bismarck prefiriendo la decisión de León XIII en 1887 a una guerra inevitable con España? El papa no es infalible ni en ciencia, ni en historia, ni en política.

Puede también engañarse, como cualquier otro, *en la previsión de lo por venir*. Como nosotros, no conoce la fecha del fin del mundo, y para saber si las viñas se helarán en el próximo invierno, valdría más consultar a Mateo de la Drome que a Pío X. El papa no es ni un brujo, ni un adivino, ni un profeta. Ni siquiera tiene, como ciertos santos, el poder de leer en las conciencias. Esto es claro. En materia profana, el papa no es infalible. Creo que todo el mundo me ha entendido.

2.º *En materia religiosa*, ¿es infalible el papa? Sí, en esto lo es, y no en otra cosa.

El papa no goza del privilegio de la infalibilidad más que en las cosas de la fe y de las costumbres. *Jesucristo dijo a sus Apóstoles*: "Id y enseñad al pueblo todo cuanto os he enseñado, *quœcumque mandavi vo-*

bis." Jesucristo no enseñó a sus Apóstoles ni química, ni zoología, ni botánica, ni medicina, ni ninguna ciencia profana. Enseñóles la religión, que es la regla de nuestras relaciones con Dios y el prójimo, y comprende el dogma para el espíritu y la moral para el corazón. El objeto único de la infalibilidad del papa, es, pues, el dogma religioso y la moral religiosa de Jesucristo, no otra cosa. El papa no puede engañarse cuando nos enseña la doctrina de Jesucristo. No es infalible en todos los terrenos; no es infalible mas que en su terreno, es decir, en el terreno religioso.

En este terreno es dueño absoluto. Todo lo demás lo abandona a la libre disputa de los hombres. Mas en el dominio de la verdad religiosa, es rey, señor y amo. Pero, aun en este dominio, importa entender bien hasta dónde se extiende su poder y cuáles son las circunstancias que lo limitan y determinan. Importa saber en qué consiste exactamente su privilegio de infalibilidad.

III. El papa es infalible. Preciso.

Hay católicos que se imaginan que, en materia religiosa, el papa es siempre infalible, que la menor palabra pronunciada por sus labios ordena, no solamente el respeto, sino el acto de fe. Se engañan, exageran, siguen mal camino. Pongamos las cosas en su punto. Hay en el papa el doctor privado y el doctor oficial.

1.ª Como *doctor privado,* el papa puede equivocarse. No es infalible.

Cuando el papa expresa, sobre un punto de filosofía, de teología, de historia, de ciencia, su opinión personal... cuando envía al autor de un libro, o al fundador de una obra, una carta laudatoria, cuando pronuncia

una alocución elocuente ante un auditorio atento, cuando se dirige a un sólo obispo, o a una Iglesia particular, cuando da una solución para tal o cual caso de conciencia, no es infalible. Sin duda que él tiene luces que a mí me faltan; ve las cosas desde más alto que yo, y su mirada va más lejos que la mía; y si yo, simple fiel confundido con la multitud, simple soldado confundido en un repliegue del terreno, juzgo a mi superior, que tiene la percepción del conjunto y la responsabilidad del resultado, soy un temerario, no seré un hereje. Como doctor privado, el papa puede equivocarse.

2.° Como *doctor oficial*, el papa no puede equivocarse. Es infalible.

Cuando el papa enseña, legisla y juzga como cabeza suprema de la Iglesia;

Cuando, desde lo alto de su cátedra apostólica, define para toda la Iglesia un punto de doctrina que interesa a la fe y a las costumbres;

Cuando, desde lo alto de su trono pontificio, dicta para el gobierno general de la Iglesia leyes y decisiones que entrañan la salvación de la sociedad cristiana;

Cuando, por otra parte, declara que exige la fe absoluta a su palabra... en estas condiciones, y únicamente en estas condiciones, es infalible.

Es infalible. *¿Qué quiere decir esto?* ¿Quiere decir esto que está inspirado, iluminado, extasiado? No. Esto quiere decir sencillamente que *está asistido* del Espíritu de Dios que le preserva de error. En virtud de las promesas y de la asistencia divina, no puede engañarse en la enseñanza de la religión. Y notad aún que su infalibilidad no consiste en enseñar verdades nuevas, sino simplemente *en conservar las palabras de Jesucristo*, en fijar, sin peligro del error, su sentido pre-

ciso. Guardián oficial de la Revelación cristiana y cabeza suprema de la Iglesia, el papa es infalible.

Señores, hay en la ciudad de Orleáns 14.000 electores que diariamente, como todos los ciudadanos, tratan la cuestión religosa. Preguntadles en qué consiste la infalibilidad del papa, y de 14.000 no habrá 500 que sean capaces de dar una respuesta adecuada. Esto es lamentable. Se habla de la religión a tontas y a locas, sin conocer sus más sencillos elementos. La religión es atacada sin cesar por ciegos y descarriados que no saben pronunciar la primera palabra. Instruíos, señores, instruíos. Si conocéis bien vuestras creencias, os sentiréis orgullosos de profesarlas, y no tendréis trabajo alguno en defenderlas victoriosamente.

Así sea.

CONFERENCIA QUINQUAGESIMA

¿Cómo el papa puede ser infalible? *(Conclusión)*

2.ª ¿Es esto verdad?

Señores:

Un aspirante al doctorado acababa de hacer un examen brillante ante García Moreno, presidente de la república del Ecuador: "Señor—preguntóle el Presidente,—conoce V. muy bien el derecho. ¿Conoce tan bién el catecismo? Para administrar justicia, un magistrado debe conocer ante todas cosas la ley de Dios." Y preguntó al estudiante sobre la doctrina cristiana; pero no le respondió. "Señor—le dijo gravemente García Moreno,—será V. recibido de doctor, pero no ejercerá V. su profesión sin aprender el catecismo. Reclúyase V. para estudiarlo."

Muchos hombres, señores, aun muy cultos, no conocen la religión, o la conocen mal. Preguntadles en qué consiste precisamente la infalibilidad del papa, y no os contestarán. El domingo último intenté daros

sobre este punto ideas exactas... El papa es infalible ¿Qué quiere decir esto? Ahora lo sabréis. Esto quiere decir que el papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión.

Aquí se presenta otra cuestión. *¿Es esto verdad?* ¿Es verdad que el papa es infalible? Respondo que es posible, que es necesario, que es cierto, que está definido.

I. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que es posible.

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. *Nosotros mismos* ¿no creemos firmemente, sobre multitud de puntos, en nuestra infalibilidad personal? ¿Por ventura no nos consideramos absolutamente infalibles cuando, en el terreno matemático, afirmamos que dos y dos son cuatro; cuando, en el orden físico, afirmamos que la noche difiere del día, que un palacio supone un arquitecto, que el fuego tiene las tres grandes propiedades de iluminar, calentar y destruir; cuando en el orden moral sostenemos que el bien y el mal no son de la misma naturaleza, que la virtud es difícil, y que el vicio, el homicidio, el adulterio, la traición, la hipocresía, el robo son infamias? Nuestra razón es infalible en su esfera. ¿Por qué no ha de serlo el papa en la suya?

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. ¿Es que no atribuímos diariamente el privilegio de la infalibilidad a los que son *superiores* a nosotros, a nuestros maestros, a los grandes sabios, a los escritores geniales, a las asambleas que no tienen otro mérito que el del número, a un simple periodista que se mofa lo mismo de la verdad que de sus lectores? ¿Por qué negar al papa, cabeza de la Igle-

sia, lo que con tan buena voluntad, y tan fácilmente, concedemos a hombres sin valor ni mandato alguno?

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. ¿Es que *librepensadores* ignaros e imprudentes no reivindican enérgicamente el honor de ser creídos por su palabra, y el derecho de esclavizar a todo el mundo a su enseñanza? Para ellos, lo pasado no tiene realidad alguna; la historia verdadera ha tenido principio en su cerebro. Ellos han inventado la escritura, la aritmética, la gramática, la filosofía, todas las ciencias y todas las artes. Todo lo han inventado... menos la pólvora. Y ¡desgraciados de los católicos y de los curas si pretenden tener un poco de inteligencia y reclaman un poco de libertad! No, sólo los librepensadores tienen inteligencia y todos los derechos. Sólo ellos son infalibles en religión como en todo lo demás; el papa no lo es en nada, ni siquiera en religión. ¡Cuánta impertinencia! ¡Cuánto desconcierto!

¿Por qué el papa no ha de ser infalible en materia religiosa? ¿Es que *Dios* no puede hacer ese milagro para conservar la fe en este mundo? Sin duda que el papa no es más que un hombre... pero también el sacerdote no es más que un hombre, y, ello no obstante, creéis en la omnipotencia divina de las palabras de la absolución y de la consagración en sus labios. Ahora bien, Dios está en el papa que enseña infaliblemente la verdad, como está en el sacerdote que absuelve y consagra. Hay que tomar un partido. Desde los cimientos hasta la cumbre, la Iglesia es un edificio milagroso, no ciertamente un edificio humano. Por favor os pido que no lo comparéis al régimen parlamentario que funciona a nuestra vista. En ese régimen, el espíritu humano es el que ilumina, dirige y decide... y bien sabemos de cuántas enormidades e iniquidades es capaz ese espíritu cuando inspira y pervierte las asam-

bleas deliberantes. En la Iglesia, el Espíritu Santo lo dirige todo. El papa no es más que un hombre, pero Dios está con él. No en cuanto hombre, sino en cuanto vicario de Jesucristao y representante de Dios, es infalible el papa. Sigamos.

II. El papa no puede engañarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto es necesario.

En materia religiosa, *tenemos necesidad de la certeza inmediata.* En ello va nuestro eterno destino. Tenemos necesidad de saber inmediatamente, y sin error posible, el camino de la verdad y el bien, lo que debemos creer y hacer para agradar a Dios y alcanzar nuestro fin último. Esto no es fácil. Las opiniones y los sistemas chocan entre sí y se combaten aun en las cuestiones capitales. La contradicción salta a cada paso Las sombras y las nubes nos envuelven. Vivimos en plena noche. En cambio, el error es atrevido. No espera, va deprisa. Posee numerosos y rápidos medios de propagación. Tengo necesidad de ver claro. ¿En dónde se encuentra el faro luminoso, que no palidece, que no se extingue nunca? Es el papa infalible. Tengo necesidad de saber a qué atenerme sobre mi origen y mi fin, sobre mis derechos, sobre mis creencias, sobre mi deber ¿En dónde está la voz que no se engaña ni me engaña? Es el papa infalible.

Si el papa no es infalible en materia religiosa, ¿quién lo será? ¿Los *obispos disgregados?* Pues entonces habrá que consultarlos a todos, lo cual sería largo y penoso trabajo. Las consultas por correspondencia serían interminables y complicadas, y las contestaciones, muy tardías en llegar, suscitarían por todas partes ardentísimas contestaciones Si el papa no es infalible, ¿quién lo será? ¿Los *concilios,* los obispos reu-

nidos en asamblea? Pero desde el origen de la Iglesia, los concilios no han podido reunirse más que diecinueve veces. Si hubiera que reunir un concilio a la invasión de cada error, los obispos estarían perpetuamente en camino, y sus definiciones extemporáneas serían impotentes para contener la rápida expansión de las falsas doctrinas, y para preservar la sociedad cristiana de los estragos del error. Jesucristo, en su sabiduría, quiso todo lo necesario a la marcha regular de su Iglesia, e instituyó un papa infalible.

En materia de religión, tengo necesidad de una certeza inmediata y absoluta. No me es posible consultar a los obispos dispersos. No tengo tiempo para esperar un concilio. Para ilustrar mi inteligencia y dirigir mi conciencia, necesito un jefe, capaz de resolver al día las dudas en todo lo que concierne a la fe, ora en el orden especulativo, ora en el práctico. Necesito aquí bajo un punto fijo, inmutable, en el que pueda apoyarse mi alma inquieta. Se necesita en el mundo una boca que pueda responder a todas las preguntas de las almas: *os orbi sufficiens.* El papa es infalible. 1.° Esto es posible; 2.° es necesario. Demos un paso más.

III. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto es cierto.

El Evangelio y la tradición no nos permiten dudar de ello. Algunas palabras solamente.

Abro el Evangelio y leo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."—"Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ligares en la tierra, ligado será en el cielo, y todo lo que desligares en la tierra, desligado será en el cielo."—"Simón, he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca. Cuando

sean confirmado, confirma a tus hermanos."—"Apacienta a mis corderos; apacienta a mis ovejas." He ahí las palabras constitutivas del pontificado... Estas palabras son decisivas. ¿Qué es el papa? Es el representante de Jesucristo, el fundador de la Iglesia, el portero del cielo, el confirmador de sus hermanos en la fe, el pastor de los corderos y de las ovejas, es decir, de todo el rebaño. ¿Y cómo sería todo esto, si no fuera infalible? Hay que desgarrar el Evangelio o creer que el papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Por otra parte, la tradición de veinte siglos no nos deja la menor duda sobre el sentido de los textos evangélicos.

La Iglesia primitiva se refiere al papa y se apoya siempre en él en todas las cuestiones doctrinales. La creencia de los cuatro primeros siglos se resume en esta célebre fórmula de san Agustín: "Roma habló, la causa está resuelta: *Roma locuta est, causa finita est.*"

La historia de la Iglesia desde su fundación hasta nuestros días nos muestra al papa ejerciendo sin contradicción su autoridad infalible por actos que la suponen. Continuamente vemos, ora obispos que ruegan al papa que termine sus diferencias y resuelva las cuestiones dudosas, o papas que condenan las doctrinas temerarias, en última instancia.

Los más grandes genios y los más grandes santos se inclinan igualmente ante el magisterio irreformable del papa. La infabilidad pontificia fué proclamada abiertamente por san Franciesco de Sales y san Alfonso de Ligorio, los dos últimos doctores de la Iglesia, y durante las agitaciones de la asamblea de 1682, en pleno reinado de Luis XIV, fué enseñada por san Vicente de Paúl. M. Olier, el cardenal de Berulle y Fenelón. El papa es infalible. Esto es cierto. Pronunciemos las últimas palabras.

IV. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto está definido.

Hasta estos últimos tiempos, hasta 1870, la infalibilidad del papa era una creencia que formaba parte del depósito de la revelación y era universalmente aceptada. Pero esta creencia no estaba definida, impuesta a la Iglesia, porque podía ser discutida, y aun negada sin caer en la herejía. En 1870, el Concilio Vaticano hizo de ella un dogma obligatorio. Entendámonos bien. La Iglesia no crea ni inventa la verdad. La comprueba y la promulga. Le da una fórmula solemne, que la pone fuera de toda discusión, la precisa y la consagra. Al definir la infalibilidad del papa el Concilio Vaticano no creó ni inventó una verdad nueva; limitóse a promulgar una verdad preexistente Elevó a la altura de un dogma de fe una creencia antigua que no tenía aún el carácter de una enseñanza oficial. Nada más natural.

Y también nada más oportuno. La Iglesia pensó que era útil, y aun necesario, poner en plena luz la infalibilidad de su cabeza, en un tiempo en que el respeto a la autoridad se ve cada día más amenazado y desconocido. Somos testigos de ese lamentable espectáculo que nos muestra a la autoridad pisoteada en todas partes, a la autoridad que no sabe ni pedir el respeto, ni obtenerlo, ni con frecuencia merecerlo. En medio del caos universal, en la hora en que desfallecen la familia y la sociedad, la Iglesia se afirma en sus bases y proclama la supremacía infalible de su cabeza. Hizo bien; fortificóse a sí misma y dió al mundo una buena lección y un gran ejemplo.

Contemplad, señores, el mundo indiferente o incrédulo que os rodea. ¿Por ventura no inspira piedad?

Todo ese mundo no alimenta más que opiniones, no principios; dudas, no certezas. La infalibilidad doctrinal, sólo Dios la da, y Jesucristo, el Hijo de Dios, la comunica al papa, su vicario. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Esto es posible, necesario, cierto, y está definido. Atengámonos a esa verdad.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOPRIMERA

¿Pero llegó San Pedro a Roma?

SEÑORES:

El papa no es un hombre como cualquier otro. Ya lo hemos visto. El papa es infalible. También lo hemos visto. El papa es obispo de Roma, como san Pedro, del cual es sucesor. Aquí la incredulidad nos ataca también, y sostiene que san Pedro jamás llegó a Roma. La incredulidad tiene todas las audacias. No contenta con negar las creencias, se burla de los hechos históricos. Vamos a responderle y a convencerla de impostura. Me propongo referiros la vida de san Pedro y probaros su residencia en Roma y su muerte en la Ciudad Eterna. Este asunto es digno de vuestra mejor atención.

I. La vida de san Pedro es sumamente movida.

Nació en Betsaida, junto al lago de Genezaret. Ejercía el oficio de pescador, y se llamaba Simón. Jesucristo, al acogerle en el número de sus apóstoles le dió el nom-

bre sirocaldeo de Cefas, que significa Pedro. Tenía unos cuarenta años cuando Jesucristo lo hizo cabeza del Colegio Apostólico. Después de la resurrección del Salvador y de la venida del Espíritu Santo sobre sus Apóstoles, le vemos sucesivamente presidir la composición del *Credo,* convertir en Jerusalén tres mil personas en un día, evangelizar el Asia Menor, establecer su sede en Antioquía, en donde funda una cristiandad floreciente, volver a Jerusalén, en donde fué encarcelado, y salió milagrosamente de su prisión.

En el año de 42, llega a Roma, en donde inaugura el culto del verdadero Dios. Roma era la capital del mundo civilizado. Políticamente, era el centro del imperio más vasto, más admirablemente centralizado, y quizás el mejor organizado que ha habido nunca. Intelectualmente, hacía irradiar por todas partes las obras maestras, inimitables, de su literatura y de su legislación. Moral y religiosamente, era presa de la más completa anarquía. Los sacerdotes de los dioses del Olimpo administraban sin convicción el culto oficial. El pueblo se apasionaba por ceremonias ridículas. Arriba imperaba especialmente el escepticismo; abajo la superstición. Los filósofos no valían más que la sociedad que trataban de dirigir. La familia estaba arruinada por el libertinaje, la impudicia y el divorcio. ¿Y qué decir de la inmensa miseria moral y material de los esclavos? En medio de aquella ciudad brillante y corrompida, vivían unos 20.000 judíos, objeto del desprecio público, pero no sin inflencia, pues se dedicaban, como hoy en día, al comercio y a la banca. Pedro, de rostro pálido y barba crespa, revestido de una túnica y un manto raídos por el viaje, entró inadvertido en la ciudad de Roma. Dirígese primeramente a los judíos, que le miran como sospechoso de herejía y cisma, y rechazan la re-

ligión de Jesucristo resucitado. Se dirige a los paganos, y entre ellos obtiene su palabra verdaderos éxitos. Convierte y bautiza a muchos humildes, a los que seduce la doctrina paternal del cristianismo. Se insinúa en las filas más elevadas de la sociedad romana. Se convierte en huésped del senador Pudente, quien pide el bautismo con sus dos hijas, Práxedes y Pudenciana, y durante los cinco años de su permanencia en Roma, establece en ella una cristiandad bien arraigada, y constituye fuertemente allí el centro religioso de los nuevos pueblos. En el año de 47, el emperador Claudio expulsa de la ciudad de Roma a todos los judíos. Pedro se retira a Oriente, en donde preside el primer concilio de Jerusalén, y a la muerte de Claudio,

En el año de 54 *vuelve a Roma* de la que hace su residencia habitual hasta su martirio, en el año de 67. Durante estos trece años, no pierde el tiempo. Afirma a los nuevos convertidos, y aumenta el número de ellos. Escribe cartas a las cristiandades fundadas por él; hace frecuentes viajes para llevar lejos el cristianismo; envía apóstoles a las Galias, y durante la persecución del infame Nerón, sostiene el valor de los mártires. Confunde la herejía de Simón Mago, y como fueran en aumento los furores de la persecución, suplícanle los fieles de Roma que evite el peligro con la fuga. Cede a sus instancias, y consiente en alejarse, mas al llegar cerca de la puerta Capena, de repente ve que Jesucristo penetra en la ciudad. "¿A dónde vas, Señor? *Domine, quo vadis?*"—exclama el Apóstol—"A Roma—responde el Salvador,—a ser crucificado de nuevo." Entendió Pedro, y volvió sobre sus pasos.

La hora de su martirio va a sonar. Se apresura a designar a san Clemente como sucesor suyo. Es encerrado en la prisión Mamertina con san Pablo, el doc-

tor de las naciones, y el 29 de Junio de 67, fueron sacados los dos del calabozo para ser conducidos a la muerte. Condenado san Pedro a morir en la cruz, pidió a su verdugo que lo pusiera cabeza abajo, no juzgándose digno de morir como su Maestro. Tenía entonces unos setenta y cinco años. Había ejercido su primacía doce años en Jerusalén y en Antioquía y veinticinco en Roma. He ahí ciertamente una vida muy movida. Esto no favorece mucho a ciertos espíritus fuertes que nos atacan y procuran cogernos en falta aun en nuestros orígenes históricos. Voy a refutarlos.

II. La residencia y muerte de san Pedro en Roma son rigurosamente auténticas.

En primer lugar, sobre esto tenemos *la palabra de san Pedro*. En su primera epístola dirigida a todos los fieles, y particularmente a los judíos, dice al final: "La Iglesia de Babilonia os saluda." San Pedro jamás residió en Babilonia, ciudad arruinada. Al datar su epístola en Babilonia, quiere hablar de la ciudad de Roma, a la que llama Babilonia, a causa de su idolatría y de la corrupción de sus costumbres.

Es tradición unánime y constante que san Pedro residió en Roma, en donde murió. San Ireneo, Tertuliano, san Epifanio, san Agustín nos transmitieron el catálogo de los primeros obispos de Roma. Todos esos catálogos empiezan por san Pedro... No se conoce un solo escritor cristiano de los primeros tiempos, obispo o historiador, que haya negado la residencia y muerte de san Pedro en Roma. Si ese concierto parece insuficiente, ¿qué puede creerse en historia?... Fuera de esto, importa aquí entender bien las cosas. La residencia de san Pedro en Roma fué una residencia interrumpida por numerosas ausencias. No permaneció inmó-

vil en Roma durante veinticinco años. Huyó ante la persecución del emperados Claudio. Viajó; visitó las Iglesias nacientes. Pío VII fué a París a consagrar a Napoleón, y no por ello cesó de ser el papa de Roma. Lo mismo ocurrió con el primer papa. Su presencia en Roma es incontestable, si bien interrumpida por ausencias más o menos múltiples y prolongadas. Durante quince siglos nadie dudó de que san Pedro muriese en la sede romana.

Tenemos de este hecho un testimonio muy significativo, *el de las Iglesias de Oriente.* Entre las Iglesias de Oriente, en general tan antiguas como la de Roma y tan celosas de sus privilegios, ¿hay alguna que se glorie de haber sido enrojecida con la sangre del Príncipe de los Apóstoles y poseer sus restos? Evidentemente, tenían interés en no dejar que la Iglesia de Roma les usurpase un honor que no le hubiese correspondido. Pues bien, ¿qué dicen ellas? En vez de reivindicar esta gloria para sí mismas, reconocen formalmente los títulos de la Iglesia de Roma, la residencia y muerte de san Pedro en Roma. Un sabio orientalista recogió sobre este punto multitud de textos (*Revue des questions historiques,* t. XIII, p. 102 y sigs.)

Algunos protestantes, para negar el poder del papa, dicen que han descubierto muy recientemente que san Pedro jamás estuvo en Roma, y no pudo transmitir su poder a sus sucesores. Pero la enormidad es demasiado grande, y no encontró crédito ni siquiera entre sus correligionarios. Los más distinguidos protestantes, Puffendorf, Scalígero, Basnage, Newton, Leibnitz, afirmaron el hecho del pontificado de san Pedro en Roma, con pruebas históricas, tal como lo han confirmado los católicos mismos. Es tan constante esta afirmación, que el mismo Calvino dice que la unani-

midad de los historiadores no le permite atreverse a negarla.

Si san Pedro no murió en Roma, ¿cómo se explica que, desde los siglos apostólicos, *se veneren allí su tumba y sus reliquias?* Roma, por este motivo, es llamada, desde los primeros tiempos, en las actas cristianas, la Ciudad Santa, la Sede de San Pedro, la Ciudad Eterna, la Morada de los Apóstoles, la Cátedra de Pedro. Por otra parte, ningún punto del mundo cree poseer la tumba de san Pedro. En 306, Constantino, edifica en Roma una basílica sobre esta tumba. ¿Es que todo el universo católico se equivoca? ¿Es que los hombres más próximos a los orígenes creyeron ver la tumba de san Pedro donde no estaba? Semejante error no parece verosímil.

Finalmente, *los vestigios de san Pedro* muéstranse por todas partes en la ciudad de Roma. En la iglesia de santa Pudenciana se conserva la mesa sobre la cual ofrecía con frecuencia el Apóstol el santo sacrificio de la misa. En la iglesia de santa Francisca Romana hay una piedra sobre la cual se cree que quedaron impresas las dos rodillas del Apóstol cuando oraba para obtener la confusión de Simón Mago. Muy cerca del Capitalio está la célebre prisión Mamertina; en ella se enseña una columna de granito a la cual fueron atados san Pedro y san Pablo. La cadena con que fué atado san Pedro en la prisión Mamertina fué recogida por santa Balbina, hija de Luisino, tribuno militar y guardián de la prisión. Santa Balbina la regaló a la Iglesia romana, y ahora se conserva en la basílica Eudoxiana, llamada también basílica de San Pedro de los Leones, edificada hacia mediados del siglo V. En resumen, Roma no es una ciudad de piedra como las otras; es una ciudad que tiene un alma, una ciudad que entraña una fuerza imperecedera, una ciudad marcada con un sello imborrable, porque es la ciudad del papa, porque es la ciudad en la cual residió y murió el primer papa. La basílica de san Pedro de Roma es sin duda el edificio más grande y magnífico que los hombres hayan consagrado a Dios. Pero es especialmente solemne e imponente porque es la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Allí, en una cripta situada debajo del altar mayor, llamada la Confesión de San Pedro, reposan los restos del primer papa, con los del gran apóstol Pablo..., de suerte que, para negar la residencia y muerte de san Pedro en Roma, sería preciso sostener, no sólo que el testimonio de los siglos es engañador, sino también que nada significa el testimonio de los monumentos.

San Pedro vivió en Roma. Allí ejerció su primacía por espacio de veinticinco años. Allí murió mártir en el reinado de Nerón. Pues bien, al ilustrar la Iglesia de Roma con la púrpura de su sangre, dejóle san Pedro su sagrado principado. Es el caso de exclamar con el genio más grande que ha producido Francia, con Bossuet: "Santa Iglesia Romana, madre de las Iglesias y madre de todos los fieles; Iglesia elegida por Dios para unir a sus hijos en la misma fe y en la misma caridad: nos adheriremos siempre a tu unidad desde el fondo de nuestras entrañas. Si yo te olvido, Iglesia Romana, ¡olvídeme a mí mismo! ¡Séquese mi lengua y permanezca inmóvil en mi boca, si no eres siempre la primera en mi recuerdo, si no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegría!"

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOSEGUNDA

¿De qué sirve el poder temporal del papa?

SEÑORES:

Se habla mucho del papa, dados los tiempos que corremos. También nosotros hablamos de él y ya os he dicho: 1.º lo que es en la Iglesia y en el mundo; 2.º lo que debemos pensar de su infalibilidad.

Vamos a estudiar hoy el poder temporal del papa a la luz de la lógica, de la historia y de la actualidad. Tenéis necesidad de poseer sobre este punto ideas muy claras para estar en condiciones de explicar, defender y propagar vuestras creencias.

I. Lógicamente, el poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

La simple *razón* nos dice que, si el poder temporal no es absolutamente necesario a la existencia misma del pontificado, es necesario para que el pontificado ejerza libremente, con independencia y justicia su su-

prema autoridad. En efecto, suponed al papa despojado de su poder temporal y convertido en súbdito de un soberano cualquiera; cesa de ser libre, o de parecerlo; es, o parece ser, un siervo: dos extremos igualmente funestos.

Vedle ahí entregado a los caprichos de un príncipe celoso, o a las pasiones de un parlamento sin fe. Vedle rodeado de una policía que lo vigila, que detiene junto a su puerta los despachos, las visitas, los obispos y los fieles; que corta las comunicaciones entre la Iglesia y el papa. No es libre, o cesa de parecer libre... lo que viene a ser lo mismo. Imaginaos un papa súbdito del rey de Prusia y huésped del palacio de Berlín, súbdito del gran turco en Constantinopla, o de Eduardo VII en Londres. A los ojos del mundo católico su prestigio se debilita, su palabra se hace sospechosa, sus decisiones y sus actos son atribuídos a la presión de una voluntad extranjera. Los católicos ya no tienen confianza en su jefe. La Iglesia va a la ruina por la ruptura de su unidad.

Escuchad sobre este asunto uno de los más grandes enemigos del catolicismo, un amigo íntimo de Voltaire, Federico de Prusia (1740-1786). Fué el primero en aconsejar la destrucción del poder temporal, como único medio de aniquilar el poder espiritual de los papas. "Desde el momento—dice—en que ningún príncipe de Europa querría reconocer un vicario de Jesucristo súbdito de otro soberano, cada cual, por esto mismo, procurará tener su propio patriarca; y así, la unidad de la Iglesia se disolvería poco a poco, y cada Estado querría tener una religión propia." Cavour (1810-1861) persiguió el mismo fin. estableció la unidad italiana sobre las ruinas del poder temporal del Pontificado. El poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

Los *hechos* lo proclaman con más elocuencia que los razonamientos y los testimonios. En los primeros siglos los papas no tenían poder temporal alguno, por lo que veíanse sin cesar amenazados y violentados en su misión espiritual. Los cincuenta y dos primeros papas fueron martirizados. Después de las grandes persecuciones, los vemos casi siempre sometidos a los caprichos de los emperadores romanos, que los maltratan o los destierran por cualquier motivo. Cuando el papa se ve condenado a vivir en Roma bajo la celosa vigilancia de los marqueses de Toscoma, de los condes de Túsculo, o de los emperadores alemanes, vemos con dolor que las elecciones pontificias de aquellos siglos de hierro eran sospechosas de simonía, tocadas de violencia, terminadas en provecho de súbditos indignos. Cuando el papa es despojado de su poder temporal, no es libre en su poder espiritual. Así lo dice la historia de los tiempos modernos como la historia de los tiempos antiguos. El Concordato de 1801, concertado entre Napoleón y Pío VII, soberano de Roma, es un gran acto que honra a la Iglesia y a Francia; pero el Concordato de Fontainebleau entre Napoleón y Pío VII cautivo, es una página que quisiéramos borrar de los anales de Francia, y que, en los anales de la Iglesia, muéstrase enteramente bañado de las lágrimas de Pío VII. Siempre que la soberanía temporal de los papas ha sido discutida, contrariada o reducida, su soberanía espiritual ha tenido mucho que sufrir, y las almas se han visto por ello torturadas.

Verdad es que el *Evangelio* no habla del poder temporal de los papas. Pero ¿qué significa esto? No había necesidad de hablar de él. Cuando se habla de un hombre, no se habla de sus vestidos; cuando se habla de un guerrero no se habla de su armadura. Ahora bien, el poder temporal no es más que eso. Es un vestido de decencia y de honor que envuelve al papa; es una armadura que protege su autoridad espiritual; es el hecho humano providencial que asiste al derecho divino de la libertad del papa. Lógicamente, el poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

II. Históricamente, nada más legítimo que el poder temporal del pontificado.

El poder temporal del pontificado se estableció *poco a poco*. Los primeros papas murieron mártires. La Iglesia empezó por un régimen violento y anormal, que no podía durar y debía conducir a un estado tranquilo y regular. Una cosa es una sociedad que comienza y tiene poca extensión, y otra una sociedad definitivamente asentada e inmensa. Así, pues, a medida que la sociedad cristiana se constituye y engrandece, su cabeza adquiere una situación cada vez más independiente. Sale de las Catacumbas; ya no está sometida a los caprichos de los tiranos; ha instalado su trono en Roma, mientras Constantino traslada el suyo a Bizancio, y poco a poco su prestigio social y político se ensancha a la medida de su prestigio religioso. Todo esto se hizo por sí mismo, por la fuerza misma de las cosas, al dictado de la Providencia y al influjo de los acontecimientos.

El poder temporal del pontificado se estableció *por modo regular*...

Por el libre consentimiento del pueblo romano. El pueblo eligió y aceptó al papa como soberano. Esta elección, totalmente espontánea, muy diferente de las que dicta el miedo, la corrupción o la influencia, fue acto reflexivo y prolongado de numerosas generaciones que, durante quince siglos, pusiéronse por sí mismas

o volvieron a ponerse, bajo la tutela de la Santa Sede, con las más inequívocas muestras de fidelidad y adhesión. El poder temporal del pontificado se estableció *Con la cooperación de toda la cristiandad*. La cristiandad es la que dió y conservó al papa el trono de Roma. Derramó la mejor de su sangre para cimentarlo; pagó impuestos y tributos para embellecerlo; envió diputaciones de peregrinos para saludarlo; reclutó en todas las naciones y en todas las lenguas una milicia para sostenerlo; excitó en las inteligencias más privilegiadas y en los más nobles corazones simpatías para defenderlo y salvarlo... Aun en los tiempos modernos, la política europea colocó el trono del papa bajo la garantía de los tratados y del derecho de gentes, en una condición superior a todos los reinos humanos. ¿Hay algo más secular?

Un autor protestante, enemigo declarado del catolicismo, *Gibbon*, vióse obligado a confesar que "Los pueblos obligaron a reinar al papa." Pepino y Carlomagno al dar a la soberanía del pontífice romano su constitución definitiva, no crearon esta soberanía; no hicieron más que confirmar el acto solemne ejecutado por el tiempo y por los hombres. Ratificaron, confirmaron y estabilizaron la obra de Dios y de los siglos.

El poder temporal del papa asentóse poco a poco por modo regular, *y sobre todo por la intervención de Francia*. En 755, el rey Pepino acudió en auxilio del papa Estaban III, oprimido por los lombardos, y le puso en posesión del ducado de Roma; Carlomagno, en su testamento recomienda a sus hijos que tomen a pechos la defensa de la Iglesia de Roma. Del mismo modo, san Luis dirigiéndose a su hijo, le dijo: "Querido hijo, no olvides jamás al pontífice de Roma, y ayúdale en todas sus necesidades." Llegamos al período contemporáneo. En 1849, la república francesa

expulsa de Roma a los revolucionarios, y devuelve al papa el trono que los siglos le habían erigido. Desde la batalla de Mentana hasta 1870, los soldados franceses guardaron las puertas del Vaticano. Cuando Francia cayó, en 1870, a los golpes de Prusia, el trono pontificio cae igualmente a los golpes de la unidad italiana. Hace de esto treinta y cuatro años.

III. Actualmente, el poder temporal del pontificado está por tierra.

Las cosas no andan tan mal, dicen algunos. Dispensadme. El papa se ve muy *molestado en el ejercicio de su misión espiritual.* Muerto Pío IX, la traslación de sus cenizas fué objeto de una manifestación inmunda. Todas las obras pías de la ciudad de Roma han sido secularizadas o gravadas con impuestos por el poder secular. El papa posee el Vaticano únicamente en usufructo; no está en su casa. Para insultar al papa, se ha elevado en una plaza de Roma una estatua al menos noble y al más oscuro de todos los escritores, al hereje Giordano Bruno... Todos los despachos y todas las cartas que llegan al papa de todos los puntos de la catolicidad, deben pasar por el canal del gobierno italiano, etc., etc. Esta situación es violenta, anormal...

No puede durar indefinidamente. Hace treinta y cuatro años que dura, pero esto nada prueba. Más de una vez en lo pasado tuvo eclipses la independencia temporal de la Santa Sede. Hubo papas mártires. Durante setenta años, los sucesores de san Pedro fueron prisioneros de los reyes de Francia en Aviñón. Pero los papas siempre volvieron a Roma. El derecho no muere; sobrevive a los triunfos pasajeros de la fuerza... Hace treinta y cuatro años, el mismo poder que arrebató la ciudad de Roma a los católicos del

mundo entero, separó de nosotros dos de nuestras más bellas provincias, Alsacia y Lorena. ¿Es que miramos como definitivamente perdidas para Francia, Alsacia y Lorena? No, ciertamente. Ningún francés digno de este nombre se atrevería a proferir semejante blasfemia. Pues bien, Roma fué tomada del mismo modo al papa. Es un hecho consumado. Pero el hecho consumado no crea el derecho... y los católicos del mundo entero esperan confiados la hora de la justicia y de la separación... La cuestión del poder temporal queda en pie. Ese estado de derecho violado no puede ser definitivo. Los políticos estudian una combinación.

El papa protesta. No puede gobernar con regularidad el mundo cristiano sin gozar de plena independencia. Ahora bien, la privación de su poder temporal es una restricción y una molestia para su independencia espiritual. Por consiguiente, faltaría a su deber más sagrado, si renunciara al patrimonio de san Pedro... Tal es la explicación de las reivindicaciones de Pío IX, de León XIII y de Pío X. Nada más legítimo, nada más razonable, nada más correcto que su actitud.

Importa apreciarla bien... y no hacerles decir lo que no dicen. Seguramente que Pío IX, León XIII y Pío X no han dicho jamás, ni han querido decir que perecerá la Iglesia, si su cabeza está sujeta a algún poder de la tierra. Han dicho y dicen que esta sujeción entraña inconvenientes gravísimos, intolerables... ¿Hay una combinación posible para atenuar y suprimir estos inconvenientes? No es nuestro cometido resolver esta cuestión. Unicamente toca al papa decir lo que es necesario a su independencia en el gobierno de la Iglesia. Deber de los católicos es sostener las reivindicaciones de su cabeza, y esperar con toda confianza las soluciones de lo por venir.

Hace precisamente un año que el cardenal Sarto

fué elegido y aclamado papa con el nombre de Pío X. Mi deber y el vuestro, en este aniversario, consiste en saludar, bendecir y dar gracias al admirable pontífice, jefe de la catolicidad y padre de nuestras almas.

¿Qué digo? ¿Saludarle, bendecirle y admirarle? No. *Primeramente hay que pedirle perdón.* Hace un año que nuestro ingrato y desgraciado país no escatima a Pío X ni ultrajes ni amarguras. A sus avances llenos de dignidad, de misericordia y de ternura, responde con odios, intimaciones y provocaciones inmerecidas.

Señores, bendigamos al cielo. *Tenemos un gran papa... Una bondad* paternal para los hombres y las naciones... *una constancia* inquebrantable en cumplir todos los deberes y en defender todos los derechos del pontificado... *una prudencia* consumada, unida a una audacia enteramente sobrenatural y verdaderamente inspirada... *la preocupación* por los menores detalles sorprendentemente elevada y como ampliada por la percepción clarísima de los grandes intereses de las almas y de la gran familia cristiana... Tales son algunos rasgos que dan a la fisonomía de Pío X un relieve tan atractivo y tan admirable, y colocan su persona en primer término en nuestros días. ¡Qué grande es este hombre cuando lo consideramos, y sobre todo, cuando lo comparamos con los sectarios imbéciles y venenosos que no cesan de proclamar su desaparición e intentan mordiscarlo! Demos gracias a Dios, señores, por habernos dado a Pío X, y, bajo su mano firme y paternal, marchemos hacia adelante, y preparemos el despertar del Evangelio libertador.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMATERCIA

El papa es un soberano extranjero

SEÑORES:

Entre las frases estúpidas que se profieren con relación al papa, hay una que vamos a refutar en el día de hoy. Se dice: "El papa es un soberano extranjero." ¡Manera cómoda de dispensarse de obedecerle y de vivir fuera del catolicismo, es decir, al margen de toda religión... El papa es un soberano extranjero. ¿Es esto verdad? Sí, y no. Expliquémonos sobre esto tan claramente como sea posible.

I. Sí, desde el punto de vista temporal, el papa es un soberano extranjero.

No tiene su trono ni en París, ni en Berlín, ni en Londres, ni en Madrid, ni en San Peterbusgo, ni en Nueva York. Tiene su trono en Roma. El Vaticano es su palacio. Pero, aunque el Vaticano esté situado en Italia, el papa no es súbdito del rey de Italia, como

tampoco lo es del zar, ni del sultán, ni del emperador de Alemania, ni del rey de Inglaterra, ni del presidente de la República francesa, ni del de los Estados Unidos de América. Con relación a todos esos gobiernos y a los pueblos que de ellos dependen, el papa es un soberano extranjero.

1.ª *¿Es verdad que es un soberano de un género especial?* Permitidme que os señale únicamente tres particularidades que le caracterizan y que le dan, entre los soberanos palíticos, una fisonomía especialísima.

1. En primer lugar, el papa es un soberano *desarmado y benévolo*. En un momento de buenhumor burlón, preguntó Napoleón I a uno de los que le rodeaban: "¿Sabéis lo que dirán de mí cuando muera?" Púsose el otro a trazar el plan de una oración fúnebre que debía expresar el estupor y desolación del mundo. Mas interrumpiendo con un gesto y una sonrisa aquel esfuerzo de lirismo, agregó el Emperador: "Cuando yo muera, dirán: ¡Uf!" Es verdad. Los soberanos ordinarios se apoyan en cañones y bayonetas, se atrincheran en fortalezas y batallones, apelan a la ley, a los magistrados, a los gendarmes. Cuanto más poderosos son, más se hacen temer, y cuanto más los temen, más profundo es el suspiro del consuelo que saluda su desaparición. No es esto lo que ocurre con el papa. El papa es un soberano que no tiene ejército, que sólo tiene su punto de apoyo en las conciencias, que procede por la persuación, jamás por la violencia. Sus medios de influencia son inmateriales e imponderables, pero su radio de influencia es universal e ilimitado. Su palabra obliga a todo el mundo, pero no fuerza a nadie. Su mano no es opresora ni aplastante; se adelanta a veces para advertir, casi siempre para bendecir. He ahí un soberano de un género especialísimo. Está desarmado y es benévolo.

Sigamos adelante:

2. El papa es un soberano *seguro de sí mismo, que se apresura lentamente*. Los reyes de la tierra dudan siempre más o menos de su trono, de sus derechos, de sus deberes, de su duración. Muéstranse inquietos por la víspera y por el día siguiente. Ayer, empezó su poder en una herencia, en una conquista, en una elección discutible... y tiemblan de verlo acabar mañana con la muerte sin posteridad, por una guerra desgraciada, por un motín que derriba las soberanías mejor asentadas. Disponiendo tan sólo de un día de vida, venşe estrechados a obrar. No cosechan más que triunfos efímeros, y sus fracasos son raras veces auroras de rssurrección. Con nuestro papa nada de eso ocurre. Sabe de dónde viene, a dónde va, a dónde quiere ir. Está seguro de sí mismo, porque está seguro de Dios. Conoce su camino, pero, en los detalles del viaje, se niega obstinadamente a dar un paso más largo que otro. Camina en una dirección bien precisa; pero mide la velocidad de su marcha y se fija en las particularidades del camino. La prudente lentitud de la corte romana es proverbial. Nadie se ha parecido nunca menos al político vulgar, que termina diariamente su tarea fugaz y febril, se encorva a cualquier soplo, y se pliega a todas las circunstancias, para desaparecer luego sin dejar rastro de su paso. El papa jamás procede con apresuramiento ni con vacilación. Su conducta es una mezcla notable de oportunismo y de intransigencia, de arranque hacia lo ideal y de instinto exactísimo de lo real... He ahí un soberano de un género especialísimo... Pero notemos otro rasgo de su fisonomía.

3. El papa es un soberano *que ama a todos los pueblos, pero especialmente a nuestra patria.* Esto no data de ayer. El pontificado es el más viejo amigo de Francia, el más fiel en la mala fortuna de nuestra patria

como en los días felices de la Santa Sede. Entre miles de recuerdos, evocaré tan sólo uno de los más recientes. El 23 de Febrero de 1871, Julio Favre, ministro de Estado de Francia vencida y abandonada, dirigía el telegrama siguiente a Lefebre de Behaine, entonces Secretario de la Embajada y muy pronto Embajador cerca del Vaticano: "Os ruego que encarguéis al cardenal Antonelli que se haga intérprete cerca del Padre Santo de mis sentimientos de respetuosa gratitud por la forma que ha tenido a bien dar a su adhesión. Hasta ahora no he tenido ocasión de hacerle saber cuán conmovido estoy por los pasos que ha dado cerca de Prusia para obtener en favor nuestro un armisticio con la facultad de avituallarnos de nuevo. Es el único soberano de Europa que nos ha dado ese testimonio directo de benevolencia, que jamás olvidaremos."

Con relación al poder temporal, el papa es un soberano extranjero. Tanto mejor para Francia.

2.º *Y tanto mejor para el mundo entero.* Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio,* refiere que Napoleón, cuando sólo era Primer Cónsul, decía: "La institución que mantiene la unidad de la fe, es decir, el papa, es una institución admirable. Se le reprocha que es un soberano extranjero, mas por ello debemos dar gracias al cielo. El papa está fuera de París, y esto es un bien. No está ni en Madrid, ni en Viena, y por ello aceptamos su autoridad espiritual; En Viena y en Madrid tienen derecho a decir lo mismo. ¿Hay quien crea que, si estuviera en París, los austriacos y los españoles consentirían en recibir sus decisiones? Es, pues, una suerte que resida fuera de nuestra propia casa, y que residiendo fuera de nuestra propia casa, no resida en la casa de nuestros rivales. Resida, pues, en esa vieja Roma, lejos de la mano de los emperadores de Alemania, lejos de la de los reyes de

Francia y de la de los reyes de España, sosteniendo en el fiel la balanza entre los soberanos católicos... Los siglos son los que esto hicieron, y lo hicieron bien. Para el gobierno de las almas, es la mejor, la más bienhechora institución que pueda imaginarse. No sostengo estas cosas por terquedad de devoto, sino por la razón." Esto es lo que se llama buen sentido. Nada tenemos que añadir a semejantes declaraciones. Sí, en relación con el poder temporal, el papa es un soberano extranjero, lo cual es muy provechoso para todos.

II. Pero, en relación con el poder espiritual, el papa no es un soberano extranjero.

El sol no se pone en su imperio. Desde su torre del Vaticano, el anciano vestido de blanco irradia sobre todo el mundo.

1.º *La soberanía espiritual del papa es ilimitada.* En efecto, ¿qué es el papa? Es el *representante de Dios*. Luego no es extranjero en parte alguna. "Dios es señor de todo el mundo. "*Domini est terra et plenitudo ejus.*" Todas las almas le pertenecen. Del mismo modo pertenecen al papa que es su representante, al papa que tiene la misión de ilustrarlas, convertirlas, gobernarlas, santificarlas, salvarlas... ¿Qué es el papa? Es *el vicario de Jesucristo*. Luego no es extranjero en parte alguna. Jesucristo es el redentor universal. "*Non est in alio aliquo salus;* no hay salvación más que en El." Todas las naciones le fueron dadas en herencia. El papa ocupa aquí bajo el puesto de Jesucristo. Es su continuación y personificación visible. La autoridad del papa es universal, comc la de Jesucristo mismo. ¿Qué es, finalmente el papa? Es la *cabeza de la Iglesia*. Luego no es extranjero en parte alguna. La Iglesia no fué creada para un tiempo, ni para un lugar, ni para

un pueblo, ni para una raza de hombres, ni para una categoría de almas. Fué creada para todos. Es el redil al cual son llamadas las ovejas, todas las ovejas. Luis XIV decía orgullosamente: "¡El Estado soy yo!" Sin orgullo, con toda verdad, podría decir el papa: "¡La Iglesia soy yo!" Todo el edificio de Jesucristo descansa en él como en su piedra fundamental. En vano se sonríen los estúpidos y se indignan los perversos; desde el punto de vista espiritual, el papa es lo que es, es decir, el representante de Dios, el vicario de Jesucristo, el cabeza de la Iglesia, esto es, un soberano que no es extranjero en parte alguna, que se dirige a todas las nacionalidades, cualesquiera que sean sus hábitos y costumbres, por diferentes que sean. Nada más serio, ni nada más sólido que esta teocracia universal. Por otra parte, que la soberanía espiritual del papa sea ilimitada,

2.ª *Tanto mejor para todo el mundo católico.* En efecto, ¿qué quiere decir esto? Desde el momento en que no es extranjero en parte alguna, el papa, soberano espiritual,

Es *el lazo que une todas las conciencias honradas.* Antes del Evangelio, en medio de pueblos entregados a la dominación y a las insaciables codicias de los más fuertes, las conciencias honradas, a las que semejante tiranía sobreexcitaba, estaban aisladas y condenadas a la impotencia. Pero Jesucristo dió, en su Iglesia, a estas conciencias un lazo de unión, una jerarquía, un admirable e invencible poder de resistencia. ¿Cuál es, pues, su punto de apoyo? ¿Quién las agrupa, y hace de ellas un haz? El papa. Independientemente de todas las razas, de todos los gobiernos, de todos los partidos, es el guardián supremo de la moral y de la justicia eterna, del honor, de la probidad, de la verdadera libertad. Sin el papa, la Iglesia sería muy pronto el juguete de los poderes pú-

blicos y las conciencias quedarían en todas partes desamparadas. Nuestros obispos mismos, si no tuvieran más que el lazo oficial y quedaran separados del pontificado, no tendrían entre nosotros más que la situación empequeñecida del clero ruso o del anglicano. Desde el momento en que no es extranjero en parte alguna, el papa, soberano espiritual, no solamente es el lazo,

Sino también *el guía de todas las conciencias honradas.* Indica a los individuos, a los pueblos, a los gobiernos, lo que es bueno, lo que hay que evitar, lo que es la verdad, lo que es el error. En estos últimos tiempos, por cuanto los papas han recordado sus deberes a los gobiernos cristianos, y han tratado ciertos puntos de doctrina relacionados con la política, han sido acusados de rebasar sus derechos, de atacar las constituciones modernas, de querer aplastar a los poderes civiles. Nada más injusto que esta acusación. Si el papa se ocupa en ciertas cuestiones sociales y políticas, es, en primer lugar, porque las circunstancias se lo imponen como un deber; además, las trata exclusivamente a la luz de la doctrina religiosa. El papa no se mezcla en política; se cuida únicamente de la conciencia cristiana, de la salvación de las almas, de los intereses de la religión. Si la política ataca la conciencia, la religión, interviene el papa, dice una palabra, da una solución, dicta una línea de conducta... Entonces está en su derecho, no hace más que cumplir con su deber.

A veces oímos decir: "¿Por qué los católicos van a recibir la consigna del Vaticano?" Expliquémonos. Los católicos, en cuanto ciudadanos, no van a buscar ninguna consigna fuera del país a que pertenecen. Pero, en cuanto cristianos, en cuanto hijos de la Iglesia, para la dirección de las obras católicas, y para todo lo que pertenece al dominio de la conciencia, reciben

de buen grado sus inspiraciones de parte de la cabeza de la Iglesia, que es su primer superior en este terreno. Nada más prudente, nada más legítimo, nada más seguro, ya que el papa es un soberano espiritual no extranjero en parte alguna.

Los católicos, se dice, obedecen a un extranjero. Notemos, en primer lugar, que los masones, que son los que hacen esta objeción, obedecen también a su jefe supremo, que es un extranjero. No tienen, pues, derecho a levantar aquí la voz. Además, cuando se dice que el papa es un extranjero, hay que distinguir. ¿El papa es un extranjero desde el punto de vista temporal? Lo concedemos. Pero desde este punto de vista, los católicos no le obedecen; reconocen el Estado libre en las cosas puramente temporales. ¿El papa es un extranjero desde el punto de vista espiritual? Lo negamos. Desde el punto de vista espiritual, el papa tiene por territorio el mundo entero. Es nuestro obispo, con tanto, y aun con más derecho que nuestros obispos particulares. Démosle, pues, nuestra obediencia, nuestro amor, nuestra inalterable fidelidad.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

CH

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

TABLA DE MATERIAS

Págs.

Págs.

CONFERENCIA SEPTIMA

¿Es que tenemos necesidad del Evangelio?

CONFERENCIA OCTAVA

¿Son auténticos los Evangelios?

CONFERENCIA NOVENA

¿No fueron adulterados los Evangelios en el curso de los siglos?

CONFERENCIA DECIMA

¿Dicen la verdad los evangelios?

CONFERENCIA UNDECIMA

¿Ha existido siquiera Jesucristo?

CONFERENCIA DUODECIMA

Las inverosimilitudes del nacimiento de Jesucristo

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

¿Por qué treinta años de vida oculta?

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

¿No fué Jesucristo más que un gran filosofo?

Págs.

Págs.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

El protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo (*Conclusión*)

CONFERENCIA VIGESIMONONA

El porvenir pertenece al protestantismo

CONFERENCIA TRIGESIMA

El porvenir pertenece al protestantismo (*Conclusión*)

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Las divisiones que desgarran a la Iglesia católica

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Los desfallecimientos que desfiguran a la Iglesia católica

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

Diferencias entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

Hay catolicismo para poco tiempo

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

¿Por ventura puedo creer en hombres?

Págs.

Págs.

Págs.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

El papa es un hombre como otro cualquiera *(Conclusión)*

2.° EL PAPA EN EL MUNDO (*Conclusión*)

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

¿Cómo el papa puede ser infalible?

1.° ¿QUÉ QUIERE DECIR ESTO?

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

¿Cómo el papa puede ser infalible? *(Conclusión)*

2.° ¿ES ESTO VERDAD?

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOPRIMERA

¿Pero llegó San Pedro a Roma?

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOSEGUNDA

¿De qué sirve el poder temporal del papa?

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOTERCIA

El papa es un soberano extranjero